



PRESAS

BEATRIZ ESTEBAN

 NOCTURNA
EDICIONES

D.J.57



PRESAS

BEATRIZ ESTEBAN

 NOCTURNA
EDICIONES

BEATRIZ ESTEBAN

PRESAS

© de la obra: Beatriz Esteban, 2019

© de los detalles de capítulos: Inma Moya, 2019

© de las ilustraciones del final: LauIlustra, 2019

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: junio de 2019

Edición digital: Elena Sanz Matilla

ISBN: 978-84-17834-29-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

A Ana Herráez, que vio conmigo los sueños detrás de las rejas.

Podría darte mil razones más.

Jails and prisons are designed to break human beings,
to convert the population into specimens in a zoo—
obedient to our keepers,
but dangerous to each other.

ANGELA DAVIS

PRESAS



Hugo

Azahara nunca había estado tan preciosa como en el momento en el que le quitaron las esposas.

—Tenéis dos horas —dijo el hombre que la acompañaba, que se alejó de ella como si fuera un animal al que han dejado suelto por primera vez. Se despidió de mí con una inclinación de cabeza y se volvió hacia la puerta de acero.

Azahara se rodeó una muñeca con la mano libre y dirigió una última mirada al funcionario antes de que nos diera la espalda. Sus ojos no se apartaron de él ni siquiera cuando cerró la puerta y el portazo retumbó en nuestros oídos. Ni cuando le perdió de vista y todo lo que quedó fue el sonido de los pestillos al otro lado de la habitación. Ella seguía observándole aunque ya no estuviera, con los ojos fijos en la pared como si fuera capaz de ver a través de ella y mordiéndose el labio con tanta fuerza que estaba a punto de que le sangrase. Todo para no tener que mirarme a mí.

Sí, estaba realmente preciosa.

—Aza, mi amor —dije, incapaz de contener la emoción—. No sabes las ganas que tenía de verte. Estás..., estás preciosa. Te echaba de menos.

Vi cómo sus labios se deslizaron hasta formar una pequeña sonrisa, cómo las pestañas le aletearon cuando alzó la cabeza para mirarme. Se abrazó los codos,

encogiéndose más sobre sí misma, como si se sintiera prisionera también en su cuerpo. Llevaba una camisa de tirantes y el pelo recogido en una coleta; la piel de su escote quedaba a la vista. Casi podía contar las venas que recorrían sus brazos y las nebulosas que se formaban en sus clavículas, en el interior de sus muslos, debajo de su ropa.

Una por cada noche.

Una por cada lección que no quería que olvidara.

—No es verdad. —Siguió sonriendo, como si mi comentario le hiciera gracia.

—¿No me crees? ¿Es que no tenéis espejos ahí dentro? —Ella negó con la cabeza—. No importa. Te daré razones para creerme, amor. Tenemos dos horas a solas en esta enorme habitación; dos horas en las que pienso recordarte lo valiosa que eres.

Cuando me acerqué para besarla, su mirada fija en la nada, en nadie. Huyendo. Siempre huyendo.

Mis labios fueron a buscar los suyos, pero ella agachó la cabeza. Me agarró de los antebrazos como si quisiera poner distancia entre ambos. A mis espaldas se extendía la habitación: oscura, amplia, nuestra. Pero los dos nos manteníamos en una esquina.

—¿Has traído lo que te pedí? —Carraspeó mientras ocultaba la mirada bajo el flequillo mal recortado—. Necesitamos ropa. Beth ha crecido mucho y casi nada de lo que cogí le vale ya. Mis compañeras me han dejado algo de ropa ahora que empieza a hacer calor, pero a mí me viene todo un poco pequeño y... —Se estiró la camisa con una mueca, haciendo que al volver se pegara todavía más a sus costados.

—Te queda bien, cariño.

—Lo dices porque es lo que a ti te gusta.

—Me gusta más cuando lo llevas en casa. Y cuando no lo llevas. —Di otro paso hacia delante en busca de su piel. Azahara retrocedió.

Como si el que se acercara a ella fuera un asesino y no su marido. Como si

mis brazos fueran más peligrosos que lo que la esperaba dentro. Quizás hubiera olvidado lo que era sentirse amada. Quizás hubiera olvidado cómo la besaba. Cómo la quería. Cómo la tocaba.

Por ahora perdonaría su miedo; había aprendido a esperar. Llevaba casi un año aguardando para poder verla más allá de aquella estúpida cabina, sin cristales ni barrotes que nos separaran. Tenía muchas ganas de tenerla así, libre; los dos en una habitación que nos recordaba demasiado a la que compartíamos en casa. Ahora por fin era mía. Podíamos volver a ser uno. Podíamos volver a ser nosotros.

Sólo tenía que darle un poco más de tiempo y, si algo le sobraba en la cárcel, era precisamente eso.

—Eso es que no has traído nada, ¿verdad?

—Tenía tantas ganas de verte que se me ha olvidado, amor. —Azahara cerró los ojos y respiró hondo, lo que provocó que su pecho se meciera con ella—. La próxima vez. Te lo prometo.

—La próxima vez —repitió, todavía con los ojos cerrados. Su cuerpo se estremeció—. No quiero que haya otro «la próxima vez». No aguanto más, Hugo.

Su voz tembló con aquella última palabra, pero ella fingió no haberlo notado. Sus ojos se volvieron vidriosos, más brillantes, y ni siquiera su rabia pudo impedir que la primera lágrima escapara. La cortó a tiempo, pasándose la mano por la cara con brusquedad.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—¿Cuánto más queda? ¿Cuánto más vas a esperar? —Cogió aire—. Me prometiste que en un mes estaríamos fuera. ¡Un mes! ¡Ha pasado un puto año, joder!

Apreté los puños igual que ella.

—Sabes que los negocios no van demasiado bien, amor, y desde que me despidieron yo...

—No son más que excusas. Si tienes dinero para irte de putas, tienes dinero

para sacarnos de aquí. Otra cosa es que quieras.

«Cuenta hasta diez, Hugo —me dije a mí mismo—. Cuenta hasta diez y en el número nueve Azahara cerrará la puta boca».

—¿Piensas que no quiero? ¿Piensas de verdad que me gusta veros aquí dentro?

—No has hecho mucho por sacarnos. —Sus ojos ardían. Adoraba cuando toda ella se volvía fuego, cuando era rabia pura—. Y yo..., yo fui tan tonta que...

—Eh, eh. —Coloqué mis manos en sus mejillas; noté su ardor—. No fuiste ninguna tonta, Aza. Fuiste valiente y protegiste a nuestra familia. Te prometo que yo voy a hacer lo mismo. Estoy en ello. Estoy en ello, te lo juro.

Azahara apartó la cara con un gesto brusco y me dio la espalda; su pecho alzándose con cada respiración acelerada, sus ojos cada vez más vidriosos, su miedo cada vez más grande. Había vivido esto demasiadas veces: no tardaría en empezar a llorar.

—Vamos, Aza..., ven aquí.

Como si de una niña se tratase, negó con la cabeza. Beth, aun siendo un bebé, siempre había sido más obediente que ella; callaba al primer grito.

—No quiero hablar, Hugo.

—Pues no hablemos. Tenemos dos horas, ¿no? —Esbocé una sonrisa—. Podemos hacer más cosas.

Azahara se abrazó los codos.

—No tendría que haber pedido este vis a vis —murmuró.

—¿Por qué?

—Una parte de mí quería verte, quería saber si estabas sufriendo, si estabas bien, si te acordabas de mí, pero... —Se giró hacia mí. Luego cerró los ojos en cuanto comenzó a llorar.

—Aza...

—Vete, por favor. Llama al funcionario.

—No digas tonterías, amor. ¿Ya quieres que me vaya? ¿Ni siquiera vas a

preguntarme cómo estoy?

—¿Me lo has preguntado tú? —Quería hacerme daño con mis propias palabras, pero parecía ridícula.

—No necesito preguntártelo para saberlo, ahí está la diferencia. Y sé cómo hacer que te sientas bien.

—Vete, Hugo.

Mentiría si dijera que una parte de mí no se sorprendió de su falso coraje.

—No pienso irme. —Apreté la mandíbula.

—Vete.

—He tardado cuarenta malditos minutos en llegar a Ordana y me han tenido de control en control durante una puñetera hora, todo para poder verte a ti. Encima ni siquiera puedo ver a Beth. ¿Y has oído que me queje? No pienso marcharme ahora, Aza.

—No quiero verte —insistió ella, limpiándose las lágrimas—. No puedo verte, no así. No después de saber que mientras me pudro en la cárcel, tú estás viviendo la vida de soltero ahí fuera. No sé por qué cometí la estupidez de...

—Porque me quieres.

Ella cogió aire.

—Porque me amas —insistí, y di un sutil paso hacia delante—. Porque me echas de menos. Porque necesitas que alguien te quiera como te quiero yo.

Se mordió el labio otra vez.

—No digas eso.

—¿Porque sabes que es verdad?

Sacudió la cabeza.

—Sólo quiero que te vayas. Vete, Hugo, por favor. —Me quedé quieto. Ella tuvo el valor de mirarme directamente; sus ojos todavía ardían. Pude adivinar su movimiento antes incluso de que levantara las manos—. ¡Vete! —gritó, y me empujó.

Di dos pasos hacia atrás y choqué contra la mesa, que chirrió al deslizarse por el suelo. Levanté los brazos en cuanto recuperé el equilibrio, como un

autómata. Sabía lo que hacer. Sabía que ni a ella ni a mí nos dolería, que en el fondo Azahara se esperaba esto. Que lo disfrutaba tanto como yo.

Pasión.

Por eso no se sorprendió cuando me acerqué a ella, la cogí de los hombros y la empujé contra la pared. Su cuerpo rebotó contra las baldosas y después se encogió, como si quisiera hacerse un ovillo.

—No vuelvas a levantarme la voz —murmuré.

Azahara gimió y se llevó una mano a la sien, donde la pared le había golpeado con más fuerza. Entre sollozos y sin mirarme, se quedó sentada en el suelo. Esperé de pie, cruzado de brazos, a que se calmara.

Aún nos quedaban ciento seis minutos juntos.

Me acuclillé a su lado y acerqué una mano a su rostro con cuidado. Le pasé un mechón por detrás de la oreja y dejé que mis dedos acariciaran sus mejillas. Tenía la piel tan suave, tan blanca, tan pura, tan... mía. Hacía demasiado tiempo que no la sentía así.

—Vamos, mi amor, no dejes que la cárcel te vuelva una salvaje. Sólo tienes que aguantar un poco más —murmuré, dibujando una pequeña sonrisa ladeada—. Todo acabará antes de lo que imaginas, te lo prometo.

—No tienes ni idea de lo que dices. —En esa ocasión no hubo rabia en su voz, sólo desaliento—. Las horas ahí dentro son días enteros, Hugo. Sé que el tiempo pasa por Beth porque cada vez es más consciente de lo que está pensando y, si no fuera por ella, yo... —Negó con la cabeza—. No puedo más. Te juro que no puedo más.

—No pienses en eso, amor. Ahora estoy contigo. Sólo estamos tú y yo, ¿entiendes? Disfruta de este momento. Sólo nosotros. Olvida la cárcel, olvida a tus compañeras, olvida a Beth. Olvidalo todo. Todo. Estoy contigo.

Apoyó su mejilla en mi mano y dejó que las lágrimas cayeran sobre ella. Llevaba el pelo mal recortado, las ojeras formaban un surco morado bajo sus ojos y los pómulos estaban más marcados que la última vez que la vi.

—Hugo...

Y luego estaban sus labios, agrietados y rotos, que esperaban abiertos ese encuentro con los míos.

Joder, estaba preciosa.

—Olvídalo todo —repetí—. Estoy contigo, Azahara.

Sus manos buscaron mi rostro y los ojos se le llenaron de lágrimas. Acerqué mis labios a los suyos; llevaba esperando ese beso demasiado tiempo.

Entonces las manos de Azahara rodearon mi cuello y sentí sus uñas clavadas en mi garganta.



Azahara

Podría jurar que, mientras mis manos rodeaban el cuello de Hugo, él sonreía. Jadeaba y apretaba los dientes, arañaba mis muñecas y aferraba con fuerza mis brazos, pero no dejaba de sonreír para sus adentros. Como si estuviera viendo jugar a un niño. Como si le divertiera que, por una vez, me dejara ganar.

Cuando solté su cuello, me di cuenta de que no le había hecho ni un rasguño. Mis manos no eran tan fuertes. Mi voluntad tampoco.

Casi me pareció oír su voz resonando en mi cabeza: «Sé que volverás a intentarlo y sé que no te atreverás a acabar. No eres lo suficientemente fuerte. Tú no le harías daño ni a una mosca, Azahara.

Tampoco me lo harás a mí.

Antes acabarás muerta».

Pero a los ojos de los funcionarios no fui más que una loca lanzándose al cuello de su amante. Ellos sólo vieron a una presa agrediendo a un civil. Sólo vieron una amenaza, un monstruo, una asesina, alguien de quien deshacerse. No me escucharon cuando grité al separarme de él. No vieron cómo Hugo se reía mientras me sacaban de aquella sala. No repararon en mis moratones ni mis heridas. No querían verlas. No querían escucharme. No buscaban explicaciones ni causas.

Dejé de resistirme en cuanto me sacaron de la habitación y Hugo desapareció de mi vista, aunque no dejé de llorar. Ni siquiera cuando me colocaron de nuevo las esposas, mucho más prietas que antes, ni cuando me empujaron para que me pusiera erguida. Uno de ellos hasta tuvo los huevos de bromear:

—Creo que va a ser tu último vis a vis en mucho tiempo, guapa.

Dejé que me arrastraran con ellos y me almacenaran donde quisieran como si no fuera más que carne.

Y, a pesar de todo, lo primero que sentí al oír las puertas cerrarse fue alivio. Agradecí la seguridad que me daban aquellas paredes de hormigón; en aquellos momentos, la sombra de Hugo me daba mucho más miedo que la soledad.

Al menos hasta que recordé a Beth.



Hugo me perseguía en sueños.

A veces estábamos en el piso que alquilamos, con las paredes llenas de humedades y las ventanas siempre abiertas, y donde empezamos a vivir con sólo un sofá y una caja de cartón como mesa. Éramos felices de verdad. En los sueños nunca había gritos o discusiones. En ocasiones estábamos en el parque donde me pidió matrimonio, dormidos en la hamaca de su antiguo porche o encarándonos a nuestros padres, con las manos entrelazadas y el desafío en nuestros ojos. Entonces me giraba hacia él, que sonreía.

Y mis manos volvían a rodearle la garganta.

Veía cómo sus ojos se drenaban de vida y cómo mi corazón empezaba a llenarse de calma. Por fin libre. Por fin, por fin, por fin.

Pero esas pesadillas no eran nada; las peores eran aquellas en las que Hugo me quería.

Me regalaba medias sonrisas y se pasaba la mano por el pelo en un intento por domar los mechones más rebeldes. No había rastro de las ojeras ni de las arrugas que le salieron de tanto fruncir el ceño. En mis sueños todavía tocaba la guitarra en la habitación del fondo y me prometía que el próximo concierto se convertiría en la primera cuna de Beth. Me prometía que cada día las deudas serían menores, que el éxito estaba cerca. Y yo le creía y seguía trabajando en el bar de amanecer en amanecer, porque así le ayudaba a cumplir su sueño. Hugo acercaba su rostro al mío hasta que nuestro aliento era sólo uno. Sus manos me acariciaban las caderas, me erizaban la piel, y sentía que con su abrazo me curaba cada herida, cada golpe.

Me despertaba siempre con el pulso acelerado y lágrimas en los ojos.

Todavía no sabía qué parte de mí necesitaba sanar: si la que quería matarle o la que todavía le amaba.

—¡El desayuno!

Abrí los ojos. La luz de las primeras horas se colaba a través del minúsculo ventanuco de la celda. Sentí una oleada de alivio al ver que había amanecido. Las noches siempre eran peores: el tiempo se frenaba, los gritos al otro lado de la puerta se intensificaban. El eco de los pasos de los funcionarios se tornaba más claro, como las súplicas de los demás internos, las discusiones, las patadas, los golpes, las risas, y el tintineo de las esposas y las llaves.

Por la noche, lo único que me permitía escapar era recordar. Pensar en Beth. Pero después de tres días alejada de ella, empezaba a sentir que incluso en mis sueños estaba atrapada.

Y de nuevo llegaba ese cansancio que me recorría todo el cuerpo, que me vaciaba y me dejaba tirada en el suelo durante horas. No puedo más, no puedo más, *no puedo más*.

Salí de la cama y fui directa hacia la puerta. Tres pasos. Al otro lado, el funcionario dio sólo uno. Abrió la rendija y dejó pasar la bandeja del desayuno. Ni siquiera asomó la mano. Ni siquiera me buscó con la mirada.

—¡Espere! —exclamé con un jadeo. Llevaba tanto tiempo sin hablar con

nadie que no reconocía mi propia voz—. Espere, por favor, necesito saber cómo está mi hija. Beth, se llama Beth. Elisabeth Latorre. Módulo 22. ¿Sabe quién es? ¿Sabe cómo está? Por favor...

La rendija se mantuvo abierta, dejando pasar la luz blanca del pasillo. La sombra de aquel hombre se congeló en el sitio y por un momento creí que me había oído. Que me estaba escuchando, que mis palabras le importaban, que dejaban de ser parte del murmullo continuo de aquel módulo.

Empujó la bandeja un poco más hacia dentro y bajó la rendija.

—¡No, no, espere! —Me puse de rodillas y di un golpe a la puerta; el eco del metal resonó por toda la celda—. ¡Por favor! ¡Por favor, sólo quiero saber si está bien!

Seguí aporreando la puerta hasta destrozarme los puños. Seguí gritando aun sabiendo que los únicos que me escuchaban eran los demás presos. Aun sabiendo que era inútil.

«Esme y Gabi la cuidarán», pensé mientras me hacía un ovillo contra la puerta. Recorrí el chabolo con los ojos en busca de algo que me hiciera sentir viva, algo que hiciera que el tiempo pasara más rápido, que las horas dejaran de arrastrarse.

Había cuatro zancadas de distancia hasta la pared contraria y tres hasta el catre al que se atrevían a llamar cama. Si daba un salto con las manos estiradas podía rozar el techo, plagado de los mismos rasguños que recubrían las paredes de la celda. Dos pasos a la derecha estaba el lavabo que hacía a la vez de ducha y de inodoro. Metálico, gris. Como el uniforme de los funcionarios, como las sábanas, como la mugre de las esquinas, como la bandeja donde me servían un pedazo de pan blanco y dos paquetes de mermelada.

Nada más. Cuatrocientos veintisiete cuadrados. Dieciocho losas en el suelo. No había manera de medir el tiempo que llevaba dentro, pero ese era el tercer desayuno y la fruta que había guardado dos noches atrás se estaba poniendo mala. Quería dársela a Beth cuando saliera. Si salía. Quizá me abrieran en unas horas, quizás en unos días, quizás en un mes; no habían tenido la cortesía de

recordármelo y yo no tenía el coraje suficiente para preguntar. No sabía cuánto tiempo más aguantaría en ese diminuto y oscuro infierno.

Me arrastré hasta el lavabo y me limpié la cara como si así pudiera deshacerme del miedo. Antes de que pudiera frenarlas, las lágrimas se mezclaron con el agua.

Esme tenía razón cuando me aseguró que nada era peor que la celda de aislamiento. Cuando morías al menos podías *sentir* algo. Al menos durante esos últimos instantes de vida te sentías humano, con la adrenalina corriendo por tus venas, la sangre deslizándose por tu piel y el corazón latiéndote con más fuerza, como si quisiera hacerse oír. Cuando te mandaban a uno de los módulos más conflictivos, al menos tenías un compañero que *te veía*. Eras alguien. En cambio, en la celda de aislamiento te transformabas en un número más, en un grito al otro lado de la puerta. En nadie. En nada. Un perro al que sacar a un patio —que ni siquiera merecía llamarse así, puesto que era todavía más pequeño que la celda — una hora al día y sólo hasta que llegara el momento de encerrarlo de nuevo.

Cuando regresara al módulo, le diría a Esme que tanto dolor era soportable si con ello Hugo se alejaba de mí. Aunque fuese mentira.

Lejos de Beth el dolor sólo se intensificaba.



Leire

No dejaría que la cárcel invadiera mi cabeza.

No dejaría que me paralizara.

No dejaría de bailar.

Antes de que empezara con el ballet, pensaba que eso de «bailando se olvida todo» era una tontería, una frase hecha. Pero una parte de mí siempre quiso creer que era cierto, que sólo hacía falta cerrar los ojos y oír la caricia de las primeras notas de una canción para que el resto del mundo desapareciese. Me apunté a la academia aferrada a la idea de que quizás esa tontería de frase fuera real. Necesitaba una forma de escapar de todo lo que me rodeaba, una forma de volver a encontrarme.

A lo tonto, llevaba ya dos años huyendo de la realidad dos veces por semana y el efecto no hacía más que acentuarse: me perdía en los movimientos de cada coreografía como si formaran parte de un sueño.

Mis manos se movían como si fuera un títere invisible.

Me alzaba en el aire como si estuviera hecha de plumas.

Y por un momento, no existía nada más.

—Leire, no quiero meterte presión, pero tengo que cerrar la academia. Tus compañeras ya se han cambiado.

Mi profesora bajó el volumen de la música e hizo tintinear las llaves con la mano libre. Fue como si alguien me hubiera lanzado un vaso de agua fría a la cara.

Me detuve en seco. Desapareció la música y volvió el cansancio y el sueño. Noté el sudor que recorría mi piel y el palpar de mi corazón retumbando por todo mi cuerpo.

—Lo siento, Esther —me disculpé a la par que me limpiaba el sudor de la frente—. ¿No me da tiempo a un último ensayo? Sólo uno más, prometido. Porfa. Estaré fuera todo un mes...

—¿Te vas?

—A la cárcel, ¿no te lo dije? —Vi cómo su rostro palidecía. El mío se ruborizó al imaginar lo que pasaba por su cabeza—. ¡Como voluntaria! Voy como *voluntaria*, Esther.

Su pecho se relajó, pero su mano se mantuvo en el aparato de música.

—Me habías asustado... Conque voluntaria, ¿eh? Vaya, eso es valiente.

Valiente. Valiente, curioso, arriesgado, honrado; eso decían todos. No pensarían lo mismo en unos meses. Tal vez ni siquiera lo pensaban ahora; puede que, en el fondo, fuera una respuesta tan automática como cada «bien» que sigue a un «¿cómo estás?». Mejor llamarte valiente antes que decir lo que pensaban.

Que hay niños en los hospitales que también necesitan voluntarios.

Que esa gente no merece ayuda, que no harían lo mismo por nosotros.

Que te estás poniendo en peligro.

Evité hacer una mueca. Mi profesora siguió con una sonrisa en los labios.

—Entonces, ¿puedo ensayar una última vez? —murmuré.

Ella resopló.

—Vale. Pero sólo una vez, ¿entendido? Que ya deben de estar esperándote en casa.

Me encogí de hombros.

—Que vayan cenando sin mí.

Esther se rio antes de encender el aparato. Ahí estaban las primeras notas de piano dándome la bienvenida de nuevo.

—No tienes remedio, Lei.



Empecé a oír los gritos de mi madre antes de abrir la puerta. Iban dirigidos a Dani, el blanco más fácil, que había optado por quedarse callado y dejar que mamá soltase todos los nervios que acumulaba. Chico listo.

Coco me recibió nada más abrir la puerta, pegando saltitos a mi alrededor como si hiciera años que no lo viera. Ladró para saludarme.

—¡Sssh, *Coco*, no! —Me agaché para ponerme a su altura y el yorkshire respondió dándose la vuelta y dejándome su barriguita a la vista. Ya era demasiado tarde para callarle.

—¿Leire? —Mi madre apareció por el pasillo con el rostro acalorado. En cuanto me vio, sus ojos se volvieron de hierro—. A buenas horas..., la cena lleva en la mesa desde las nueve.

Me aparté un mechón de pelo de la cara con un suspiro.

—Me he entretenido un poco en ballet.

Se cruzó de brazos y, con el ceño fruncido, me sostuvo la mirada. Abrió la boca para añadir algo, pero se detuvo en el último instante. Con un suspiro, me dio la espalda. *Coco* seguía suplicando caricias entre mis tobillos, ajeno a la tensión del ambiente.

—¿No vas a decir nada?

Fue como hablarle a la pared. Me hubiera gustado que me riñera. Que se enfadara de verdad, como antes, dando taconazos en el suelo y manteniendo el

ceño fruncido. Que me hablara otra vez.

En lugar de ir hacia la cocina, la seguí por el pasillo.

—Me voy mañana, mamá —murmuré, esperando que aquel recordatorio sirviera para frenarla. Ella fingió no escucharme—. ¿Vas a seguir sin hablarme?

—No lo sé. ¿Tú vas a seguir fingiendo que no ha pasado nada?

Su voz resonó en el pasillo como si no perteneciera a su cuerpo, que se deslizó a través de la puerta del fondo. Al menos había contestado. Con una puñalada traicionera, pero había hablado.

Llevábamos demasiadas semanas de silencio.

—Mamá... —Llegué hasta ella y me detuve antes de apoyar la mano en el umbral.

—Si se entera la pastoral... —musitó. Sacudió la cabeza. Sus ojos permanecían fijos las puntas de sus zapatos—. Es una locura, Leire.

—Eso ya lo sabía.

—No. No, sabes perfectamente a lo que me refiero. No vas a hacer más que meterte en líos. —Suspiró—. Y aquí ya hemos tenido suficiente.

Era su manera de decirme que estaba cansada de que su hija la decepcionara.

—Voy a acabar de hacer la maleta... —No llegué a darle la espalda del todo.

—Cena primero —dijo ella, inmóvil junto al marco de la puerta—. Dani te está esperando.

Su voz sólo sonó cansada. Ni enfadada, ni dura ni decepcionada, sólo cansada. Asentí, a pesar de que no pudiera verme, y me di la vuelta hacia la entrada.

Cerré la puerta de la cocina a mis espaldas y dejé caer la mochila de ballet al suelo. Ni siquiera eso bastó para despegar a Dani de la televisión.

Ahora tocaba fingir la mejor de mis sonrisas, disfrazarme de hija perfecta y hacerle creer a mi hermano que todo iba bien, dentro y fuera de casa. Que el mundo era un lugar seguro y las madres no podían enfadarse para siempre.

—Eh, canijo, ¿no se suponía que me estabas esperando? —inquirí mientras

señalaba su plato vacío con el mentón.

Él me miró de soslayo.

—Tienes la sopa en el microondas —fue su respuesta. Arrugó la nariz en cuanto le revolví el pelo, haciendo que el flequillo le cayera sobre los ojos. Bajó el volumen de los dibujos animados y se reincorporó en el asiento, con las piernas cruzadas—. ¿Te vas mañana?

—Ajá.

Me senté en la mesa frente a él, a tiempo de verle poner una mueca triste. Dejé la cuchara en el aire y ladeé la cabeza.

—¿Y esa cara, feo? ¿Estás bien? —pregunté.

Él levantó la barbilla e hinchó el pecho, como si eso le hiciera crecer.

—No quiero que vayas a la cárcel, Lei —confesó mientras se deshinchaba como un globo de helio—. Hay gente peligrosa.

Ladeé la cabeza y le miré con ternura.

—Y fuera también.



Azahara

No sé cuántos días pasé en la celda de aislamiento. Había contado los amaneceres, pero el número no coincidía con las bandejas sucias que se acumulaban en una esquina de la habitación. Las sábanas que había utilizado para limpiar seguían empapadas y arrugadas en el suelo. Me pasaba las horas escribiendo cartas invisibles en mi cabeza. Cartas a Gabi y a Esmeralda. Cartas a Hugo. Cartas a Dios. Pero sobre todo, cartas a Beth.

Sobrevivo por ti, nos protejo por ti. Todo esto es por ti. Aguantaré por ti.

El sudor hacía que el flequillo se me pegara a la frente y llevaba tanto tiempo sin fumar que sentía que iba a estallarme la cabeza. Me había hecho heridas en los labios de tanto morderlos y las costras de mis nudillos no dejaban de sangrar; había intentado hacerme oír, pero para los funcionarios no era más que una sombra.

Me estremecí en cuanto abrieron la puerta de la celda, como un perro que sabe que van a zurrarle. Esperé con los ojos cerrados la sacudida del funcionario que me obligaría a erguirme. En su lugar, un carraspeo me hizo levantar la cabeza.

Don Pedro me esperaba en el umbral de la puerta, jugando con las llaves en una mano y pasando el peso de su cuerpo de una pierna a otra. Ver cómo me miraba casi me hizo llorar.

—Don Pedro —murmuré. Mi voz me sonó extraña, ronca—. Es... ¿Toca ya patio? Juraría que...

Él no me dejó hablar:

—Hora de volver al módulo, Azahara.

Me puse de pie con dificultad, tambaleante. Parecía que las paredes de la celda se encogían cada día un poco más.

—¿Es en serio? —Tuve que sujetarme al marco de la puerta para mantenerme erguida. Don Pedro asintió.

—Venga, sal. La niña se muere por verte y no creo que me perdone si llegamos dos minutos tarde.

Casi consiguió arrancarme una sonrisa. Casi.



Estaba tan mareada que tuve que apoyarme en el hombro de don Pedro para no caer, a pesar de los carraspeos y las miradas asesinas que lanzaron los funcionarios al otro lado de la garita. Llevaba tanto tiempo sin ser capaz de dar más de cuatro pasos hacia delante que ahora los pasillos de la cárcel me parecían laberintos. El blanco de las paredes era más potente y el contraste con los colores de los barrotes y los dibujos de las paredes me aturdí. Era demasiado color, demasiada luz. No lo recordaba tan intenso.

Don Pedro no dijo nada mientras me acompañaba de vuelta al módulo. Saludó a los funcionarios que nos cruzábamos con una inclinación de la cabeza y abrió las puertas del módulo 22 sin mirarme. Ahí dentro hacía todavía más calor.

Eché un vistazo a su reloj de muñeca.

—Justo a la hora del patio. ¿Estás bien, Azahara? —Qué ironía de pregunta. A veces me costaba creer que las palabras de don Pedro fueran sinceras—. ¿Quieres que llame a Patricia para que compres algo en el economato?

—Sólo quiero ver a Beth.

El sol de la tarde llenaba el patio; no había ni una sola esquina con sombra. Los muros de hormigón que nos rodeaban sólo aumentaban la sensación de estar atrapadas en el interior de un horno. Un horno con columpios y toboganes, con un par de motos de plástico desperdigadas y el suelo acolchado con piezas de puzle de gomaespuma. En el centro, tirándose por la curva del tobogán sujeta a la mano de Gabi, Beth reía; su risa fue todo lo que necesité para que se rompieran los muros que yo misma había levantado en la celda. Los que me hacían sentir inhumana, vacía, rota. Los que hacían que pasara las horas deseando sentir algo. Con Beth, cada momento era vida.

Llegó al suelo despacio, con cuidado de no caerse de culo. Gabi se agachó para ayudarla a levantarse, sujetando su vientre con una mano. Entonces Beth me vio y, con la sonrisa intacta, alzó la cabecita y se apartó el pelo que le caía por la frente. Las dos diminutas coletas que llevaba se le deshicieron en cuanto trotó en mi dirección. Sus ojitos se achinaron y su sonrisa se agrandó. Extendió los brazos como si pudiera abrazar al mundo.

—¡Mami!

No supe de dónde saqué las fuerzas para ir hacia ella. Me puse de cuclillas frente al tobogán y dejé que me abrazara, que hundiera su pequeño cuerpo en mi pecho y se agarrara a mí como si quisiera llegar hasta mi corazón. Ella no lloraba, sólo reía. Siempre reía. Cuando no miraba, me aparté las lágrimas para evitar preguntas.

—Hola, mi amor. —Tragué saliva y la apreté más contra mí. Cuando se separó, tenía las mejillas todavía más coloradas—. Te he echado mucho de menos.

Cogí su carita entre mis manos, como si quisiera asegurarme de que mi pequeña seguía siendo la niña que había dejado atrás antes de que me encerraran.

La misma piel morena, los mismos rizos castaños y los mismos ojos ámbar que parecían el reflejo de los míos. Esmeralda le había prestado una de sus camisas de tirantes, que ahora arrastraba por el suelo como si fuera un vestido. Iba descalza, como siempre, con las manos y los pies llenos de polvo. Apreté los labios al ver un pequeño moratón en su rodilla.

—¿Y eso, Beth? ¿Te has hecho pupa?

Ella parpadeó y miró hacia abajo. Se metió una mano en la boca mientras señalaba el parque con la otra.

—La niña, que no se está quieta ni un segundo. Igualita que tú, nena.

Giré la cabeza al oír la voz de Esme, que estaba sentada en una esquina del patio con Toni aupado junto a su cadera. Madre e hijo lucían ese moreno que sólo se gana al pasar horas al sol con la ropa pegada a la piel, incapaz de refugiarte. La gitana se puso en pie y dejó al niño en el suelo antes de acercarse a mí, moviendo las caderas con las manos en jarras y una de esas sonrisas que nunca pensé que encontraría en la cárcel.

Fui directa a abrazarla. Hundí la cara en su melena.

—Muchísimas gracias por cuidar de la niña, Esme —murmuré. Sólo cuando se separó para cogerme de los codos me di cuenta del cansancio que arrastraba —. Dime cuánto te debo. Tengo un par de cajas de tabaco en el chabolo, unos zumos o...

Ella le quitó importancia con un movimiento de la mano.

—Venga, amor, no me vengas con tonterías. Tú habrías hecho lo mismo por mi niño. Además, la preñá me ha echado una mano.

Gabi se unió a nosotras y me pasó un brazo por detrás de la espalda. Se encogió de hombros.

—Así cojo práctica.

Sentí un nudo en la garganta al verlas a las dos a mi vera, con Beth abrazándome los talones y el pequeño Toni cantando y riendo a nuestro alrededor. Todo estaba igual que antes, como si el tiempo no hubiera pasado. Los días en el módulo solían ser así: bucles, repeticiones, rutinas. Pero una parte de

mí temía que al volver nada fuera igual. Que Gabi hubiera parido, aunque aún le quedaran un par de meses para salir de cuentas, y en enfermería no hubieran sido capaces de llevarla al hospital a tiempo.

Conocía el miedo de ser madre joven, de verse en un cuerpo demasiado pequeño y débil como para dar vida. El día que Gabi llegó, perdida y sola, le prometí que, si nos lo permitían, estaría cogiéndole de la mano en todo momento. Ni siquiera el padre del niño tendría ese honor. Y Gabi tampoco quería dárselo.

También temía volver al módulo y que Esme se hubiera olvidado de mí, que hubiera decidido que a sus cuarenta y pico años ya era suficiente con cuidar a un crío como para encargarse también de mi hija. Pero, sobre todo, temía volver y que Beth hubiera crecido. Pronto cumpliría los tres años y mi mente se debatía entre querer que pasara el tiempo para acabar con la condena y querer detenerlo para mantenerla a mi lado.

—Eso sí, bonita —dijo Esme mientras me daba una palmada en el brazo—, haznos un favor a todas y no vuelvas a hacer la tontería que te llevó a aislamiento, ¿me oyes? ¿Se puede saber qué se te pasó por la cabeza?

Los recuerdos de aquel vis a vis estaban cada vez más difuminados, como si la rabia y el dolor los hubiera deformado.

—Era... Es Hugo. —Dejé caer los hombros, cansada. Gabi me acarició la espalda.

—Eso ya lo sabíamos. Pero las compis ya estaban diciendo que lo habías matado y que te iban a caer por lo menos diez tacos más.

—Por Dios, no.

—Ya, pero lo harías si tuvieras la oportunidad, ¿o no? —espetó Esmeralda. Adoptaba muy bien el papel de madre del grupo, cuando quería. Después de cinco hijos, experiencia le sobraba—. Te recuerdo que fuiste tú quien aceptó ese vis a vis con él.

—Y parecías bastante ilusionada, de hecho —comentó Gabi.

—¿Y bien? —inquirió Esme—. ¿Qué coño pasó ahí dentro para que te

llevaran a aislamiento? Nos diste un susto de muerte, nena.

Abrí la boca para contestar, pero no encontré ninguna respuesta sincera. No lo sabía. Mi relación con Hugo se basaba siempre en impulsos, en ver quién podía más, quién aguantaba más. Quién quería más, quién dominaba más.

Quizás aquella tarde quise demostrarle que yo también podía dar más de mí. Quizá llevaba con las manos en el gatillo demasiado tiempo y no me atrevía a apretarlo. Quizá tenía miedo. Quizá creía que era un sueño más.

No lo sabía.

Me encogí de hombros. Esmeralda resopló y puso los ojos en blanco, pero no insistió. En el fondo ella también sabía que allí no había secretos, que los rumores corrían todavía más rápido que en la calle, hasta que llegaba un punto en el que no sabías qué era mentira y qué era verdad. Tampoco importaba. Por eso a veces lo mejor era guardar silencio.

—Has tenido suerte, Azahara. —Gabi, Esme y yo nos giramos a la vez hacia la entrada del patio, desde donde don Pedro nos miraba con los brazos cruzados—. Un parte más y podrías despedirte de la escuela de verano. Esta tarde pasarán la lista para apuntarse.

El rostro de Gabi se iluminó como una vela.

—Dios, por fin.

—¿Escuela de verano? —pregunté.

—Unos voluntarios vienen durante el mes a hacer actividades con nosotros, fuera del módulo —contestó Gabi—. El año pasado hasta hicieron una guerra de agua una tarde. Tú estabas, ¿verdad, Esme? Tuvo que ser una pasada.

Por la mueca que hizo don Pedro, supuse que a los funcionarios no les hizo tanta gracia.

—Tú estabas todavía en preventivos —añadió, mirándome—. Ahora tienes la oportunidad de apuntarte, de modo que ya sabes: ni un solo parte más.

—Vamos, don Pedro, si sabe que Azahara es un trocito de pan. —Esme me pellizcó la mejilla como si fuera una niña pequeña—. Y este verano no pienso dejar que os quedéis chapadas en el chabolo, así que más os vale ser buenas,

¿eh?

—Habló la reina del patio —dijo Gabi, poniendo los ojos en blanco. Esme soltó una carcajada.

«No harías daño ni a una mosca —la voz de Hugo retumbó en mi cabeza, intrusa—. No te atreverías. Eres demasiado buena, Azahara. Demasiado buena. Demasiado frágil. Demasiado débil. Yo me encargaré de todo».

La mano de Beth, que estiraba mi camisa, hizo que volviera a la realidad. Me miraba desde abajo, con el rostro acalorado y el pelo revuelto. Señaló el tobogán.

—Ahora voy, cariño.

Eché una última mirada a don Pedro antes de coger la manita de Beth. A pesar de la culpa y del cansancio, tenía que recordar que luchaba por ella. Que todo lo que hacía era por ella. No podía arriesgarme a volver a la celda de aislamiento. No me permitiría pasar ni un sólo día lejos de mi niña.

La cuenta atrás ya era suficiente castigo.

—Seremos buenas, don Pedro. Prometido.



Azahara

Día trescientos ochenta y dos en prisión. Beth tiene dos años y once meses. Es cada día más curiosa, como su madre, y cada día más preciosa, como su padre. Ahora le ha dado por preguntar el porqué de las cosas. Por qué me voy cada mañana o por qué cambia el color de los lápices cuando los mezcla en el papel. Pregunta el nombre de todo, también. Ayer aprendió la palabra «torre». Me llevó hasta los dibujos de las paredes del patio y preguntó por todos ellos. Ciervo. Árbol. Oso. Arcoíris. Pero no pregunta ni por su padre ni por sus abuelos. Después de todo, ellos tampoco preguntan por ella. Sólo somos nosotras dos. Siempre seremos nosotras dos.

También aprendió la palabra «concertina». Y todavía no recuerda haber visto nunca un árbol de verdad. Era demasiado pequeña... Para Beth la calle no existe. Y quizás es lo mejor. Quizás así no le duele todo lo que he tenido que quitarle.

También está aprendiendo a vestirse sola, aunque sigue necesitando mi ayuda porque acaba metiéndose las mangas por la cabeza. El otro día probó el melocotón y le encantó. Últimamente me pide más, pero no sé cómo decirle que no puedo dárselo. No depende de mí...

Si fuera por mí, Beth probaría cada día una fruta distinta, pasearía por los

parques y se revolcaría por el césped. Se llenaría las manos de pintura y no de polvo. La llevaría con vestidos largos y camisas de Ladybug, su serie favorita. Le compraría cuentos que leerle cada noche para no tener que inventármelos siempre; cada vez me cuesta más buscar finales felices.

Pero esta es toda la vida que puedo darle.

—¡Recuento!

Los golpes hicieron que me sobresaltara y que Beth se removiera en su cuna. Antes de que me diera tiempo a incorporarme, el funcionario ya estaba dentro del chabolo. Echó una mirada a la habitación, apartando la puerta con tanta fuerza que arrastró uno de los juguetes de Beth por el suelo. El ruido hizo que la pequeña comenzara a llorar.

—¿Despierta tan temprano?

No era don Pedro quien llevaba el recuento, sino don Francisco, conocido por ser uno de esos funcionarios con los que era mejor no cruzarse. Me miró con los ojos entrecerrados, cargado de sospecha, como si acabara de descubrirme rompiendo los barrotes de la ventana.

—Estaba escribiendo —expliqué. El manojito de papeles, la mayoría instancias que utilizaba como diario, descansaba con inocencia sobre la mesa.

—Ya. —Don Francisco levantó el portapapeles y tachó nuestro nombre de la lista—. Haz el favor de callar a la cría.

«Si está así es por su culpa», pensé. Pero me contuve. Saqué a Beth de la cuna y la mecí en mis brazos hasta que se calmó. Ella se aferró con fuerza a mi camisa y hundió la carita en mi pecho.

El portazo hizo eco en el chabolo; Beth se estremeció en mis brazos y volvió a llorar. Le di un beso en la frente, sin dejar de mecerla.

—Tranquila, mi amor, ya está...

Aun con la puerta cerrada, la voz de don Francisco y los golpes en las celdas continuas se hicieron oír por encima de mis palabras. El bullicio propio de las primeras horas de la mañana se intensificó.

Las mujeres del módulo de madres teníamos media hora para lavarnos en un diminuto plato de ducha, en la esquina de la habitación, con un ojo en el gel que esperábamos que nadie hubiera robado y otro en el niño que nos miraba desde el suelo. Luego tocaba alimentarlo con la leche del economato —aunque muchas tenían la suerte de que sus niños seguían mamando y podían permitirse el lujo de gastar dinero en otras cosas— que nos traían la tarde anterior y que debía bastar para darle de comer durante veinticuatro horas. No era de extrañar que la mayoría de nosotras aprovechara el desayuno y la comida para llenarse las manos de sobras. Solía rezar para que aquel día la leche no estuviera pasada; si Beth se ponía enferma, no habría ningún pediatra que la viera.

Salí de la ducha y fui directa a por la leche del día anterior. Empezaba la carrera a contrarreloj de todas las mañanas: vestir a la niña primero, con el pelo goteando y encharcando el suelo; darle la leche, animándola a beber, e ignorándola o tratando de hacerla reír cuando me pidiera algo más; llenarla de besos; oír su risa; recoger sus juguetes; vestirme; hacer la cama; cogerla en brazos; salir de la celda; saludar a las internas que cruzaban el pasillo con los bebés en brazos o los bombos al descubierto, y acelerar el paso. Era un milagro si después de media hora llegaba al desayuno. Así diferenciábamos a las recién llegadas de las veteranas: nosotras sabíamos cómo ser más ágiles, cómo llegar a tiempo... Y, en los peores casos, sabíamos cómo hacer que nuestros hijos no notaran nada cuando pasábamos días sin desayunar.

Bajé a la guardería, junto a la entrada. Una de las funcionarias esperaba en el umbral de la puerta y seguía a los niños con la mirada. A través de los barrotes se veía una sala con las paredes verdes y el suelo de colores, repleta de muebles de plástico y un par de juguetes. No les llegaba la luz del sol; los niños crecían bajo el foco azul y frío de las lámparas.

Aquella mañana caí en la cuenta de que Beth parecía la mayor de los niños. Toni todavía gateaba. A Miguel no le habían salido los dientes. Y todo el mundo sabía que Saray sólo tenía unos meses menos que Beth. Sentí un nudo en el estómago con el abrazo de despedida de aquel día.

La puerta se cerró tras ella. Trescientos ochenta y dos días y todavía me dolía verla a través de las rejas.



Admiraba a la funcionaria que se encargaba de los talleres por su capacidad para seguir dando clase a pesar de las interrupciones, los murmullos y las risas. Desde mi mesa, apreté los puños y me centré en la voz de doña Ángeles, pero no conseguía ignorar el barullo. Eran peores que los mosquitos que te zumbaban en el oído noche tras noche.

—¿Queréis callaros? —espeté, apoyando el brazo en el respaldo de la silla para girarme—. Joder, se supone que si estáis en los talleres es para hacer algo de provecho.

El brote de voces se cortó en seco, pero enseguida le siguieron las miradas asesinas. Noté la mano de Gabi en mi hombro.

—Pasa de ellas, Aza. —Respiró hondo y me dedicó una sonrisa, sin atreverse a mirar atrás—. Llevan meses así. Si no han cambiado hasta ahora, no van a cambiar hoy.

Las chicas rieron y siguieron hablando en el mismo momento en el que me di la vuelta, no sin antes despedirse de mí con un «¡puta!».

—Por cosas más suaves me han puesto partes, joder. —Me crucé de brazos y me dejé resbalar por la silla.

Estábamos en una de las clases más pequeñas del módulo, con el mismo mobiliario que debían usar los alumnos de primaria y ni un mísero ventilador para librarnos del calor. Las ventanas estaban abiertas de par en par, de cara al patio, pero a través de las rejas no corría el aire. Aún me preguntaba cómo Gabi podía soportar un embarazo así. Aunque ella ya lo había repetido muchas veces: todo era más soportable que pasar otro día en el módulo 17. No quería imaginar

las desgracias por las que habría pasado para pensar así.

Ahora estaba mucho menos cansada y mucho más hinchada que el día que llegó. Mucho más animada y mucho menos desesperada. El pelo, lacio y oscuro, le caía a ambos lados de la cara y por encima del pecho, como hojas de sauce. Me dio un apretón suave en el brazo antes de volver la cabeza al frente. Entonces empezó a acariciar su vientre, casi inconscientemente, con la mirada fija en la pizarra. Sus dedos parecían bailar sobre la tela, gráciles, suaves.

—Tengáis la edad que tengáis, vuestro cuerpo es mucho más joven que vosotras. —Aquella frase me hizo girar de nuevo hacia la pizarra. La profesora estaba deshaciendo el dibujo de una célula con el borrador, casi a golpes, provocando que el polvo de tiza se levantara como si fuera niebla—. Ya hemos visto que las células también mueren. Las células de nuestro cuerpo, nuestra piel, nuestro pelo y cada uno de nuestros órganos no son la excepción. Se cree que la edad media de las células es de unos siete a diez años, pero están constantemente renovándose.

—¿Eso es que cada diez años tenemos un cuerpo nuevo, profe? —preguntó Vanesa desde su asiento en la primera fila.

—Algo así.

A mi lado, Gabi trazó una sonrisa.

—Si Esme estuviera aquí —murmuró—, sería la primera en quejarse.

—¿Por?

Su sonrisa se transformó en una pequeña carcajada que hizo temblar todo su cuerpo.

—Oh, venga ya. —Puso los ojos en blanco—. ¿No te la imaginas? «Dios de mi vida, si se me va a renovar la piel, ya se me podría quedar como nueva de verdad».

Sacudí la cabeza, incapaz de sonreír. Gabi había clavado la voz potente de Esme, con acento incluido. Casi me la pude imaginar a nuestro lado, con el pelo recogido en un moño, los pantalones arremangados y la barriga al aire, abanicándose con la palma de su mano.

La funcionaria siguió la clase y las pocas internas que atendían se inclinaron sobre los pupitres para anotar las funciones de la célula. Cogí el lápiz, pero mi mente vagaba mucho más lejos.

No podía dejar de darle vueltas a aquella idea.

Dentro de siete años, mi cuerpo ya no será mi cuerpo, mis células serán otras. Será un cuerpo nuevo, una copia, un fantasma de quien soy hoy. La piel que me contiene se renovará. Sólo tengo que esperar siete años. Aunque quizá la cuenta atrás ha empezado mucho antes.

Quiero que el tiempo pase rápido y también quiero detenerlo. Quiero que Beth permanezca a mi lado y quiero reunirme con Hugo, fingir que nada de esto ha pasado. Que no hemos cambiado, que no nos hemos hecho daño, que todo está bien. Quiero volver atrás. Quiero congelar este segundo. Quiero correr al mañana.

Quiero romper los días del calendario para que pasen cinco años, diez meses y catorce días hasta que este cuerpo deje de ser el mismo que utilizaste. Hasta que estas manos dejen de ser las mismas que llenaste de sangre.

Pero estoy cansada de contar. De contar hacia delante los días aquí y hacia atrás los días con Beth. De contar las veces que te he perdonado y las veces que el dolor me ha hecho odiarte. Estoy cansada de esconder estas cartas y no ser capaz de mandártelas por miedo a que sea lo último que escriba.

Estoy cansada de contar, porque no habrá tiempo suficiente para borrar las pesadillas que me regalaste.

Sonó el timbre que avisaba del fin de la clase y las chicas de atrás se levantaron sin esperar a que la profesora acabara. Me quedé mirando el papel, buscando las palabras que aún seguían atravesándome el alma.

—Aza, ¿todo bien? —Gabi me rozó el hombro. Me sobresalté.

Arranqué la última hoja de la libreta y la arrugué en mi mano, como si pudiera deshacer lo escrito. En la cárcel, los secretos se venden y el silencio salva.

—Todo bien —mentí. Como siempre.



Leire

No fui consciente de que estaba en la cárcel hasta que pasé la tercera barrera de control. Antes de eso, mi cerebro intentaba engañarme con la excusa de que no había nada que lo diferenciara de una escuela infantil. A excepción de los barrotes pintados de azul y de verde, a excepción de los espacios cerrados, del tremendo silencio de la entrada, de la sensación de que en cualquier momento el techo se caería sobre nuestras cabezas.

Por lo demás, todo era... distinto. No había pasillos oscuros de paredes grises y puertas metálicas, sino pasillos blancos de paredes granuladas, con ventanas amplias y rejas gruesas. No había presos arrastrando las cadenas, sólo funcionarios yendo y viniendo, a veces acompañados de personas vestidas de calle. ¿Familiares, quizás? ¿O internos?

Entendí enseguida por qué Juanjo, el cura que nos acompañaba de parte de la pastoral, había insistido tanto en llegar puntuales: los controles parecían no acabar nunca. Tuvimos que cruzar dos edificios enteros, pasar por tres detectores de metales y despedirnos de nuestros DNI hasta que por fin entramos en el

edificio central. O lo que yo supuse que era el edificio central. El bloque parecía estar en el centro de la prisión, rodeado de muros, concertinas y más edificios. La entrada, por su parte, estaba formada por un pequeño patio de arena y una inscripción en la pared que rezaba: «CENTRO PENITENCIARIO DE ORDANA».

Nos quedamos esperando en silencio. Diez voluntarios en total.

Diez locos, dirían.

De esos diez, algunos estudiaban Derecho; la mayoría, Trabajo Social. Algunos lo hacían porque sabían que nadie más lo haría, porque querían tender la mano a los que la sociedad daba la espalda. Otros, por curiosidad.

Pero la curiosidad no era suficiente para comprometerte con algo tan grande. La curiosidad te hacía pasar de refilón por la carretera que daba a la prisión, no cruzar sus puertas.

Tenía que dejar de mentirme a mí misma.

No quise entrar en la cárcel por curiosidad. Aunque me doliera admitirlo, no quise ser voluntaria para ayudar a los presos.

Lo hice por mí.

Rodeada de gente con tan buena voluntad, me sentía una farsante.

—No lo eres —susurró Helena mientras esperábamos a que nos abrieran—. Llevas hablando de este voluntariado desde hace meses, ¿recuerdas? Si lo que te moviera fuera puro morbo, te hubiera bastado con buscar vídeos turbios en YouTube.

—Lo hice. —Noté cómo el rubor me ardía en las mejillas—. Quiero decir, no busqué vídeos *turbios* exactamente, pero quería hacerme una idea de cómo era, ¿sabes?

—Pues eso ya lo sabes. Imágenes de Google. Documentales. Libros. *Orange is the New Black*. Todo eso ya lo tienes. Y, sin embargo, estás aquí. No eres ninguna farsante, Leire, y no entiendo por qué te molesta tanto admitir que quieres ayudar.

Suspiré.

—Es que... Mira a toda esa gente, Helen. A Alicia, a Fran, a Miguel. Se han

cruzado media España para venir y tienen unas ganas tremendas de empezar con la escuela. Parecen tan..., tan buenos.

—Ah, claro, y luego estamos tú y yo, ¿no? —Rio y sacudió la cabeza—. Vamos, Lei, no seas tonta. Aquí nadie es Teresa de Calcuta.

—Pero no tienen miedo —insistí—. Y yo...

—Tú ya estás haciendo mucho formando parte de esto, Leire, y lo sabes. — Su voz se volvió más sombría, más grave—. Nadie te exige que no tengas miedo. Nadie te lo exigiría si supiera...

La puerta principal emitió un fuerte clac antes de correrse a un lado, justo al mismo tiempo en el que cerraban la que quedaba a nuestras espaldas. Un funcionario salió del edificio con los brazos cruzados por delante del pecho. Nos miraba con los ojos entrecerrados y los labios fruncidos, como si esperara que fuéramos a saltarle al cuello. Tenía el uniforme desgastado, el cuerpo robusto, la frente perlada de sudor y el típico bigote inglés. Hubiera sido el arquetipo perfecto de poli de no ser por sus ojos, tan azules, claros y fríos que parecían hechos de cristal. Carraspeó para hacerse oír.

—¿Sois del grupo de voluntarios?

Juanjo se adelantó un paso, sobresaliendo entre el resto de jóvenes. Debía tener la misma edad que el funcionario, pero a su lado parecía empequeñecerse. Juanjo era más alto y delgado, con las primeras arrugas marcándose alrededor de sus ojos de tanto reír, no en su entrecejo de tanto fruncirlo. Se colocó las gafas y estiró el brazo para saludar.

—Exacto. Soy Juanjo Arias, el encargado de...

—Francisco —cortó él, presentándose—. Ahora, si hacen el favor de acompañarme por aquí...

Se dio media vuelta, dejando la mano de Juanjo en el aire.

Le seguimos, torciendo por miles de pasillos exactamente iguales, oyendo cómo las puertas de metal macizo se cerraban tras nuestras espaldas, esperando en cada control a que el funcionario que había tras los cristales tintados nos dejara pasar. Había pasillos en los que llegaba la luz y pasillos en los que no.

Todas las ventanas tenían rejas. La pintura de las paredes se caía a trozos. Francisco ni siquiera saludaba a los hombres que nos encontramos trabajando por el recinto, limpiando o arrastrando carritos.

—¿Y se supone que mañana tendremos que venir aquí por nuestra cuenta? —preguntó Helena en un susurro. Se abanicaba inútilmente con la mano en un intento de aliviar el calor.

Me encogí de hombros.

El funcionario se detuvo frente a la puerta de uno de los módulos y esperó a que nos abrieran desde dentro. No me dio tiempo a echar un vistazo alrededor; una vez cruzamos la puerta nos hizo entrar en la sala de la derecha de uno en uno, sin que nadie se desviara.

Una brisa de aire fresco nos sacudió nada más entrar y por primera vez sentí que tenía algo más de espacio para respirar.

El auditorio era enorme, por lo menos comparado con los demás lugares. De nuevo, me dio la sensación de haber regresado a la escuela: las mismas butacas raídas, el mismo escenario de madera, las mismas cortinas rojas a los lados, la misma pared con la pintura granate cayéndose a trozos.

La diferencia era que las butacas las estaban ocupando presos, no niños.

Criminales.

No me atreví a mirarles, ni siquiera cuando empezaron a pasar por detrás de nosotros.

—Todavía quedan un par de módulos por llegar —anunció Francisco, cruzándose de brazos frente a la puerta—. Podéis esperarles en el escenario si queréis.

Juanjo asintió y se giró hacia nosotros, con la sonrisa y el entusiasmo intactos.

—Vamos, chicos. Coged la guitarra.



Azahara

Esme me dio una palmada en los hombros desde atrás, haciendo que me sobresaltara. Bajé los pies de la butaca de delante.

—Chiquilla, tranquila, que aún están entrando —dijo ella entre risas. Se había recogido el pelo en un moño y tenía el escote y la cara plagada de gotitas de agua.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Gabi, volviéndose también hacia la fila de atrás.

—Me han dejado ir al baño aprovechando que todavía faltan el 26 y el 17. Jesús, no sabes lo que se agradece mojarse un poco con *esta* calor.

—¿Aún no los han sacado de los módulos? —resoplé, aunque en el fondo no me sorprendía—. Tendríamos que haber empezado hace una hora.

Esme se rio.

—Mírate qué mona, creyendo que a los funcionarios les importa un pepino ser puntuales. —Sacudió la cabeza—. Cómo se nota que es tu primera escuela.

Volví la vista al frente, igual que Gabi. Estábamos las tres en una de las primeras filas del auditorio, creyendo que enseguida se llenaría. Me equivocaba. Por ahora sólo estábamos el módulo 22, el 21 y unos cuantos del 23, a los que Esme había saludado al entrar, haciendo que toda la sala retumbase con su voz.

Gabi, en cambio, tenía el cuerpo tenso y se acariciaba el pelo para distraerse. Sus ojos miraban de un lado para otro, furtivos, con miedo a encontrarse con él. O con ellos.

Cogí una de sus manos entre las mías.

—Tranquila —murmuré—. No habrán traído a los de ese módulo. Ahí tienen internos en primer grado.

Ella levantó las comisuras de los labios, pero su sonrisa desapareció al instante.

—Pero sí que van a traer a las del 17.

—No es lo mismo. Ellas... —Me mordí la lengua, sin saber cómo continuar—. Quizás han cambiado, Gabi.

Levantó una ceja, perspicaz.

—A veces se te olvida dónde estamos, Aza. Esto de reformatorio tiene lo mismo que tú y yo de santas.

Apartó la mirada y la paseó por su vientre, por el escenario vacío, por las zapatillas que le venían grandes y se balanceaban en sus puntas. Verla tan segura de sus palabras me provocó un nudo en la garganta.

Gabi era una niña, o lo hubiera sido si no estuviera en la cárcel. Tenía veinte años, la piel suave, los ojos grandes y los labios rosados como cuando tenía quince. No había nada en ella que te hiciera pensar en alguien cruel, malvado o capaz de hacer daño. Sólo había que ver cómo sostenía mi mano entre la suya mientras que la otra estaba siempre puesta sobre su bebé.

Pero estábamos en la cárcel. Todo lo que yo pensara no eran más que mentiras.

Dolía estar siempre con la guardia en alto, recordando que nada de lo que te dijeran, nada que te demostraran, nada que otros fueran tenía por qué ser real. Aprendías a tener la confianza justa para no sentirte sola, pero no tanta como para sentirte segura.

—Mirad quién viene por ahí —dijo Esmé desde atrás.

El corazón me dio un vuelco. No fueron ni los funcionarios ni los demás

internos los que aparecieron por la puerta, sino los voluntarios.

Debían de tener dos o tres años menos que yo, pero sentía que estábamos a años luz de distancia. Ellos eran libres. Estaba segura de que su piel estaba libre de heridas y costras.

El que parecía el cabecilla, vestido con una camisa mucho más ancha que él y unos vaqueros, no paraba de comprobar el reloj. No me extrañaba: más de la mitad de la sala estaba desierta y en total no llegaríamos a los veinte presos. Todos esparcidos entre las butacas, diseminados, a salvo en sus propios grupos.

Unos pocos voluntarios se atrevieron a separarse del resto y se sentaron en la primera fila. Seguían sin echar la mirada atrás, aunque de vez en cuando se giraban al oír el murmullo de los internos. El jefe cogió una de las guitarras y se sentó sobre el escenario, balanceando los pies.

—¿Van a tocar? —pregunté, y sonreí como una tonta. Esme rio.

—Sí. No se puede comparar con el arte de algunos de los de aquí, pero es lo que hay. Si quieres, luego le pedimos a Ramón que saque la caja.

Me contuve para no preguntar quién narices era Ramón. Esme llevaba tanto tiempo dentro —nadie sabía exactamente cuántos años— que parecía conocerse cada preso, cada rumor y cada funcionario. Era la enciclopedia de la cárcel. El año pasado hizo un curso de ofimática y ahora se estaba preparando uno de maquillaje, y era la única mujer que había rotado por todos los destinos: panadería, cocina, economato, limpieza y peluquería. O eso decían. Por decir, se decía que hasta sabía los tacos y las culpas de cada uno. Ella no afirmaba ni desmentía nada.

—Ha llegado el 17 —murmuró Gabi mientras apretaba mi brazo.

Un grupo de mujeres entró al auditorio, la mayoría con los pantalones cortos arremangados y camisas de tirantes. A todas les cambió la expresión cuando notaron la sombra y el fresco que dominaban la sala.

Una de ellas se adelantó a las demás y empezó a descender por las escaleras hacia las primeras filas con las manos en los bolsillos. Tenía el flequillo pegado a la frente por el sudor, como yo, aunque llevaba el pelo mucho más corto. Alzó la

vista y sus ojos centellearon al encontrarse con los de Gabi.

Esta se dio la vuelta de inmediato y se acomodó en el asiento. Tenía los labios fruncidos.

—Marina —susurró. La susodicha se sentó unas filas más atrás, seguida de otras dos mujeres. No dejaba de sonreír.

—¿Es ella quien...?

Antes de que pudiera acabar la pregunta, unas palmadas hicieron eco en el auditorio. Todas las miradas se dirigieron hacia el escenario, donde el jefe de los voluntarios permanecía sentado, con las piernas cruzadas y una guitarra acústica entre los brazos. Había dos chicas a su lado: una que tenía las mejillas coloradas como una fresa y cuyos rubios tirabuzones le caían sobre la blusa blanca, y otra con un vestido que le tapaba del cuello a los tobillos y que se balanceaba sobre el bordillo con una sonrisa.

La luz de un débil foco les señalaba directamente a ellos, pero ni siquiera sus siseos ayudaron a callar a los internos, que seguían entrando en el auditorio en pequeños grupos. Don Francisco vigilaba todo desde la entrada con los brazos cruzados. Se me puso la piel de gallina.

—¡Buenos días a todos! —saludó el jefe de los voluntarios con una sonrisa—. Siento mucho el retraso. ¿Os parece si empezamos la mañana con una pequeña oración?

A su lado, la chica de los tirabuzones carraspeó.

—¿Van a cantar? —pregunté, sin ser capaz de dejar de mirarlos. Gabi sonrió.

—*Vamos* a cantar.

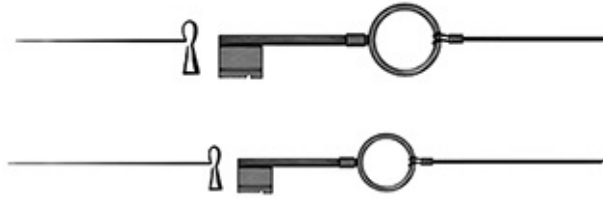
Quizá no lo dijo conscientemente. Quizá para ella sólo fue un hecho más: «vamos a cantar», igual que, como siempre, íbamos a comer o a dormir o a hablar. Pero a mí me dio la sensación de que era la primera vez que compartía la voz con alguien de la calle.

Y cuando el resto de los voluntarios se levantó de sus asientos, nada más empezar a tocar los primeros acordes, y se volvieron hacia nosotros con las

manos en el aire para animarnos a acompañarlos, sentí que aquello era más que una canción. Más que una oración.

Llevaba más de un año en la cárcel y esa era la primera vez que mi voz valía lo mismo que las suyas.

Fue la primera vez que alguien quiso escucharla.



Septiembre

Antes de esa primera conversación, de que naciera esa llama de curiosidad.
Antes de la primera sonrisa y el primer ladrillo que cayó del muro.

Me hubiera gustado que alguien me advirtiera.

De que una bailarina que se balanceaba al caminar como si estuviera danzando sobre el escenario y una reclusa que soñaba con escribir, y tal vez lograr de esa forma ser escuchada, iban a cruzarse entre las rejas.

De que yo confundiría mis deseos de proteger y mantener a Beth a mi lado con conservarla también a ella, y de que ella buscaría perdonarse perdonando a presos sin culpa.

Eligió mal.

Elegimos mal.

Y quiero pensar que, de algún modo, eso fue el principio de todo.

Que en otoño volverá el frío, pero que esta vez no dejaré que llegue a mi piel.

Tampoco a la suya.



Azahara

Vernos a todos sentados en círculo me incomodaba.

Me recordaba demasiado a esas reuniones a las que fuimos Hugo y yo, hace un par de años, pensando que de alguna forma podríamos dejar de culparnos. Al terminar cada reunión, él se marchaba de fiesta por los barrios del Carmen y yo me quedaba en casa. A salvo, a salvo, a salvo. No duramos más de dos semanas. Aquí la sensación era la misma.

Ahora sólo me sentía juzgada.

Las miradas de miedo primero, de pena después, me hacían sentir como un animal enjaulado.

Al primer grupo nos tocó el taller que llevaban Juanjo y Leire, la chica rubia que había cantado en el escenario y parecía sacada de uno de los cuentos de Beth. Preguntaron si queríamos algo del economato y pasaron lista. Esmeralda Díaz, Gabriela Giner, Azahara Rubio; módulo 22. Sonia Fuentes; módulo 18. Marina León, Raquel Rodrigo; módulo 17. Gabi tensó la mandíbula y arrugó con fuerza la punta de su vestido al escuchar el nombre de las dos últimas.

En los meses que llevaba encerrada había visto mil y una mujeres como Marina y Raquel: ambas con los pómulos marcados, el ceño fruncido y los brazos cruzados en señal defensiva. Marina llevaba el pelo oscuro a la altura de

los hombros, recortado por unas tijeras inexpertas que le habían provocado trasquilones. Raquel, en cambio, había optado por llevar el pelo rapado y ahorrarse el calor. Las dos eran expertas actrices y supervivientes: ni siquiera ablandaban la mirada cuando se dirigían a los voluntarios. Si se mostraban como rocas, la gente pensaría que realmente lo eran. Que su piel no sangraba y que su culpa no existía.

Quizás era esa la razón por la que Gabi se sentía tan incómoda: eran demasiado opacas.

Aunque también tenía bastante que ver con que fueran sus antiguas compañeras de módulo. No debió de sentarles muy bien que Gabi se marchara.

—Venga, chicas, ¿empezamos?

Juanjo ayudó a la mujer del 18 a sentarse a su lado, lánguida, como si hubiera ganado ochenta años más de condena.

Sonia era una mujer no mucho mayor que nosotras, aunque el paso de los daños había dejado marcas en su pálida piel, en las venas que recorrían sus escuálidos brazos y en las ojeras que ocupaban casi todo su rostro. Permanecía encorvada y miraba al suelo. Parecía extenuada. Su voz al presentarse fue sólo un susurro.

Leire se revolvió en su silla y carraspeó antes de abrir la Biblia que mantenía sobre los muslos. Juanjo le echó una mirada de ánimo para que comenzara.

—Bueno..., voy a leer un fragmento de la palabra de Dios para empezar, ¿vale? —La voz temblorosa de Leire inundó la sala, pero en mi cabeza no hacía eco.

No necesitaba que me hablaran del Dios al que rezaba cada mañana para que me diera fuerzas. No necesitaba que me encerraran en una habitación con presos que no conocía, presos en los que no podía confiar. La soledad era más segura.

Pero una parte de mí tenía la esperanza de que este contacto con la gente de la calle me abriera las puertas a una nueva oportunidad de salvar a Beth. De mantenerla conmigo, de marcharnos las dos. Algo.

Ellos podrían intervenir. Podrían hablarle de mi buen comportamiento a los funcionarios y así dejarían de fingir que yo no existía, que no era más que un expediente sin cara.

—«... es tan inmenso como el cielo sobre la tierra. Dios se ha llevado nuestros pecados tan lejos de nosotros como lejos están Oriente y Occidente». Salmos, 103.

Sólo las últimas frases llegaron a mis oídos.

En el aula se hizo el silencio. Se oían risas a través de la ventana — procedente del grupo de internos a los que les tocaba la actividad de teatro en el patio— y el ventilador zumbaba en una esquina.

No supe si las demás estaban calladas porque estaban incómodas o aburridas, o porque necesitaban un momento para asimilar lo que decían aquellas palabras.

Yo sólo quería creer que eran ciertas.

Juanjo carraspeó.

—He elegido este fragmento con mucho cariño —dijo, y cogió con cuidado el libro de las manos de Leire— precisamente porque habla de la naturaleza propia de Dios, de su capacidad para perdonarnos. Y creo que es algo que todos los presentes podemos aplicar en nuestras vidas. Creo que nadie en la Tierra acaba de creerse que exista alguien capaz de perdonar hasta lo que nosotros mismos somos incapaces de perdonarnos. Alguien con un corazón puro, que perdona sin condiciones, sin medias tintas y sin rencor. Increíble, ¿verdad? Seguro que no habéis encontrado muchas personas así. —Las que no tenían la cabeza gacha terminaron por encorvarse—. Pero Dios nos recuerda que siempre está ahí, que nos quiso y nos perdonó antes incluso de que pecáramos. Que no ha dejado nunca de tendernos la mano.

La risa seca de Marina le interrumpió.

—Oh, venga ya, lo que nos faltaba por escuchar. —Se cruzó de brazos, se hundió más en el asiento y estiró las piernas hacia el centro del círculo. A su lado, Raquel contuvo una carcajada—. El señor barbudo de arriba nos perdona.

Qué maravilla. ¿Va a perdonar también a la psicópata que mató a su hijo? — Señaló a Sonia con el mentón, que no hizo más que encogerse, agachándose hasta que su pelo empezó a rozarle las rodillas.

—Marina, no estamos aquí para... —empezó Juanjo, pero la voz ronca y grave de Sonia le cortó:

—Tiene razón —murmuró. Clavó las uñas en sus rodillas y se balanceó hacia delante, como si de esa forma consiguiera poner fin a sus temblores—. Mi hijo... Yo...

Antes de que pudiera terminar la frase, el llanto rompió su garganta. Aun así, la cantidad de fármacos que llevaba en el cuerpo no permitían siquiera que sus gemidos se oyeran. Hasta llorar le suponía un esfuerzo, pero ya no había nada que la contuviera.

Juanjo se levantó de inmediato y alargó las manos hacia la mujer sin llegar a tocarla. La otra voluntaria se quedó clavada en el asiento, pálida como un cadáver.

—Su hijo se está pudriendo bajo tierra por su puta culpa. ¿Eso se lo va perdonar también, *profe*? —siguió Marina, que puso los ojos en blanco—. Todas las de aquí iremos directas al infierno. Y créame, después de pasar unos cuantos años en este bodrio, no notaremos la diferencia.

—Marina, cierra la puta boca —espetó Gabi a la vez que apretaba la mandíbula. No se atrevió a mirarla.

—Mi hijo..., mi pobre niño... —Sonia siguió balanceándose en su asiento y dejó que las lágrimas le empaparan el rostro. Sus ojos parecían vacíos, como si estuviera viendo fantasmas. No sabía qué hacer—. Mi hijo no me perdonará nunca. Dios no me perdonará nunca, Dios no...

A mi lado, Esmé me apretó la mano y me lanzó una mirada que parecía suplicar que me mantuviera quieta. Gabi echaba humo. Marina y Raquel reían. Sonia lloraba. La voluntaria parecía ser incapaz de moverse.

Todos los ojos estaban fijos en la presa, así que nadie vio cómo su respiración se aceleraba.

—Tu hijo está con Dios en el cielo, Sonia —la consoló Juanjo, que le colocó una mano sobre el hombro. El simple gesto provocó que toda ella temblara—. Y en el cielo no existe otra opción que no sea perdonarte, ¿lo entiendes? Él ya te ha perdonado. Él siempre te perdonó. Ahora sólo falta que lo hagas tú.

—Esa mierda no sirve para nada —soltó Raquel, hablando por primera vez. Tenía la voz ronca y la piel curtida, los puños llenos de callos.

Sentí que el nudo en mi garganta se hacía más grande.

Se suponía que la escuela de verano iba a ser una simple distracción, no un campo de batalla. En nuestros chabolos no teníamos que enfrentarnos al miedo, a la rabia, a la tensión. En mi módulo estaba a salvo de gente llena de rencor como Marina, y gente llena de odio a sí misma como Sonia. Y esa era la única protección que tenía para no pensar en todo el rencor y el odio que yo misma guardaba.

Nunca había pensado que salir de mi propia prisión me daría tanto miedo.

—Esto se está yendo de madre —susurró Gabi con una voz tan débil que sólo yo pude oírla.

Sonia siguió balanceándose hacia delante y hacia atrás sin dejar de llorar. Juanjo le cogió de los hombros y la animó a levantarse, pero incluso de pie seguía encorvada.

—Sonia, será mejor que te dé el aire. —El cura le tendió el brazo para que se apoyara sobre él, pero Sonia se sacudió como si estuviera endemoniada—. Vamos, te acompañaré a...

Al llanto de la presa se unió el de la voluntaria. Como si el dolor de Sonia la hubiera herido, Leire se llevó las manos a ambos lados de la cara y cerró los ojos con fuerza. Apretaba los dientes, le temblaban las manos. El sudor de su sien hacía mucho que había dejado de ser causa del calor.

Había visto a demasiadas personas como ella haciendo cola en enfermería. A muchos novatos, sobre todo a chicos jóvenes que llegaban a la cárcel por una bronca o un ajuste de cuentas, o a hombres que habían pasado de llevar traje con chaqueta un día a chándales desgastados al siguiente. A gente que de pronto

había perdido todo o que se había cansado de luchar. A gente que sólo quería una pastilla para calmarse.

A gente a la que la culpa les desgarraba, como a Sonia.

Pero nunca a nadie de la calle.

Juanjo le daba la espalda, así que fui la única que vio cómo se levantó del asiento como si este ardiera. Sus ojos se posaron sobre Sonia un último segundo antes de que saliera de la clase con un portazo.

—¡Leire!

Juanjo se quedó clavado en el sitio mientras sostenía a Sonia entre sus brazos. El ruido de la puerta había intensificado su miedo. Se aferraba a la camisa del cura como si fuera lo único que la mantuviera anclada al presente, como si el fantasma de su hijo la persiguiera.

Esme fue la primera en ponerse en pie.

—Está teniendo un ataque, profe —le explicó—. Debería llamar a un funcionario para que la devuelvan a la enfermería. La conocen, lleva en tratamiento por depresión muchos años.

Juanjo seguía con la mirada clavada en la puerta y una mano sujetando la espalda de Sonia. Una parte de él quería correr tras Leire, la otra se mantenía junto a las presas.

—Sí, será lo mejor —aceptó. Tenía el ceño fruncido; no parecía muy convencido—. ¿Azahara? —Pegué un respingo al oír mi nombre—. ¿Puedes avisar al funcionario del área?

Parpadeé.

—¿Y qué pasa con Leire?

La sonrisa en los labios de Juanjo se tambaleó.

—Volverá. Pero será mejor que para entonces estemos más calmados. Vamos a seguir con el taller, ¿os parece? Sólo cinco minutos más. Luego os toca informática en la clase de enfrente.

Marina resopló.

—De puta madre, nos mandan directas al horno. —Raquel se pasó los

brazos por detrás de la cabeza y le rio la gracia, pero nadie más la siguió. Nunca había visto a Esmé y a Gabi tan tensas. Sonia seguía llorando.

Me fui antes de que sus remordimientos acabaran afectándome también a mí. Me había costado demasiado tiempo aprender a que la culpa dejara de doler.

Y yo aún tenía una hija a la que proteger.

Sólo esperaba que ella también me perdonara.



Leire

«No debería estar aquí».

Mis zapatillas hacían eco en el pasillo, como si estuvieran hechas de metal.

Las piernas me pesaban como si fueran plomo.

Pero seguí andando, corriendo, huyendo.

«Eres estúpida, Leire, estúpida —me decía—. Sólo te estás haciendo daño. No eres como ellas. No eres como ellas. No eres...».

Pero la chica que olía a vainilla, la de los vaqueros cortos rasgados, el flequillo torcido y las rodillas llenas de moratones, no aparentaba más de veinte años. La que estaba embarazada llevaba las zapatillas raídas que se habían puesto de moda el verano pasado y tarareaba el último éxito.

Frené en seco delante de las escaleras, con el corazón bombeándome en pecho como si él también hubiera empezado la cuenta atrás hacia el dieciséis de septiembre. A mis espaldas se oían los murmullos de los demás grupos, pero en mi mente aún resonaba el llanto desgarrado de Sonia. Sentía que su culpa me perseguía.

De eso huía. Bajé las escaleras a toda velocidad, como si de verdad pudieran llevarme fuera de prisión. En el piso de abajo tampoco había nadie. Nunca me habría imaginado que la cárcel estuviese tan vacía.

Nunca esperé encontrarme risas y gente agradeciendo tener una pelota con la que entretenerse en aquel patio. No esperaba que todavía pudieran... reír. Soñar. Sentir.

«No eres como ellas. No eres como ellas. No eres como ellas...».

Era sencillo imaginarme meses atrás a aquellos hombres y mujeres compartiendo el bus conmigo, con los cascos puestos o un libro entre las manos. La gente de la calle me asustaba más que ellos.

Pero no eran como yo. No podían serlo.

Tenían que estar fingiendo. Todos.

No eran como yo...

Trastabillé con el último escalón y caí de bruces sobre el suelo. Me dio tiempo a frenar la caída con las manos. Los ojos me ardían por culpa de las lágrimas.

«Estúpida. Leire, ¡eres estúpida!»

Mi madre tenía razón.

Nunca debería haber ido allí.

Me había vestido con una armadura invisible y había fingido que nada de esto me importaba, pero no era cierto; tenía miedo. Ella no estaba en la escuela, aunque sí estuviera en la prisión. Ir a buscarla había sido una locura. No serviría de nada...

«Estúpida. Idiota».

Me sobresaltó oír mi propio llanto como algo ajeno. Al poco tiempo me di cuenta de que no estaba sola. El primer turno había terminado y los grupos pronto cambiarían de talleres. Los pasillos se llenarían de presos; presos que no eran ella y presos que podrían ser yo.

No tenía fuerzas para volver a verlo.

Me puse en pie, me limpié las manos sobre las rodillas y escaneé la planta

baja buscado un lugar seguro donde desaparecer. Echar a correr hacia la salida sería una estupidez; no tardaría en encontrarme con algún funcionario.

Por eso fui directa a los baños.

Cerré la puerta a mis espaldas; rebotó en el marco. En la cárcel no existían las puertas cerradas, a no ser que fueran las de las celdas. Sentí que el olor a alcantarilla me ahogaba. No había luz. No había puertas que ocultaran los agujeros que servían de inodoros. No había cristales ni ventanas ni aire.

Cada vez me quedaba menos aire.

«Baila —me dije—. Baila y todo desaparecerá».

Abrieron la puerta justo cuando me alzaba sobre la punta de los pies.

—¿Leire?

No la había oído entrar. Como si fuera un fantasma, Azahara se mantenía con una mano en la puerta del baño y la otra en el pecho. Di un paso atrás, como si me hubieran tocado con hierro ardiendo.

—Quería beber agua —mentí, con la vista puesta en el grifo. Me pasé una manga por la mejilla para acabar con las lágrimas.

Por la sonrisa de Azahara, supuse que veía mi mentira a kilómetros.

—Pues espero que no hayas bebido del grifo, no es agua potable. En el descanso puedes pedir una botella en el economato si quieres.

Asentí. Esperé a que la interna desapareciera por donde había venido, pero seguía mirándome, inmóvil. Ni siquiera sabía la razón por la que había entrado. ¿No tenía que estar en el grupo con Juanjo y las demás presas?

Apreté la mandíbula.

Seguía ahí, mirándome aterrorizada.

—¿Estás bien? —preguntó con un carraspeo. Dio un paso adelante, pero no se atrevió a entrecerrar la puerta del baño tras ella—. ¿Te hemos asustado?

No pude creer el dolor que se intuía en aquellas palabras. Azahara me miraba como si fuera una niña a la que hubiera que castigar, ocultándose debajo de su flequillo y moviendo la punta de sus deportivas contra el suelo. Si estuviera erguida me sacaría una cabeza, pero el miedo no hacía más que

empequeñecerla.

Miedo. Ella.

—No. —Tragué saliva—. No, tranquila, no ha sido eso. Es sólo que..., que... —Me humedecí los labios. Encima de nosotras se empezó a oír el chirrido de las sillas al deslizarse—. Todo esto me ha afectado más de lo que esperaba. Estar ahí, veros y...

No pude acabar la frase.

Ella ladeó la cabeza y cambió su peso de una pierna a la otra.

—Sonia tiene depresión —explicó a la vez que se cruzaba de brazos—. Por eso ha actuado así. En la enfermería le habrán dado un buen cóctel de pastillas y eso hace que a veces sea un poco... inestable. Es lo normal. Pero no tienes nada que temer, de verdad, no te hará daño. Estoy segura. Ya no queda nada de la mujer que mató a su hijo. Creo que tú también te has dado cuenta.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—No es ella quien me asusta.

—¿Marina? —preguntó—. ¿Raquel, quizá? Les gusta imponerse, ¿verdad?

No respondí. No debería haber dicho nada. Por Dios, había sido una locura simplemente admitir que estaba asustada, admitir que había huido. Si algún interno buscaba una víctima, ahora sabrían perfectamente dónde tenían que buscar.

Azahara me ofrecía una sonrisa tímida, como si quisiera animarme a confiar en ella.

No podía.

No debía.

—¿No tendrías que estar arriba con ellas? —dije en su lugar—. ¿Por qué has venido?

Sus mejillas estaban coloradas. Abrió la boca para contestar, pero una mano golpeó la puerta a su espalda antes de que le diera tiempo a responder nada.

—Ostras, perdona —se disculpó una voz—. ¿Está ocupado?

—No, no, adelante.

Azahara se adelantó y dejó paso a una interna, que se detuvo en seco en cuanto una mano la asió del brazo.

—¡Quieta ahí, Rosa! Se entra de una en una, ¿entendido?

Sentí una oleada de alivio al reconocer la voz.

—Está bien, Helena —dije lo suficientemente alto para que me oyera desde fuera. Fui directa a la puerta—. Soy yo. Estaba acompañando a Azahara, pero ya ha acabado —mentí. Esta me miró de reojo antes de agachar la cabeza—. Te toca informática, ¿sabes dón-de es?

Asintió y tragó saliva.

Helena cambió el brazo de su interna por el mío y esperó a que Azahara desapareciera por el pasillo antes de volverse hacia mí.

—Ahora es cuando me cuentas qué estabas haciendo ahí dentro, Lei —me instó mientras arqueaba una ceja—. ¿Estás bien? ¿Has estado llorando? —Bajé la cabeza. Antes de que me diera cuenta, Helen me tenía entre sus brazos—. Estate tranquila, ¿vale? Está saliendo todo bien. Lo estás haciendo bien, Lei, de verdad.

—¿Has visto a esas personas? ¿Los pasillos, las paredes? No podré sobrevivir a todo esto, Helena. Yo...

—Nadie ha dicho que vayas a tener que hacerlo.

Me separé de ella.

—Helena...

—No puedes adivinar el futuro, ¿me oyes? Has venido aquí pensando que te estás preparando para algo que ni siquiera sabes si va a pasar, pero no. Estás ayudando a toda esa gente. Estás demostrando ser mejor que muchos de los que se quedaron en la calle. ¿No puedes quedarte con eso?

—¿Ayudar? —Sacudí la cabeza—. No he aguantado más de cinco minutos en el aula. En cuanto las cosas han empezado a salir mal, he huido. Como siempre.

—No parecías estar huyendo de la chica esa —dijo, señalando con la cabeza en la dirección que había tomado Azahara—. Y ella tampoco parecía molesta por

verte. Es nuestro primer día, Lei, y estamos haciendo todo lo que podemos. Ellos también lo saben. Con eso es más que suficiente.

Me dio un rápido beso en la frente antes de que la otra interna saliera del baño.

—No te voy a dejar sola. Ni ahora ni en septiembre, ¿me oyes? Pase lo que pase —insistió—, vas a estar a salvo.

Ojalá estuviera tan convencida como ella.



Leire

—Tendrías que haberla visto, se le puso la cara blanca en medio segundo. — Helena le dio un codazo a Alicia por encima de la mesa. Esta le respondió estrechando los ojos e intentando contener la sonrisa—. La pobre se quedó ahí sonriendo al jefe de planta como si nada.

—Te recuerdo que me estaba cogiendo del pelo, no tenía mucho espacio para moverme.

Al otro lado de la mesa, Juanjo le pasó la cesta del pan a Miguel, que se la pasó a Alicia, que se la pasó a Helena, que me la pasó a mí. Estábamos cenando en el patio de la parroquia que nos acogía cada día al volver de la cárcel, justo a tiempo para ver cómo el sol se escondía por detrás de los tejados del pueblo y teñía el cielo de naranja y violeta. Cogí un trozo de pan y dejé que la cesta siguiera pasando de mano en mano.

—Ay, Alicia, sólo a ti se te ocurre empezar una sesión de peluquería en medio del taller —dijo Fran.

—Es que tendrías que haber visto la trenza que llevaba Tatiana, era preciosa.

Yo también quería.

—Taisia, no Tatiana —la corrigió Helena con una sonrisa.

Me pregunté cómo tenían tantas anécdotas, tanta energía, tanta risa. Sentía que el peso de todo lo que había vivido hoy caía sobre mis hombros como un ladrillo. Salir de la cárcel había sido como coger aire después de aguantar la respiración bajo el agua, como si hubieran deshecho un nudo invisible que me aprisionaba el estómago, pero que en parte seguía ahí.

El cielo que estaba mirando no era el mismo que verían los presos; lo único que llegaba a advertirse a través de las ventanas eran muros de hormigón. La noche no les daba colores, no veían la luna, no marcaba el final del día. Era como vivir en un bucle.

—¿Y tú, Leire? —preguntó Juanjo después de limpiarse las comisuras con la servilleta—. ¿Qué impresión te has llevado hoy?

Me encogí de hombros.

—Bueno, he estado meditando muchas cosas.

—¿Alguna conclusión? —Juanjo levantó las cejas como cada vez que animaba a sus alumnos en clase. Su expresión se crispó en cuanto me oyó hablar:

—Que parece que los muros de la cárcel sean para que la gente de fuera no sepa lo que pasa dentro, no al revés. No es como creía.

Bajé la mirada a la cena, repitiendo aquella frase en mi cabeza hasta que perdió su sentido.

—Leire, recuerda que ahí dentro...

—Lo sé, lo sé —le interrumpí—. Sea lo que sea lo que me vayas a decir: lo sé. Sé quién está dentro. Sé que sólo estamos viendo la cara bonita de la cárcel. Pero eso no hace que la otra parte no siga ahí. —Pude ver cómo Helena hacía una mueca ante esa última palabra. «No te metas en líos, Lei», me aconsejaría—. Habéis contado todas esas historias sobre los presos que nos dijeron que no creyéramos, pero nadie ha dicho nada sobre los bichos de los pasillos, o la suciedad de los baños, o sobre cómo los funcionarios ni siquiera se dignan a

mirar a los ojos de los presos cuando hablan... No has dicho nada sobre Sonia —añadí, mirando directamente a Juanjo—. Esa mujer no..., no estaba bien.

Juanjo suspiró y se movió con inquietud en su asiento.

—Sonia estaba con medicación, Leire. Eso es todo.

—Estaba *sedada*. Ni siquiera podía llorar, Juanjo; no tenía fuerzas. —Sacudí la cabeza, intentando apartar su imagen de mi mente. Nunca había visto tanta desesperación dentro de una persona. Tantas ganas de arrancarse la piel y tan poca fuerza para intentarlo.

—Pero, Leire, no sabes por qué está así. Quizás es lo que necesita... —dijo Alicia, cohibida.

—Quizás es lo que los demás necesitan. Que deje de estorbar, ¿no? Unas pastillas de más y ya está.

—Leire —el tono de Juanjo fue firme—, no deberíamos hablar de esto en la mesa. —Carraspeó antes de empezar a cortar la carne de su plato, como si nada hubiera pasado—. ¿Tenéis ya pensadas las actividades de mañana? Miguel, ¿has preparado la canción de entrada?

Y así es como dio el tema por zanjado.

Yo no pude dejar de darle vueltas a la idea de que había crecido pensando que la cárcel nos ponía a salvo, y ahora me daba cuenta de que había tantos criminales como gente con mala suerte. Había madres. Enfermos. Gente sola, gente herida.

Y mientras, en la calle seguían paseando personas que no lo merecían.

«Sólo vemos la cara bonita» recordé. Todo sería más sencillo si lo viera negro, no gris.

Helena, una vez la conversación tomó un rumbo distinto, fue la primera en apretarme la mano por debajo de la mesa.

—Deja de pensar en eso, sólo te haces daño —murmuró—. De todas formas, no vamos a poder cambiar nada. La cárcel funciona y seguirá funcionando así, nos guste o no. No estamos aquí para juzgar, sino para acompañar. Eso es todo.

Asentí despacio, odiando la verdad en sus palabras.
«Eso es todo».



Azahara

Esme cantaba como si con su voz pudiera acabar con el calor que nos asfixiaba. En el patio, el suelo ardía, y ni los moños ni los vientres al viento servían para aliviarnos. Como cada vez que nos sentíamos ahogadas, ella nos cantaba.

Gabi se apoyó en el muro y arqueó la espalda. Por muy cansada que estuviera, sentarse en el suelo le haría un flaco favor.

—Vamos, chiquilla, anímate un poco —dijo Esme, y levantó las manos con un movimiento de muñecas. Gabi se negó con una sonrisa, y la gitana siguió cantando al ritmo de sus palmas:

—Una niña tengo yo rubia como las candela...

—¡La última vez que lo vi Toni era moreno! —Unas voces procedentes del otro lado del patio, donde Claudia y otras dos madres dejaban que los cigarros se marchitaran entre sus dedos, la interrumpieron. Claudia se rio, como cada vez que cortaba las canciones de Esme.

—No se cansará de interrumpirte, ¿verdad? —murmuré, y puse los ojos en blanco.

—Ella dice que es más de reggaetón —resopló Esme—. Ay, señor, no sabe lo que se pierde...

—Eso no es excusa. —Arrugué la nariz. Aún no sabía si lo que me

molestaba era su risa, sus interrupciones, o todos los meses que se arrastraba hasta el rincón más fresco del patio sin ni siquiera dirigirnos la mirada—. Parece que no puede pasar ni un sólo día sin ser una borde.

—¿Lo dices por lo de ahora? Es una tontería.

—No, lo digo en general. —Suspiré—. Nunca deja que nadie se acerque a su hija, ni siquiera los otros niños.

Gabi se encogió de hombros.

—No la culpo, la verdad. —Arqueé una ceja ante sus palabras, dudosa—. Las ha pasado canutas, Aza.

Solté una risa seca.

—¿Y quién no?

—No, nena, nosotras estamos pagando un precio muy bajo comparado con todo lo que Claudia ha aguantado, créeme. —Esme se cruzó de brazos, lo que realzó todavía más sus pechos. Dio una cabezada hacia la mujer, que se había girado hacia sus amigas y encendía otro cigarro—. El padre de la niña es un cabronazo. La última vez que se la dejó, la niña volvió con moratones por todo el cuerpo y el muy hijo de puta aún se atrevió a decir que se había caído jugando. Imagínate cómo debe de estar la madre sabiendo que a Saray le quedan sólo un par de meses para los tres años.

—A Beth menos —murmuré con un nudo en la garganta. Gabi fue la única que notó la angustia en mi voz, pero sabía que nada de lo que dijera podría aliviarme. Acarició su vientre como asegurándose de que a él no se lo arrebatarían.

Unos pasos interrumpieron nuestros murmullos.

—¡Azahara Rubio!

Las tres encogimos los hombros ante el grito, sobresaltadas.

Me giré hacia la entrada del patio temiéndome lo peor. Don Francisco estaba cruzado de brazos y me buscaba con la mirada. En cuanto me vio, hizo gestos con la mano para que me acercara. El corazón comenzó a latirme a mil por hora, desbordado de miedo. Quizás algún chivato había corrido un rumor falso sobre

mí. Quizás al funcionario le apetecía ponerme un parte. Quizá me habían negado una instancia. Quizás...

—Tienes una llamada —anunció con voz monótona en cuanto me acerqué. Nunca antes le había notado tan relajado, incluso aburrido—. Es de Hugo Latorre.

Su nombre llenó mi mente de imágenes: algunos eran recuerdos, otros eran sueños; en algunos le veía tendiéndome la mano, en otros me la levantaba. Pero ahora estaba esperando al otro lado de la línea para escucharme.

Quería escucharme.

Quería saber de mí.

No pensé que después de nuestro último encuentro se atreviera a hablarme. Pensé que buscaría un abogado y acabaría con todo, que me dejaría pudriéndome en la cárcel. Pero, a pesar de todo, había hecho el esfuerzo de llamarme. A pesar de todo, me estaba prometiendo quedarse a mi lado.

Una voz dentro de mí le susurraba un «gracias», porque sabía que Hugo era todo lo que me quedaba en la calle.

Asentí despacio antes de volverme de nuevo hacia el patio, desde donde Gabi y Esme me observaban haciendo sombra sobre sus ojos con una mano. No debían de haber oído nada. Se limitaron a sonreír. No podían hacer mucho más. En la cárcel no podíamos ayudarnos, ni confiar, ni querer, ni quedarnos, ni marcharnos.

Era agotador.

Don Francisco me colocó una mano en la espalda para acompañarme hacia los teléfonos.



—Hola, amor.

Suspiré aliviada. Hasta aquel instante, mis labios habían intentado inútilmente articular la primera palabra, sin saber si sería un «lo siento», un «hola» o un «te quiero». Tenía un remolino de emociones sacudiéndose en mi pecho, pero la voz de Hugo las calmó todas. Sin rabia, sin rencor, sin miedo. Como si nada hubiera pasado.

—Hola —contesté, y solté todo el aire que había estado conteniendo—. Hugo, yo... Lo siento. —No supe lo que iba a decirle hasta que lo dije—. No sé qué se me pasó por la cabeza. Yo... estaba mal, muy mal. Estoy mal. No me gusta estar aquí.

—Lo sé, cariño. —Carraspeó desde el otro lado—. Pero recuerda que tú tienes a Beth. ¿No te hace sentir un poco mejor?

—Beth está creciendo en la cárcel —espeté.

—Porque tú lo quisiste.

«Porque fue suficiente con oír cómo le gritabas cada vez que ella lloraba. Porque nunca aprendiste a cambiarle el pañal, porque cada vez que te pedía que le hicieras la cena me la encontraba hinchándose a galletas y jugando con una botella vacía de cerveza. Porque no te importaban las esquinas afiladas o tocar la guitarra a medianoche. Porque estás demasiado ocupado para crecer con ella. Lo entiendo; alguien necesitaba traer el dinero a casa y yo era demasiado inútil.

Ambos lo sabemos. Por eso no hiciste nada cuando decidí quedármela.

Sólo responsabilizarme».

—Hugo, no podía... No quería separarme de ella. No fue mi culpa, ¿entiendes? Nada de esto es mi culpa. —Noté que el nudo en mi garganta se agrandaba, como si quisiera frenar las lágrimas.

Quizá fuera mejor llorar. Quizás así borraría el constante recuerdo de aquella noche.

—Joder, Azahara, ¿estás diciendo que todo es culpa mía? ¿Es eso? —Noté el cambio de tono en su voz.

—No. No, claro que no. Es sólo que... estoy cansada, ya está. Pensaba que a estas alturas habríamos pagado ya la fianza.

—¿Cuánto has ganado ahí dentro?

El corazón se me detuvo un instante.

—Yo no..., no he podido trabajar aún, Hugo. El parte de la última vez...

—Joder. —Oí cómo crujía los dedos—. Aza, el grupo se va a la mierda. Si no te las apañas, no sé de dónde esperas que yo saque toda la pasta.

—¿Qué? Creía que estabas ahorrando. Me dijiste que os estaba yendo bien, que pronto os iríais de gira...

—Sí, sí, sí, a mí también me la colaron.

—Y el dinero del banco...

—Olvídate —zanjó, cortante.

—¿Qué?

—Perdí un par de apuestas, ¿vale? Estuve a punto de acabar con toda esta mierda de una puta vez, pero lo perdí. Fue por culpa del puto Santi. —Chasqueó la lengua—. Al menos estoy moviendo el culo por sacarte de la mierda, Aza. ¿Sabes lo fácil que sería dejar que pasaran los años y vivir mi vida de una maldita vez? —Tenía razón. Joder, tenía demasiada razón—. Pero me estoy esforzando. Pienso en vosotras día y noche, y a veces me pregunto si de verdad merece la pena.

—No puedes dejar a Beth aquí —solté, inconscientemente. Percibía la amenaza detrás de sus palabras. «No puedes dejarme aquí», pensé también, pero me callé para no tener que escuchar su respuesta—. Necesitamos tu ayuda, Hugo. Es tu hija, y yo...

—Que sí, joder. Y yo necesito que muevas el culo ahí dentro. —Suspiró como si así pudiera deshacerse de toda la rabia—. No servirá de nada sacaros de ahí y no tener dinero ni para el alquiler.

Tragué saliva. Ni siquiera estaba segura de qué decir, qué pensar, qué sentir.

—Tienes razón —murmuré, abatida. Ante todo quería que Beth creciera feliz, y no serviría de nada sacarla de la cárcel si Hugo seguía perdiendo dinero, si nos echaban de la casa, si no podía permitirse ni un mísero juguete—. Haré lo que pueda, te lo prometo. En cuanto acabe la escuela de verano, volveré a los

talleres de cerámica y quizá pueda vender algo o...

—¿Escuela de verano? ¿Te has apuntado a esa mierda? —Su voz me hizo temblar. «Por favor, no grites. Por favor, no te enfades. Por favor, basta, basta, basta»—. Qué pérdida de tiempo. No te atrevas a echarme en cara nada sobre el curro si lo único que haces tú es estar de risas con tus amigas.

—Lo sé, lo siento. Necesitaba... Necesito descansar.

—Yo también, joder.

—Tienes razón —repetí. Cerré con fuerza los ojos, como si así pudiera frenar las lágrimas—. Tú asegúrate de que a Beth no le falte de nada cuando salga de aquí, ¿vale? No te preocupes por la fianza. Buscaré alguna manera de trabajar desde aquí o yo qué sé. Pero, por favor, que Beth tenga una casa a la que llamar hogar. —Empecé a sentir algo frío recorriéndome las mejillas—. Necesita ropa nueva y en unos años empezará el colegio y...

—Que sí, joder.

Sus palabras me callaron como si fueran bofetadas.

«Que sí, joder —decían—. Que Beth no es más que un lastre, pero sigue siendo mía. Que ya te ocuparás de todo, yo me ocuparé de trabajar. Que ya he hecho suficiente. Que sé lo que se nos viene encima. Que te calles, hostia».

Ya no sabía cuál era su voz y cuál la mía.

—¿Aza?

Sabía que si hablaba le daría vía libre a las lágrimas para escaparse; no podía permitir que Hugo me oyese llorar. No podía ser tan débil.

El contador del teléfono estaba llegando al final; pronto nos cortarían la llamada. Sólo tenía que aguantar un poco más, enderezarme, levantar la barbilla.

—Aza, cariño. —Sonaba más relajado, y soltó un largo suspiro—. Estate tranquila, ¿vale? Me pongo muy nervioso con estas cosas. Pero estoy contigo, ¿me oyes? Estamos juntos en esto. Siempre. Lo sabes, ¿verdad?

Asentí con ímpetu, con miedo. Pero él no me vio.

—Aza —repitió—. Lo sabes.

—Lo sé —susurré.

—¿Podrías pedir otro vis a vis ahora que se acaba el mes? Tengo ganas de estar contigo, cariño...

Abrí la boca para contestar, sin estar segura de qué palabras saldrían de ella. No me esperaba esa petición, y sólo imaginármelo en la misma habitación que yo me revolvió el estómago. Era como encerrar a dos fieras en una misma jaula: no sabías cuál saltaría primero, no sabías si acabarían haciendo el amor o matándose con las garras. Y por eso no sabía qué deseaba más: la seguridad de los brazos de Hugo, vendarme los ojos y dejarme cuidar o romper la jaula en la que él me mantenía.

No, la jaula no le pertenecía a Hugo. Él no tenía la culpa de nada. Él no había hecho nada.

La que estaba en la cárcel era yo.

—¿Aza?

Antes de que pudiera darle una respuesta, la llamada llegó a su fin.



Azahara

—¡Cacheo!

El grito de la funcionaria hizo que abriera los ojos. Me incorporé sobre la cama, algo aturdida. A mis pies todavía descansaban las cartas que había estado escribiendo toda la noche, hasta que mis párpados fueron más pesados que mis palabras. Fue oír la orden y salir disparada de la cama, coger los folios como si fueran oro y empezar a recoger todos los diarios y los juguetes de Beth. «Cacheo» podría traducirse como una pacífica revisión de la celda o como una oportunidad para inculpar a los internos de retención de bienes, robos o intentos de huida. Tener un tenedor de más en la habitación ya era una razón para sospechar.

Beth se revolvió en su cuna y se frotó los ojos. Metí todas las cartas en la caja de cartón que guardaba bajo el escritorio. Con suerte, no se molestarían en tocarlas. No me asustaba tanto la idea de que las leyeran como de que desaparecieran: esas cartas contenían toda la soledad de la celda, aunque también la esperanza que guardaba para los días más devastadores.

Los días en los que Beth ya no estuviera.

Aquella mañana marcaba un día menos.

—Azahara Rubio Béjar —dijo la funcionaria, bajando la mirada hacia el

portapapeles. Abrió la puerta justo en el momento en el que Beth se levantaba sobre la cuna, buscándome con las manos. Estaba tan acostumbrada a esas interrupciones que ya ni siquiera lloraba. No hablaba, no gritaba, no la miraba—. Toca limpieza de módulo. Baja a la niña a la guardería y espera hasta que os movamos. —Me lanzó una mirada por encima de las gafas—. Vais al módulo 17.



A diferencia de Esme y Gabi, nunca había pisado un módulo conflictivo. Ya era madre cuando me ingresaron en prisión, así que sólo tuve que pasar unos días en preventivos hasta que me dejaron reunirme de nuevo con Beth. El módulo de madres y el área sociocultural, donde hacíamos los talleres, era todo lo que conocía de la cárcel.

Lo demás eran rumores, mentiras, historias de miedo para asustar a los más débiles. Se hablaban de los módulos de respeto y los módulos conflictivos como si fueran mitos: el primero porque nadie creía fuera todo tan bonito, no sin un buen porro de por medio, y el segundo por las polémicas figuras que esperabas encontrarte en él: terroristas, asesinos en serie, violadores, personas salidas de pesadillas.

Lo peor del módulo 17 no era todo lo que las chicas me habían contado de él, era todo lo que todavía callaban.

Sin embargo, el único cambio que noté al llegar fue el color de las paredes —ahora azul cielo, no verde botella— y la ausencia de una guardería junto al economato. El espacio era el mismo, minúsculo y asfixiante. A la izquierda estaba el patio, sin pinturas ni columpios. Los edificios que lo rodeaban eran suficientemente altos para dar un poco de sombra.

Nos metieron en el patio como si fuéramos un rebaño y cerraron la puerta a nuestras espaldas. A mi lado, Gabi se recogió el pelo en una coleta (aunque lo

tenía tan largo que de poco le servía) y escrutó el recinto con la mirada. No había mucho que ver, no éramos más que personas prescindibles entre cuatro muros.

—Mierda —masculló. Levanté una ceja hacia ella, pero la voz de Marina me interrumpió:

—Mirad quiénes vienen por allí —dijo, alzando la voz para hacerse oír desde el otro lado del patio. Estaba apoyada en uno de los muros, con los brazos cruzados y un cigarro entre los dedos. A su alrededor, las demás presas giraron la cabeza casi al instante.

—¡Pero si está aquí la Gabriela! —exclamó una morena con la voz ronca. Gabi apretó la mandíbula—. Joder, tía, estás enorme. Te salió bien lo de que te preñaran, ¿eh? ¿Te dan doble ración de potaje?

La aludida hizo un mohín y juraría que la oí gruñir. La morena se levantó con dificultad, como si el calor anclara su cuerpo al suelo, y empezó a caminar hacia nosotras ondeando las caderas. Mi mano fue directa al brazo de Gabi, como si así pudiera protegerla, pero en cuanto la mujer llegó a nosotras estalló en una carcajada y abrió los brazos para abrazar a Gabi.

Miré a Esme con una ceja levantada y una pregunta en los ojos, pero ella se limitó a encogerse de hombros.

—Viejas compis, Aza —murmuró al pasar por mi lado—. Hay cosas que no se olvidan.

Gabi se deshizo del abrazo y permaneció con las manos en los codos de la mujer, observándola como observaría a su madre después de una discusión tonta. Hacía un esfuerzo para contener la sonrisa.

—Ya verás como no sonríes tanto cuando desaparezca el bombo —dijo Marina, acercándose por detrás. Raquel y las otras internas se mantuvieron en un círculo cerrado al final del patio, en la única esquina en la que daba sombra—. Los niños sólo suman problemas. —Le dio un codazo a la morena—. Pau, ¿tienes fuego?

—Toma, niña. ¿Y para cuándo el cigarro que me debes?

Marina mantuvo el suyo entre los labios y rebuscó en el bolsillo de su

pantalón con la mano libre.

—¿Te vienes al rincón? A este paso el cigarrillo se me enciende solo. — Ahuecó el escote de su camisa con una mano mientras sujetaba el cigarro con la otra. Pau dio una cabezada antes de dar media vuelta.

—¿Os venís, niñas? —preguntó. Se refería a nosotras.

—Dadnos dos minutos —contestó Gabi, subiendo el tono de voz para hacerse oír conforme se alejaban. Se giró hacia nosotras con una mano sobre el vientre. Tenía la camisa tan ceñida que la tela parecía formar parte de su piel—. El humo no me sienta muy bien.

—Ni a ti ni a nadie, y mira cómo nos tiene.

Marina siguió a su compañera; fue como si me arrancaran una correa del cuello. Inspiré, con la sensación de que llevaba conteniendo el aire demasiado tiempo.

—¿Podemos fiarnos de ellas? —le susurré a Esmé al oído.

—No nos queda otra. O estás con ellas o estás contra ellas, y si algo he aprendido es que no nos compensa estar en contra de Marina.

—Sí, ya vi cómo se puso en el taller.

Esmé soltó una risa muda.

—No, nena, no me refiero a eso. Marina ladra mucho, pero no muerde. Eso sí, si le caes mal, se encargará de hacerte la vida imposible y, créeme, no hay nadie más pesado que esa mujer.

—Soy testigo —dijo Gabi, embelesada. Miraba hacia las demás con los párpados entrecerrados, debatiéndose entre la risa y la rabia. Nunca la había visto tan ambivalente—. Cuando se enteró de que me marchaba del módulo, se puso hecha una furia. Estaba celosa. O cansada, quizás. No lo sé, pero decidió pagarlo conmigo. Metió cucarachas en mi cuarto, me escondió los cubiertos, me robó tabaco... Por decir algo. Y las demás se callaban, por supuesto. Y lo seguirían haciendo ahora: no quieren encontrarse su chabolo hecho mierda.

—Menuda forma de despedirse.

Se encogió de hombros.

—Digamos que mis métodos no le parecieron muy éticos.

Ahugué una risa.

—No estamos en el mejor lugar para hablar de ética.

—Yo qué sé, Aza. —Le dio la espalda al grupo del patio—. Supongo que fueron celos porque yo tuve el coraje de cargar con esto para largarme y ella nunca se vio capaz. Es lo que ha comentado Esme: Marina ladra, pero es la primera en huir con el rabo entre las piernas cuando las cosas se ponen feas.

—Pero como no vayamos, pronto empezará a ladrar, y yo no estoy como para aguantar malos rollos —avisó Esme, y terminó chasqueando la lengua. Fue la primera en arremangarse y dirigirse hacia el grupo de internas que estaban a la sombra.

Gabi la siguió un segundo después y yo me quedé con los pies clavados en el suelo, atravesada por una pregunta que no me atrevía a hacer.

—¿Mereció la pena?

Hasta que la hice. Gabi se detuvo en seco, pero no dijo nada.

—¿Quedarme embarazada? —preguntó a su vez mientras giraba la cabeza para mirarme. Con las perlas de sudor cayendo sobre su frente, parecía todavía más joven, como una niña que acabara de salvarse jugando al escondite—. Por supuesto. Si no, seguiría aquí.

Sonrió. El sol le había quemado la nariz y las mejillas, dándole un aire todavía más infantil.

—¿Tan horrible era?

Gabi cerró los ojos durante un segundo antes de contestar:

—Es que tú no has conocido otra cosa, Aza. Estaba cansada de tener miedo cada día, cada noche. Ahora me encierran en el chabolo y me siento sola, sí, pero a salvo; antes me sentía amenazada. Y mi familia... —Tragó saliva—. Mi familia me necesita. Me necesita entera y fuera.

—No puedes tener un niño para después regalarlo, Gabi —murmuré; no con recelo o ira, sino con pena. Veía en ella a la Azahara que descubrió su embarazo cuando sólo hacía unos meses de su mayoría de edad y que pensó que una

familia, que un hijo, le resolvería todos los problemas. A la Azahara que pensó que era una prueba de que Hugo y ella se amaban tanto que habían sido capaz de crear vida.

No tenía ni idea de que el amor llegaría después, con el primer latido de Beth.

No sabía hasta qué punto Gabi quería tener un hijo o una vía para volver a casa.

—No lo voy a regalar. Siempre quise ser madre, Aza; no fue una decisión que tomara de la noche a la mañana —aseguró—. Me estuve informando, ¿sabes? Los jueces son siempre más benévolo con las madres. Hasta los funcionarios lo son, tú misma te habrás dado cuenta. Hay de todo, claro, pero... —volvió la vista hacia el resto de las internas— no te imaginas lo que era antes.

Se abrazó los codos, cohibida. Esme empezó a hacernos señas para que nos acercáramos.

—Parecen inofensivas.

—No están todas. —Mantuvo la mandíbula tensa hasta que llegamos hasta el centro del grupo, donde el murmullo disminuyó nada más oírnos llegar. Gabi miró directamente a Marina—. ¿Y Verónica?

Ladeó una media sonrisa.

—En la verdadera puta cárcel.

—¿Enfermería? —Gabi parpadeó—. Creía..., creía que no tenían la medicación que ella necesitaba. Siempre estaba pidiendo instancias...

—Y no la tienen, cariño —cortó Marina—. Pero los funcionarios se hartaron de lidiar con ella y la mandaron directa al pozo. Te largaste tú y a los dos días dejaron la celda vacía. ¿No estás contenta? —Otra vez esa sonrisa cargada de ironía—. Tu compi la perturbada está donde se merece.

Pensé que Gabi saltaría como yo lo hubiera hecho si hablara así de Esme, de ella, de cualquiera de las demás madres. En su lugar, la chica no hizo más que rodearse el cuerpo con los brazos como si le hubiera golpeado una ola de frío.

—A todo esto, ¿a qué viene este traslado? —Sólo cuando habló caí en que

uno de los cuerpos que se apoyaban contra la pared, a la sombra, era el de Raquel. Con la llegada del calor se había rapado el pelo todavía más, hasta el punto en el que casi se le volvía translúcido. Fue la primera vez que la vi con las mangas subidas; un enorme dragón le rodeaba el brazo del hombro al codo—. Porque será provisional, espero.

—Limpieza de módulo —contestó Esme.

—¿Chabolos también?

—Ajá.

—Menuda putada, ¿no? —Raquel echó el cuello para atrás y apoyó la cabeza en la pared—. ¿Alguien guardaba droga?

—Dios, no serás tan gilipollas... —Marina puso los ojos en blanco—. ¿Cómo coño van a guardarla en la habitación?

Raquel se irguió; su rostro palideció de golpe.

—Yo... pensaba...

—No jodas. Raquel, por Dios, dime que no has estado guardando mercancía en nuestra celda. —Al ver que no contestaba, Marina le propinó un golpe con el revés de la mano, justo donde el dragón de su piel abría las fauces. A mi lado, Pau y el resto de las internas se rieron ante el espectáculo casi con malicia—. En los putos baños, Raqui. Escóndela en los baños. Así, si la pillan, no sabrán que es tuya, ¿lo entiendes? ¿O es que te apetece cargar con diez tacos más?

Ella sacudió la cabeza.

—Creía que una de las reglas de oro del trapicheo era aprender a cerrar la boca —intervine. Todos los rostros se volvieron de pronto hacía mí, como si acabaran de darse cuenta de que éramos tres internas las que nos habíamos acercado, no sólo dos—. ¿No te da miedo que te roben? Tienes por lo menos ocho pares de oídos escuchándote. Un poco arriesgado, ¿no?

No lo decía con malicia; no era como ellas. Sólo era cuestión de lógica. Era un secreto a voces que Marina controlaba toda la red de drogas en prisión —de hecho, me extrañaría que los funcionarios no estuvieran al tanto—, pero de ahí a confiar en que sus compañeras no la traicionarían a la mínima había un gran

paso. Y, dijera lo que dijera ahora, en la cárcel no existía la confianza. No podías dejar que tu libertad y tu vida dependiera del silencio de otra persona.

—Qué ternura —contestó Marina, ladeando la cabeza como si estuviera viendo a un bebé. Un bebé de esos que sólo «suman problemas»—. Nena, aquí todas saben que, si me roban, amanecen con el cuello rajado. Así que ni siquiera lo pienses dos veces.

Mis hombros se tensaron, pero me mantuve firme, con los ojos cargados más de curiosidad que de miedo. Ya me lo habían dicho antes: Marina ladraba, no mordía.

—No te preocupes, sólo fumo tabaco —repliqué, quitándole importancia. Ella rio con sorna.

—Lo de menos es el chute que te pegues. ¿Cuánto llevas aquí para no saberlo, novata? El peculio es una enorme mierda y una enorme mentira: si quieres ganar pasta de verdad, la droga es la única moneda de cambio. Quien tiene droga, tiene todo lo que quiera. —Se sacó el mechero del escote como quien desenfunda una espada y encendió un nuevo cigarrillo—. Tabaco incluido.

—Mucho hablar, pero me sigues debiendo una caja entera, guapa —soltó una de las mujeres con voz áspera. Marina suspiró antes de sacar una caja del bolsillo y lanzársela.

—Lo que decía. —Exhaló el humo despacio, dejando que se escapara entre sus labios cortados hacia el cielo. Por un segundo, mis ojos se quedaron fijos en el baile fatuo de aquella nube de humo, pero la tos de Gabi me sacó de mi ensimismamiento. Marina chasqueó los dedos delante de mi cara—. Fumabas, ¿verdad? ¿Qué me ofreces por una cajita de tabaco? Se te nota el mono en la lengua.

Era como una niña jugando con cerillas, como aquella primera amiga que me presionó a beber cubatas a los trece años. Ahora el diablillo que aparecía sobre mi hombro tenía la sonrisa de Marina.

Esme se interpuso entre nosotras.

—Ya has tenido suficiente trapicheo por hoy. —No había amenaza en su

voz, pero tampoco la suavidad a la que estábamos acostumbradas. Marina le sostuvo la mirada hasta que Esme la apartó para dirigirse al resto de internas—. Venga, vamos adentro. Van a abrir el economato y yo me muero de hambre.

Dio media vuelta sobre sus talones y me agarró del brazo para que la siguiera. Aparté su mano con un movimiento brusco y, pese a su mirada, me quedé con la vista clavada en Marina hasta que Esme me dio la espalda.

Era mi manera de mentirme. De demostrarle que, por muy arisca que fuera, no me daba miedo. Ella siguió con los ojos clavados en el suelo y un cigarrillo deshaciéndose entre sus dedos.

Con un suspiro, relajé los hombros y me puse en marcha.

—Espera.

Levanté la mirada por encima del hombro. Marina dejó que todas las internas fueran yéndose hacia la entrada del patio, tiró el cigarrillo al suelo y lo apagó con el pie. Alargó la mano hacia mi cara, pero le cogí de la muñeca al instante.

No se resistió, aunque vi la sorpresa en sus ojos antes de que se recompusiera. Señaló hacia mi frente con el mentón.

—Ten cuidado o te verán las heridas, nena.

Tragué saliva y me llevé la mano inconscientemente a la sien, donde escondía el hematoma que me había regalado el último encuentro con Hugo. Se extendía por el dorso de mi cara como una nebulosa, tan sólo resguardado por unos cuantos mechones grasos.

Me encogí de hombros.

—Y qué.

—A mí no me puedes mentir. —Me sorprendió el cambio de su voz; ya no se mostraba hosca, ya no parecía escupir las palabras. Incluso juraría que me miraba con... compasión. Como si acabara de encontrarse con un animal asustado—. ¿Es la primera vez? —No contesté—. No dejes que siga pasando. Da igual las consecuencias. Podría pudrirme en esta cárcel y seguiría sin arrepentirme; por fin soy libre. ¿Lo eres tú?

El corazón se me detuvo y la miré, cauta. ¿De verdad estaba confesando o era una de sus mentiras? Quizá sólo quisiera sacarme información; decía que la droga era la moneda de cambio, pero el pasado de las personas era igual de valioso. Con el pasado de los demás podías jugar, herir. A Marina no le importaba nada ni nadie.

—No es lo que piensas —murmuré, y di un paso con la intención de marcharme. Marina me retuvo, acercó su rostro a mi oído y dijo:

—Claro que es lo que pienso, Aza, lo he vivido demasiadas veces como para no reconocerlo. ¿Y sabes lo que te digo? Que lo hagas. Hazlo, no tienes nada que perder ya. La gente murmurará «Asesina. Asesina. No eres Dios para quitarle la vida a nadie». Pero no lo entienden... Fui demasiado buena. Lo *fui*mos. Y hay cosas peores que matar a alguien y tú lo sabes. Pueden matarte poco a poco, hasta que sientas que no queda nada de ti, que no eres nadie, que lo último que quieres es seguir viviendo. —Me soltó el brazo—. Aguanté mucho, *mucho*, antes de llegar a esto. Hazte un favor y no esperes a que sea él quien acabe contigo.



Leire

Aquel día tocaba mancharse las manos.

—Os vamos a repartir a cada uno una cartulina y en la mesa dejaremos pinturas, lápices de colores para compartir y más papeles —expliqué durante el taller de la primera hora. El constante murmullo de los internos, que no estaban acostumbrados a callar cuando les hablaban, se intensificó con el último verbo.

—¿Juanjo va a tocar algo, profe? —preguntó una de mujeres con el mentón apoyado sobre las manos.

—Sí, tocará algo. —Todos los presos se revolviéron llenos de entusiasmo y Juanjo se vio obligado a sisear en cuanto empezaron las primeras palmas—. Pero al final de la clase. Mientras estéis dibujando os dejaremos música puesta, que si no al pobre se le van a cansar los dedos.

—¡Yo sé otra manera de que se te cansen los dedos, mozo!

Noté que mis mejillas ardían a pesar de no ser el sujeto de aquella insinuación. Abrí la boca para decir algo, pero las internas se encargaron ellas solas de hacer callar a la mujer que había hablado, entre risas y guiños.

Parpadeé, muda por un momento. Era como estar rodeada de niños.

—¿Y qué hay que dibujar? —inquirió Azahara. Estaba sentada en uno de los pupitres de la primera fila, tamborileando sobre la mesa.

Miré a Juanjo, que me cedió la palabra con un asentimiento.

—Lo que queráis —contesté, y les enseñé las palmas de las manos. Enseguida rectificué—. Siempre que tenga que ver con una temática en concreto que elegiremos entre todos, ¿os parece? ¿Alguna idea? ¿Alguna palabra, algo?

Tragué saliva. Tenía ante mí a dieciséis presos, dieciséis personas que en un momento de sus vidas habían visto sus manos manchadas de sangre, sus bolsillos llenos de drogas, o el llanto de una víctima a dos centímetros de distancia. Cederles una temática era como abrirles la puerta al infierno de sus recuerdos.

Me mantuve en tensión hasta que una de las chicas del fondo, con el pelo níveo, los pómulos marcados y la piel quemada por el sol, pronunció la primera palabra:

—Felicidad.

Sus compañeras asintieron con ímpetu.

—Belleza —propuso uno de los hombres a mi derecha.

—Paz.

—Libertad —murmuró Azahara. A su lado, Gabriela lo repitió más alto. Enseguida se le unió un coro de voces:

—¡Sí, libertad!

Libertad.

—Está bien, está bien —intentó tranquilizarles Juanjo—. Creo que el tema de la libertad gana por goleada. —Pasó la mano por las cuerdas, sacándole las primeras notas de la guitarra—. ¿Tenéis todos una cartulina o un papel?

Los murmullos se hicieron todavía más potentes, lo que Juanjo y yo tomamos como un sí. El grupo de atrás empezó a tocar las palmas y a mover las caderas, inquietas, y los internos de las primeras filas controlaban su ilusión mirándonos fijamente a los ojos, como si acabaran de ver a un ángel. Cuando les

sonreí, tardaron menos que un niño en devolverme la sonrisa.

—Está bien. —Juanjo señaló el radiocasete—. Dibujad lo que os venga a la cabeza cuando escucháis la palabra «libertad». Leire, ¿haces los honores?



No sé qué tenía más magia: que los murmullos que habían sido constantes desde el primer día se apagaran por completo con las primeras notas del piano, que bajaran las persianas y el aula se hundiera en una cálida semipenumbra, o que cuando se inició el suave *crescendo* de *Life of the Bird* todos los internos hicieran bailar sus dedos llenos de pintura sobre el papel. Los hombres fornidos y llenos de tatuajes parecían menos imponentes; las mujeres se sosegaban y contemplaban sus obras como mirarían a sus hijos.

Sus ojos y sus gestos hablaban de libertad, y buscándola nacía la paz. Todos estaban tan concentrados en sus dibujos que sólo se oía la música y el leve zumbido de los ventiladores. Juanjo y yo paseábamos entre los pupitres repartiendo papeles y colores a quien lo pedía, y más de una vez me contuve para no acompañar la melodía con una pequeña *pirouette*. El aula se impregnó del fresco olor a pintura.

Cuando la canción se apagó y dio paso al silencio, dejé vagar la mirada por encima del hombro de Azahara, hacia su dibujo. Pestañee un par de veces para enfocar la vista, sin convencerme de lo que veía. La música empezó a sonar de nuevo y Azahara puso punto final a su obra con una lágrima.

Aún tenía pintura amarilla en sus dedos.



Azahara

«Dibujad lo que os venga a la cabeza cuando penséis en libertad», habían dicho. Y no pensé en campos de flores ni en las galletas de mi madre, que hacía siglos que me había desterrado de casa. No pensé en mi infancia, donde la inocencia se hilaba con la libertad, ni en el día en el que volvería a pisar la calle. No pensé en mi libertad, sólo recordé quién me la quitaba.

Como si la música me llenara de vida, dejé que mi cuerpo siguiera e hiciera lo que el corazón le mandara. Fui la primera en bañar las palmas de mis manos en pintura amarilla, y las dejé caer sobre el papel, una en cada borde, buscándose entre ellas, como si alguien intentara atravesar la hoja para tocarme.

En cuanto la pintura se secó, las perfilé con rotulador negro. Las líneas estaban torcidas y se rompían, los dedos eran más gruesos que los originales, pero no me importaba. Llené la mano de una misma palabra hasta que casi no quedó rastro del amarillo de debajo: «huye».

Huye.

Huye de sus manos, huye de los recuerdos, huye de las sombras, huye de ese coche. Huye, huye, huye, huye, *huye*.

Con un nudo en el estómago, rebusqué entre los rotuladores hasta encontrar el rojo. Apreté la punta con tanta rabia sobre el papel que las palabras dejaron

manchas de tinta por el camino. Cuando acabé aquella frase, en mayúsculas, llenando la cabecera del color de la sangre, noté que todo mi cuerpo temblaba.

Cerré los ojos, pero la frase seguía resonando en mi cabeza, junto con las voces que aún me pedían que huyera.

TENGO MANCHAS NEGRAS EN MIS RECUERDOS,
JUSTO DONDE DEJASTE TUS MANOS.

—Azahara. —Levanté la cabeza al instante, secándome la última lágrima con el puño. Leire, con las cejas inclinadas, examinaba mi hoja desde atrás. Cuando puso su mano sobre mi hombro pegué un brinco, como si acabara de quemarme, y la chica retrocedió despacio—. ¿Estás bien?

Asentí con demasiada fuerza con la esperanza de que el movimiento hiciera que se me revolviera el flequillo y me ocultara los ojos. Esperé en silencio a que se marchara, pero seguía observando mi dibujo.

—Quería darte las gracias —murmuró. Noté cómo sacudía la cabeza al instante, como retrayéndose—. O, bueno, pedirte perdón. No lo sé. El primer día, en los baños..., estuve un poco nerviosa, creo que lo notaste. Gracias por no decirle nada a nadie. Y también por lo del agua.

No le contesté.

Era la forma en la que sobrevivías aquí. Además, ella no tenía que agradecerme nada. No se daba cuenta de que era yo quien me arriesgaba a ganarme un parte colándome en el baño a deshora, de que era ella la que podría haberme destrozado si quisiera. Pero no lo hizo. Ahora no iba a aceptar un «gracias» que no merecía.

Y ella tampoco iba a marcharse.

—Tiene mucho de ti, ¿verdad? —Seguí sin mirarla, aunque podía adivinar su sonrisa por el tono suave de su voz—. Te ha quedado muy bien. Es una bonita catarsis. Dura pero bonita.

Cuando levanté la vista, Leire se había trasladado a la parte delantera del

pupitre y seguía observando mi obra. «Dura pero bonita», había dicho, y en el momento en el que sus ojos se toparon con los míos me pregunté si no estaría hablando de mí.

Mirlarla me asustó primero y me alivió después.

Durante todo este tiempo había tratado a los voluntarios como si fueran críos, una panda de niños que no sabían dónde se metían, demasiado buenos y edulcorados para tratar con nosotros. Niños ciegos que podrían aprovecharse de nosotros si quisieran, pero que no lo hacían. No todavía.

Sólo cuando me reflejé en los ojos de Leire, de un azul tan profundo que parecían espejos, supe que ella también veía a una niña. Me sorprendí al ver mi rostro, con ojeras, los labios pálidos y cansados, los ojos apagados... Pero joven. Tenía sólo veintidós años. En otra vida podría ser yo la que paseara entre presos como voluntaria. Podría estar acabando una carrera. Mi preocupación podría ser conseguir dinero para sacarme el carné de conducir, no para que mi hija de casi tres años tuviera algo que desayunar cada día.

Los reflejos que me devolvían las fuentes, los únicos espejos que uno encontraba en la cárcel, nunca me habían mostrado la Azahara que Leire veía.

Dura pero bonita.

—Catarsis —repetí, frunciendo el ceño—. No entiendo...

—Catarsis es... —Leire se llevó las manos al pecho—. Una especie de explosión, una forma de desahogarse. Algo que hacemos para deshacernos de las cosas malas que llevamos dentro.

«Ojalá funcionara así siempre, pero las mías siguen conmigo», pensé, y aparté la mirada.

—El término lo empezó a usar Aristóteles, ¿lo sabías? —siguió—. Según él, «catarsis» era lo que ocurría en las tragedias griegas, porque conseguían despertar compasión y miedo a partes iguales. Los espectadores salían del teatro sintiéndose más fuertes, más limpios. Para ellos, las obras eran una forma de deshacerse de todos esos sentimientos «impuros». Como si alguien les atravesara el pecho y les arrancara todo lo que les anclaba a la tierra, los pecados de la

carne. Cuando acababa la obra, todos se sentían más ligeros. O eso decían.

Se quedó en silencio y me sonrió. Pasó el dedo índice por la pintura seca.

Quizás esa era la razón por la que haber puesto punto y final a aquella frase me había dejado sin aliento. Quizá la catarsis había funcionado así conmigo: había estirado una mano etérea e invisible hacia mi pecho, había atravesado mis costillas y rozado mi corazón para vaciarlo de todas esas manchas negras. Tenía demasiadas y, por más que la catarsis intentaba arrancarlas, se quedaban fijas, pegajosas y densas como el alquitrán. Aquel tira y afloja constante me dejaba sin aire. Pero, al final, quizás una pequeña parte de aquellos recuerdos se escapaba en una lágrima y dejaba de doler.

Leire se deslizó como una bailarina por el lateral del pupitre; la frené antes de que se marchara.

—¿Cómo sabes tanto?

La chica se detuvo; sus tirabuzones le golpearon la espalda. Estiró las comisuras de los labios y se giró para mirarme.

—Me lo han enseñado en clase. —Sonrió un poco más—. Estudio Psicología.

El corazón se me encogió al escucharla.

—Yo..., yo también empecé a estudiar Psicología —confesé con cautela.

—Ah, ¿de verdad? ¿Te gustaba?

—Mucho.

Leire esperó a que añadiera algo más, jugando con sus dedos sobre la mesa, pero los recuerdos se habían tragado mis palabras.

—Seguro que cuando salgas de aquí podrás retomarla —me animó—. Y espero que cuando te hablen de catarsis te acuerdes de mí.

Asentí con la cabeza, incapaz de contagiarme de su ilusión. Tenía la mirada puesta en un punto muy lejano, y Leire no tardó en advertir que la conversación no podía seguir por ese camino. Con una pequeña sonrisa, se acercó a Esme, que empezó a hablarle de sus cuatro hijos con entusiasmo.

Volví a mi dibujo y lo arrugué entre mis manos.

No, no la podría retomar cuando saliera de aquí. No había dinero. Tenía que cuidar de Beth. Y a Hugo le sentaría muy mal que les diera la espalda para estudiar... Ya le sentó mal una vez, igual que a mis padres. Ya me enfrenté a sus burlas, a sus «estás perdiendo el tiempo», a sus «no hagas que tiremos el dinero». Cuando me quedé embarazada, a sólo unos meses de empezar el curso, sus «no esperábamos esto de ti», «eres una vergüenza», dolieron más que cada día que me no me apoyaron. Y sus palabras siguieron doliendo la noche que se negaron a abrirme las puertas de casa. No tenían dinero para mí, no lo iban a tener para su nieta. Habían invertido todo en un curso que no creían que llegara a acabar nunca.

Y no lo hice. De nuevo, cumplí las pesadillas de mis padres. Hugo me acogió en su casa, me dio el cariño que ellos me estaban negando y me cuidó como nadie. Pronto nos dimos cuenta de que el dinero que Hugo conseguía con la banda de música no era suficiente para cuidar de los dos, y no sería suficiente para cuidar de los tres.

—No puedes perder el tiempo estudiando esas cosas de locos —había dicho él—. Deberías buscarte un curro. Con lo buena que estás, seguro que te cogen en cualquier bar. Deberías estar ayudándome, joder, yo no puedo encargarme de todo. Tus padres no van a mover un dedo para ayudarnos. Y yo he hecho tanto por ti, tanto... Me lo debes, Aza.

Así que me tragué mis palabras y cambié las mañanas universitarias por madrugadas trabajando en el bar más pobre del barrio. Por él, por Beth. Y Hugo se mantuvo a mi lado. Siempre lo había hecho, siempre. Me había recogido el pelo con cada arcada, me había preparado mi plato favorito en los días más duros, me había rodeado con todo su cuerpo cuando no podía dejar de tiritar durante las noches de invierno. Había trabajado como nadie, y yo tenía que devolvérselo. Le debía tanto...

Estudiar Psicología hubiera sido egoísta entonces y también lo sería cuando saliera de aquí. Hugo no me lo perdonaría.

«He hecho tanto por ti. Tanto».

Me recorrió un escalofrío al recordar las primeras noches de vida de Beth en aquel pequeño estudio de dos habitaciones al que todavía me atrevía a llamar hogar. Ahora lo entendía todo. Leire tenía razón; catarsis era explotar, era liberarse y soltar todo el odio y la rabia que teníamos dentro para dejar de sentirnos presos.

Para Hugo, yo era su catarsis. Yo era su papel, y cada grito, cada enfado, cada discusión era un trazo más de pintura. Yo era su cura. Y se lo debía, se lo debía, se lo debía.



Leire

«Huye».

Era lo que se leía en la pintura de Azahara. Pero también lo que había hecho eco en mi mente desde que crucé las puertas de la cárcel. Fue lo que oí aquella noche, lo que seguí oyendo cuando llegué a casa y hundí el rostro en la almohada, lo que Helena no dejó de repetir al otro lado del teléfono. Lo que mi madre hizo, para no cargar con el dolor de las dos.

«Huye».

Por eso, cuando acabó el último taller, hice todo lo contrario.

Miré a los internos a través de las ventanas sin cristal. Se acercaba una tormenta de verano y las primeras gotas de lluvia caían y se colaban en el interior de las aulas. En Ordana, la gente se habría cubierto la cabeza y habría echado a correr a sus casas. Aquí, los presos se deshacían de la ropa y volvían las manos al cielo.

—¡Vamos, chicos, hora de comer! —En el patio, Alicia empezó a guiar a los internos a sus módulos. En el aula, Juanjo hizo lo mismo.

—Hoy me encargo yo de recoger, Juanjo —le dije, observando los lápices desparramados por el suelo—. Nos vemos en el comedor, ¿vale?

—Leire, no hace falta que...

Le chisté para que callara.

—Nada de excusas. Llevas toda la mañana con la guitarra y yo llevo toda la semana escaqueándome de recoger, así que no hay más que hablar. Hoy me quedo yo.

Puso los ojos en blanco y acompañó al gesto con una sonrisa.

—Como quieras... —Dejó caer los hombros; se notaba a la legua que estaba demasiado cansado para rebatir nada—. ¿Sabes llegar al módulo 22?

Asentí.

Quizá luego mi sentido de la orientación fallara, pero habría valido la pena. Necesitaba un rato a solas con la prisión, no sólo *en* la prisión. Un momento de calma entre los papeles rotos y los dibujos abandonados de los presos para intentar leer entre líneas lo que sentían.

Necesitaba pasar más tiempo entre los muros para dejar de tenerles miedo. Igual que tuve que hablar más para no quedarme sin voz. Tuve que bailar con lágrimas en los ojos y heridas en los pies para que el escenario dejara de asustarme.

Pero mi soledad no duró mucho.

Unos minutos después de que Juanjo se marchara, oí el sonido del metal tintineando contra el suelo al otro lado de la puerta. Hubiera sospechado del cura si no fuera por el taco que le siguió. Vi cómo Azahara se inclinaba para recoger las latas que se habían caído al suelo.

—Perdón —murmuró sin mirarme. Empezó a acumular las latas en su regazo. Una de ellas se había abierto y el refresco burbujeaba en un charco justo enfrente.

—¿No deberías estar en el módulo? —pregunté, y me agaché para ayudarla. Ella quiso sonreír, pero se detuvo.

—Siempre que nos encontramos me preguntas lo mismo.

—Pero nunca respondes.

Suspiró y se puso en pie, casi haciendo malabares con su carga.

—Instinto de supervivencia —contestó. Estiró la mano para coger el refresco que le tendía.

—¿De dónde ha salido esto?

—Del economato —contestó como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Y por qué estás...?

—Les debía un almuerzo a mis compañeras y he pedido refrescos, pero el ordenanza no ha llegado hasta hace cinco minutos. ¿Alguna pregunta más?

Las mejillas me ardieron de vergüenza ante su última pregunta, a pesar de la delicadeza con la que la había hecho. Como si una parte de ella quisiera escapar, pero la otra me temiera. Igual que en clase, cuando la encontré dibujando. Azahara tenía la misma coraza que los demás internos, pero la suya tenía grietas.

Lo peor era que me quedaban muchos interrogantes que quería formularle —«¿quién es el ordenanza? ¿Por qué no ha llegado lo que has pedido en el descanso?»—, pero igual que ella se ponía una máscara, yo tenía que ponerme una armadura. No podía mostrarme insegura. En la parroquia nos habían advertido por activa y por pasiva que no confiáramos en los presos, que en cualquier momento podrían rebotarse.

Viendo a Azahara, encogida como si viviera en un escalofrío constante, costaba creerlo.

—Ven, deja que te eche una mano —me ofreció mientras cogía una lata que se tambaleaba por encima de las demás—. Así se te volverán a caer. ¿No puedes llevarlas con el carro?

—No tengo permiso.

—Sigo sin entender cómo funciona todo eso de los permisos...

—Tampoco es que necesites saberlo.

Mis labios se entreabrieron para contestar, como activados por un resorte, pero los sellé antes de que mi curiosidad me delatara. No sabía quién era Azahara realmente. No sabía si lo decía con indiferencia o si la media sonrisa

que se había atrevido a lucir era condescendiente. No lo parecía.

Pero no era nadie para hablar de apariencias. No en la cárcel.

No, no sabía quién era Azahara *todavía*. Había algo en ella que me empujaba a seguir conociéndola; quizá eran los moratones en sus rodillas, como los de una niña, la forma en la que parecía esconder cada sonrisa, como si se la hubieran prohibido durante demasiado tiempo, o la madurez y el cansancio de sus ojos, que parecían gritar que cada año vivido le había sumado una piedra a la espalda. O una cadena. O un grillete.

Azahara me recordaba demasiado a Ana.

Y tenía que encontrarla.

—¿Te importa si te acompaño al módulo? —pregunté sin esperar una respuesta. Ella se encogió de hombros—. Así evitamos que se vuelvan a caer los refrescos. Y oye, al menos están fresquitos. —Reí, pero intenté camuflar la risa en una tos al darme cuenta de que ella no contestaba—. ¿Siempre hace este calor?

—No. A veces es invierno.

«Bravo, Leire».

Sentí que mi rostro enrojecía por segundos, así que oculté mis mejillas bajo los tirabuzones y agaché la cabeza. Me pareció ver una sonrisa de reojo. Quizás, en otra situación, Azahara me hubiera dado un suave codazo. Y quizás yo me hubiera reído en lugar de llevarme los refrescos al pecho como si ellos pudieran esconderme.

Quizá toda esta conversación hubiera sido distinta si nos rodeáramos de parques en lugar de concertinas. Pero Azahara y yo seguiríamos siendo las mismas.

Tenía que dejar de tenerle miedo.

—No creo que sea mucho mejor entonces —dije después de un suave carraspeo. Azahara arrugó la nariz.

—Mucha humedad, poca ropa y ninguna calefacción. Te puedes hacer a la idea. Aunque me gusta más el invierno, la verdad. Es más fácil protegerse del

frío que del calor. Y en Nochebuena tenemos una comida especial. —Ella también miraba al suelo, y en esa ocasión no escondió la sonrisa.

Sin embargo, desapareció en cuanto oímos los pasos de un funcionario cruzando el pasillo. El hombre bigotudo que nos recibió el primer día, don Francisco, venía directo a nosotras. Azahara se puso tensa y apartó la vista, sin detenerse. Yo le saludé con una inclinación de cabeza y seguí adelante, dejando que nos diera la espalda.

Nos cruzamos sin decir nada.

Sentí sus ojos en nuestra nuca hasta que torcimos la esquina.

¿Era así siempre?

—¿Cómo es la vida aquí dentro? —pregunté en un susurro, tan suave que pensé que Azahara no me había escuchado.

Pero lo hizo, porque se encogió de golpe como si le hubiera lanzado un jarro de agua fría. Echó un vistazo atrás antes de contestar.

—¿Preguntas por cortesía o por morbo?

Si ella supiera...

—Pregunto para entenderos. Para no quedarme con lo que cuentan en las noticias y escucharte a ti. Yo... No sé, simplemente me interesa saberlo.

Azahara me dedicó la sonrisa más vacía y triste que había visto en mucho tiempo. Aupó los refrescos en su pecho y ralentizó su paso, atenta al eco de las botas de don Francisco en la lejanía.

—Levantarse, arreglar la celda, bajar a desayunar, salir al patio hasta la hora de comer, regresar a la celda dos horas más y, por la tarde, otra vez al patio hasta la hora de cenar. Después de vuelta al chabolo. Y ya.

Fruncí los labios.

—No me refería exactamente a eso.

Eso ya lo sabía. Eso lo sabía todo el que hacía una búsqueda rápida en Internet. Eso no me acercaba a lo que sentía una persona cuando le quitaban la libertad de decidir, cuando sus días se repetían en un bucle infinito como había descrito Azahara. Cuando dejabas de creer en la gente.

Ella también lo sabía.

Suspiró antes de volver a hablar:

—¿Quieres saber la verdad? —Por Dios, sí. Por eso estaba ahí. Por eso, por Ana, por mí...—. La verdad es que no me había parado a pensarlo hasta que me lo has preguntado. Quiero decir, sé cómo es vivir aquí, pero no sé... No sabría explicártelo. No podría. Precisamente porque no quiero empezar a ser consciente de lo diferente que es mi vida aquí de mi vida en la calle. Si no lo piensas, duele menos.

—Si duele y lo ignoras, duele más.

—No estoy ignorando nada.

—¿No estás fingiendo? —Como me dijeron que haría; como se suponía que hacía cada preso que nos sonreía, cada preso que nos cedía el paso, cada preso que nos contaba su historia. Se suponía.

—¿No finges tú?

Fue como una estocada directa al corazón.

«Farsante».

—Es que el día... El primer día, antes de que pasara lo de Sonia, me fijé mucho en... ¿Marina, se llamaba? La chica con el pelo por los hombros, la del flequillo.

Azahara tensó la mandíbula.

—Sí, Marina. ¿Qué pasa con ella?

—Me preguntaba si todos aquí eran como ella. Si preferían fingir que no estaban heridos a perdonarse o admitir la culpa. Ella lo hace a través de los insultos, incluso del tabaco. Se ve desde lejos. Esa falsa sensación de superioridad es su medicina, igual que la de Sonia son esas..., esas pastillas. Hacen que todo esté bajo control, que te olvides de lo que está pasando. Pero para Marina esa rabia no es más que veneno. Tiene que encontrar otra manera de sanar la herida. —Azahara no dijo nada y temí haber utilizado las palabras equivocadas. Hinché el pecho y, consciente de la cercanía del módulo 22, seguí hablando—. Yo también hui aquel día al marcharme de la clase. La única

valiente fue Sonia. Es la única que no trata su dolor como si fuera una tontería. Cuando uno ve que sus heridas son reales, entonces puede empezar a curarlas.

Azahara se detuvo frente a la puerta del módulo con las manos firmes alrededor de las latas. Sólo me fijé en los funcionarios al seguir la dirección de su mirada; nos observaban desde detrás del enorme portón de hierro y cristal.

—Si lo que te preguntas es si aquí dentro todos están heridos —dijo Azahara, cautelosa—, en la calle obtendrás la misma respuesta.

Cogió los refrescos que le faltaban y esperó a que las puertas se abrieran antes de despedirse con una pequeña sonrisa. Reconocí a mis compañeros al fondo del vestíbulo, que esperaban nuestro turno para comer.

Azahara ni siquiera se atrevió a mirarlos.

Igual que yo tampoco tuve el valor de girarme hacia el patio, donde el resto de las presas se hacinaban, sentadas unas sobre otras, con las manos llenas de tabaco, cartas o niños. Ninguna era *ella*.

Azahara tenía razón. Al final, no éramos tan distintos como nos habían hecho creer.



Hugo

A veces me volvía a doler el cuello cuando llegaba a casa. Pero no era un dolor real, era sólo el recuerdo; habían pasado ya demasiados días. Y en realidad ni siquiera era dolor. Era un fantasma, era la caricia de sus manos en mi piel, el sudor de su frente y la fuerza con la que, inútilmente, intentaba derribarme. Recordarlo hizo que me sintiera orgulloso de ella.

«Si le hace daño a lo que más quiere, no dejará que la cárcel la mate — pensé—. Volverá hecha una fiera y dejará de ser la niña miedosa que no se atrevía a levantarle la voz a sus padres».

Al final tuve razón cuando le dije que la cárcel nos haría bien a los dos.

Después de pasar horas sobre el escenario, el apartamento se me hacía demasiado pequeño. Demasiado silencioso. Los ensayos con la banda cada vez duraban menos tiempo y pasábamos la mitad de las horas culpándonos por cada nota desafinada y cada canción que no sonara bien. La mitad de los miembros se había marchado, la otra mitad esperábamos a que nos echaran.

Me descalcé y encendí la televisión. No iba a verla, pero no soportaba tanto silencio. Fui a la cocina a por una o dos cervezas, intentando desviar la mirada lejos de los platos amontonados en la pila y los macarrones que empezaban a deshacerse en la tartera.

Volví al sofá, apoyé los pies sobre la mesita y abrí la lata. Gruñí al estirar la mano hacia el mando a distancia, y de nuevo cuando lo primero que vi en la pantalla al cambiar de canal fue un culebrón. Luego un programa de corazón. Una telenovela. Noticias que no me interesaban. Corrupción, violencia. Mierda y más mierda.

Puse el DVD que había grabado hacía años, donde guardábamos los primeros vídeos de Beth.

La primera cara fue la de una Azahara radiante y joven con las mejillas sonrojadas por el calor y las manos alrededor del vientre, embarazada de muchos meses, cuando hicimos una escapada de fin de semana y nos alejamos de la ciudad sin un destino fijo. Apenas la reconocía. Adelanté la grabación; no quería verla. No quería recordar a la Azahara que ya no era, a la Azahara que quería recuperar desesperadamente...

No se lo confesaría, pero, aunque me enorgullecía de que tuviera agallas, una parte de mí se asustaba. No quería verla enfadada *conmigo*. Ella no lo entendía... Joder, había intentado echarme del vis a vis después de meses aguardando y ¿esperaba que no me enfadara?

Si algo tenía claro es que iba a seguir defendiendo nuestra relación hasta la muerte. También de la propia Azahara.

Porque no podía vivir sin ella. No quería imaginarme lo que sería vivir sin ella. Este último año ya había sido lo bastante duro.

—Y aun así, la muy jodida se atreve a echarme en cara que no tenga dinero. Como ahora tiene comida caliente cada día, se ha debido de olvidar de lo que es currárselo, ¿eh, Federico?

Federico era el fantasma al que había decidido hablarle cuando Aza se llevó a la niña. Él estaba igual de enfadado que yo, por eso no contestaba.

Me recliné en el sofá y adelanté el vídeo a unos meses más tarde, al nacimiento de Elisabeth.

Azahara estaba otra vez en la pantalla, con la pequeña en los brazos, un moño deshecho y una de mis camisetas de cuando jugaba al baloncesto. La

cámara pasaba de una mano a otra, ella se reía y entonces aparecía yo en la pantalla y me colocaba a su lado. Le daba un beso en la frente. Ella me daba un beso en los labios. Acariciábamos juntos la mejilla de nuestra hija.

Quería eso. Quería que Azahara estuviera bien, que dejara de estar enfadada. O triste. O harta. Quizás así dejara yo de estar triste y harto.

Salté un poco más adelante, hasta llegar a los primeros pasos de Beth. Yo le cogía de la mano y la acompañaba junto al borde de la cuna, donde ella se apoyaba. Al otro lado de la cámara, la voz de Azahara nos animaba a los dos. Pero no la oía. Ahora sólo tenía ojos para Beth.

Malditos recuerdos.

—Voy a llevarme a Beth dentro —dijo aquella noche poco después del arresto—. Tiene que crecer con su madre, Hugo, ¿lo entiendes?

—En la cárcel. Vas a mandarla a la puta cárcel.

—Hay un módulo para madres, los niños van a la guardería y...

—¡Es la cárcel, Azahara, joder!

—¡Y ni siquiera tendría por qué entrar! ¿Es que no lo entiendes? Ella es lo único que me queda, Hugo, si me quedo sin ella no sé cómo...

Calló en cuanto mi mano le cruzó la cara.

—Pueden oírte, Azahara. Aprende a cerrar más el pico o te juro que no sobrevivirás ahí dentro, con o sin Beth.

Su mano aún permanecía sobre la mejilla y toda ella temblaba. A ese paso la pisarían. Tenía que hacerla fuerte, tenía que recordarle que la cárcel no era ningún cuento de hadas. No era lugar para un niño.

—No pienso dejarla contigo —murmuró—. Y ahora menos.

Me dieron ganas de reír.

—Oh, venga ya, ¿lo dices por la bofetada? ¿En serio? Te creía más fuerte, Aza. Beth estaría bien conmigo, ¿sabes por qué? Porque ella aún no ha aprendido a pasarse de lista. Ella aprenderá que papá no tiene que enfadarse.

—¿Y cuándo aprenderás tú a ser padre?

Apreté los puños. No iba a consentir que me hablara así, que volviera a

echarme en cara que no pasaba tiempo con mi hija, que no le cambiaba los putos pañales. ¿Acaso ella trabajaba? ¿Acaso ella hacía algo *ahora* para sacarnos adelante? Yo ya tenía suficiente fuera de casa como para llegar y tener que currar más, estando ella disponible todo el maldito día. «Reparto de tareas», lo llamaban.

Fue capaz de esquivar el segundo golpe y se marchó de la habitación con los ojos hinchados.

De nuevo, me tocaba defendernos. No iba a permitir que esto nos separara. No iba a dejar que me abandonara llena de rabia. Así nunca recuperaría a Beth.

Por eso fui un cobarde y no tardé más de una hora en regresar a sus brazos y pedirle perdón. Le acaricié la mejilla que había golpeado, le preparé la cena, dormí a Beth. «Lo siento, amor, te quiero. Te quiero tanto que a veces me asusto. A veces tengo miedo de que te enfades y me abandones... Yo no te dejaré, Azahara, nunca. Te lo prometo. Voy a estar contigo, ¿me oyes? Estaré contigo pase lo que pase».

Y ella aceptó mis disculpas, me besó. Aquella noche supo a despedida.

—Estarás conmigo —dijo al acostarnos, cuando creyó que no la oía—. No con nosotras.

Así fue cómo me alejé de Beth.

En el siguiente vídeo, la niña jugaba con una zapatilla. No se reía. Nunca hizo mucho ruido; aprendió de su madre. Sin embargo, cuando vio la cámara acercándose, levantó las manitas y me dedicó una pequeña sonrisa.

—¡Papi! —exclamó.

Contesté desde el sofá de la misma casa, cerveza en mano y recuerdos aún calientes, años después de esa grabación.

—Tranquila, cariño. Pronto volverás a estar con papá.

Ya quedaba un día menos.



Azahara

Cuando habla, parece que la pequeña —no tan pequeña— y valiente voluntaria se desinfle, como si cada palabra ocupara espacio en su pecho y estuviera deseando deshacerse de ellas. Es lo que hago yo cada noche, después de todo. Ella guardará las palabras en el pecho; yo en mis manos, en la voz que no oigo.

Me cuesta ver a Marina como a un animal herido. Cuando Leire habló de su medicina, en ningún momento la vi a ella. Pensé en mí. En cada una de mis heridas, en cada una de mis cicatrices, en la forma en la que conseguían distraerme del mundo. Todas las heridas que cada día finjo que no veo, que no siento, que no duelen. Más allá de los moratones, más allá de los silencios y de las caídas.

Leire tenía razón: llevaba demasiado tiempo vendándome los ojos. Pero ya no tenía fuerzas para destapar la herida, por mucho que eso la hiciera sanar.



Azahara

Había cogido la costumbre de levantarme temprano, mucho antes de la hora del recuento, para asomarme a la ventana y ver un trocito del amanecer cada día. Era la única hora en la que la cárcel estaba completamente en silencio, en paz. Aún no podían darte malas noticias. Nadie podía hacerte daño. No oías gritos, ni llantos, ni pasos, ni risas. Era el único momento en el que lograba encontrarme.

Pero últimamente llegaba a la cama tan agotada que el sueño me hacía su prisionera hasta bien entrada la mañana, mucho después de que el sol saliera.

Aquella mañana, sin embargo, la voz de Beth me despertó antes del recuento. Conforme iba deshaciéndome de la falta de sueño, me di cuenta de que la voz de Beth no era la única. Ella sólo repetía, casi entre sueños, casi como un rezo, lo que anunciaban por megafonía.

—Metadona, metadona... —decía.

Mi niña había aprendido antes lo que era la metadona que lo que era una nevera. Y crecía pensando que era algo *normal*.

Me revolví en mi cama, de cara a la pared, y cerré los ojos con la estúpida esperanza de que al abrirlos los meses que había pasado en la cárcel no fueran más que un mal sueño.



Beth llegó a la guardería llorando, y no podía culparla. Aquella mañana nos habían mantenido encerradas en el chabolo durante dos horas por un fallo de coordinación por parte de los funcionarios. El pan que había guardado estaba duro, Beth había apartado el paquetito de mermelada y ni siquiera había querido beber de mi vaso. Pedía leche, la leche que solían traernos cada mañana poco después del recuento, pero que aquel día no llegó. Las tripas le rugieron durante dos horas y yo traté de contenerla contándole cuentos que no escuchaba, cantándole nanas que no servían.

Cuando abrieron la puerta, no fue para repartir la leche.

—¿Quieres hacer callar a la niña de una vez, mala madre? —bramó el funcionario a modo de saludo.

—Tiene hambre —contesté con miedo—. Tendrían que haber traído la leche hace unas horas y...

—Sí, sí, lo que tú digas. No me vengas con historias, yo no tengo la culpa.

—Llevan trayéndomela toda la semana —insistí—. Sólo pido explicaciones.

—Y yo no las tengo. ¿Vas a hacer el favor de salir? Tienes que dejarla abajo —dijo, y señaló a Beth con el mentón.

—Pero ¿es que no la ves? —Fui hacia la niña para cogerla en brazos y colocarla sobre mi cadera, pero ni siquiera mis manos lograron calmarla. No dejaba de gimotear y tenía el rostro curtido de lágrimas—. Lleva horas sin comer, ayer sólo cenó un pedazo de pan y de aquí a que salga de la guardería todavía quedan horas. Por Dios, ¿no puedes ponerte en mi lugar? ¿No puedes pensar en *ella*? ¡Es sólo una niña!

—Y tú una presa, así que relaja ese tonito conmigo o te cargaré un parte, ¿entendido? —Ni siquiera se paró a mirarnos, ni siquiera cambió el tono de voz

—. Ahora haz el favor de bajar.

—Pero, señor, la leche... —supliqué, intentando que la impotencia no se tradujera en lágrimas. Cogí la cabecita de Beth con una mano y la mecí entre mis brazos, consciente de que no se tranquilizaría hasta que la megafonía callara, el funcionario desapareciera y el hambre dejara de arañarle las entrañas.

—Te vas a ganar un traslado al 17 como no dejes de insistir, ¿es eso lo que quieres? ¿Que tu hija acabe en la calle y a ti te sumen unos años más de condena? —me cortó él. Se puso de costado para invitarnos a marcharnos—. Sal si no quieres sufrir las consecuencias.

Le di un beso en la frente a Beth, con las lágrimas cayéndole sobre su pelo.
«Sobrevivo por ti, nos protejo por ti, todo esto es por ti. Aguantaré por ti».



—Tranquila, mi amor. —Su manita seguía agarrada a la mía con tanta fuerza que había dejado de sentir los dedos—. Te prometo que en tu cumpleaños tendrás la tarta más rica del mundo.

—¿Arta? —preguntó ella, sorbiéndose la nariz. Se me rompió el corazón.

—Como un bizcocho de esos que te doy a veces, pero de chocolate. ¿Te acuerdas del chocolate? Papá te trajo un poco un día. —Ella asintió y por su rostro asomó una sonrisa—. Te gustará.

—¿Te vas? —preguntó.

—Vuelvo en un ratito, princesa. Prometido.

—¡Elisabeth, adentro! —gritó la funcionaria, haciendo que la niña se sobresaltara y las lágrimas empezaran a aflorar de nuevo. Se acercó hasta nosotras y la cogió de las axilas para levantarla. No me soltó la mano hasta que no tuvo más remedio.

Cuando la puerta corrediza de la guardería se cerró, Beth todavía lloraba del

hambre y yo todavía lloraba de la impotencia.

Di un respingo al notar una mano sobre mi hombro y por un instante temí que se tratara del funcionario de aquella mañana. Relajé los hombros al reconocer a Esme, que se despedía de Toni a través de los barrotes. El moño de su nuca se estaba deshaciendo hasta parecerse cada vez más una coleta, y el moreno que había ganado aquellos días al sol sólo había servido para resaltar más las manchas y las arrugas de su piel. Esme vivía como si tuviera veinte años menos por su hijo, Toni, y por los que había dejado atrás, pero la edad empezaba a hacer mella en su energía. Tenía la mirada cansada y las manos curtidas. Pero llevaba demasiado tiempo encerrada como para rendirse ahora.

Notó que la observaba y se giró hacia mí, dedicándome una sonrisa compasiva. No quería compasión, ni preguntas, ni ayuda. No ahora. No con Beth mirándome desde el otro lado de las rejas. Yo también aguantaría.

Me aparté la última lágrima de los ojos y di media vuelta camino al patio, dejando a Esme atrás. Me crucé de brazos.

—¿Gabi no baja hoy? —pregunté antes de que Esme dijera nada.

—Tenía visita del abogado.

Don Francisco estaba plantado en la entrada del patio supervisando que nadie se quedara a la zaga. Tenía el ceño fruncido y se limitaba a hacer gestos con las manos hacia fuera como un controlador de tráfico. Pasamos por su lado con la cabeza gacha, sin mirarle, y fuimos directas a la única esquina del patio donde daba la sombra, aunque todas las sillas de plástico ya las habían cogido otras mujeres. Los dibujos pintados en los muros parecían escurrirse por el calor y sentí que la ropa me asfixiaba.

—Te ayudaré con la niña —se ofreció Esme mientras nos reclinábamos sobre la pared.

—¿Qué? No, Esme, yo...

—Con la tarta, digo —me cortó antes de que empezara a quejarme—. Tengo contactos en la cocina. En el taller de panadería estarían encantados de hacerle un bizcocho a la peque, con chocolate, y seguro que te saldrá mucho más barato

que si pides una instancia. De aquí a que te traigan algo pueden pasar uno o dos meses, si tienes suerte.

«Y no me queda ni un mes», pensé con un nudo en la garganta.

—En realidad no iba a darle una tarta. No sabría cómo. Bueno, ella lo olvidará enseguida, así que da igual.

—Los niños no olvidan, bonita. No olvidan ni su primer castigo, ni su primera torta, ni su primera promesa. Sólo callan.

Esme echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, como si así lograra escapar del calor. Sabía que no esperaba una respuesta. Dejó salir todo el aire que contenía, como un globo que se desinfla, y cuando volvió a abrir los ojos fue para buscar la caja de tabaco que guardaba en el bolsillo.

—¿Quieres?

Hice un débil gesto con la cabeza, aunque sí quería. Quería, pero no podía; quería, pero Esme los iba a necesitar más que yo. Sabía que si fumaba era porque no podía más, ya que normalmente se guardaba los cigarros para trapichear con ellos y conseguir tarjetas para llamar a su familia. Una familia que la esperaba al otro lado del teléfono con lágrimas en los ojos por escucharla hablar.

En mi caso, mi única familia iba a ser arrancada de mi lado en unas semanas y no tenía forma de detenerlo. Las lágrimas que había estado conteniendo frente a la guardería volvieron a aflorar y ardieron sobre mi piel. Me froté los ojos, aunque no fui lo suficientemente rápida para que Esme no lo notara. Alzó las cejas.

—La peque se hace mayor, ¿eh? —murmuró después de darle una calada al cigarro.

El nudo en mi garganta se incrementó y sentí que me desplomaba. Estaba cansada de fingir que no me importaba, que no me moría de miedo.

—Es egoísta que no quiera que crezca, ¿verdad? —Dejé que mis ojos se perdieran en los muros del patio—. Es egoísta que quiera que se quede conmigo, aquí, creciendo rodeada de muros y rejas. Fue egoísta traerla en primer lugar.

Esme se irguió y se colocó frente a mí. Su mirada era estoica, como si fuera a regañarme. En aquel momento no me extrañó nada de lo que se contaba sobre ella. Esme era madre dentro y fuera de la cárcel, y era madre para todas: sabía cuándo dedicarnos las palabras más dulces y cuándo necesitábamos escuchar verdades dolorosas.

Por su mirada, supuse que este era el segundo caso.

—Fue supervivencia, no egoísmo. No podías dejarla atrás.

—Claro que sí. Al principio pensé que era lo mejor para las dos, que no sería mucho tiempo, que necesitaba crecer al lado de su madre... Pero hubiera estado con Hugo en una casa normal, pudiendo salir a dar un paseo cuando quisiera, sin megafonía ni controles ni...

—Oh, espera, ¿lo estás diciendo en serio? —Frunció el ceño y dejó caer la ceniza del cigarro antes de cruzarse de brazos—. ¿La dejarías con ese cabrón?

—Esme, él no es...

—Aza, cariño, tengo unos cuantos años más que tú y no soy tonta, ¿entiendes? Sé de qué madera está hecho ese tal Hugo tuyo, lo veo cada vez que vuelves destrozada de sus visitas. —Negó con la cabeza—. Y ahora qué, ¿vas a permitir que ella sea la próxima en llegar a casa con moratones?

Le sostuve la mirada e intenté que no se notara el temblor de mi voz.

—Él nunca... —Tragué saliva y cerré los ojos un segundo, como si así lograra poner en orden mis ideas. No, mis ideas no: mis emociones. Eran ellas las que cobraban vida y se revolvían en mi pecho, atacándose las unas a las otras para ver cuál conseguía más espacio, cuál lograba destrozarme más—. Él no le haría nada a Beth, estoy segura. Él no es así..., no es como piensas.

—Aza...

—Nos va a sacar de aquí. —Apreté los puños sin darme cuenta, aferrándome a unas palabras que ni siquiera creía reales—. Me lo prometió el día que entramos y desde entonces se está desviviendo para encontrar una manera de acortar este infierno. Y Beth..., Beth estará bien con él.

Beth no tenía todavía ni la voz ni el carácter suficiente para hacerle enfadar.

Esme dejó que el humo se escapara entre sus labios y cambió su peso de una pierna a la otra.

—Ese es tu plan entonces. Dejar que pasen los días y darle la niña al hombre de las amenazas.

—¡No me ha amenazado!

Dio un paso hacia delante; su cara estaba a unos pocos centímetros de la mía. Estiró el cuello para mirarme a los ojos, tensa, y apretó los labios como si estuviera conteniéndose para no soltar todo lo que se le pasaba por la cabeza. La forma en la que me miraba era suficiente para hacerme callar. Soltó el aire despacio, haciéndose más pequeña. Su voz fue sólo un susurro:

—Aprende que las amenazas no son sólo palabras y que las heridas no son sólo golpes, Azahara. Quizás entonces te des cuenta de todas las mentiras que te estás repitiendo cada maldito día.

—No sabes nada de mi vida —le solté mientras apretaba los dientes.

En su rostro se formó una sonrisa ladeada.

—No habrías dicho lo mismo hace cinco minutos. Lo que pasa es que te enfada que tenga razón. —Retrocedió y dio una nueva calada al cigarro—. Pero está bien, dejaré que sigas pensando lo que quieras. Allá tú. Pero hay algo por lo que sí sé que andas bastante preocupada, ¿verdad? ¿Qué harás cuando Beth se vaya?

Parpadeé, sin entender muy bien su pregunta.

—¿Qué?

—Dinero, Aza. Pasta, peculio, parné. Aquí Beth tiene la comida mínima cubierta, una cuna donde dormir cada noche y una guardería donde mantenerla ocupada por las mañanas. Pañales, toallas, mantas. Un peluche si te toca un funcionario majó. Incluso tiene ropa, algo que no pueden decir todas. Todo desaparecerá en cuanto vuelva a la calle y no dejarán que nada salga de aquí dentro. ¿Tiene Hugo eso en casa? —Mi rostro palideció al instante—. No te ha dicho nada, ¿verdad?

Sí, sí me lo había dicho. Vendió la cuna y los juguetes de Beth a los tres

meses de entrar en prisión pensando que así conseguiría algo de dinero para cubrir la fianza. Una vez fuera veríamos qué hacer, pero lo que más le preocupaba era sacarnos de ahí. No llegué a ver nada de lo que ganó, pero él seguía trabajando para ayudarnos. Me lo prometía cada día.

Tragué saliva. Seguro que Hugo había pensado en eso. Él era el primero que me preguntaba por Beth siempre que nos encontrábamos.

—Estuvo ahorrando para...

—Para lo que sea, sí, eso es lo que dicen siempre. «Dame lo que has ganado *pa'* que lo ahorremos, tranquila que ya me encargo yo» y al final tú no ves ni un céntimo. ¿Te suena? —Golpeó el cigarro para dejar caer la ceniza—. Aza, cariño, vas a tener que empezar a moverte si de verdad quieres pasta.

—Ya lo hago. Me apunté al curso de cerámica, y con lo que venda...

Esme chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—No, así no te llegará ni para un paquete de pañales. ¿Sabes lo que puedes hacer? —Miró de reajo hacia el patio para asegurarse de que nadie nos escuchaba y se acercó a mi oído—. Vende pastillas. Ahí está la clave. Fácil, rápido y seguro. No sabes la cantidad de personas que pagan por olvidar.

—¿Pastillas?

—Somníferos, relajantes, esas cosas. Los médicos tienen fichados a los que se pasan de listos pidiendo, pero tú eres más inocente y más buena que el pan, así que te darán todo lo que quieras. Sólo tienes que aprender a regatear.

Me quedé con los pies clavados en el suelo sin saber qué decir.

—¡Chicas! —Gabi entró de golpe al patio sujetándose el vientre con una mano y la falda del vestido con la otra. Nunca la había visto sonreír tanto.

Esme dio una última calada al cigarro antes de tirarlo al suelo y apagarlo con el pie. Miré a Gabi. Si me centraba en ella, en lo bonita que se veía con esa sonrisa y esa fuerza, quizás olvidara que eran mis últimos días con Beth, que Hugo se haría con ella, que no había dinero, que tenía que conseguirlo aunque tuviera que mentir a la cara a quien me mantenía presa. Que se lo debía, se lo debía, se lo debía.

—¡Pero qué guapa que viene mi niña! —exclamó Esmé, abriendo los brazos para rodearla con ellos. La expresión le había cambiado en medio segundo—. Pero ¿tú no venías del abogado? Parece que te haya tocado la lotería, chiquilla.

—Me ha dado buenas noticias —respondió, incapaz de esconder su entusiasmo. El camino de vuelta al módulo parecía haberle dejado sin aliento—. Muy buenas noticias.

—No hace falta que lo jures. —Esmé soltó una carcajada y pellizcó la mejilla colorada de Gabi como si también fuera su hija.

—Me voy en tres meses, chicas. —La voz se le quebró con la última palabra. Se mordió el labio en un vano intento de contener las lágrimas, pero, por primera vez, su llanto estaba cargado de esperanza—. Tres meses. Con suerte, el peque sólo pasará un mes aquí y luego..., luego... —Se tapó la boca con una mano para contener la emoción, pero sus hombros no dejaban de encogerse.

—Dios, Gabi, es una noticia buenísima. —Noté el pinchazo en el corazón que venía con cada alegría ajena. Se acompañaba siempre con el sabor agri dulce de la envidia ardiéndome en la garganta—. ¿Cómo has...?

Gabi se apartó una lágrima del ojo.

—Mi abogado consiguió que revisaran el caso porque no coincidía con mi testimonio y se dio cuenta de que se habían traspapelado mis datos con los de mi... compañero, Eric. —Tragó saliva, pero no consiguió borrar el recuerdo del chico que la animó a vender su cuerpo para luego vender también su droga. Sacudió la cabeza antes de seguir—: Hubo un fallo con la cantidad de gramos de cada uno, y teniendo en cuenta mi historial y mi comportamiento aquí dentro..., me han reducido la condena. Seré madre en la calle, chicas. Volveré a ver a mi familia y... Joder. —Se secó las lágrimas deprisa, ensanchando todavía más la sonrisa—. Me voy a casa.

Fue como si realmente estuviera anclada al suelo y alguien hubiera soltado las cadenas de sus tobillos.

Esmé tenía los ojos húmedos, como cada vez que se emocionaba. Se acercó

a Gabi y la rodeó con un brazo, con cuidado de no chocar contra su vientre.

—¡Mi niña! —dijo una vez separadas—. No sabes lo mucho que me alegro, corazón. Te lo mereces más que nadie.

Ella sonrió y bajó la vista hacia su barriga.

—¡Eh, el pelotón del fondo! —Las tres nos giramos; don Francisco nos miraba desde la entrada del patio haciendo visera con una mano—. ¡Ya basta de manoseos! ¡A un metro de distancia todas! —Y todas dimos un paso hacia atrás como robots; algunas con miedo, otras con los ojos en blanco—. ¡Eh, tú! —Se giró hacia Vanesa, que se entretenía balanceándose sobre una de las sillas—. ¿De qué te ríes? ¿Acaso quieres un parte? No me toques las pelotas o...

Gabi y Esmé le dieron la espalda, las dos conteniéndose para no saltar sobre él.

—Y luego los maleducados somos los de dentro —soltó Gabi, frunciendo el ceño.

—Sólo tres meses —le recordé, contagiándole la sonrisa—. Tres meses y ya no podrás decir eso.



Gabriela

Las últimas noticias me habían cargado de energía y de vida, y quizás esa fuera la razón por la que los estrechos pasillos de la cárcel parecieron agrandarse, los colores se tornaron más intensos y los sonidos, más suaves. Pasé la tarde ayudando a cuidar a los niños de mis compañeras, viendo en sus caritas el reflejo de mi pequeño. Quizá tuviera el pelo lacio como el mío y muy largo, incluso recién nacido, o quizá su cabecita fuera una bola de billar. Quizás heredara los lunares de mi espalda o los ojos verdes de mamá. Quizá le vistiera de naranja, el color favorito de papá. Quizás así me perdonarían traerles un nieto al mundo. Aún no sabía cómo iban a reaccionar.

O quizá..., quizá se me formara un nudo en la garganta al reconocer en mi hijo los ojos negros y duros de su padre. Quizás crezca siendo la huella de un hombre cualquiera al que no quiera recordar.

Me obligué a apartar esos pensamientos de mi cabeza. Él iba a ser querido. Iba a ser mi hijo, sólo mío. Su padre sería cosa del pasado, un fantasma; porque ni él me quería —sólo me deseaba— ni yo le amaba. Sólo nos necesitábamos. El hijo que me ha dado fue la salida a una esclavitud un poco más libre, y le tenía que estar agradecida. A pesar de su agresividad y de los malos recuerdos, a pesar de encontrármelo de nuevo en los ojos de mi bebé, tenía que dejarlo atrás. Fingir

que no había existido nunca.

—¿Gabriela? —Don Pedro asomó por el patio, entrecerrando los ojos para protegerse del sol. Paseó la mirada de un lado a otro—. ¿Gabriela Giner?

Levanté la mano como si aún siguiera en el colegio, sujetando a Saray con la otra. La niña estaba aprendiendo a andar a base de agarrarse y escalar a las piernas de la gente, y Claudia me había insistido en que no le quitara el ojo de encima. Silbé para que don Pedro me viera.

—¿Todo bien? —pregunté. Hice una mueca al levantarme del asiento; el vientre cada día pesaba más. Cogí a Saray del suelo y se la di a Vanesa, que también estaba pendiente de los niños.

Don Pedro se había quedado embobado mirando a la pequeña y tenía una sonrisa en el rostro. Me dio miedo que lo que fuera a decirme la rompiera.

—Vanesa y yo nos encargamos de los niños cuando las demás están en los talleres —aclaré por si su llamada de atención se debía a eso. Había conocido a funcionarios capaces de poner partes a quien diera de mamar con el pecho demasiado descubierto.

El funcionario sacudió la cabeza para salir de su embelesamiento.

—Lo sé, lo sé. Y sí, todo bien. Tienes una visita esperándote.

—¿Una visita? —El corazón se me paralizó un instante—. No me han avisado de que...

—Ya sabes cómo está la administración estos días, Gabriela; parece que todo el mundo se haya ido de vacaciones. Concretó la visita hace una semana, ¿no te dijeron nada?

Negué con la cabeza.

«Por favor, él no, él no», pensé, tratando de descifrar la expresión de don Pedro. Aunque, claro, el funcionario no sabía nada acerca de lo que había pasado entre Castaño y yo. «Me dijo que se desentendería, que no le importaba, que no sería ni su primer ni su último hijo perdido. Que él no quería ser padre. No puede haber venido a buscarlo. No puede haber salido del módulo, ¿verdad? No todavía. No todavía...».

—¿Gabriela?

—Perdona. —Apreté los ojos un segundo para apartar el recuerdo de Castaño. No sabía cuál era peor: si el suyo, el de Eric o el de los miles de clientes anónimos que aún se acostaban conmigo cada noche—. ¿Sabes si es...?
—empecé, con miedo a su respuesta.

—Es Eva Belmonte. Viene sola.

Entonces sí que me dio un vuelco el corazón.

«Mamá».



Dos puertas de acero cerradas, sin barrotes que te permitieran ver más allá de ellas y separadas por metro y medio de suelo, era todo el espacio que teníamos para respirar mientras esperábamos a que el funcionario, al otro lado de la pecera, cerrara la puerta a mis espaldas y abriera la siguiente.

La entrada al módulo siempre era mucho más espaciosa: tenía amplias ventanas que daban al patio para iluminar la zona a la izquierda, una máquina de refrescos y dos teléfonos de pago a la derecha; los baños y el comedor al fondo, y los chabolos arriba. Perfecto para causar una buena impresión.

Pero cuando salías de los módulos, las cosas cambiaban. Los pasillos se estrechaban hasta hacerse infinitos, las bombillas parpadeaban y todo el ambiente olía a sudor y humedad.

Don Pedro me abrió la puerta de la primera cabina y se despidió con un asentimiento. Mi madre todavía no había llegado. A mi alrededor, el resto de los presos alzaban la voz para hacerse oír a través del cristal, casi haciendo retumbar las paredes. El hedor impregnaba el habitáculo y el calor era asfixiante. Aun así, mantuve la camiseta de tirantes bien pegada sobre mi barriga. No podría ocultarlo ya, pero al menos no lo haría tan evidente.

—Gabriela. —Fue ella quien me vio primero. Se llevó las manos a la sonrisa para intentar contener las lágrimas, corrió hasta el asiento que le correspondía y colocó una mano sobre el cristal.

—Hola, mamá.

«No llores, Gabi —pensé—. Tiene que verte fuerte».

—Cariño, no sabes cuánto tiempo he estado esperando esto. ¿Cómo estás? ¿Necesitas algo? Recargamos el peculio todo lo que pudimos, pero...

—No te preocupes, mamá, estoy bien.

—¿Sigues molestándote tu compañera?

Molestándome. Verónica no me molestaba, mamá, Verónica me asustaba. Me amenazaba, me destrozaba las sábanas, me robaba. Oía voces y las escribía en las paredes de nuestra celda hasta que un funcionario las encontraba. Entonces me echaba la culpa a mí. Me sedaban. Ella aprovechaba entonces para obedecer a sus voces. No, Verónica no me molestaba, mamá: la enfermedad de Verónica quería matarnos a las dos.

—No —contesté cortante—. Ha habido... cambios. Pero no quiero hablar de mí. Por favor, háblame de papá. ¿Cómo están las gemelas? ¿Y Ainara? Dios, os echo muchísimo de menos, mamá. No sabes las ganas que tengo de volver a veros a todos. —Una pausa, dos lágrimas—. ¿Y Niko? Le echo de menos a él también. Aquí hay otro tipo de perros. —Puse los ojos en blanco, intentando bromear, pero mi madre palideció—. Es broma, mamá. Estoy bien, te lo prometo. Me han cambiado de módulo.

—¿Ya no estás con Verónica? —Negué con la cabeza y ensanché la sonrisa—. ¿Y eso?

«Díselo, Gabi». Mi boca se abrió, mi lengua jugó con la primera sílaba, pero sellé mis labios antes de poder decir nada. Sentí un nudo en la garganta.

—Ya te contaré. Oye, no me has contestado: ¿cómo están las peques?

Ella suspiró y se hundió más en su asiento.

—Bien, supongo. Las gemelas aún son muy pequeñas para enterarse de nada, pero Ainara... Nos llamó la directora del colegio hace unas semanas,

¿sabes? Al parecer, alguien de su clase dijo algo..., algo muy feo sobre ti, sobre nosotros, y Ainara saltó. —Expulsó el aire de nuevo mientras se limpiaba una lágrima—. Tiene mucho rencor acumulado.

—No puede ser rencor, mamá. Sólo tiene doce años...

—Y una hermana en la cárcel, Gabi. Es..., es duro para todos. —Bajó la mirada a sus pies, pero no aguantó mucho tiempo sin mirarme a los ojos. Llevábamos meses sin vernos.

—No por mucho tiempo más —murmuré. Los gritos de los demás presos en las cabinas contiguas amortiguaron mis palabras.

—¿Qué?

—Salgo en tres meses, mamá. —Escuché mi voz como si fuera la primera vez que la oía.

—¿Tres meses? —Sacudió la cabeza—. Pero ¿cómo...?

—¿No te lo ha dicho el abogado? —Ella negó—. Los datos del arresto se habían traspapelado. Eso o Eric mintió en su testimonio, todavía no lo sé, pero mi abogado consiguió testigos que han corroborado que la cantidad de gramos que yo llevaba no era por la que me inculparon; esa era la de Eric. Además, todo el asunto de la coacción y eso... al final ha resultado ser un punto a mi favor.

El rostro de mi madre había palidecido, como cada vez que hablaba de la droga. La droga que su hija mayor, responsable y *perfecta*, había decidido vender para ayudarles en casa. O para ayudar a Eric. O para sentirse útil. Ya no lo sabía. La droga que le había pasado su yerno, al que consideraban también perfecto. La droga que no tenían ni idea de que existía hasta que un día llamaron a casa para confirmarles que su hija había sido encarcelada.

Tampoco sabían que el dinero no sólo había salido de esas ventas. No sabían que a veces la única opción que tenía para que Ainara y las gemelas estudiaran y crecieran con dignidad era venderme. Vender mi boca, mis gemidos, mi piel. Así me aseguraba cierto dinero. Y a Eric nunca le pareció mal que lo hiciese. A Eric *le gustaba*.

—Cariño... —Mi madre y yo parecíamos habernos contagiado el llanto—.

Dios, no sabes lo mucho que se van a alegrar las niñas cuando se enteren. ¡Tres meses! Tres meses no son nada, Gabriela, ya verás. En un pestañeo estarás en casa.

—No sabes las ganas que tengo, mamá. De verdad. —Sin darme cuenta, mi mano había acabado pegada al cristal, justo donde aún esperaba la suya—. Quiero dejar todo esto atrás...

«Pero me llevaré algo conmigo», pensé, deslizando la mano libre sobre mi vientre.

Mi madre se apartó un segundo del cristal.

—Voy a pedirle al funcionario que me deje llamar a tu padre, aunque sea sólo para oírte. No sabes lo mucho que se va a alegrar, después de todo lo que hemos pasado...

—No, espera —le pedí. Las palabras salieron antes de que me diera tiempo a pensar en cómo continuarlas—. Hay..., hay algo que no te he contado aún.

Intenté seguir hablando, pero el llanto me quebró la voz. Mi madre ladeó la cabeza, asustada.

—¿Ha pasado algo...?

—Me cambiaron de módulo por una razón, mamá. Lo pedí durante muchísimo tiempo, pero no hubo manera, así que... decidí..., decidí que tendría que encontrar una salida por mi cuenta. No aguantaba más ahí. Tú no puedes entenderlo: la cárcel asusta, pero dentro de ella hay zonas que dan todavía más miedo. Hay módulos que son cementerios para vivos, de gente que no encuentra las ganas de vivir, y hay módulos que son espacios libres para rajar a quien quieras. No quería acabar en ninguno de ellos, así que... —tragué saliva— conseguí que me trasladasen al módulo de madres.

La expresión de mi madre pasó de la angustia a la sorpresa.

—¿De madres? ¿Por qué iban a...?

—Sólo espero que puedas perdonarme —murmuré—. Te prometo que me encargaré de todo yo solita, de verdad. Sé cómo hacerlo. He aprendido viviendo con ellas y...

—Gabi, ¿de qué estás hablando?

Cogí aire muy lentamente antes de ponerme en pie, dejando el bulto de mi camisa a la vista. Me aparté el pelo que me caía sobre el pecho para dejar que mi madre viera al que sería su primer nieto.

—Estoy embarazada, mamá. De treinta semanas, creo. Sólo me dejan visitar a un ginecólogo una vez cada cuatro meses, como mucho, y tampoco me dedica mucho tiempo, pero... —Intenté llenar el silencio de la sala con mis palabras, con el inútil deseo de que eso bastara para que mi madre le quitara importancia. Ella y mi padre habían criado a cuatro niñas y ahora les pedía que acogieran a un bastardo. Esperé a que explotara.

Pero se quedó muda, sin apartar la mirada de mi vientre. Cerró los ojos despacio. La culpabilidad me azotó. Ya tenían suficiente con una hija de veinte años presa cuando todas mis compañeras de primaria estaban estudiando la carrera de sus sueños como para que también tuvieran que esconder el hecho de que su hija no pudiera mantener las piernas cerradas.

Tenían que entenderlo. Primero lo hice porque era la única manera de salir de un infierno para entrar en uno un poco mejor. Después, porque empecé a ver que ese niño —que aún no tenía voz ni aire en los pulmones ni nombre— era la primera persona en la cárcel que realmente conseguía salvarme.

Con el rostro serio y tratando de mantenerse en calma, me miró directamente.

—¿Tú lo querías? —preguntó simplemente. Y aunque hace unos meses hubiera roto a llorar con esa sencilla pregunta, ahora no podía evitar sonreír.

—Más de lo que he querido nunca a nadie.

—¿Es de Eric? —continuó mientras tragaba saliva. Negué con la cabeza. Ella dejó caer los hombros, como si le hubiera quitado un enorme peso de encima.

—Prefiero no hablar de ello.

—Lo entiendo. —Pero la voz le temblaba. Sus gestos decían lo contrario—. Entonces voy..., voy a ser abuela. Vas a ser madre.

—No pareces muy contenta...

«Oh, Gabi, estúpida —me reproché a mí misma—. Ni siquiera tú lo estabas cuando te enteraste del embarazo. Lloraste hasta tener la garganta seca, lloraste todo lo que perdías y todo lo que dejabas atrás al seguir adelante con esto. Tú tampoco lo entendías. Nunca entendiste qué hiciste para merecer esta vida».

—Cariño... —murmuró mi madre, apartándose una lágrima furtiva—. Es..., es duro, Gabriela. Tener un hijo no es ningún juego.

—Nunca he dicho que lo sea —repliqué, pero ella no me escuchó.

—Eres joven, no sabes lo que es cuidar a un niño, no sabes lo que supone y lo que te cambia la vida y...

—Mamá, mi vida ya cambió cuando entré aquí. Y nada de lo que venga ahora será peor que esto.

—Esa no es razón para tener un hijo, Gabriela. No puedes jugar así con una..., con una vida.

—¡No estoy jugando, mamá! —Apreté los puños y me contuve para no saltar de la silla. En cualquier momento podría entrar un funcionario para sacarme de ahí si me veía demasiado alterada. Carraspeé antes de continuar—: Por Dios, yo le quiero. Siempre he querido ser madre. Siempre. No me importa que llegue antes de lo esperado. No fue una decisión que tomé a la ligera, mamá, pero sabía que tener un niño ahora podría salvarnos a los dos.

—¿A los *dos*?

Eso no podía explicárselo. No lo soportaría.

No podía hablarle de las formas en las que conseguía que entrase el dinero en la casa, de los hombres que pagaron por mi piel. No podía hablarle de los niños de los que tuve que despedirme con lágrimas en los ojos y el corazón encogido. No podía hablarle de las mentiras con las que Eric me convenció de que no me quedaría embarazada ni de las barbaridades que tuve que hacer para deshacerme de ellos. La alternativa era que Eric me abandonara, y en aquel momento, ciega como estaba, no podía soportar separarme de él.

Me prometí a mí misma que nunca volvería a hacerme daño de esa manera.

«A este niño lo busqué. A él lo quise, lo quiero, lo salvaré», pensé. A mi madre no podía explicárselo. No todavía.

Al ver que no contestaba, se mordió el labio inferior.

—¿Cómo le explicarás todo esto cuando crezca, Gabriela? ¿Cómo se lo dirás a tus hermanas? ¿Cómo le explicarás que lo utilizaste para huir del módulo, cariño?

Apreté los puños.

—Espero que para cuando tenga edad de hacer preguntas sepa que su madre quiso estar con él desde el primer minuto. Desde antes de que naciera, antes incluso de que supiera su nombre. Y espero que con eso sea suficiente.

Las dos nos quedamos calladas, sin saber qué decir. Entonces mi madre cogió aire despacio y fue expulsándolo por la boca, como si tratara de hacer temblar la llama de una vela. Suspiró y me miró de nuevo a los ojos. Se esforzaba en sonreír.

—Deja de recordarme tanto a tu abuela, niña. Era lo que me decía, ¿sabes? Que nos quiso desde el primer momento. Y para mí siempre fue suficiente. — Había cariño en su voz. Había cariño y esperanza, y sentí que mi corazón volvía a latir, como si la discusión lo hubiera parado—. Dime, ¿has pensando ya en un nombre? Mejor que lo decidas ahora antes de que tu padre se entere. La última vez que sacamos el tema soltó que sus nietos se llamarían Roberto o Roberta, como él, y me niego a tener una Roberta en casa. ¡Y menos un Roberto! Con uno es suficiente, madre mía. Reza para que no herede sus genes.

El corazón dejó de cargar con la piedra de aquel secreto y de mi boca se escapó una débil sonrisa.



Azahara

—¡Recuento!

«Recuento» fue la tercera palabra que aprendió Beth, después de «mamá» y «hambre». «Recuento» era nuestro despertador cada mañana, nuestra nana antes de que acostarnos. «Recuento» era nuestra manera de medir el tiempo. Golpeaban la puerta, la abrían sin importar si estabas durmiendo, duchándote o a punto de suicidarte, te miraban como quien inspecciona un mueble y cerraban la puerta. Nunca cesaba. Era nuestro metrónomo, nuestro pulso. Así es como medían nuestra vida. Un día dejábamos de existir —porque volvíamos a la calle o porque nos hartábamos de seguir vivos— y el recuento paraba.

Normalmente, el recuento, igual que los cacheos (aunque estos ocurrían con mucha menos frecuencia), llegaban puntuales, siempre a la misma hora. Y aunque hacerse con un reloj en la cárcel era algo que sólo los expolíticos y privilegiados podían permitirse, el resto teníamos nuestras propias maneras de medir el tiempo: el turno de los funcionarios, el hambre en nuestro estómago, la sombra bajo nuestros pies. A la hora del recuento, nos tocaba ir a la celda o nos arriesgábamos a acabar en aislamiento.

Había acabado de comer antes de lo previsto, lo que me dejaba con un poco de margen antes de que chaparan las celdas a la hora de la siesta. Fingí estar

mareada y le pedí a don Pedro que me acompañara a la enfermería. Él hizo una mueca, pero finalmente aceptó. Llamó a uno de sus compañeros para que me resguardara de puerta a puerta.

Cuando llegamos, me dejó sola. *Casi*. En la cárcel nunca estabas solo, ni siquiera en la intimidad de tu chabolo; siempre había un ojo mirándote aunque tú no lo vieras.

—Espera ahí —me ordenó el funcionario, y señaló una fila de asientos con la cabeza—. El médico está ocupado ahora, pero no tardará en pasar turno.

Me senté sobre el frío metal de aquellas sillas, me crucé de piernas y esperé, dando toques contra el suelo con impaciencia.

Estaba en la cárcel dentro de la cárcel, y la llamaban así por una razón. Una vez te trasladaran permanentemente a la enfermería, no volvías a ver un patio en años.

Ni siquiera se habían molestado en pintar las paredes de un color que no dañara la vista: todo era de un blanco tan intenso que dolía. Las sillas eran blancas, los barrotes eran blancos, las paredes eran blancas, la enfermera que pasaba las páginas de una revista de moda era blanca y vestía de blanco. Las paredes estaban llenas de humedades y de huellas, tanto de las manos que se habían arrastrado por ellas en un intento de aferrarse a la salida, como de las suelas de los zapatos que habían quedado marcadas después de una pelea. El vestíbulo era amplio. El mostrador estaba despejado y en una esquina una planta se pudría. Sólo había dos puertas: una daba a la consulta del médico de familia (que venía una vez al mes si tenías suerte) y la otra, maciza y de metal, abría paso al pasillo del infierno. Igual que el de los módulos, a excepción de que este estaba lleno de gritos, calor, habitaciones sin ventanas, llantos; el eco y el recuerdo de la gente encerrada allí dentro, al «cuidado» de una única enfermera que esperaba con el ceño fruncido a que pasaran los años de condena para librarse de cada enfermo.

A diferencia de la calle, aquí los enfermos salían más dementes de lo que entraban. Cosa que a nadie le importaba: eran presos y, por tanto, *sin excepción*,

gente peligrosa. Nos *merecíamos* la demencia.

La puerta de la entrada emitió su característico clac antes de empezar a deslizarse entre chirridos. Cuatro personas traspasaron el umbral, pero sólo reconocí a una: Verónica. Había compartido con ella el patio común un par de días cuando estuve en preventivos. Después compartió chabolo con Gabriela.

Dos funcionarios fornidos la agarraban de los codos y un tercero le sujetaba el pelo, echándole la cabeza hacia atrás de forma que parecía que los ojos de Verónica fueran a salirse de sus órbitas. Y a pesar de todo, tenía una expresión tranquila y había dejado de forcejear. Aunque seguía gruñendo y murmurando. Se la llevaron por el estrecho pasillo de la enfermería mientras el resto —la enfermera de la revista, un interno con cabestrillo y yo— mirábamos sin hacer nada. Sin decir nada. Como si una mosca se hubiese posado sobre nuestro hombro.

Habíamos visto ya demasiadas cosas.

Vimos a Inés volver llorando al módulo después de compartir celda con su peor enemigo y rogando que la depresión la matara. Vimos a Nina salir tiritando por culpa del mono y a las enfermeras dándole metadona como si fueran caramelos. Vimos a Verónica el día que la sacaron de aislamiento después de cuatro años, diez meses y un día encerrada entre las mismas cuatro paredes. Todavía me preguntaba si su enfermedad había llegado con ese abandono, si había creado las voces en su cabeza para no sentirse tan sola, o si la habían obligado a convivir con ellas durante casi un lustro.

Verónica cruzó el vestíbulo y la puerta de metal se cerró tras la espalda del último funcionario. De nuevo, el clac marcó el inicio del silencio. Todos sabían lo que le esperaba allí dentro: un par de semanas encerrada en una jaula sin ventanas, teniendo alucinaciones, viendo a personas, cadáveres y sombras, oyendo un coro de voces, suplicando por la medicación que acabaría con todo... Y siendo ignorada.

Saldría, le daría un nuevo brote, la volverían a encerrar. Aquí no curaban. Aquí escondían.

—¿Azahara Rubio?

Me puse en pie nada más oí mi nombre, poco después de que el doctor abriera la puerta de la consulta. Sonreí, aunque no demasiado. Esme ya me había avisado: tenía que dar la sensación de estar enferma, pero sin llegar al punto de parecer demente o desesperada. Como ella decía, todavía era una virgen en enfermería.

Aquí los médicos no eran como en la calle, porque no les importaba lo que te pasara: les importaba más alejarse de ti. Por eso el doctor no puso ninguna pega ante mis quejas: insomnio, agitación, dolores de cabeza... Un poco de todo. No necesitó comprobar nada. Me tendió un surtido de pastillas como quien le da monedas a un mendigo.

—Con esto te encontrarás mejor. Una de estas para dormir; dos si te sientes muy ansiosa. No más de tres de estas al día o te crearán dependencia. Y esto de aquí para el dolor de cabeza.

Asentí y traduje en mi cabeza: «una para las galletas de Beth, dos para conseguirle una blusa fina de tirantes cuando estemos fuera. Con la dependencia de otros, podría hasta conseguir un juego de mantas. Y esa de ahí, algún día, será un nuevo peine».



Azahara

Los cuarenta y cinco minutos que duraba el taller se volvían segundos cuando conseguían alejarme de la realidad. Escribiendo y decorando el caligrama que nos habían animado a hacer, los presos, los ruidos y los barrotes a mi alrededor parecían desaparecer. Era fácil imaginarse haciendo exactamente lo mismo en un lugar donde te sintieras libre. Aunque yo aún no hubiera encontrado el mío.

—Bueno, chicos, recordad que ahora os toca teatro en el patio, ¿de acuerdo?
—dijo Juanjo con las manos alrededor de la boca para hacerse oír por encima del murmullo.

Guardé el caligrama en el escote antes de marcharme del aula. Gabi y Esme se quedaron atrás, aferrándose a los últimos segundos frente al ventilador.

Una voz ronca me detuvo a medio camino, mientras bajaba las escaleras.

—Eh, Flequillos.

¿De verdad no tenían un mote más original?

—*Azahara* —repuse mientras me daba la vuelta. El rostro con el que me encontré hizo que el corazón se me detuviera un segundo. Tragué saliva.

—Lo sé —contestó Marina, que bajó los escalones que nos separaban. Miró de reojo a los internos que iban de las aulas hacia el patio, a la espera de que pasaran—. Pero me gusta tu flequillo y me gusta ponerte nerviosa. Además,

seguro que entiendes tan bien como yo lo difícil que es cortarlo con esa mierda de tijeras que nos dan.

Su comentario me hizo gracia.

—¿Las de las puntas redondeadas?

—Agh. —Puso los ojos en blanco—. Cómo las odio. Hasta tener un flequillo decente es un privilegio aquí dentro, nena.

Cuando la entrada se quedó prácticamente vacía, dio un paso hacia mí. Enseguida sentí el pánico que acompañaba siempre que dos presos se quedaban solos. Me tranquilizó el hecho de que Marina llevara ya un tiempo aquí; no sería tan estúpida como para hacer nada delante de las cámaras. Todo el mundo lo sabía: si querías ajustar cuentas, te ibas a los tigres —los baños—, el único lugar sin vigilancia de toda la cárcel.

Me aparté con disimulo de ella, lo suficiente para que su hombro no rozara el mío.

—¿Querías algo? —pregunté. Ella sonrió.

—Sólo saber si has vuelto a encontrarte con tu Bestia. —Su voz fue sólo un susurro. No quería nadie más nos escuchara.

Levantó una mano hacia el mechón de pelo junto a mi sien, como si buscara acariciarme. Apreté los puños.

—No es ninguna bestia, Marina. Todo va bien.

—Yo no te veo bien.

—Pues deja de mirar.

Giré sobre mis talones para continuar bajando las escaleras, pero Marina me agarró del brazo. Redujo la presión de sus uñas en mi piel en cuanto me volví hacia ella.

—No tienes que huir de mí, joder. Sólo intentaba ser amable. —Bufó—. Sé lo que te está pasando. Sé lo que *te está haciendo*, lo puedo leer por todo tu cuerpo. Y podría ayudarte, pero veo que te niegas a admitir la verdad. —Me soltó, lo que hizo que perdiera el equilibrio un segundo. Se acercó todavía más a mí y murmuró—: Él es el asesino, ¿verdad? Siempre lo ha sido. Tú no serías

capaz de matar ni a una mosca. Y por mucho que utilices una lanza como bastón, Flequillos, sigue siendo una jodida lanza.

«Tú no harías daño ni a una mosca, Aza», las palabras me taladraron la cabeza como si las estuviera escuchando por primera vez. Cerré los ojos con fuerza e intenté apartar el recuerdo de aquella noche.

Pero no fue una única noche. Las escenas se superponían unas sobre otras, desplegándose por mi mente como un abanico de recuerdos.

«Tampoco me lo harás a mí», afirmó. Y le creí, siempre le creía.

«Antes acabas muerta».

El tiempo que pasó hasta que Marina se zafó de mi brazo se me hizo eterno. Bufó antes de apartarse y bajar los escalones que nos quedaban camino al patio. Si tardábamos un poco más, los funcionarios empezaban a buscarnos.

No sé si fueron sus prisas por largarse o el miedo que hizo que me paralizara, pero cuando su hombro chocó contra el mío no tuve tiempo suficiente para mantener el equilibrio. Trastabillé y me agarré a la barandilla para no caerme. Pero no pude evitar que el contenido de uno de mis bolsillos saliera volando. Me giré de inmediato y me agaché para recoger las pastillas del suelo como un mendigo que busca migas de pan. El corazón me latía cada vez más rápido y la sangre me bombeaba en las sienes.

Sólo podía pensar: «que nadie me vea, que nadie pregunte, que nadie sospeche».

Pero Marina ya se había dado la vuelta.

—Muchas pastillas para estar tan bien, ¿no? —Se quedó de pie, mirándome por encima del hombro. Yo mantuve la vista en el suelo, buscando con frenesí las pastillas que faltaban.

Marina dio una patada a una de ellas antes de acercarse a mí.

—Serás puta —murmuró. Apretaba los dientes. El cuerpo entero me tembló—. Yo intentando ayudarte y tú trapicheando. ¿Te crees que no sé lo que la gente buena hace con tanta mercancía? ¿Te crees que soy tan estúpida para creerme que no iré a más?

«No la mires, no la escuches, no la escuches, no la escuches...».

Su mano aferró el escote de mi camisa y me levantó del suelo con una fuerza que no sabía que tenía. Ahogué un jadeo y apreté las pastillas que tenía en la mano. Todavía no sabía qué me asustaba más: si la mirada y el puño de Marina tan cerca de mi cuello o perder la oportunidad de darle una vida digna a Beth.

Llevé la mano libre a la muñeca de Marina, pero no conseguí que se apartara. Me empujó hasta la pared del módulo y desvió la mirada para asegurarse de que las cámaras no llegaban a grabarla.

—Me estás quitando trabajo, ¿lo entiendes? —Acercó labios a mi oído—. Aquí la que pasa la puta mercancía soy yo. Aquí la que va a tener que pudrirse más años soy yo. —Agitó el puño y me levantó unos centímetros del suelo—. Quieres ser libre, ¿no? Por eso lo haces. Pues más te vale tragarte todas esas pastillas de golpe; esa la única salida para crías como tú. A ver si tienes cojones ahora. —Clavó sus ojos en los míos, pero, a diferencia de los de Leire, no fui capaz de reflejarme en sus pupilas: no eran más que dos agujeros negros. Cuando habló, su voz fue apenas un susurro—: Si no respetas mi territorio, yo no respetaré el tuyo.

Puso punto final a su amenaza con un golpe directo en mi estómago que hizo que me doblara por la mitad. Sentí que me faltaba el aire. Marina me soltó y sólo entonces me permití caer de rodillas, con una mano en mi garganta y la otra en mi vientre.

En mi mano todavía guardaba las pastillas. Sin importar cuánto costara, venderlas era la única forma que tenía de salvar a Beth. Necesitaba ese dinero. Necesitaba ese futuro.

Y necesitaba quitarme a Marina de en medio.



Leire

Acompañamos a los internos al vestíbulo central, que daba paso a cuatro pasillos: los módulos de hombres por un lado, los de mujeres por otro, el módulo de respeto y el módulo de madres.

Los voluntarios habíamos acabado repartidos entre los presos, que se nos acercaban como si fuéramos celebridades y nos hablaban con ojos brillantes. Helena iba por delante de mí, explicándole a uno de los internos cómo eran los móviles ahora. Para el hombre, que no tendría más de treinta y cinco años, los *smartphones* y las pantallas táctiles eran algo impensable cuando entró en la cárcel. Para cuando me acerqué a ellos, la conversación había derivado al fenómeno de *Juego de Tronos*. Se despidió de nosotros al llegar al vestíbulo, con una sonrisa en la cara sólo de pensar en el mundo que le esperaba el día que saliera: encontraría guerras, pero también dragones.

Al final sólo quedamos los voluntarios y las mujeres del módulo de madres. Juanjo se puso de puntillas para contar las cabezas que nos seguían.

—Falta una. Claudia, ¿no? La rubia con la coleta alta. —Se volvió hacia las

mujeres—. ¿Alguien ha visto a Claudia?

—Se ha ido a la enfermería. Una infección en el dedo —respondió Gabriela.

—¿Cómo...? —preguntó Juanjo, pero se tragó la curiosidad antes de seguir hablando.

Esmeralda se rio.

—¿De verdad quiere saberlo, profe?

Juanjo frunció los labios y sacudió la cabeza, dejando que su mirada se en algún punto de la pared. Se rascó la barbilla.

—Leire, ¿podrías ir a por ella?

Noté cómo el calor me subía por las mejillas.

—¿Sola? —Tragué saliva—. No sé dónde está.

—Hemos pasado por ese pasillo hace nada. Si quieres voy yo, pero no quería dejar el grupo a solas. Tienes a un funcionario en la entrada del pasillo para que te acompañe. Y... ¿Gabriela, Azahara? —Las dos chicas se enderezaron al mismo tiempo—. ¿Queréis ir también?

Azahara miró al suelo y se encogió de hombros. Gabriela asintió con energía. Juanjo dio el tema por zanjado con una palmada.

—Bien. Nosotros iremos pensando en los materiales que necesitamos para mañana. No te llevará más de cinco minutos.

Sentía que el nudo de mi garganta había crecido tanto que ahora era incapaz de decir nada. Asentí despacio e hinché el pecho para fingir un valor que no sentía. No era lo mismo quedarse sola en la cárcel cuando sabías que no quedaba nadie cerca, acostumbrándote a sus sonidos y sus colores, que andar durante la hora punta acompañada de dos presas. Daba lo mismo que una de ellas fuera Azahara o que Gabriela no me hubiera dado aún razones para sospechar de ella. Una parte de mí seguía sin poder evitar preguntarse *por qué* estaban ahí.

Si habían cometido un error tan grande, nada les impedía repetirlo conmigo. Quizás eran tan cercanas porque estaban esperando el momento para atacar. Quizás era una máscara para que confiara en ellas, para que les diera la llave que las liberaría. Quizá querían hacerme chantaje, quizá me amenazaban, quizá...

—Leire, ¿vamos? —Gabriela chasqueó los dedos por delante de mis ojos. Asentí, no sin antes mirar de reojo a Juanjo.

Él sonrió. Ya lo dijo el primer día: «recordad que vais al lugar más seguro del país».



Sentí que el miedo iba difuminándose con cada paso. Cada cinco metros contados, había un puesto de control o un funcionario silbando. Cada pasillo empezaba y terminaba con unas puertas de metal con barrotes que sólo se abrían cuando yo enseñaba mi tarjeta y la de atrás se cerraba a nuestras espaldas. No quería pensar en lo diferente que sería el trato si la dichosa tarjeta me faltara.

Azahara seguía con las mismas ojeras y la misma mirada cansada que el primer día, con una mano apoyada en su costado como si no hubiera ni un sólo segundo en el que algo no le doliera, pero había comenzado a sonreírme un poco más. ¿Era una máscara nueva o una de la que se había deshecho?

La conversación superficial que nos acompañó a las tres de camino a la enfermería —sobre canciones favoritas, básicamente, y sobre las ganas que tenían de volver a oírlas (en los módulos no se les permitían meter discos por miedo a que se hicieran daño con el filo)— me dejó claro por qué Juanjo no había dudado en pedirles que me acompañaran.

Detrás de todo el cansancio y todas las heridas que habían marcado su piel, Azahara y Gabriela eran las internas más cercanas a mi edad. La primera tenía los pómulos más marcados y la piel más pálida, pero seguía riéndose como una adolescente con cada chiste malo de Fran. Reía aunque sus ojos escondieran el dolor de toda una vida. Seguía llevando pulseras de colores, pendientes largos y las uñas pintadas de violeta. Gabriela tenía la piel suave de una niña, y las mejillas y los labios siempre rosados. El pelo, que le llegaba hasta la cintura, le

bailaba por la espalda. Me recordaba tanto a las chicas de la universidad, tan llenas de vida, que verla entre rejas parecía una antítesis. Por no hablar del vientre que acariciaba cada minuto, como si no fuera suficiente cargarlo con todo su cuerpo y quisiera cargarlo también con las fuerzas que le quedaban.

No podía imaginarme qué hacían aquí. No las veía apuñalando a alguien hasta la muerte, robando un banco o colocadas hasta las cejas. Y eso era lo que más me asustaba...

—¿Qué le ha pasado a Claudia? —pregunté, cohibida. Si Esmeralda no había querido decirlo, debía de ser por alguna razón. Razón que a Azahara no le pareció tan importante:

—Se estuvo chinando y acabó con una infección en la mano. En un dedo, me parece. —Eché una mirada a Gabriela, que lo corroboró asintiendo con la cabeza.

Levanté una ceja.

—¿Chinando...?

—Chinarsé, ya sabes —explicó Azahara—. Se rajó con un bote de refresco afilado, creo. —No se dio cuenta de cómo mi rostro empezó a perder color y siguió hablando como si estuviera explicándome el menú del día—: Se hace mucho por aquí en señal de reivindicación o protesta. Llevábamos unos días sin leche para los niños y Claudia se hartó de que no le hicieran ni caso.

—Siempre ha sido muy radical —añadió Gabriela.

—Pero... no lo entiendo. ¿Se hizo daño de verdad?

A Azahara debió de parecerle tierno mi comentario, porque contestó con una sonrisa ladeada.

—El dolor es relativo, Leire. No me extrañaría que ver a su niño pasar hambre le doliera muchísimo más que unos simples cortes. Aquí estamos acostumbradas a cosas peores.

—Y sigue en la enfermería por eso. Por los cortes.

—No: por la infección. Se le fue la mano y se hizo un corte bastante feo en el dedo, muy profundo. Pero, claro, ella seguía usando las manos. Empezó a

empeorar hace un par de días.

—Pero ¿no hicieron nada cuando vieron los cortes? —Me llevé una mano al cuello, como si así pudiera controlar que el aire entraba a mis pulmones—. Quiero decir, ¿no recibió atención médica?

Gabriela se aguantó la risa.

—La única atención que te dan aquí es sexual, bonita —soltó. Intenté que mi mirada no fuera a parar directamente a su barriga y a la historia que había detrás. No estaba segura de querer conocerla.

Supe que habíamos llegado a la enfermería por el grito que oímos. Era sólo un eco, pero retumbó en las paredes de los pasillos como si a la mujer se le estuviera desgarrando la garganta, como si su voz fuera lo único que pudiera ser libre.

A mi lado, Gabriela suspiró.

—Verónica.

No me molesté en preguntar. Llamé al timbre y enseñé mi tarjeta de voluntaria a la cámara de vigilancia para que nos dejaran entrar. Un minuto después —cargado de la agonía y del llanto de Verónica—, las puertas se abrieron con un sonoro clac. Los gritos fueron sustituidos por el chirrido de las rejas al correrse.

Encontramos a Claudia en la entrada. Tenía el rostro surcado de lágrimas y líneas negras cayendo desde el borde de sus ojos hasta el surco de su mandíbula; restos de maquillaje. Su piel y sus labios estaban casi tan pálidos como las paredes de la enfermería, y ella no hacía nada más que apretarse la mano contra el pecho y balancearse, como si fuera incapaz de mantener el equilibrio.

Me quedé sin aire. Un rostro tan demacrado sólo podía pertenecerle a alguien que llevaba horas llorando. Gabriela fue la primera en acercarse, pero no llegó a ponerle las manos encima.

—¡Eh, quieta ahí! —Una enfermera salió de detrás del mostrador y señaló a Gabriela con el dedo en un gesto amenazante. En la otra mano llevaba una bandeja con pastillas—. Prohibido el contacto aquí dentro. ¿Se puede saber

qué...?

—Vienen conmigo —la interrumpí. Mi voz me sonó ajena, como la de un autómeta. Cogí con las manos temblorosas la acreditación que llevaba colgada del cuello—. Tengo que llevar a Claudia de vuelta al módulo.

La enfermera hizo una mueca.

—Bien. —Ni siquiera se molestó en mirar mi tarjeta; cogió el bote de pastillas y me lo tendió antes de darse media vuelta—. Una cada seis horas como mínimo, no más. Para el dolor fantasma no tenemos nada, así que llama a seguridad si te molesta mucho.

Desapareció tras una de las puertas sin volver a mirarme. Me quedé de piedra, con las pastillas en una mano y la otra todavía sobre la acreditación.

—Claudia, ¿estás bien? —Gabriela se había puesto de cuclillas frente a ella y buscaba sus ojos debajo de todo el pelo que le caía por la cara—. Claudia, soy Gabi, mírame. Ya ha pasado todo.

Le puso una mano en el hombro y su cuerpo entero pareció desplomarse. Di un paso adelante instintivamente, pero Azahara me detuvo.

—Espera —me pidió.

Con cuidado, Gabriela consiguió que Claudia se levantara, pero sus manos seguían pegadas a su abdomen. Cogió aire, tratando de encontrar el equilibrio para sostenerse, y lo soltó lentamente. Gabriela acompañó su respiración y le prestó su hombro para que se apoyara. Fue ella quien me miró a los ojos y me hizo un gesto con el mentón para que empezara a andar.

—Vamos —la instó—. Aquí ya no hay nada que hacer.

Empecé a caminar porque Azahara me rozó la espalda con la mano, pero llegué a ver la herida de Claudia antes de dar media vuelta.

No, herida no era la palabra. Ahí no había nada. Absolutamente nada.

Donde Claudia tendría que tener su dedo meñique ya no había *nada*. Sólo una venda ensangrentada, rota y sucia, exactamente como su dueña. Aun así, la mujer tuvo el coraje de limpiarse las lágrimas con la mano sana y caminar con la barbilla en alto. Las paredes de la enfermería volvieron a cerrarse a nuestras

espaldas.

Azahara se mantuvo a mi lado. Me dolía el entrecejo de tenerlo fruncido, pero no era capaz de relajarme. No podía ocultar lo afectada que estaba y ella lo notó.

—Se lo han amputado —murmuré cuando me aseguré de que Gabriela y Claudia no nos escuchaban. No era una pregunta, pero quería creer que decirlo en voz alta me ayudaría a asimilarlo.

No había conseguido ignorar las marcas rojas que cubrían su antebrazo, pero si me esforzaba podía engañarme y confundirlas con sus tatuajes; con las flores rosas y azules que se enroscaban por su brazo hasta llegar al hombro. Pero esas heridas algún día sanarían, ¿verdad? El cuerpo de Claudia lucharía para que cada una de ellas cicatrizara. Pero, por más que pasara el tiempo, no recuperaría ese dedo.

Azahara no dijo nada.

—¿Por qué? —pregunté con un hilo de voz—. ¿Tan grave era? Me dijisteis que eran unos cortes, que...

—Se cortó el antebrazo, siguió con la palma de la mano, justo hasta donde nacen los dedos. Supongo que no tuvo mucho tiempo de lavarse bien las manos, así que... se le infectó. Ya te lo he explicado antes.

—Pero las infecciones se curan. —Bajé el volumen para que ella no me oyera y apreté los ojos con fuerza, tratando de no llorar—. No tenían por qué... No entiendo cómo...

—Aquí las cosas funcionan así. —Se encogió de hombros. No parecía afectada ni sorprendida, y eso fue lo que más me asustó—. Seguramente el médico vio que llevaba mucho tiempo infectado y la única manera de que no se expandiera por el resto del brazo fue cortándolo.

Sentí que me atragantaba. Ojalá sólo fuera una manera de hablar.

—Eh. —Azahara notó mi angustia y se agachó un poco para que su cara quedara a mi altura—. No te preocupes por ella, de verdad. Te habrán dicho muchas cosas de nosotras, pero seguro que no te han contado que somos mujeres

fuertes. Y lo somos. Esto no es nada.

Me sonrió. Por primera vez, fue Azahara quien trató de aliviar el peso de mis hombros. Fue una *presa* la que me hizo sentir acompañada y la que al final consiguió que mi pulso se ralentizara y volviera a la normalidad, mientras a mis espaldas Gabriela le cantaba a Claudia su canción favorita, en un susurro, casi como si fuera una nana, y ella se sorbía la nariz e intentaba ignorar el dolor fantasma.

—No es justo —me quejé. Todavía tenía una espina clavada en el corazón. Azahara seguía con la mano en mi espalda dándome su apoyo.

—Quizá lo sea cuando mañana su hijo tenga algo que desayunar.

Lo que más me rompió fue su media sonrisa cargada de esperanza.

De verdad lo creía. De verdad pensaba que ese era el precio que necesitaban pagar para no ver morir de hambre a sus niños. De verdad creía que esa era la definición de justicia.

Si no fuera porque Azahara caminaba a mi lado, hombro contra hombro, me hubiera detenido en aquel mismo instante para asegurarme de que nada de eso era real. No quería que lo fuera.

Llegamos al vestíbulo central, donde nos esperaban las demás madres y el resto de voluntarios. Helena se separó del grupo cuando me vio llegar. Se acercó hasta donde estábamos con dos bolsas de basura en sendas manos.

—¿Ha ido bien? —Le bastó un vistazo al rostro de Claudia para sacudir la cabeza e ignorar la pregunta—. Bueno, Juanjo me ha dicho que, mientras acompaña a las internas de vuelta al módulo, nos encarguemos de guardar los materiales en las bolsas. ¿Me ayudas?

—Claro. Chicas, ¿podéis ir con Juanjo? —Gabriela y Claudia ya caminaban directas hacia él, pero Azahara se quedó a mi espalda. Me giré hacia ella—. Tú también, Aza...

«...hara».

Fui yo quien tuvo que ver en ese momento cómo la sangre abandonaba su rostro por momentos. La joven se tambaleó un segundo, con la vista clavada en

las bolsas que Helena tendía y los ojos humedecidos. Se apoyó como pudo en mi hombro, pero no dejó de mirarlas.

—Azahara, ¿qué...?



Azahara

En las cárceles se veían salir muchas bolsas negras.

Era una analogía perfecta. Nosotros éramos la basura. Y de entre toda la mierda, los que no tenían ni siquiera el poder de sobrevivir al mono, los más débiles, eran los más fáciles de hacer desaparecer sin explicaciones. Casi era una alegría para el centro: un gasto menos del que ocuparse, una boca menos que alimentar y menos medicamentos de los que hacerse cargo. Casi podía imaginarme cubriendo sus caras cenizas con la bolsa sin ni siquiera dignarse a aprenderse su nombre.

Pero entonces recordé que yo nunca aprendí el *suyo*.

Y aun así lo vi. Lo vi con las piernas y los brazos arqueados en una posición imposible y un charco de sangre aún caliente bajo su cuerpo. Vi las esquirlas de vidrio que habían quedado enredadas en su pelo y el dibujo que ilustraba su camiseta, ahora lleno de mugre. Todavía tenía los ojos abiertos y miraba al cielo como si aún tuviera la esperanza de ser salvado, pero los únicos fantasmas a su alrededor fueron el reflejo de las luces azules y rojas que parpadeaban desde el coche de policía.

Y siguió mirando, ya sin vida, y seguí mirándole, sin aliento. Todo eran voces y llantos y gritos, pero yo no sentía nada. No veía nada. No entendía nada.

Hasta que lo cubrieron con una de esas bolsas negras. Igual que a su acompañante, una niña de su edad que había muerto —ella con los ojos cerrados, porque desde que nos vio supo que no iba a sobrevivir— a sólo unos metros de distancia. También la habían tapado, pero aún se veían sus pequeños dedos asomando por una esquina, igual que la punta de una de sus coletas, con los mechones de pelo llenos de sangre. Aquella noche era tan oscura que casi podía imaginarme que era tinta. Los llantos de los familiares en cuanto llegaron y las luces de la ambulancia me parecían tan etéreos que costaba creer que no fuera un sueño.

Una puta pesadilla.

El policía que me agarraba de las muñecas tras la espalda me obligó a volcarme sobre la capota de su coche. A apoyar la mejilla en la superficie. El hilo de sangre caliente que caía desde mi sien acabó su viaje en mis labios. Desde ahí, y mientras era forzada a mirar a los cadáveres, me cegaron con el *flash* de una cámara. Esa fue mi noche: ecos, llantos, luces, vacío, cristales. Cuando todo pareció enfocarse de nuevo, cuando mi mundo dejó de dar vueltas, sólo vi dos cosas.

A Hugo hablando con los policías, con los rizos oscuros pegados a la frente por el sudor, los ojos llorosos y un tic nervioso en las manos. Cuando me miró, sonreía. Como si no tuviera a un adolescente muerto a sus pies. Como si no fuera su coche el que tuviera la huella de esos chicos. Como si aquella noche no nos hubiera destrozado la vida.

Y a las bolsas negras. Pasaron horas, días y meses y no hubo una sola noche en la que no las viera; la forma de sus cuerpos perfectamente marcada bajo las sombras.

La primera vez que me mandaron como ordenanza a recoger la basura del módulo, me quedé paralizada. Fue como si todos los recuerdos hubieran estado esperando en mi pecho para desgarrarme en el momento en el que las volviera a ver. Esmeralda fue la única que estuvo ahí para escucharme, pero mi testimonio no pareció sorprenderle.

—Míralo así, Azahara: sobreviviste a la guerra de aquella noche. Ahora sólo te queda sobrevivir al trauma.

Nunca me dijo que fuera fácil.



Tuve que apoyar casi todo mi cuerpo sobre Leire para que no se me doblaran las rodillas. Después de lo que había visto en la enfermería, la joven tenía el rostro tan descompuesto que Helena no supo cuál de las dos necesitaba el apoyo de quién.

—Azahara —repitió Leire, como si intentara devolverme al presente—; Aza, tranquila. ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas que llamemos a alguien?

Noté un pinchazo agudo en el estómago, justo donde Marina me había golpeado. Intenté cubrirme el abdomen con el brazo mientras la mano de Leire iba directa a mi rostro. Me apartó el flequillo de la cara para que viera mejor y pasó un mechón de pelo tras mi oreja, dejando a la vista las huellas de mis heridas. Cada mañana eran un poco más pequeñas, pero todavía se notaba la diferencia de color entre la palidez de mi piel y el amarillo verdoso de los hematomas.

Me erguí enseguida, alejándome de ella con un movimiento brusco.

—No. —Apreté un poco más fuerte mi costado. Si pensaba en aquel dolor, si concentraba toda mi fuerza en mi estómago, los recuerdos no podrían herirme—. Quiero decir, sí, estoy bien. No llames a nadie.

—¿Te duele la barriga?

Bajó la mirada a mis manos. Sacudí la cabeza.

—Tengo hambre —mentí—. Esta mañana no me ha dado tiempo a desayunar, y... creo que me ha dado un bajón.

—Yo me encargaré de que llegue bien al módulo, Leire. —Esme salió del

grupo de madres y se acercó a nosotras, mostrando seguridad con cada paso. Siempre parecía tenerlo todo bajo control—. Tú ve y ayuda a Helena.

—¿Estaréis bien?

—Tengo unas cuantas galletas guardadas en el chabolo para emergencias como estas. No te preocupes.

Ella frunció los labios, pero asintió. Incluso yo pude leer en su expresión que lo último que le preocupaba era el bajón de azúcar, que sabía que había algo más, pero no quería preguntar. Quizá por miedo o quizá porque le habían enseñado a no creernos.

Esme me obligó a dar media vuelta, dándole la espalda a las manos de Helena. Aún sujetaba las bolsas de basura.

—No mires —murmuró—. No son ellos.

Ella tampoco quiso mirar porque no había ni un sólo preso inmune a ese recuerdo.

En las cárceles se veían salir muchas bolsas negras. Y todas, absolutamente todas, llevaban cadáveres dentro.



Azahara

La fina línea entre el recuerdo y el presente fue acentuándose conforme pasaron los días, pero seguía sintiendo el peso de la culpa sobre mis hombros. A veces mi mente me asustaba demasiado. No quería acabar como Verónica.

Pero no encontraba ninguna forma de huir de todo lo que llevaba dentro.

«Dile que las pesadillas no han cesado.

Dile que ya no sabes qué es real.

Dile que no quieres quererle, pero que no puedes dejar de hacerlo.

Díselo, díselo, díselo».



Los voluntarios solían abandonarnos a la hora de la comida y no volvíamos a verlos hasta el día siguiente, si teníamos suerte. Regresábamos a nuestros módulos para pasar tiempo con los niños, para el recuento de la tarde, para la cena, para el recuento de noche, para el chapado de las celdas. Paradójicamente, el sol se encargaba de alargar los días mientras la cárcel intentaba robarnos

tiempo. Cuantas más horas pasáramos en el chabolo, menos horas pasaban los funcionarios vigilando cada movimiento.

Sin embargo, la segunda semana en el campamento de verano nos sorprendieron incorporando actividades de tarde dos días a la semana. Por mucho que fuéramos a echar de menos nuestro ratito con los peques, esas dos tardes suponían dos días lejos de la rutina que nos *mataba*.

Por eso esperaba encontrarme rostros llenos de ilusión aquella tarde. Sin embargo, nada más poner un pie en el patio del aérea sociocultural, una ola de tensión me aplastó. Todos se giraron al verme entrar y no apartaron la mirada. Se quedaron quietos como estatuas, sin saludar, sin sonreír, sin decir nada.

Los presos estaban en silencio. Ahí es cuando sabías que algo iba mal de verdad.

Me reuní junto a Gabi, Esmé y las mujeres del 22, que aprovechaban para fumarse el último cigarro antes de que llegaran los voluntarios.

—¿Se puede saber qué pasa?

Esmé suspiró.

—Ya lo sabes, ¿no? —dijo. A diferencia del resto de los internos, no me lanzaban miradas de odio. Repasé de nuevo el patio en busca de alguna explicación. Los siseos y murmullos se acentuaban allá donde posara los ojos. Especialmente en el grupo de las mujeres del 17, encabezado por Raquel.

Entonces me di cuenta.

—Falta Marina —murmuré—. ¿No va a venir?

—La han echado del campamento por una falta: agresión a un interno —respondió Gabi, cruzándose de brazos—. Y todo el mundo sabe quién ha sido la chivata.

«Mierda».

Me abracé los codos e intenté ignorar el peso de todas las miradas. El cielo sobre nuestras cabezas se había nublado por primera vez en todo el verano y no podía evitar comparar el gris del cielo con el gris de la celda, de los techos, del aislamiento. Me ahogaba.

La gente odiaba a los chivatos y yo me había convertido en uno de ellos.

Esme me dio una palmada suave en el brazo.

—Pero, niña, ¿se puede saber en qué pensabas? ¿Qué, querías ser el nuevo cabo de varas? ¿Te hicieron chantaje?

—¿Qué? No, claro que no. —Suspiré y me acerqué más a ella, intentando dejar los cuchicheos atrás—. No..., no sabía qué hacer, Esme. Volví al módulo y me encontré con don Pedro. Me puse a llorar y... —Cerré los ojos de nuevo, intentando olvidar la amenaza de Marina—. Le conté que Marina me golpeó. Eso es todo. Las cámaras lo confirmaron. No fue un chivatazo, fue... en defensa propia. O algo así. No pensé que don Pedro se lo contaría al jefe...

—Ya, claro. Explícaselo a ellos. —Dio un cabezazo hacia el patio y se cruzó de brazos—. A la próxima te vas con la cabeza bien alta, lloras lo que tengas que llorar y luego te muerdes la lengua para no largar nada. Ya te avisé: a Marina es mejor tenerla como amiga que como enemiga. Y con las compis de su módulo, lo mismo. A saber las barbaridades que pasarán allá dentro. ¿Y las ves quejarse? No, claro que no. —Se apartó el pelo de la frente con un suspiro—. Hoy por ti, mañana por mí. Así es siempre.

Bajé la mirada a los pies, avergonzada. Gabi se acercó para rodearme un hombro.

—Esme tiene razón, pero no vamos a darle más vueltas ahora, ¿vale? —Lanzó una mirada de advertencia a la gitana—. Esto en una semana estará olvidado. Y en unos meses Marina volverá a reír contigo y a venderte cigarrillos como si nada hubiera pasado, estoy segura.

—Eso lo dices porque tú estarás ya fuera, cabrona. —Esme se rio y le dio un codazo.

—Perdona, ¿eso que siento son celos? —La sonrisa de Gabi se ensanchó. Le estaba siguiendo la gracia.

—¿Y te extraña que lo sean? Aun así, parece que no me conozcas. Me va a encantar perderte de vista, nena. —Le sacó la lengua con sorna—. Ya no tendré que convivir con tus antojos raros ni hacerte masajes para que no te duela la

espalda. ¡Eso sí que son vacaciones!

—Idiota —contestó Gabi, devolviéndole el codazo—. Si sigues diciéndome cosas tan feas, tendré que empezar a pensar otro nombre para Esmeraldo, ¿eh?

—Por el amor de Dios, Gabi, como se te ocurra llamar así al niño, vuelves aquí dentro de cabeza.

Por un momento, el peso de las miradas y el odio de todos se desvaneció de mis hombros. Pero sólo fue eso, un segundo. Las risas de ambas internas sonaron suaves y ligeras, casi como cuando entonaban sus voces juntas. Esme apretó la mano de Gabi justo en el momento en el que los voluntarios entraron en el patio.

—¡Venga, chicos! —Juanjo encabezaba el grupo y daba palmadas para llamar la atención del resto de los internos—. Vamos a organizarnos en grupos antes de que nos caiga una buena, ¿vale?

Miré al cielo otra vez, usando la mano como visera. Debían de ser los únicos a los que les preocupaba que lloviera; para el resto, el gris era el color que menos dolía, el que más acostumbrados estábamos a ver. Había oído historias acerca de presos a los que les lloraban los ojos al salir a la calle después de haber pasado tanto tiempo viendo los mismos colores. Se mareaban cuando veían el horizonte. Se agobiaban cuando subían al metro. Sentían que todos los vigilaban. Se levantaban oyendo la palabra «recuento». En su cabeza, seguían presos.

—Hola, chicas. —Leire se acercó hasta nosotras cargando con un radiocasete. Se le notaba la voz cansada y respiraba con dificultad, como si acabara de correr una maratón. Sus pantalones bombachos ondeaban con la brisa de la tarde—. ¿Me dejáis un hueco? Me parece que hay un enchufe por ahí.

Vanesa y las chicas que estaban sentadas sobre un pequeño escalón se hicieron a un lado para que Leire pudiera agacharse.

—¿Qué planes hay para hoy, Leire? —preguntó Gabi, que se sentó en el suelo. Leire se irguió y se apartó el sudor de la frente, con el enchufe todavía en la mano.

—Si no llueve, hemos traído material para algunos juegos. Carreras de sacos, balón prisionero... —Se detuvo un instante con los labios entreabiertos,

como si acabara de darse cuenta de lo que había dicho. Sacudió la cabeza—. Bueno, ya sabéis, esas cosas. —Echó una mirada arriba—. Pero creo que habrá que buscar un plan B.

—A mí me da igual tanto una cosa como la otra, pero por lo que más quieras, poned música —pidió Esme.

—No pensé que lo dirías precisamente tú, artista —dije con una sonrisa.

—Una se acaba cansando de cantar, ¿sabes? Y con este aire que viene la garganta se me va a poner mala.

Leire se apartó unos tirabuzones rubios de la cara y nos miró con una sonrisa.

—Tranquila, he venido aquí porque es el único rincón donde no se mojará la radio. —Señaló hacia arriba, donde un pequeño balcón hacía sombra sobre nuestras cabezas.

—¿Has traído flamenco? —preguntó Vanesa, cogiendo el brazo de la chica—. Por favor, dime que es flamenco.

Leire hizo una mueca.

—Me gustan más las bandas sonoras.

—Oh, qué aburrido.

—Venga ya, si son preciosas. —Leire arrugó la nariz, como una niña pequeña a la que acabaran de quitarle el postre—. Pero de todas formas tampoco me han dejado ponerlas ahora. Aquí el que manda es Juanjo.

—¿Y qué ha elegido, canciones de misa? —inquirió Esme.

De mi pecho nació algo parecido a una risa que se me antojó extraña, ajena.

—No. —Leire lanzó una mirada que tenía la intención de parecer enfadada, pero era incapaz de esconder la sonrisa—. Y eso que las hay bien bonitas, ¿eh? Aun así, son canciones típicas del verano; pop, música latina... Esas cosas. Las ha elegido Fran. Ya verás, os darán unas ganas tremendas de bailar.

—Esas ganas no las perdimos nunca, guapa.

De nuevo, Leire respondió con una sonrisa. Cada día la veía más integrada en la cárcel: en sólo una semana había aprendido que las cosas no podían

afectarte más de dos horas, porque si no, a una la marcaba como el cordero débil el resto de su vida. No habló de Claudia, no preguntó por ella, no volvió a sacar el tema de ninguno de mis dibujos. No volví a verla sola en el tigre. Detrás de su sonrisa, todas veíamos la preocupación escondida, la impotencia, pero sabíamos que hablar de ello no serviría de nada. Así que fingíamos que no había pasado nada. Que nunca pasaba nada. Que nada nos afectaba. Como siempre.

La joven se acuclilló para poner la primera canción. Frunció el ceño en cuanto sonaron las primeras notas de la melodía de «Cumpleaños feliz» y pasó a la siguiente canción antes de que el cantante terminara la última palabra.

—Más me vale no haberme equivocado de disco... —dijo para sí, chasqueando la lengua. En cuanto empezó a sonar una canción con ritmo latino, se volvió hacia nosotras—. ¿Era el cumpleaños de alguien y he chafado la sorpresa? —preguntó. Sus mejillas fueron tornándose rojas por momentos.

Esme soltó una risa muda.

—No, cariño, aquí todas somos chicas de invierno. No quisimos que nuestras madres sudaran de más.

No pude evitar sonreír con nostalgia al recordar el parto de Beth. Ella era la excepción.

—Beth no fue tan considerada —murmuré con una breve sonrisa. Leire debió escucharme, porque dirigió la mirada hacia mí, apoyando la barbilla entre las manos.

—¿Beth es tu hija? —Asentí, algo cohibida—. ¿Cuántos cumple?

—Hará tres años en unos días.

Los ojos de Leire brillaron.

—Ay, ¡debe de estar preciosa! ¿Os dejarán hacerle algo? ¿Una pequeña fiesta, una tarta o...? —Su voz fue atenuándose conforme hablaba, consciente de que todas las mujeres habían apartado la vista casi al mismo tiempo, incómodas.

—No —dije.

La sonrisa de Leire desapareció de sus labios, no tanto por mi respuesta, sino por la tensión que había crecido en el ambiente. Todas callaban como si así

podieran arrancarme la angustia, pero conseguían el efecto contrario. Me enfadaba verlas tan valientes a veces y tan cobardes otras.

Nadie iba a decir nada, ¿verdad?

Esme sí.

—Sólo nos dejan tener a los peques hasta los tres años. —Se cruzó de brazos—. Luego se los llevan a la calle. O sea que, aunque quisiéramos montarle algo a la nena, ella ya estaría fuera y nosotras seguiríamos dentro.

La mirada de Leire fue saltando de mis ojos a los de Esme, que la rehuía.

—Pero eso es bueno, ¿no? —Abrió y cerró la boca un par de veces, como si no estuviera segura de lo que quería decir. De lo que *debía* decir—. Significa que ella estará..., bueno, que será libre. Eso es bueno.

Libre. Lejos de su madre, lejos de todo lo que conoce; con un padre demasiado cansado para cuidarla, con unos abuelos que preferían no saber nada de ella. Eso era ser libre.

Mi mirada no fue la única que se ensombreció.

—Libre no es siempre sinónimo de algo bueno, cariño —repuso Esme—. No a todos nos esperan en la calle.

Sabía, por la forma en la que la mirada de Leire seguía alternándose entre todas las internas, que no acababa de entenderlo. Tenía los labios entreabiertos y las mejillas rosadas de la vergüenza.

—No es nada, Leire —dije en un intento por quitarle importancia—. Pronto..., pronto estaré con ella. Es sólo que a veces tengo miedo de..., de dónde se la van a llevar. De que se sienta insegura, perdida. De que ella también tenga miedo. Lleva conmigo toda la vida y ahora...

Otra vez aquel puto nudo en la garganta.

—Seguro que todo irá bien —susurró Leire. Porque le habían enseñado que eso era lo que tenía que decirse cuando sentías que nada iba bien. Y porque había crecido rodeada de las suficientes oportunidades para que aquella maldita frase se cumpliera.

A diferencia del resto de las personas, que utilizaban esa frase como

comodín para llenar el silencio, Leire lo sentía. Leire lo sabía. Leire apretaba los labios y buscaba mis ojos, como si quisiera prometerme que decía la verdad.

Me asusté cuando noté el frío de una gota recorriéndome la mejilla. No quería llorar, no ahora, no delante de toda esa gente que había escrito la palabra «chivata» sobre mi piel con cada mirada de odio. Pero no eran lágrimas; era lluvia.

Esme ensanchó su sonrisa y alargó las palmas de las manos en cuanto notó la caída de las primeras gotas. A nuestras espaldas, Helena cruzó el patio con una carpeta sobre la cabeza, encogida sobre sí misma.

—Menuda mier... —La chica se mordió la lengua al darse cuenta de lo mucho que se la oía. Esme fue la primera en girarse hacia ella, con los brazos en jarras, y soltó una carcajada.

—¡Mierda, Helena, mierda! ¡Dilo, mujer, que no te vamos a meter presa!

Helena rio y agilizó el paso para llegar hasta donde estábamos nosotras, el único rincón cubierto del patio. La lluvia no calaba. De hecho, muchos presos miraban al cielo y disfrutaban de las caricias de las gotas al resbalar por su piel. Aun así, las caras de los voluntarios, con los labios y los ceños fruncidos, estaban llenas de preocupación.

—Adiós a la carrera de sacos —murmuró Leire.

—¿Por qué? —inquirió Gabi—. No llueve tanto. No llueve nada, en realidad; sólo está chispeando. ¿De verdad vais a parar los juegos por esto? —Hizo una mueca triste—. ¿Y el baile que prometiste, Leire?

—Yo no... —comenzó ella, pero enseguida sacudió la cabeza.

Miró con determinación hacia el centro de patio, vacío. La mayoría de los internos se habían ido juntando en pequeños grupos que, como nosotras, formaban un círculo para escucharse entre ellos. La única excepción era una pareja que jugaba a besarse y toquetearse en una esquina mientras la lluvia empezaba a empaparles los hombros.

A los pocos segundos, Leire suspiró y se puso en pie:

—Tenéis razón, no vamos a parar por esto. —Se giró hacia Helena—. ¿Está

Juanjo preparando el material?

—Eso parece.

—Genial. Y mientras, con vuestro permiso... —Alargó la mano para subir el volumen de la última canción; que mezclaba los rítmicos toques de la percusión con la suave melodía del violín.

Como si la música la llenara de vida, Leire cerró los ojos e inspiró. Sus brazos se curvaron con delicadeza. Se alzó sobre la punta de sus pies al ritmo de la canción. Miró hacia delante, con la sonrisa congelada en los labios, y se deslizó hasta el centro del patio. Las gotas de lluvia cayendo sobre sus pestañas hicieron que parpadeara, pero no la frenaron.

Leire empezó a bailar.

Fue como si la música naciera de ella, como si sus pasos atrajeran la calma. Nunca había visto a nadie bailar ballet. Nunca había sido una de esas niñas cuyos padres arrastraban de academia en academia para disciplinarlas. Pero Leire tampoco. Leire no brillaba por su disciplina, sino por su magia. Porque cuando hizo una pirueta sobre ella misma pareció volar, porque cuando volteó todo su cuerpo pareció que cada miembro, cada curva, cada parte de ella se ponía de acuerdo para convertirla en una obra de arte. Porque la sonrisa no se escapaba de sus labios, y bailaba con los ojos cerrados, con la lluvia como acompañante, con la tela de sus pantalones ondeando a cada giro.

Cuando aparté la atención de Leire, entendí por qué aquella escena me parecía tan irreal: la cárcel estaba en silencio.

La cárcel, en silencio, observando a una bailarina crear magia mientras llovía. Me pareció estar dentro de un sueño. Por un instante, todas las miradas que antes habían estado tintadas de odio se volvieron hacia Leire, que con la gracia de sus pasos consiguió llenar la escena de calma. Los ceños fruncidos se transformaron en sonrisas de admiración, los hombros se destensaron; incluso el cielo dejó de ser tan gris.

Acabó su baile con una pequeña reverencia, dejando que las últimas notas de la canción hicieran eco en el recinto. Por un momento, pensé que nadie diría

nada. Que todos nos habíamos vuelto de piedra o que la lluvia había barrido nuestras voces. El tiempo se detuvo durante un segundo.

Y ahí, entre las últimas notas y los primeros murmullos, cuando la cárcel se volvió silencio, me sentí por primera vez más humana que presa.



Leire

La lluvia acabó siendo sólo una leve llovizna. Las gotas hacían cosquillas al caer sobre la piel y refrescaban a los internos durante los juegos. A la media hora, la lluvia paró y el cielo volvió a su estado inicial: una neblina que oscurecía la tarde como si fuera invierno.

Pero nada frenó a los presos. Las mujeres picaron a los hombres —y les ganaron—, las pelotas retumbaron por todos los muros, las risas se oyeron por encima de la música. En más de una ocasión, los funcionarios asomaron la cabeza por la puerta al oír tanto revuelo. Sólo reconocí a uno de ellos: Francisco, el jefe de la planta que nos acompañó el primer día. Paseó la mirada por cada uno de los presos con una expresión de disgusto, como si le molestara verlos disfrutando.

Quizá sólo sospechaba de ellos. Tantos años en un centro penitenciario tenían que volverte paranoico y, aunque una parte de mí miraba a aquellos hombres y aquellas mujeres como si fueran niños, la otra tenía que recordarse constantemente las palabras de Juanjo: «Tened en mente siempre que estamos

viendo el mejor lado de la cárcel; los módulos más pacíficos. En la escuela de verano habrá unos cien presos. En la cárcel, dos mil. No podemos juzgar a esos miles a partir de lo que un preso nos haya parecido».

Pero es que no había sido sólo *un* preso.

Intenté apartar esa dicotomía de la cabeza, como cada día, como cada vez que regresaba de la prisión. Quería dejar de contar presos y empezar a ver personas; pero no dejaba de sentirme culpable.

Ah, la ironía. Me sentía culpable por no querer juzgar a quien era culpable. Culpable por creerles, por estar a gusto, por sentir dolor cuando ellos lo sentían.

Culpable por negarme a ver sus errores, culpable por esconder el mío.

Daba igual cuántas sonrisas fingiera: seguía mintiéndome a mí misma. Cada día, cada hora, cada minuto que pasara bajo el techo de la cárcel sintiéndome *más* que ellos.

—¿Necesitas ayuda con eso? —Azahara me pilló desprevenida justo cuando salió del patio, con el radiocasete bajo un brazo y la red de balones en la otra mano. El resto de los voluntarios estaba todavía fuera, recogiendo el material o despidiéndose de los internos a la puerta del módulo.

—Por favor. —Le tendí la red para poder agarrar el radiocasete con ambas manos—. Tenemos que dejarlo todo en una de las aulas de arriba, al lado de la de Informática.

Ella asintió y cargó con la red sobre sus hombros. Me dedicó una sonrisa e hizo un gesto con el mentón para que empezara a andar.

Sólo necesité dos escalones para que el silencio pesara.

—Oye, Azahara... —Me demoré un segundo, sorprendida ante mi propia voz. No esperaba hablar. No sabía todavía qué decirle, pero no podía quedarme callada—. Siento lo de Beth. Quiero decir, siento haber sacado el tema. Bueno, siento sacarlo ahora también, pero es que... Jod... —Me mordí la lengua. Seguí con la vista clavada en los escalones, evitando mirarla a ella.

—No te preocupes. No sabías cómo son las cosas aquí, es normal. —No dijo nada durante unos segundos—. Además, la tengo siempre en mente. Puedes

sacar el tema siempre que quieras, no habrá mucha diferencia.

Llegamos al entresuelo, entre ambos pisos. Cogí aire antes de volver a cargar con el material para el último tramo, ahora con Azahara hombro con hombro.

—¿Se parece mucho a ti? —pregunté, algo cohibida. Ella tenía los ojos clavados en el suelo, pero noté cómo se le alzaban las comisuras.

—Más o menos. Todo el mundo dice que tenemos la misma nariz, pero yo creo que aún es muy pequeñita para saberlo. Eso sí, es igual de cabezota que su madre.

Reí.

—¿Cabezota tú? No lo pareces. Es decir, la gente cabezota tiene mucho carácter, se enfurruña enseguida y tú me pareces tan... tranquila. —Fruñí el ceño. Sentía que estaba equivocándome de palabras constantemente, pero no podía rebobinar. Aun así, Azahara lo pasaba por alto. O quizás es que ni siquiera le molestara.

—Ya, bueno. —Se encogió de hombros—. De niña tenía unas rabietas que no te harían pensar lo mismo. Sólo espero que Beth no me dé todos los dolores de cabeza que yo le di a mis padres.

Mi sonrisa desapareció en cuanto distinguí una figura encogida en la oscura esquina del primer piso, donde no llegaba la luz del techo. Me detuve de golpe y Azahara no tuvo más remedio que seguir la dirección de mi mirada.

Una joven se abrazaba las rodillas. Escondía el rostro entre las manos y el pelo, lacio y sucio, le caía a ambos lados como un manto. Los hombros se le arqueaban con cada gemido. No necesité verle la cara para notar que lloraba, aunque fuera un llanto mudo.

«No te acerques. No lo hagas. Da media vuelta. Dale la espalda». Así es como pensaba la parte de mí que quería sobrevivir.

«Podrías ser tú», decía la que estaba cansada de tener miedo.

—Hola —murmuré, acercándome a ella como quien se acerca a un animal asustado. Dejé el radiocasete a un lado y me puse de cuclillas para verle la cara

—. ¿Necesitas ayuda?

—Calla, Lei... —Vi la sombra de Azahara aproximándose por detrás, pero no pudo terminar la frase. Como si alguien hubiera hecho saltar un resorte, la joven levantó la cabeza y fijó sus ojos en mí. Tenía el rostro contraído en una mueca de tristeza, el tramo que habían dejado las lágrimas marcado por el maquillaje corrido, los dientes y la mandíbula apretados. Toda ella temblaba.

Era ella.

—¡Vete! —chilló. Su voz se desgarró e hizo que mis oídos chirriaran—. ¡Fuera, fuera todos!

Pero no iba a moverme.

No iba a moverme hasta que ella *me viera a mí*. Hasta que sus ojos dejaran de buscar algo a través de mi rostro y se dieran cuenta de quién era. Sentía que estaba viendo a un fantasma.

—Hazle caso y vámonos. —Azahara se acercó por mi espalda y me puso la mano en el hombro, pero no sirvió de nada.

Me estaba mirando. A mí.

Me estaba mirando y ahora jugaríamos a ser estatuas, como siempre que nos encontrábamos.

La joven se agarró el pelo con las manos y chilló hasta quedarse sin aire. Cerró los ojos con fuerza. Cuando los abrió rebotaban ira.

Se abalanzó sobre mí sin darme tiempo a retroceder.

—¡Te voy a matar! ¡Te juro por Dios que te mato, Leire!



Azahara

«¿Ha dicho *Leire*?».

No pude preguntarlo en voz alta. En un pestañeo, Nina dejó de encogerse y estiró las manos hacia el cuello de Leire. Había vivido la escena demasiadas veces como para no saber cómo terminaba.

Leire ahogó un grito. Fui directa hacia Nina, que estaba tan concentrada en arañar la piel de la voluntaria que ni siquiera reparó en mi presencia. La cogí por las axilas y la empujé hacia atrás. Sus manos seguían buscando a su presa, pero la joven estaba demasiado débil para resistirse. Tenía las manos y los pies pequeños, como el resto de su cuerpo, y el rostro de una niña. Era demasiado joven. Estaba demasiado cansada. No tenía siquiera fuerzas para atacarme.

Ahogó un grito cuando le apreté la parte interna del antebrazo, bañada de cardenales.

Sus alaridos parecían no llegar a los oídos de Leire, que la miraba con el rostro pálido y los ojos vidriosos.

—Ana... —murmuró mientras extendía una mano.

—¡Vete! —gritó Nina, que intentaba zafarse de mis agarre—. ¡Vete o *te juro* que te mato!

—Leire, hazle caso y vámonos. —No me atreví a soltarla, aunque su

respiración se hacía cada vez más pesada y sus brazos parecían cada vez más finos entre mis manos. Leire no reaccionaba. Actuaba como si los arañazos de sus brazos no escocieran.

No podía culparla.

—Ana, escúchame. Sólo quiero ayudarte...

—¡Vete, joder! ¡Déjame en paz! —La chica se deshizo de mis manos con un movimiento brusco y se alejó a gatas de Leire. Se hizo un ovillo en una esquina y siguió agarrándose el pelo con las manos. Después de haber escuchado a Verónica, ya no estaba segura de a quién le hablaba—. Sólo quiero que pare, sólo quiero que pare, sólo quiero que pare...

Para cuando se quedó sin voz, yo ya tenía el radiocasete bajo la axila y la mano en el brazo de Leire, animándola a levantarse. Empujé la red de pelotas de una patada.

—Vamos. —Ya no me importó asirla del brazo y llevarla por el pasillo, como si fuera un perro, hasta el aula a la que tendríamos que haber llegado mucho antes.

Aun así, no pudo evitar volverse para mirar a Nina.

—¡Aza, suéltame! —gritó, zafándose. Parecía a punto de llorar—. No puedo dejarla ahí. No puedo...

El labio inferior le temblaba.

—Vienen a por ella.

—¿Qué?

Antes de que me diera tiempo a repetirlo, oímos los pasos de los funcionarios subiendo las escaleras a toda velocidad. El llanto de la chica era cada vez más fuerte. No dejaba de repetir la misma frase: «que pare, que pare ya». Dos hombres la rodearon, con las manos fijas sobre la pistola y la porra de su cinturón, antes de coger a la chica de las axilas y obligarla a levantarse.

Giré la cabeza; no había nada más que ver. Leire tampoco miraba; se tapaba la boca con una mano y cerraba los ojos para obligarse a no llorar. Empezó a andar hacia el aula con prisa, como si quisiera dejar atrás todo lo que había

presenciado.

Cerró la puerta a su espalda. El llanto de Nina se convirtió en eco. Los pasos de los guardias se fueron difuminando conforme bajaban las escaleras.

—¿Adónde se la llevan? —preguntó.

—Supongo que a la enfermería. Estate tranquila, ¿vale? No puedes ponerte así por cada preso al que se llevan o acabarás deshidratándote.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo entiendes, yo... —Se apartó el pelo de la cara, sudando como si de pronto la temperatura hubiera ascendido diez grados. Aunque no todo era sudor; también había lágrimas—. Yo la conocía. Yo la *conozco*. Es Ana, Ana Morales.

—Querrás decir Nina.

—¿Qué?

—Es Nina. O así es como todo el mundo la conoce aquí. —Dejé el radiocasete sobre la mesa, en parte para distraerme, en parte para no tener que ver la reacción de Leire. Nina no sería la primera persona en dejar su nombre a las puertas de la cárcel.

—¿De tu módulo?

—No. Creo que es del 17 o del 18; no lo sé. Pero todo el mundo la conoce. Es adicta.

Fui testigo de cómo a Leire se le helaba la sangre.

—No. Quiero decir, sí, puede. A veces ella..., ella... —Se frotó los ojos con fuerza, como si sirviera de algo—. No esperaba que estuviera *tan* mal. Por un momento he creído que... —Tragó saliva—. Después de lo de Verónica, pensé que...

—Que tengamos muchos enfermos no nos convierte en un manicomio, Leire —dije, intentando aliviarla con una sonrisa—. Verónica tiene esquizofrenia, Nina no. Aunque no creo que se diferencien tanto.

—Pero estaba temblando mucho y... Dios, ha sido horrible.

—A Nina se la conoce por escaparse siempre que le da el mono. —Me encogí de hombros y me distraje ordenando las cartulinas—. Y no le gusta que la

vean así. Por eso te he dicho que nos fuéramos. No suelen tardar mucho en encontrarla.

—No hables así de ella. Por favor. —Calló un segundo, como si quisiera asegurarse que no había nadie al otro lado de la puerta, que Nina no volvería a saltar para gritarle que se marchara. Que parara. Que iba a matarla—. ¿Por qué huye? ¿Adónde pretende ir?

Fue sólo un susurro, un pensamiento en voz alta, pero lo oí.

—Adonde quiera que se sienta a salvo. —Hice una pausa, pero a Leire no pareció convencerle mi respuesta. Tenía la suerte de no entenderlo—. Le suele pasar a la gente después de vivir algo traumático, ¿sabes? Se sienten inseguros en su propio cuerpo. Como si el pasado siguiera vivo dentro de ellos, arañándoles las entrañas, susurrándoles al oído. Están permanentemente alerta, con la sensación constante de estar en peligro, pero lo esconden. Lo ignoran porque así piensan que lo controlan. Fingen que nunca pasa nada. Hasta que explotan. Entonces vienen los funcionarios, les ponen un parte o dos y les chapan de vuelta a la celda. Y el ciclo comienza otra vez: ellos se anestesian. Dejan de sentir para no sentir el miedo. Se esconden de sí mismos.

Leire no dejó de negar con la cabeza y acabamos las dos en silencio. Me quedé con la vista clavada en el balanceo de mis pies, sentada en el borde de la mesa. No recordaba haber hablado tanto tiempo seguido desde hacía mucho. No para alguien que no fuera Beth, al menos.

Carraspeé.

—Eso es lo que hace Nina: intenta esconderse del mono.

—Ana —rectificó ella—. Es Ana. Y no..., no esperaba que estuviera así. No parece que *esconderse* le esté ayudando en nada.

—No. Lo que de verdad quiere es huir de su pasado, como cada puto preso, y por eso se empezó a drogar. Por eso no puede parar. Es una adicta, sí, pero porque fue una superviviente. —Reí con sorna—. Sólo que aquí dentro estas cosas no importan. Estabas sola antes y sigues estándolo ahora.

—No hables así de ella. Es..., es mucho más que una adicta.

Leire casi escupió la palabra, pero no con odio, sino con pena. Parecía haber borrado cada «voy a matarte», y en su cabeza sólo resonaba mi voz llamándola «adicta». Tragué saliva.

Lo que Leire no entendía es que, de alguna manera, hacía tiempo que la conversación había dejado de girar en torno a Nina.

Hablaba de traumas porque conocía uno, pero en tercera persona, porque también huía de él.

Y no tendría el coraje ni la voz necesaria para admitirlo.



Leire

Según pasaban los días, la parroquia de San Román parecía más un hogar. Los voluntarios ya teníamos los cuartos patas arriba, con las sábanas hechas un remolino sobre los colchones y las maletas abiertas de par en par; los baños llenos de trastos, y nuestro sitio especial en la capilla. Teníamos turnos de limpieza y tradiciones tontas, como empezar cada comida con un chiste (y una oración, no necesariamente en ese orden). Algunas noches los vecinos del pueblo se acercaban con las manos cargadas de bizcochos y la boca llena de halagos para los «valientes voluntarios de Ordana».

Valientes.

Si supieran que en mi cabeza bullía el miedo, no pensarían lo mismo. Si supieran que el mayor miedo de todos era querer a los presos, mucho menos. Si me hubieran visto como Helena me vio aquella noche, me escupirían a la cara.

Cada día me costaba más marcar la línea que nos separaba de los presos, por mucho que tuviera muros y rejas para recordármela.

—¿Te entra ahora una cervecita, Lei? —preguntó Miguel, que arrastraba una

silla de plástico con una mano y llevaba una cerveza en la otra.

Helena me cogió del brazo antes de poder contestar.

—Leire no bebe, Miguel. Pero he oído que quedaba zumo en la cocina, ¿verdad? —Se volvió hacia mí; sus rizos rebotaron sobre sus hombros—. ¿Vamos a por uno?

Puse los ojos en blanco.

—Helen, era sólo una cerveza —susurré una vez Miguel se hubo ido—. No soy una maldita alcohólica, ¿vale?

—Ya, pero ¿adivinas quién se iba a quedarse consolándote cuando empezaras a sentirte culpable? Yo, Lei, yo. Sólo nos estoy ahorrando el mal trago. Además, siempre es *sólo* una cerveza.

Quise contestarle, pero Juanjo nos llamó a todos.

—Entonces, ¿quieres un zumo o no? —insistió Helena, dando un paso atrás. Sacudí la cabeza y fui directa al patio.

Cuando el sol caía, y justo después de cenar, teníamos la costumbre de reunirnos en el patio trasero, muchos de nosotros con los pijamas ya puestos — Alicia abrazando un pequeño peluche, Helena arrastrando sus pantuflas, Fran con su camiseta de superhéroes—, para hacer una pequeña evaluación del día.

Qué habíamos visto, qué habíamos sentido, qué nos preocupaba, qué queríamos compartir. A muchos les bastaba con escuchar y aportar una o dos frases; otros soltaban todo lo que se les pasaba por la cabeza, vaciándose de las emociones del día.

Yo solía ser de las segundas.

Aquella noche no tenía fuerzas para serlo.

—Leire, estás muy callada hoy. —Juanjo se inclinó hacia delante en su asiento y apoyó los codos sobre las rodillas—. ¿Algo que quieras decir?

Me encogí de hombros.

—Ha sido un buen día. —Empecé a sentir un hormiguelo recorriéndome la pierna, como si mi cuerpo quisiera avisarme de que mentía. Juanjo suspiró y se irguió, seguramente para pasar la palabra a otro—. Bueno —dije, frenándole a

tiempo. Mi propia voz me sorprendió, como si una parte de mí no contara con que abriera la boca y la otra estuviera desesperada por compartir el peso de lo que había visto—. Esta tarde..., cuando recogíamos, me he encontrado con una interna... Nina. Se llamaba Nina. Estaba llorando y parecía que estuviera a punto de darle un ataque de ansiedad, pero los seguratas han llegado antes de que me diera tiempo a decirle nada. Y... me ha impactado bastante.

Lo que no podía contarles es que Nina antes fue Ana. Que su ansiedad se había incrementado al verme. Que nos unía mucho más de lo que quisiera admitir.

Ellos no podían saberlo.

—Nina —repitió Fran mientras se pasaba la mano por su flequillo rubio—. Sé quién es, me hablaron de ella. Esa chica lleva ya por lo menos cuatro ingresos en prisión. Va acumulando condenas y creo que le han caído por lo menos trece años ya.

—¿Trece años? Pero si es muy pequeña, no tendrá más de veinte años.

Me asustaba la facilidad con la que mentía, con la que fingía ser ingenua. Ojalá tuviera la misma habilidad para aparentar ser fuerte.

Trece años en prisión. Como toda la vida que ella había vivido cuando empezamos a perderla de vista. Como la edad que tenía cuando nos rendimos.

—Pues tiene dieciocho, o eso me han dicho. La trasladaron del centro de menores a Ordana hace poco.

—¿Cómo sabes tanto? —pregunté.

—Me lo ha contado una compañera suya en el descanso. Antonia, la que habla por los codos.

—Pero nos dijeron que no nos fiáramos de nada de lo que nos contaran, ¿no?

—¿Y tan falso te parece lo que digo? ¿Es que no la has visto?

El recuerdo de Ana pareció atravesar mi garganta en lugar de mi mente, porque sentí que me atragantaba. Como si la angustia de aquel momento la reviviera ahora. Ana parecía una sombra de lo que había sido. *Trece años.*

¿Cómo sobrevives a eso? ¿Cómo te recuperas?

—Es que... —empecé, intentando calmar la tensión del ambiente. Los demás voluntarios nos miraban con los hombros tensos—. Me cuesta creer que lleve... ¿Cuatro ingresos, dices? Sólo tiene dieciocho años...

Fran se encogió de hombros.

—Y lleva en el mundo de las drogas desde los trece.

—Eso no tiene nada que ver.

Esta vez fue Juanjo quien habló, después de carraspear:

—En realidad creo que eso lo explica todo, Leire. Pensad en la vida que debía tener esa chica antes de entrar en la cárcel. Pensad en qué debió llevarle a drogarse desde tan joven. Sin duda, hay muy pocas probabilidades de que haya crecido en un entorno como el nuestro, ¿verdad? —Eché una mirada arriba, a la torre de la parroquia. El sol se escondía tras el campanario, cegándonos con sus últimos rayos. La voz de Azahara volvió a mi cabeza: «le suele pasar a la gente después de vivir algo traumático, ¿sabes?»—. En la calle no tiene la protección que le da la cárcel.

Tardé unos segundos en entender de lo que decía.

—No puede ser que vuelva a propósito.

En la calle me tenía *a mí*. Me tuvo a mí.

Tenía a su familia, tenía el colegio, tenía amigas, tenía una puñetera vida.

Todo parecía ir bien.

Tenía problemas en casa. Discusiones, broncas. Problemas en el colegio. Ideas, sueños. Tenía una máscara, sólo tenía palabras. Todo lo que sabía de ella era lo que ella quiso contarme. No lo que vi.

Nunca la vi. Y aun así me atreví a buscarla.

—Vieron cómo se pinchaba a las puertas del centro de menores la primera vez que salió, Leire —me explicó Fran.

Juanjo se incorporó en su asiento e hizo un mohín.

—Cuando alguien que nunca ha tenido nada se encuentra sábanas limpias, un plato del que comer, compañeras que la escuchan... La libertad se vuelve un

precio muy pequeño a pagar.

Alicia se echó hacia delante y abrió la boca, dispuesta a intervenir, pero Juanjo dio por acabada la charla antes de nadie pudiera hablar. Dio una palmada y cogió de las manos a las dos personas que tenía a los lados.

—Bueno, acabemos el día con una oración para Nina y todos los presos de Ordana, ¿os parece?



Aquella noche no conseguí quedarme callada. Debaté muchas veces la posibilidad de levantarme y caminar descalza por la parroquia hasta tranquilizarme, pero las chicas dormían como bebés y no quería que la luz del pasillo las despertara al abrir la puerta.

Irónicamente, no pensé que lo que les despertaría serían mis gemidos.

El golpecito de Helena sobre mi hombro hizo que me sobresaltara, como si acabaran de tocarme con un hierro candente. Me sorbí la nariz, pero no me moví. Estaba mejor encogida sobre mí misma, de cara a la pared. Oí cómo Helena se acomodaba en su colchón, a mi lado.

—Lei...

—Siento haberte despertado —la interrumpí. Me pasé la mano por los ojos para apartar las lágrimas—. No pensé que haría tanto ruido. Dios, soy una llorica.

—No seas tan cruel contigo misma. Además, el ventilador se ha parado —murmuró. Oí el roce de las sábanas y el chirrido de los muelles cuando Helena se incorporó. Se acercó al borde de su cama y alargó la mano para poner en marcha el ventilador. El zumbido ayudó a silenciar mi llanto. Alicia seguía dormida.

—Lo siento —susurré.

Helena volvió a su cama.

—No lo sientas. ¿Estás bien?

—No lo sé.

Ella me acarició el brazo con un suspiro. No esperaba otra respuesta, lo sabía; le bastaba con hacerme compañía. Pero mis palabras eran sinceras: ya no sabía por qué lloraba. Ya no sabía cuál de todas las heridas era la que sangraba. Y lo peor es que ninguna era mía.

Era todo lo que había visto. Todo lo que había conocido. Esperaba encontrarme gente peligrosa, criminales; esperaba encontrarme celdas sucias y monos de color naranja. Algo que los distinguiera de lo que era yo.

Conocer la humanidad acababa doliendo.

Sobre todo en personas como yo, que sentíamos el mundo como si fuera una extensión de nuestros dedos. «Eres demasiado buena, Lei», decían, como si fuera malo. «Eres demasiado sensible». Porque para ellos *era* malo. Se vivía mejor centrándote sólo en tu vida y en cómo sacar lo mejor de ella, sin importarte la gente que dejaras a tu espalda.

—Nunca queremos saber estas cosas —dije en voz alta, tratando así de reordenar todas las frases que bombardeaban mi cabeza—. Nadie quiere saber lo que pasa tras los muros de la cárcel. Ni siquiera queremos escucharlo; queremos creer que no es real, que nos están mintiendo porque son presos. —Cogí aire—. Igual que nadie quiere saber todo por lo que pasan los soldados cuando van a la guerra. Ni la cantidad de mujeres que sufren violencia doméstica y luego van a la frutería con una sonrisa de oreja a oreja. Ni el número de niños que crece con una infancia destrozada, con armas en las manos o moratones en la piel. Queremos pensar que detrás de todas las puertas hay familias felices que se reúnen cada noche para cenar. Queremos creer que este mundo es bueno, que los actos crueles siempre ocurren lejos, en África o Estados Unidos. Si para nosotros ya es difícil hablar del dolor que hemos visto... —mientras hablaba, pensaba en Verónica y en los gritos que guardaba, en Beth y en los días que le quedaban junto a su madre, en Gabriela y la vida que vería su hijo—, ¿cómo debe ser para quien lo vive? ¿Cómo pueden soportar el peso de todo lo que recuerdan? ¿Cómo

podemos esperar que después no busquen una manera de escapar? Sean drogas, violencia, alcohol, mentiras...

Las lágrimas se tragaron mi última pregunta.

«¿Cómo podemos ayudarles?».

Helena se arrastró por su colchón hasta arrimarse al mío, y rodeó mi cuerpo con sus brazos mientras yo temblaba. No tenía nada que decir.

Quizás, al final, sí que era de las que soltaban todo lo que sentían hasta vaciarse.



Azahara

Nina tuvo un nombre antes de ser Nina. No es que la conozca mucho, así que realmente no me afecta. No es ella la que me preocupa. No es la primera que se escapa del módulo, pero todas sabemos que no llegará muy lejos. Está cansada, está débil. El mono la ha dejado con la piel rota y las fuerzas mermadas. Cuando la vemos por los pasillos, acostumbramos a darle la espalda; no queremos meternos en líos. Al fin y al cabo, un día será una bolsa negra más.

Eso era todo lo que sabía de ella. Que era joven, que era reincidente, que era adicta y que era mejor fingir que no la veías. La clase de rumores que corren por los módulos. La información justa para que sobrevivas, para que esquives, ignores o huyas.

Nunca me había parado a ponerle nombre a la persona detrás de esos chismes hasta que Leire la reconoció.

Leire, que parece sacada de un cuento, que parece que haya acabado en la cárcel por error. Que llora en los tigres sin darse cuenta de que esa debilidad podría matarla. Si estuviera presa, claro. Pero no lo está. Su amiga sí.

Porque son eso, ¿verdad? Son amigas. O lo eran, al menos. Nina y ella. Leire la ha llamado Ana, como supongo que la llamarían sus padres antes de que ingresara en prisión. No es la primera chica que se crea una nueva

identidad aquí dentro. A veces lo hacen porque no quieren que nadie las reconozca; la gran mayoría sólo pide alejarse de su pasado, de su casa, de sus normas, de su vida.

Nada me asegura que Leire no tuviera otro nombre. Que no fuera Nina la que tuviera explicaciones que dar, sino ella. ¿Qué tendría en común una bailarina con una adicta? ¿Por qué había querido quedarse con ella?

Porque la quería. Porque la echaba de menos.

O porque se sentía culpable.

La culpa siempre duele más que el miedo.

Entraron en la celda sin ni siquiera llamar a la puerta. Don Francisco estrechó los párpados al verme escribiendo, como si tuviera entre mis manos una carta de suicidio. Ni siquiera pareció molestarle que Beth, en su cuna, se despertara de la siesta por culpa del ruido. La niña se removió entre las sábanas, frunciendo el ceño, e ignoró la voz del funcionario cuando habló:

—Tienes una llamada.

«No. Hoy no. Hoy no, hoy no, hoy no».



Descolgué el teléfono con el corazón acelerado y una única palabra en la mente: «huye».

—Buenos días, cariño.

Oír su voz era como oír el chirrido de unas uñas contra una pizarra. Cerré los ojos, respiré hondo y me mantuve con la espalda pegada contra la pared para poder tener todo el módulo a la vista. De vez en cuando todavía me cruzaba con alguna interna que me miraba con la palabra «chivata» grabada en los ojos. Ya ni

siquiera en el módulo me sentía a salvo. Ya no podía dejar mi espalda al descubierto. En el campamento se rumoreaba que Raquel quería vengarse, pero ni siquiera tenía fuerzas para escapar. Que me golpeará; había cosas que dolían mucho más.

En aquel momento, con la voz de Hugo al otro lado del teléfono y la vista pendiente de cualquier interna que se me cruzara, me sentía atrapada.

—¿Qué quieres? —contesté.

«Y, por favor, no me llames así», imploré, pero las palabras se estancaron en mi garganta. No quería enfadarle. «No me llames cariño, ni amor, ni nada que me haga creer que de verdad me quieres. No quiero que me quieras. No quiero quererte. No puedo más...».

—Joder, alguien se ha levantado con el pie izquierdo, ¿eh? —Rio—. Sólo me apetecía hablar contigo. Pienso mucho en ti, Aza.

Me mordí el labio, sin saber qué decir. Con él nunca sabía qué decir.

—¿Cómo está Beth? —siguió él—. ¿Tiene ganas de que llegue su cumple?

—Va a hacer tres años, Hugo; no se entera.

—Ya. Bueno. Le he hecho un hueco en casa para cuando venga, en la sala de música.

Sentí que me clavaba una estaca en el corazón.

—¿Sala de música? ¿Desde cuándo tenemos sala de música?

—¿Como que desde cuándo, boba? —Hugo rio—. Te lo dije cuando te llevaste a Beth, ¿no te acuerdas?

—No, no me lo dijiste.

—Sí, cariño, sí. —Su voz fue grave, casi una amenaza—. Iba a utilizar su cuarto para guardar todo el material. Los altavoces ocupan mucho espacio y la guitarra...

—No..., no tenías altavoces cuando me fui. Sólo tenías la acústica. ¿Los compraste, Hugo?

—Bueno, amor, la banda siguió adelante, ¿entiendes? No puedo frenar mi vida sólo porque la tuya lo haga.

Parpadeé. Fruncía tanto el ceño que me dolía. La cabeza iba a explotarme.

«Se suponía que no había dinero. Se suponía que tenía que matarme para ganar algo porque tú también te estabas matando para ahorrar. Se supone que Beth te importa, pero no tardaste ni dos meses en vender sus juguetes para empezar a comprar los tuyos». El labio inferior comenzó a temblarme. Ojalá tuviera el valor para hablar. Ojalá supiera que él no sería capaz de hacerme daño.

—No vas a decir nada, ¿verdad? —murmuré. Mi voz sonó rota, cansada.

—¿A qué te refieres?

—No vas a disculparte. Vas a seguir haciendo como si todo esto fuera culpa mía...

—Azahara. —No dijo nada más, sólo mi nombre. Sólo una advertencia.

—Nunca me has pedido perdón por todo lo que me hiciste. Y, sin embargo, yo te *suplico* que me perdones cada puto día por..., por esta rabia, por sentirme así. —Me tragué las lágrimas—. Ojalá un día llames y también me digas que lo sientes.

El silencio al otro lado de la línea se me hizo eterno, y cuando habló pensé que me lo estaba imaginando. No podía ser real. No podía estar enamorada de alguien tan inhumano.

—Es que no lo siento.

Pero lo estaba.

—Hugo, esos niños..., esos niños murieron por tu culpa. —Mi voz fue sólo un susurro, una frase que se escapó de mis labios casi sin mi permiso. Nadie podía escucharla. Las paredes en la cárcel tenían oídos. Ni siquiera yo me atrevía a creerla.

—Eran unos putos adolescentes, Aza, no «niños». No miraron. Fueron unos irresponsables.

—Eso no es verdad.

—Claro que sí, pero tú ibas tan borracha que ni siquiera te acuerdas.

—¡No es verdad!

—¡No me grites, hostia! —Hugo soltó todo el aire que estaba conteniendo

por la nariz, como un toro enfurecido—. ¿De verdad te atreves a decir que sólo fue culpa mía? ¿Que no mereces estar ahí? ¿Tengo que recordarte que la última vez que nos vimos intentaste matarme? —Rio sin gracia, cargado de furia—. La asesina aquí eres tú.

—No. —No sé de dónde saqué el valor para hablarle—. No, después de todo lo que hiciste no me puedes llamar asesina. Sólo estaba defendiéndome.

—Y lo disfrutaste, no lo niegues. Disfrutaste viéndome sufrir. Aún recuerdo cómo me mirabas, con ese brillo en los ojos... El mismo que cuando viste a Beth por primera vez. La misma sensación, ¿verdad? Estabas disfrutando.

—Tenía miedo —murmuré, intentando que no me temblara la voz—. Quizá lo que viste fue alivio, Hugo, pero no disfruté. No soy ninguna asesina.

—Tu historial no dice lo mismo. —Casi pude ver su sonrisa—. Niégalo todo lo que quieras, pero parece que a la pequeña e inocente Azahara le gusta *mucho* la sangre.

No sé en qué momento empecé a llorar, pero noté el sabor salado de las lágrimas colándose en mis labios.

—Si dices eso es porque no me conoces. —Alcé la barbilla, como si eso evitara que mis palabras dolieran.

—Bueno, me conozco a mí. Y veo mucho de mí en ti, Aza. Un día serás exactamente como yo. Una *asesina*, ¿no? No te reprimas, cariño, lo bueno de la cárcel es que no puedes caer más bajo.

No le di tiempo a decir nada más. Colgué el teléfono con furia; las manos todavía temblándome. Sentí que las rodillas me cedían sólo de pensar en la rabia de Hugo y en las consecuencias que tendría aquel gesto. Pero no podía seguir escuchándole o acabaría creyendo que decía la verdad.

Claudia y Vanesa cruzaron el vestíbulo por delante de las cabinas de teléfono y me miraron en cuanto me dejé caer al suelo. No obstante, no se acercaron, no me ayudaron, no me preguntaron cómo estaba. Una semana atrás lo hubieran hecho sin pensarlo dos veces, pero ahora me tenían miedo. Si había conseguido que castigaran a Marina, a saber lo que les haría a ellas. No hay que

acercarse a los chivatos. Los chivatos sólo traen problemas.

Estaba totalmente sola.



Oí el chirrido de la puerta de la garita abrirse y el taconeo de unas botas.

«Por favor, que no sea don Francisco», supliqué, hundiendo más el rostro entre mis brazos. Justo como había hecho Nina. Quizá yo también intentaba huir de mí misma, de la verdad de las palabras de Hugo.

Si no fueran ciertas, no dolerían tanto.

—Azahara, ¿qué ha pasado? —Cuando alcé la mirada, don Pedro estaba a un metro de mí, acucillado y con las manos apoyadas sobre sus rodillas. No había rastro de maldad en su voz. Parecía querer escucharme.

Y quizá yo debía hablar de una vez. Quizás era un buen momento para explotar y contarle qué es lo que pasó realmente aquella noche. Debía hablarle del accidente, a él y a todo el que quisiera escucharme y creerme. Tenía que decir la verdad antes de que se me olvidara que lo era, antes de que Hugo me hiciera creer lo contrario. Tenía que dejar de temerle. Dijera lo que dijera, al menos estando yo en la cárcel Hugo no podía hacerme daño.

Pero a Beth sí.

Eso fue lo que me frenó nada más abrir la boca. A Beth sí que podía hacerle daño. No le importaría. No habría nadie para pararle y nadie lo sabría... Hugo y yo estábamos solos. Siempre lo habíamos estado y nunca me había importado porque pensaba que era romántico ser un «nosotros» contra el resto.

Dejé que destruyera todo mi mundo para que no se separara de mí. No podía dejar que acabara rompiendo también el de Beth.

Si quería hacerle daño, nadie le iba a frenar. Mis padres me repudiaron cuando me quedé embarazada, dejaron de hablarme cuando decidí irme a vivir

con Hugo, y sólo volvieron a visitarme cuando entré en la cárcel para asegurarse de que veía la decepción y la pena en sus ojos. Querían a Beth porque al fin y al cabo era su nieta, pero nunca pisarían la casa en la que estuviera el hombre que me la dio. El hombre que, según mi padre, me «deshonró».

Oh, papá, hizo mucho más que eso.

—Azahara... —Don Pedro me puso una mano sobre el hombro al ver que no respondía. Todo mi cuerpo tembló al sentir el contacto humano.

Suspiré. No podía decir nada. No podía poner en peligro a Beth.

—Estoy bien, señor —mentí—. Sólo ha sido un bajón.

Llegué a ver las figuras de Claudia y Vanesa tras la espalda de don Pedro, fumándose un cigarro a las puertas del patio. «Putita chivata», decían sus labios.



Azahara

Creía que todo había pasado. Creía que había conseguido una tregua, que la conversación con Hugo era suficiente dolor que arrastrar durante una semana.

Sólo que no hay manera de medir el dolor, y una vez que empieza, no hay forma de frenarlo. No es un grifo, no puedes cortarlo. Todo lo que haces o lo aumenta o lo alivia, pero no lo sana. No todavía.

Con la venganza pasa lo mismo: muchos creen que un acto hará que ese deseo, esa rabia, esa desesperanza, se desvanezca. Pero nada puede hacerla desaparecer. Ningún corazón puede volver a ser el que era antes de ser dañado. Los deseos de venganza sólo pueden difuminarse a costa de aumentar el dolor de otros.

Marina tendría que haberlo sabido.

Entraron en la celda de golpe, haciendo chocar la puerta contra la pared. Beth fue la primera en darse cuenta de que algo iba mal. Se agarró a los barrotes de su cuna y empezó a llorar en cuanto vio la expresión de la funcionaria.

—Azahara Rubio, se ha solicitado un cacheo personal completo. Acompañeme, por favor. —El usted era pura cortesía; tenía los brazos cruzados y dos guardias la custodiaban tras el umbral de la habitación. Me miraban con asco.

—No puedo dejarla. —Beth alargó la mano hacia mí, pero sólo pude responderle con una mirada.

—Se encargarán de ella. Vamos.

Los funcionarios entraron en el chabolo con estrépito, apartando a patadas todos los juguetes que encontraron por el camino, y me agarraron los brazos tras la espalda. Ni siquiera intenté zafarme de ellos; estaba demasiado cansada.

Demasiado asustada.

La funcionaria que encabezaba el equipo se hizo a un lado para dejarme pasar y cerró la puerta tras ella, ahogando el llanto de Beth. Empezó a caminar por el pasillo e hizo un gesto a los hombres que me sujetaban para que la siguieran. Los rostros de las internas asomaban por la pequeña ventana de cristal que daba al interior de cada chabolo, curiosas.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —Pillamos a Esme justo cuando ella subía las escaleras, con los cubiertos de plástico todavía en la mano. Miró a la funcionaria desde los escalones, sin un ápice de vergüenza, y puso los brazos en jarras—. ¿Adónde lleváis a mi niña?

—Esme, no... —Los guardias me zarandearon para que callara. «No merece la pena».

La funcionaria levantó la mirada por encima de las gafas y le dedicó una sonrisa a Esme que oscilaba entre la burla y el asco.

—Se nos ha informado de que se ha infiltrado droga en el módulo. Cannabis, para ser exactos, aunque puede que nos llevemos alguna que otra sorpresita. Y parece que a tu amiga se la conoce por su increíble capacidad vaginal, ¿no es así?

—¿Qué? —El rostro de Esme se contrajo en una mueca—. No, escuche usted, Azahara no...

—Apártese si no quiere ser la siguiente, señorita. —La lengua de la funcionaria era afilada, como si se regocijara viendo el espectáculo que estaba montando. Al llanto de Beth se empezaron a unir los murmullos de las presas—. Si tanto confía en la inocencia de su amiga, no tiene nada que temer. Pero parece

que hay testigos que no opinan lo mismo. Esto es mero protocolo. Déjenos pasar, haga el favor.

Esme se quedó paralizada, y por un momento vi la duda en sus ojos. Negué con la cabeza, con las lágrimas cayéndome a raudales por las mejillas, como si ellas hubieran sido conscientes de lo que me venía encima mucho antes que yo. «Débil, débil, débil». Aunque tenía razones para llorar. Alguien les había dicho que estaba empetada, que escondía droga.

Lo peor no era que no fuera verdad. Lo peor fue ver cómo Esme dudaba. Después de todo, ella había visto mi desesperación por conseguir algo de dinero para Beth. Ella me había insistido con todo el asunto de las pastillas. A nadie le extrañaría que hubiera dado un paso más.

Pero no lo había hecho. Joder, no lo había hecho.

Nadie iba a creer a una chivata, ¿verdad? Nadie correría a ayudarla. Nadie se arriesgaría.

Esme se hizo a un lado.



La funcionaria no me dio ninguna explicación más y yo no me atreví a preguntar. Me llevaron por el laberíntico centro hasta un módulo en el que no había estado nunca y me obligaron a entrar en una habitación vacía, con las paredes y el suelo de mármol blanco. Cerraron la puerta de acero tras mi espalda; delante de mí quedaba otra. Seguía temblando y ni siquiera sabía la razón. Quizás era el miedo a que todo lo que había escuchado acerca de lo que le hacían a los empetados fuera verdad. Quizá fue el recuerdo del llanto de Beth. Quizá fueran las miradas que me habían atravesado durante todo el trayecto.

Fuera lo que fuera, no podía dejar de temblar.

Me sentí asquerosamente *débil*.

La puerta que tenía delante se abrió con estrépito. Don Francisco cruzó el umbral con dos zancadas; las manos en los bolsillos. Tenía el ceño fruncido y el pelo tan engominado que parecía de plástico. Lo peor fue la sonrisa que puso al verme.

—Un pajarito nos ha dicho que alguien se ha portado mal. —Se cruzó de brazos. Un joven oficial cruzó la puerta tras él, con un sujetapapeles en una mano y la otra sobre el bate de su cinturón.

No ayudó a que dejara de temblar.

—Quítate la ropa —ordenó don Francisco. Empezó a caminar por la sala—. ¡Venga! ¿No me has oído? ¡Fuera todo!

Su último grito fue como si me tocaran con hierro ardiendo. Me desabroché el pantalón con torpeza.

«Di algo, Aza —susurraba mi mente—. Di algo, cualquier cosa. Tú no deberías estar aquí. Tú no has hecho nada».

Los pantalones cayeron hasta mis pies y el oficial que le acompañaba se agachó para hacerse con ellos. Dio la vuelta a todos los bolsillos, tirando el contenido al suelo: un cigarro, una cajita de mermelada, nada más.

«Si tanto confía en la inocencia de su amiga, no tiene nada que temer», había dicho la funcionaria. Y era inocente. No tenía nada que temer.

Don Francisco hizo un gesto con el mentón para que me despojara de la camisa, y eso hice. Resbaló entre mis dedos hasta que el otro funcionario la cogió al vuelo. No fui capaz de sostenerle la mirada a ninguno de los dos y agaché la cabeza, avergonzada. Delante de ellos y bajo el foco de luz, mi piel me parecía todavía más pálida, y los moratones que ocultaba bajo la ropa todavía más intensos.

—Todo, Azahara —me recordó el funcionario.

Me deshice de las chanclas.

—¿Vas a necesitar que te ayude? —insistió, dando la vuelta a la habitación hasta quedarse a mis espaldas. Escuché su voz demasiado cerca.

—No.

Alcé la barbilla mientras mis manos se dirigían al broche del sujetador. Dejé que los tirantes se deslizaran por mis hombros, pero no me lo quité hasta que el funcionario joven lo apartó de mi cuerpo con cuidado. Se atrevió a lanzarme una mirada cargada de lástima antes de retirarse a una esquina para seguir con su chequeo.

Don Francisco carraspeó.

Inspiré muy despacio. Acabé de desnudarme. Cuando bajé la mirada, sentí que todas las venas de mi cuerpo estaban ardiendo, encendidas. Que el azul y el verde marcaban mi piel, que cada vez era más traslúcida. Como si quisiera desaparecer.

Quería desaparecer.

—¿Has encontrado algo, Miguel?

—No, señor.

Don Francisco suspiró y siguió su corto recorrido por la habitación. Apreté los puños para frenar los temblores; fue inútil.

—¿Dónde guardas la droga, Azahara?

Cogí aire.

—No tengo droga, señor.

—Eso no es de lo que se nos ha informado. —Se colocó frente a mí—. La lista fue clara: Azahara Rubio, Paula Miralles, Manuel del Bosque. ¿Te suenan sus nombres? ¿Vais por vuestra cuenta o estáis compinchados?

El único nombre que me sonaba era el de Paula. En el módulo 17 la llamaban Pau. A Manuel lo había visto en la escuela de verano, pero nada más.

Ni siquiera sé por qué me paré a pensarlo; si mi nombre estaba en aquella lista, eran posiblemente tan inocentes como yo. Pero mi pausa fue una confirmación a los ojos del funcionario.

—Saca la droga, Azahara. Vas a acabar con mi paciencia.

—Le he dicho que no tengo... —Su bofetada me calló al instante. La mejilla me ardía y mi cabeza miraba hacia la esquina donde el funcionario joven seguía revisando la ropa, ahora con los ojos como platos fijos en mí.

Me llevé la mano a la mejilla, despacio. Si don Francisco pensaba que aquello dolía, es que aún no era consciente de que estaba en la cárcel. Dolía más la duda, el desnudo, el rodearme y mirarme como si fuera un animal de circo.

Dolía sentirme incapaz de mirarle.

Por eso lo hice.

Pero él seguía con el rostro estoico, como si llevara una máscara de cera.

—No tengo tiempo para mentiras. —Se adelantó hasta quedarse a centímetros de mi cara. Su aliento olía a tabaco; su cuerpo, a sudor. Por primera vez desde que entré en aquella sala, me sentí completamente atrapada—. Si no la sacas tú, lo haré yo.

El funcionario del suelo se incorporó al escucharle.

—Pero, señor...

—Cállate.

Y la que calló fui yo. La que ahogó un jadeo y sintió que le faltaba el aire fui yo. La que perdió toda la humanidad que le quedaba fui yo. Me invadió como si no fuera más que una muñeca hinchable. Cuando grité, él agarró mi brazo con la mano libre para que permaneciera donde estaba. A cinco centímetros de su rostro, a siete centímetros de su pecho. No podía soportarlo.

Buscó la droga con brusquedad, con rabia, con ímpetu; zarandeándome y haciendo que todo mi cuerpo temblara todavía más. Pronto ese primer grito se rompió en un llanto. Las lágrimas ardían en mi piel.

El funcionario se apartó por fin. Sacudió la mano y me miró con el ceño fruncido.

Sólo que no me veía. Estaba delante de él, temblando, dejando a la vista cada una de mis cicatrices, con la ropa y la dignidad tiradas por el suelo, y no me veía. Mis lágrimas le parecían tan falsas como mis palabras. Mi cuerpo era sólo un territorio a explorar, a juzgar. Azahara no existía; era sólo una presa más.

No quería pensar cuántas habían pasado por aquello antes que yo.

—Está limpia —le dijo a su compañero. Me pareció notar una leve nota de decepción en su voz. Se agachó para coger mi ropa y me la tiró directamente al

pecho. Me costaba reaccionar—. No me mires así, anda —dijo, deslizando las comisuras—. Ni que fuera el primero que te toca. Miguel, sácala de aquí y que pase la siguiente.

El susodicho asintió con la cabeza y se puso en pie. Ni siquiera me dieron tiempo a cambiarme. Dejó que me cubriera con el montón de ropa y me guio hacia la puerta con una mano sobre la espalda.

Sentí que una parte de mí se quedaba en aquella sala.



Un ordenanza fue el encargado de llevarme de vuelta al módulo, pero tuvo que esperar a que me vistiera. Y esperó demasiado, pero no pareció importarle. Los dos nos quedamos en aquella sala oyendo en silencio la agonía de Paula.

Me vestí despacio, muy despacio. Ya no me importaba quién pudiera verme. Sentía que no había ninguna prenda que pudiera ocultar el cuerpo que otros habían moldeado a su gusto. Las heridas de don Francisco, los besos de Hugo, cada golpe.

Ya nada era mío.

Paula siempre había sido de las que no callaban ni debajo del agua. Tampoco lo hacía ahora. Escuchamos cómo contestó con descaro a los funcionarios y oímos cada una de las bofetadas. Cada grito, cada golpe. Era fácil imaginarla cayendo al suelo. Escuchamos cómo gritaba que ella no tenía droga, cómo acababa gritando «socorro», «me estáis haciendo daño», «no, joder, no me peguéis más». Oímos su llanto y el chirrido de una de las puertas al abrirse.

—Deberíamos irnos —dijo el ordenanza. Su expresión no había cambiado en todo el tiempo que llevábamos en aquella sala. Ni al ver mi desnudo, ni al ver mis golpes, ni al oír a Paula. Nada.

Debía de estar acostumbrado a cosas mucho peores.

Me subí un tirante que se había resbalado por mi hombro. Incluso mi propia caricia me hacía temblar. Me sentía humillada, vacía, sucia; como si toda mi piel estuviera cubierta de mugre, pero nadie pudiera verla.

Nadie me veía.

—Vamos —contesté.



Mis sospechas se confirmaron nada más entrar en el chabolo. Al principio no la vi porque fui corriendo a abrazar a Beth, que seguía de pie en su cuna, agarrada a los barrotes. Me pasó la mano por la mejilla, siguiendo el trayecto de mis lágrimas. «¿Mami triste?», decía. «Mami rota», pensaba.

—Es hora de dormir, mi amor.

Le canté una nana hasta que el sueño pudo con ella. Sólo entonces, cuando me aseguré de que ni siquiera el anuncio de la metadona por megafonía serviría para despertarla, me deshice de toda la ropa y fui directa a la ducha.

Estaba nada más entrar en el chabolo, junto a la puerta, enfrente de un inodoro metálico sin tapa. Era un simple plato de ducha de acero frío que dejaba empapado el suelo de alrededor cada vez que se usaba.

Aquella noche, el frío del agua fue una catarsis. Me quedé debajo del chorro más tiempo del debido, dejando que mis lágrimas se mezclaran con el agua y que el hielo erizara mi piel, creando una armadura invisible en todas las partes que otros habían hecho suyas.

Y después cogí la esponja y rasqué mi piel hasta que el blanco se volvió rojo, hasta que cada una de mis venas quedó cubierta por la irritación. Froté como si así pudiera deshacerme también del recuerdo.

Fue entonces, justo antes de salir de la ducha, cuando descubrí el pequeño pósito que había junto a la puerta, ahora humedecido por culpa del agua. Lo

agarré y lo agité, estrechando los ojos en la semipenumbra de la habitación para leer lo que habían escrito.

Ni siquiera tuve que descifrar la caligrafía: las palabras hablaban por sí solas.

*Te metiste en mi territorio. Te dije que
destrozaría el tuyo.*



Azahara

Cómo sobrevives después de tanto odio.

(Odio ser tan débil, odio ser tan cobarde, odio este cuerpo, odio estas rejas, odio este miedo).

Cómo sobrevives sabiendo que todo lo que te espera va a dolerte, que los días pasan y ninguno cuenta. Que Beth sigue creciendo y pronto será un objeto de venganza. Que nadie te espera en casa, y las que aquí llamas amigas pueden darte la espalda en cualquier momento. Que las que antes te saludaban con una sonrisa y te invitaban a cafés cuando no llevabas la tarjeta encima ahora te escupen y escriben «chivata» en la puerta de los lavabos.

Cómo esperas salir viva de todo esto.

>Cómo.

Aquella mañana, el amanecer ya no me pareció tan bonito, y por primera vez el llanto de Beth fue *demasiado* molesto. No tenía fuerzas ni para hacerla callar ni para encararme con las funcionarias que golpeaban mi puerta y me llamaban mala madre.

Tenía todo el derecho del mundo a vivir aquel día como ellas siempre

quisieron que lo hiciera: como un fantasma, como una mota de polvo que no hace más que arrastrarse por el suelo. Sin molestar a nadie. Sin hablar con nadie. Sin ser nadie.

En la guardería, Beth se amarró a mis tobillos hasta que una funcionaria fue a recogerla. En el desayuno nos trajeron pan de leche (que guardé para ella, a pesar del rugido de mis tripas). En la escuela de verano pintamos mandalas, y sonreí a todos y cada uno de los presentes para que no preguntaran y me dejaran seguir siendo nadie. Leire fue la única que se frenó en medio del pasillo para preguntarme si todo iba bien. Leire fue la única que me creyó cuando le dije que sí. Vi cómo enseñaba pasos de baile a un par de internas en el patio, pero la magia de aquella tarde lluviosa había desaparecido. Podría ser testigo de un milagro y ni siquiera eso acabaría con mi apatía.

Después de comer, dejé que Beth jugara con los demás niños en el patio y me quedé mirándola desde la distancia, a la sombra. Me dejé caer sobre una de las sillas de plástico, con las manos y los vaqueros llenos de polvo.

Mi soledad no duró mucho. Al poco rato, don Pedro asomó la cabeza por el umbral de la entrada. Se levantó las gafas de sol y miró hacia los niños con una sonrisa. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba allí.

—¿No vas con ellas, Azahara?

Sacudí la cabeza. Él suspiró. Sin mediar palabra, cogió una de las sillas que tenía a mi derecha y se sentó, llenándose también de polvo y mugre. Exactamente como nosotras.

—Esa es tu nena, ¿verdad? Elisabeth. —dijo, señalando a Beth con el mentón. Estaba un poco apartada del resto, jugando con las ruedas de un triciclo—. Mírala, se ríe como tú. Está enorme.

Sus palabras dolían.

—Sí... Pasado mañana cumple tres años.

Don Pedro no era como Leire; él sabía lo que escondía detrás de aquella frase. Él sabía lo que les ocurría a los niños que se hacían mayores y a las madres que dejaban atrás. Él tenía que saber lo que pasaba por mi cabeza. Los

funcionarios siempre lo sabían, de un modo u otro. Sólo que la mayoría decidía seguir viendo nuestro dolor y no hacer nada.

Era su trabajo, al fin y al cabo.

—Lo siento mucho, Azahara —dijo don Pedro. No podía sostener su mirada, pero sabía que él no apartaría sus ojos de mí. Me puso una mano en la espalda—. No te preocupes, Elisabeth estará bien atendida. Y antes de que te des cuenta estarás fuera con ella, ¿eh?

—¿Antes de que me dé cuenta? —Solté una carcajada triste—. Don Pedro, a este paso voy a volver a pasar las Navidades aquí. Y a Hugo le importa una mierda. —Me mordí el labio inferior, tratando de contener los temblores—. Él sólo quiere llevarse a la niña. Aunque no lo hace por ella, lo hace para *ganar*.

—¿Qué? ¿Para ganar qué?

Apreté los puños. La parte de mí que estaba acostumbrada a chistarme cada vez que hablaba de más me recordaba que estaba delante de un funcionario de prisión, no con un colega en el bar. Y la parte que —aunque dormida— luchaba hasta la saciedad para que nunca me sintiera sola me decía que no era cualquiera. Don Pedro se había ganado la amistad de muchas presas por una razón: él nos escuchaba.

—Siempre ha sido muy competitivo. En el juego, en las apuestas, en el deporte... Y en casa también. Si yo ganaba dinero, él tenía que ganar más o asegurarse de que a mí me bajaban el sueldo. Si salía con mis amigas, me dejaba sola en casa dos noches seguidas. Él siempre ha ido por delante. Siempre. —Cerré los ojos e hice una pequeña pausa—. Después de tanto tiempo sin Beth, no me dejará volver a verla. No le gusta perder.

—No digas eso, Azahara. Es tu marido...

—Precisamente por eso.

Nos casamos a los dieciocho años, con un bebé en camino, mi familia dándome la espalda y la suya en otro país, con el dinero justo para pagar el alquiler y la promesa de que nos amaríamos siempre, por encima de todo, por encima de todos. En alguna parte de aquel contrato invisible, Hugo decidió que

la alianza era unas esposas.

—Quiero pensar que es alguien que quiere lo mejor para vosotras, Azahara. Alguien en quien confías, alguien con el que poder hablar de estas cosas. Es el padre de la niña, ¿no? Cuidará bien de ella. —Se le marcaron dos hoyuelos al sonreír.

Ojalá fuera tan ingenua.

—Aún no lo entiende, ¿verdad? —Don Pedro levantó una ceja—. Cuidará de Beth como ha cuidado de mí todo este tiempo, porque es la única forma que conoce. A base de castigos. A base de broncas. Tengo miedo de que..., de que... —Sentí que las palabras se me atragantaban y fruncí los labios, molesta.

Me encogí sobre mí misma y tuve especial cuidado de no abrazar aquellas partes de mi costado que aún guardaban el recuerdo del último vis a vis con Hugo. Debajo, como las capas de la tierra, había cicatrices invisibles; cada una era un fallo, o una copa de más, o una discusión estúpida. Y todas tenían su nombre.

Don Pedro me puso una mano sobre el hombro y tuve que contenerme para no zafarme de él. Últimamente no soportaba que nada ni nadie me tocara. Ni siquiera Beth. Al notar mi estremecimiento, el funcionario retiró la mano despacio.

—Azahara. —No dejó de mirarme—. ¿Tu marido te ha pegado alguna vez? —Fue como si me apuñalaran en el estómago. Mantuve la vista fija en algún punto del suelo para no tener que mirarle a él—. Es importante que si es así nos informes de ello, y más estando tan cerca la salida de Beth.

—Que os informe... —repetí, conteniendo la risa—. No, don Pedro, esto no es..., no es para tanto. Hugo no me maltrata. —Tragué saliva. No quería que pensara que odiaba a Hugo. No lo odiaba. No podía, no sería justo. Tenía que recordar todo lo que había hecho por mí. Me había dado un hogar y nunca tuvo por qué hacerlo. Una familia. A Beth. Él no lo entendía...—. Pero no creo que sepa ser padre, sólo eso. No lo ha sabido ser estos años y no querrá empezar a serlo ahora.

—Tienes que decírselo a tu abogado, Azahara.

—¿Cree que no lo he hecho? ¿Cree que no he avisado de cómo es él? —
Solté un suspiro de resignación—. Nunca me creen.

—No lo veas así. —Arrugó la nariz, como si todo el asunto le incomodara. Sentía que tenía demasiadas palabras bullendo dentro, pero que no encontraba el modo de ordenarlas—. Al fin y al cabo, es sólo tu palabra contra la suya, ¿entiendes? Y tú eres la que has estado con Beth todo este tiempo. Tú sabes lo que es mejor para ella.

—La que está en la puta cárcel soy yo. Aquí mi palabra no vale nada.

Ante eso no hubo nada más que decir.

A las risas de los niños se unieron los primeros murmullos. Levanté la mirada. Vanesa y sus compañeras de patio estaban sentadas a la sombra, abanicándose y viendo cómo sus pequeños jugaban en el suelo.

Gabi estaba acompañando a Beth a lo largo del tobogán, Esme estaba sentada de piernas cruzadas y daba palmadas con Toni en su regazo. Las dos habían empezado a murmurar y me miraban. Nos miraban.

Y otra vez, aquellas miradas fueron puñetazos directos al estómago.

«No, vosotras no, por favor. No me deis la espalda vosotras también». Don Pedro se puso de pie antes de que uno de los altos cargos le llamara la atención. El vacío que dejó a mi lado se sintió como una brisa de aire fresco, pero no duró mucho. Esme y Gabi dejaron a los niños con los demás y fueron acercándose. Yo enterré de nuevo el rostro entre las manos. Esperaba lo peor.

—Pero, hija mía, ¿se puede saber a qué viene esa cara tan larga? —Esme soltó una carcajada. Aún me preguntaba de dónde sacaba las fuerzas para reír después de tantos años en aquel mismo patio, entre aquellos mismos muros—. ¿Te ha comido la lengua el gato?

Alcé la mirada hacia ellas.

—Vamos, Aza. —Gabi me cogió de las muñecas—. Sé que no es fácil, pero intenta animarte, ¿sí? ¿Te apetece bailar un rato? Vanesa va a bajar la radio.

Me dio un beso en la mejilla. Sentí como si la cárcel de hielo que la ducha

de aquella noche había forjado alrededor de mi piel se derritiera. Las manos de Gabi sobre las mías ya no me parecieron intrusas y la risa de Esme era todo menos falsa.

Quizá tenía que empezar a tener un poco más de fe.

Pero era difícil.

Era muy difícil.



Pedro

Llegaba un punto en el que la palabra «maltrato» se hacía tan común que perdía fuerza. Era entonces cuando jugaba con ella, sin darme cuenta, y la soltaba con la intención de acercarme más a quien sufría. Pero la víctima nunca reconocería el daño. Se encogería al escuchar la palabra porque estaría demasiado acostumbrada a oírla en la televisión, en la boca de un periodista que no tiene ningún reparo en contar muertas como si sólo fueran números.

Pero yo también pecaba de ceguera. Yo también olvidaba todo el dolor que había detrás de esa palabra. Todos los años llenos de palabras y mentiras que van haciendo mella en el corazón de las víctimas hasta dejarlas sin fuerzas, sin ganas de salvarse, sin autoestima. Sin *ellas*.

Había utilizado tanto «maltrato» que a veces olvidaba el dolor que encerraba. Y, sin embargo, en todos mis años de profesión no había recibido ni una respuesta sincera. Todas se mentían para protegerle.

El timbre del interior de la garita me sacó de mi ensimismamiento. Dejé el bocata en el plato, me sacudí las migajas de la camisa y me arrastré desde la silla rotatoria hasta la otra punta de la sala, con vistas a la entrada del módulo. Francisco esperaba frente a la puerta con el ceño fruncido y los brazos en jarras.

Le abrí y esperé a que pasara, asegurándome de que el interior de la garita

estaba en buenas condiciones. Me dio tiempo a meter un dibujo de mis hijas en un cajón —demasiado personal, diría él— y a esconder detrás de las pantallas el bocadillo de chorizo. Todavía sentía su regusto en la lengua.

—Buenas tardes, Paco —saludé, poniéndome en pie en cuanto cruzó la puerta.

—Pedro. —Inclinó la cabeza a modo de respuesta y lanzó un vistazo rápido a la sala—. ¿Dónde está Susana?

—Ha ido a acompañar a una interna a comunicaciones. Volverá en media hora, seguramente. ¿Quieres que la llame?

—No, no. —Paco sacudió la cabeza y se apartó las greñas de la cara con un suspiro. Parecía cansado, como si tuviera migrañas—. En realidad venía buscándote a ti. Esther ha tenido que irse de urgencia y necesitan a un funcionario suplente en la enfermería. He pensado que por aquí estaríais tranquilos. —No pasé por alto lo condescendiente que fue su sonrisa. Después de tantos años en prisión, me sorprendía que siguiera creyendo que el módulo de madres era el más manso.

Las madres, a diferencia de los demás, tenían una razón por la que quedarse en sus celdas, sí. Pero también tenían una razón de más para meterse en broncas, para robar, para rebelarse. Por norma general, no les importaba el dolor que pudieran hacerles; por sus hijos eran capaces de matar.

Me froté el cuello.

—Enfermería, de acuerdo. ¿Todo el turno de tarde?

—Eso creo. ¿Podrás?

—Sin problema. ¿Te quedas hasta que vuelva Susana?

—Claro. —Dio un par de pasos hacia el interior, estirando los brazos por delante del pecho—. Por cierto, ¿piensas acabarte el bocata?

Sentí que las mejillas me ardían.

—No. Todo tuyo.

Fui hacia la puerta con la cabeza gacha, pero la voz de mi superior me detuvo a medio camino:

—Pedro, espera un segundo. —Cuando giré la cabeza, me lo encontré con el medio bocadillo ya en una mano y la otra rebuscando algo en el bolsillo de su pantalón. Sacó lo que me pareció una bola de papel arrugado—. Si ves a Sonia Fuentes, dale esto de mi parte.

Me acerqué y cogí el objeto sin dejar de arquear una ceja. Sólo cuando lo tuve en mi mano supe que estaba arrugado a propósito, que cada línea recta y cada esquina doblada formaban la figura.

—¿Un cisne de papel?

Él se encogió de hombros.

—He oído que le gusta la papiroflexia. —Le dio un bocado a *mi* almuerzo, como si el tema de conversación no tuviera nada que ver con él—. ¿Qué? —inquirió al ver que seguía mirándole—. Sólo es un pequeño favor. Ahora vete, anda, que llevan un tiempo esperándote. Y los retrasos irán a tu cuenta, no a la mía.

Asentí y salí de la garita, dejando atrás un bocata y unas cuantas preguntas de más.

Esperaba que aquel fuera un buen día en enfermería.

Los días malos, funcionarios y presos sufrían como iguales.



Sólo necesitaban supervisión, nada demasiado importante. Los presos más peligrosos pasaban sus días en aislamiento, así que no tenía que preocuparme por ellos. La enfermera de guardia me dio a entender que con entrar en las habitaciones cada quince o veinte minutos y asegurarme de que seguían «sedados como vegetales» sería suficiente.

Sonia Fuentes y Ana Morales compartían habitación con dos internas más; una de ellas se pasaba la mitad del tiempo durmiendo a causa de las pastillas, y

la otra, más anciana, se había caído por las escaleras —esa era la versión oficial, por supuesto, pero en la cárcel raramente se caían por accidente— y tampoco podía levantarse de la cama. Las habitaciones de enfermería eran las únicas que habían conservado los cuatro catres después de la reforma. Las únicas con camas en lugar de literas. Las únicas sin ventanas ni luz natural, sin rejas en el ventanuco de las puertas. Y las únicas a las que debíamos llamar «habitaciones» en lugar de «celdas», a pesar de que algunos internos tenían condiciones peores que los de primer grado sólo para evitar «contagios». Lo único que se contagiaba en esos cuartos eran las ganas de acabar con todo.

Por eso los funcionarios odiaban el turno de enfermería: demasiado tiempo rodeado de gente sin esperanza. Acababas viéndolo todo negro.

Palpé el cisne que llevaba en el bolsillo y entré en la primera habitación, donde estaba Sonia.

Sin embargo, la primera en verme no fue ella.

Ana Morales, más conocida como Nina, levantó la cabeza y se puso en pie de un salto, con los ojos muy abiertos y alerta. Tenía el pelo pegado sobre la sien a causa del sudor y la camisa arremangada.

—Don Pedro —saludó casi en un susurro.

A mi derecha dormían las otras dos internas. Sonia estaba sentada en el suelo abrazándose las rodillas. Permanecía muy cerca de los pies de Nina. Me dio la sensación de que la joven la protegía con su cuerpo, como si estuvieran en plena guerra y acabara de estallar una granada.

Yo era esa granada.

Nina dio unos pasos tambaleantes hacia delante. Cada vez que la veía, estaba más delgada y débil. A su espalda, Sonia estiró las manos como si intentara mantenerla a su lado. No lo logró.

—Buenas tardes —contesté—. ¿Todo bien por aquí?

—¿Tiene la metadona?

No sabía si lo decía con esperanza o miedo.

—¿No te la han dado hoy?

—Se retrasan.

Nina se llevó las manos al pecho, como si tratara de evitar que saltaran sobre mí. Su voz temblaba. Sus manos temblaban.

—Avisaré al auxiliar para que vuelvan a pedirlo. Hoy está siendo un día un poco complicado. —Le sonreí en un intento de infundirle algo de calma, pero Nina seguía siendo puro nervio. Para ella, todos los días eran complicados—. Sólo me pasaba a ver cómo estabais. ¿Todo bien?

Nina se encogió de hombros. Se hizo a un lado en cuanto comencé a andar hacia Sonia, que evitaba mi mirada. La pobre se balanceaba en el suelo y murmuraba para sí como si estuviera espantando un demonio.

—¿Tú estás bien, Sonia? —Supe que me había escuchado por la forma en la que se encogió. Se deshizo de su propio abrazo y puso las manos en el suelo, donde descansaban, desperdigados, un par de folios y lápices.

—Estábamos jugando un poco —explicó Nina, acercándose por atrás—. Sonia me ha pedido que le enseñara a dibujar.

—¿Dibujas? No lo sabía.

—Yo tampoco. —Nina sonrió—. Pero me quedé sin ideas para pasar el rato.

La joven se apartó el pelo y el sudor de la cara antes de agacharse de nuevo junto a Sonia. De cuclillas, cogió con cuidado uno de los papeles que Sonia resguardaba bajo sus manos.

—Mire, don Pedro —siguió Nina, arrastrando las palabras como si le costara hablar—. Hemos dibujado a Marta mientras dormía. Este dibujo es el mío y el otro es el de Sonia. Va, Sonia, ¿por qué no se lo enseñas?

Sonia sacudió la cabeza y volvió a ocultar la mirada entre sus rodillas. Nina, a su lado, le acarició la cabeza con un suspiro.

—Me han dicho que te gusta la papiroflexia, ¿no, Sonia? —dije, imitando a Nina y poniéndome también de cuclillas. Saqué el cisne de papel de mi bolsillo—. Mira. Es un regalo de don Francisco.

Sonia miró el cisne con los ojos brillantes, como si estuviera a punto de llorar. Una pequeña sonrisa nació en sus labios al coger la figura.

Perdió mucho más que a su hijo cuando se llenó las manos de sangre; se perdió a sí misma. Ese es el castigo con el que cargará toda su vida, fuera y dentro de estos muros.

—Qué chulo —dijo Nina al ver que Sonia no respondía—. Gracias.

—Dadle las gracias a don Francisco cuando se pase por aquí.

Me disponía a marcharme, pero la voz y los pasos de Nina me detuvieron a medio camino:

—La metadona. Recuerde la metadona. —Se apartó las lágrimas de los ojos—. No quiero... No puedo pasar un día sin ella.

No supe si el escalofrío recorrió mi piel o la suya.

—Claro. Nina, ¿podrías acercarte un momento?

La joven echó un vistazo atrás, a la Sonia encogida que miraba aquel cisne como si estuviera hecho de oro, antes de asentir y venir hacia mí.

—Me han comentado que te escaqueaste hace unos días, ¿es eso cierto? —Nina agachó la cabeza, avergonzada—. ¿Por qué?

—¿Por qué? —Por sus labios se escapó una sonrisa cargada de ironía—. ¿De verdad se pregunta por qué? Esto es..., es... —Se llevó las manos a las sienes, como si acabara de recibir un disparo—. Es horrible, joder. Sólo quería que parara.

—Si sigues tu tratamiento, Nina...

—Si recibiera tratamiento, quizá podría sentirlo. —Su voz sonó gutural, rabiosa. Sacudió la cabeza, como si fuera consciente de lo que decía—. Pero a veces me da la sensación de que sólo estoy sustituyendo una droga por otra. Es inútil. Es horrible. Es...

—Aquí lo hacen lo mejor que pueden, Nina. De verdad.

Siguió negando con la cabeza.

—Está mintiendo. No tiene ni idea.

Tantos años de funcionario me habían enseñado que llegaba un punto en el que no lograrías hacer cambiar de opinión a nadie. El drogadicto no te creería cuando le prometieras que tenía una vida mejor esperándole. El culpable no te

escucharía cuando le dijeras que aún estaba a tiempo de ser otra persona. Era inútil.

Miré el fondo de la habitación con un suspiro. Notaba el aire cargado de una mezcla de olor a sudor y toallitas desinfectantes.

—¿Y Sonia? —pregunté. Nina alzó la vista al oír el nombre de su compañera—. ¿Cómo está?

—Ella... parece que sólo puede ir hacia abajo. Soy la única que le hace caso y la única a la que escucha, pero... no sé qué hacer. —Empezó a pellizcarse los nudillos—. Habla muy poco y cuando lo hace dice siempre lo mismo. Las enfermeras no le hacen ni caso porque se porta bien y se traga sus pastillas. Pero yo..., yo ya no sé qué necesita.

En mi caso, había visto a demasiados internos como Sonia como para no saberlo. Pero no era la respuesta que Nina buscaba.

—Necesita volver a querer y volver a sentirse querida. Necesita sentirse *alguien*. No creo que eso esté en tus manos, Nina, no cargues con esa responsabilidad. Creo que... —Bajé ligeramente el tono de voz, aunque Sonia, embelesada como estaba en la apreciación del cisne de papel, no parecía oír nada—. Creo que Sonia es consciente de que el daño que ha causado es tan grave que no va a conseguir repararlo y eso es lo que le atormenta. Lo único que le queda es perdonarse a sí misma, apretar los puños y buscar cada día motivos para levantarse. Ahí es donde entras tú. Necesita ser alguien, Nina. Alguien que no esté definido por el hijo que perdió ni por todo el daño que hizo. Estás haciendo más de lo que crees, de verdad.

Nina, presa de un escalofrío, apartó la mirada y se cruzó de brazos. Aun así sudaba, temblaba. Cuando busqué sus ojos, vi que lloraba.

No podía evitar ver en ella a una niña; al fin y al cabo, era tan sólo unos años mayor que mi hija. Nina era una niña con la vida marcada por las drogas, por la soledad, por el delinquir. Una niña obligada a dejar de serlo.

—Eh, eh, ¿qué pasa? —pregunté con una mano en su hombro.

Volvió a sacudirse para deshacerse de mí.

—Es muy fácil decir eso. Sigue sin tener ni idea, señor. —Se apartó las lágrimas de los ojos con rabia—. No puedo ayudarla si soy la primera que no sabe cómo sentirse *alguien* otra vez. Y no me venga con cuentos. No tiene ni idea de lo que es que te acosen, del miedo a que nadie te vea, a que nadie te conozca, a que nadie pregunte por ti. No tiene ni idea de lo que es estar *solo*. — Se separó de mí para volver con Sonia—. No puedo hacer nada por ella cuando ni para ella existo. Soy tan importante como ese puto trozo de papel. —Se detuvo un segundo, como si no estuviera segura de lo que quería decir. Su voz fue sólo un susurro—: Yo también necesito ser alguien.

Sonia siguió mirando el cisne, como si no entendiera nuestro idioma. Siguió mirándolo cuando Nina se sentó a su lado, de piernas cruzadas sobre el suelo, y cogió los papeles en blanco que había dejado a sus pies.

Siguió mirándolo, porque era la única manera de esconderse de todo lo demás.



Azahara

Aquella noche no dormí. Me aferré a los últimos minutos de Beth conmigo como un clavo ardiendo. La miré mientras dormía esperando recordar cada detalle de su piel. Los rizos que le salían en la nuca, la pequeña herida en su codo, cómo entreabría los labios cuando soñaba, cómo sonreía a cada funcionario y repetía todo lo que gritaban por megafonía. Quería acordarme de su voz, de su risa, de su peso cuando la cogía entre mis brazos, de su carita cuando se llenaba la boca de mermelada y acababa hecha un desastre.

No quería olvidar ni un recuerdo por miedo a que Hugo me los arrebatara todos.

Beth nació a las 7:07 de la mañana, después de toda una noche en vela por culpa del calor y los dolores del parto. No fue nada fácil traerla al mundo. Tampoco iba a serlo devolverla a él.

Comenzó a parpadear con las primeras luces del alba. Se estiró en su colchón, deshaciéndose de la sábana que le quedaba a los pies. Me arrastré hasta el borde de mi catre y me apoyé su cuna.

Eran las siete de la mañana.

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz... —susurré. Fue como si también llorara desde dentro, como si las lágrimas me atragantaran—. Te deseamos

todos... Cumpleaños feliz.

Acabé la canción y ella me dio los buenos días con una sonrisa, totalmente ajena a lo que estaba pasando. Se enderezó, me buscó con las manos estiradas hacia delante, caminando como un patito torpe; me abrazó desde la cuna, me dio un sonoro beso en la mejilla y se quedó ahí, esperando su desayuno.

Y yo preparé la leche como cada día, como si no pasara nada, tragándome cada lágrima. Como si aquella no fuera nuestra última mañana juntas.

Pero lo era, y una parte de mí no sabía cómo viviría sin ella.



Me la quitaron sin más. Sin avisar. Sin despedirme. Sin molestarse. Cuando fui a sacarla de la guardería, justo después de cenar, encontré su esquina vacía. Los demás niños empezaron a berrear en cuanto me vieron derrumbarme sobre el suelo y llorar, y las funcionarias acabaron echándome de la sala casi a patadas; no encontraba la fuerza necesaria para moverme.

Esme fue la primera en acercarse. Me ayudó a levantarme y me acompañó al patio con la intención de que me diera el aire. Pero no podía soportar salir y encontrarme con los juguetes desperdigados y todos aquellos dibujos mal pintados en los muros. No harían más que reavivar el recuerdo de Beth y ya la sentía demasiado lejos.

No había pasado ni una hora y ya sentía que no sobreviviría. Me daba miedo ir al chabolo y encontrarme su cuna vacía. Por no hablar de que tarde o temprano los funcionarios cambiarían la distribución de los módulos y me mandarían a alguno de mujeres —el 18 si tenía suerte, el 17 si no—. Para ellos ya no era madre. Para ellos, Beth era hija de nadie.

Esme se colocó frente a mí, con el respaldo de la silla entre sus piernas, y me obligó a darle la espalda al recinto. No dijo nada, sólo me acarició el hombro

mientras lloraba. En algún momento cantó una nana y mandó alejarse con gestos a todo el que se acercara. Dejó que el cielo se tiñera de añil sobre nuestras cabezas.

—El mundo no podrá darte nunca paz, mi niña —susurró, recorriendo mi brazo con sus dedos—. Pero, una vez la encuentres dentro de ti, tampoco podrá quitártela.



Leire

Hice un esfuerzo por intentar quitarme a Ana de la cabeza. A *Nina*, porque quedaba poco de la Ana que conocí. Tenía los mismos ojos pardos, el mismo cuerpo pequeño y delgado, las mismas manos finas y las mismas pecas sobre la nariz. Pero el resto de ella se había perdido con la primera calada. Y yo no había hecho nada para frenarla.

Igual que no me frené aquella noche entre risas y amigos. Igual que no me frené cuando decidí que sería la mejor bailarina de mi promoción aunque acabara sudando sangre. La mejor estudiante, la mejor hija, la mejor hermana... La mejor voluntaria. ¿Cuánto de todo lo que hacía no era más que un engaño? ¿Cuántas veces más tendría que arrepentirme por no haber frenado?

Ya era tarde para remediar todo el daño que había hecho. Ya era tarde para deshacer la confianza que sentía con Azahara. Ya era tarde para dejar de castigarme.

Había encontrado a Ana, sí, pero era tarde para pedirle perdón.



Aquella mañana, las mujeres del módulo 22 fueron las primeras en llegar a la escuela de verano y las últimas en marcharse. Ana no estaba. No había estado ni uno de los días y, después de conocer sus escapadas, dudaba que apareciera. Pero una parte de mí seguía esperando toparme con ella al doblar cada esquina. El pinchazo de su ausencia sólo llegaba después.

Si pensaba en encontrarla, no pensaba en qué hacía yo aquí en primer lugar. Era fácil.

Era cobarde.

Cuando el último funcionario se marchó, Juanjo salió a echar un último vistazo.

—¡Eh! —gritó, haciendo señas con las manos—. Chicas, ¿no os habéis ido con vuestro módulo?

Desde la entrada oí la risa contagiosa de Esmeralda.

—Es que somos unas despistadas, profe. —Fue la primera en entrar, seguida de Gabriela y Azahara. La segunda andaba con la mirada clavada en el suelo y el flequillo cubriéndole los ojos. Gabriela la ayudaba a sostenerse, a pesar de que era ella la que cada día estaba más grande.

Juanjo me chasqueó los dedos, sacándome de mi embelesamiento.

—Leire, tú sabes llegar hasta el módulo 22, ¿verdad? —Asentí—. ¿Las acompañas? Te esperamos aquí.

Suspiré. Miré de reojo a Esmeralda, que llevaba colgada del cuello la tarjeta que la identificaba como ordenanza: ella podía andar a sus anchas por el área, lo que hacía que me sintiera un poco más segura. Y tampoco pensaba que una Gabriela embarazada fuera capaz de darse a la fuga.

Luego estaba Azahara. En Azahara confiaba. No sé si era bueno, no sé si eso

me hacía cómplice o me hacía humana, pero en ella confiaba como si estuviéramos en la calle. Había sido demasiado sincera conmigo en el pasado como para que ahora me atacara por la espalda.

¿O no?

Sacudí la cabeza y les sonreí.

—Claro —dije. Esmeralda les hizo una seña a las otras dos y comenzamos la marcha.



Las tres internas caminaban a mi derecha, en fila, pero ahora era yo la que me sentía invisible. Azahara se apartó una lágrima furtiva y las otras dos fueron directas a murmurarle, casi con furia, casi con desesperación. Al principio no escuché nada de lo que decían. Al final, a ellas dejó de importarles que pudiera oírlas.

—¿Y el peculio? —decía Esmeralda—. ¿Vas a mandarle pasta? Es una buena manera de asegurarte que todo va bien y mantener el contacto con él.

Azahara contestó con una carcajada cargada de pena.

—¿Y de dónde saco yo ese dinero? Marina sigue amenazándome. Pero, claro, aquí todo el mundo piensa que la chivata soy yo porque ella fue la que acabó con un parte y dos días en aislamiento. Pero a mí me..., me cachearon, joder. Y estoy segura de que fue por ella. A nadie le importa porque nadie lo ha visto. No quiero arriesgarme a vender ni una mísera pastilla...

—Perdonad —les interrumpí. Las tres se giraron al mismo tiempo y pareció que era la primera vez que caían en que yo estaba ahí, con ellas—: ¿Has dicho que Marina te amenaza? Lo digo porque..., bueno, somos vuestros tutores estos días, esa información podemos pasársela a los funcionarios y...

—Oh, no, cariño, las cosas no funcionan así. —Esmeralda me dio una suave

palmadita en la espalda—. Aquí los funcionarios no nos creen a menos que tengamos pruebas. Y nadie es tan tonto para amenazar con testigos delante. Nuestra palabra no vale nada.

Azahara no había dejado de negar con la cabeza.

—Además, es una locura —dijo—. Marina se enteraría de que has sido tú. No sé cómo, pero lo haría y te mandaría directa al tigre. Si esa mujer fue capaz de matar a su marido...

Un escalofrío me recorrió la espalda. No podía imaginarme a la chica que reía a carcajadas en el patio, la que aprovechaba cualquier balón de fútbol para dar unos cuantos toques, matando a su pareja, con las manos cubiertas de sangre.

No *quería* imaginarlo.

Esmeralda sacudió la cabeza ante el comentario de Azahara.

—Ya te dije que Marina ladra, pero no muerde. Hay que tener mucha sangre fría para hacer eso, sí, pero no creo que lo repitiera. A Marina no le gusta matar; no como otras, que se dedican a fabricar pinchos a espaldas de los funcionarios. —Puso los ojos en blanco—. Pero qué más da. Lo dices como si importara. Ninguna aquí somos santas, Aza.

Ese comentario hizo que la chica se rebotara. Se zafó del brazo de Gabriela, todavía con dos lágrimas estancadas en los ojos.

—¿En serio vas a compararme a Marina con cualquiera de nosotras? ¿Piensas que por estar aquí somos automáticamente malas personas? ¡Joder!

—Azahara, tranquila. —Traté de calmarla, pero ella respiraba cada vez más rápido y seguía con el ceño fruncido—. Esmeralda no ha dicho nada de eso.

—Tú no lo entiendes. Seguramente piensas lo mismo, ¿a que sí? —Sus palabras eran puro hielo, tan frías que quemaban—. Estoy harta de despertarme cada día creyendo que soy una mala persona y que por eso estoy aquí. Que soy un desecho, un monstruo. Un día me volveré loca y me lo creeré, y entonces..., entonces esta puta culpa acabará conmigo. —Apartó la mirada y se giró hacia Esmeralda—. Nos meten a todas en el mismo saco, pero ¿qué culpa tiene Nina? ¿De verdad la ves capaz de tomar una decisión por sí misma? ¿De verdad crees

que ella quiere ser una adicta? Y tú qué, ¿eh? ¿Qué culpa tienes tú de estar aquí?

El rostro de Esmeralda se endureció.

—Azahara...

—Todo el mundo lo sabe, Esme. Entraste aquí para cargar con la culpa de tu hijo. Porque no querías que perdiera mitad de la vida en la cárcel y decir que toda esa droga era tuya era mucho más fácil. No has tocado un porro en tu vida, no has hecho más que sacrificarte por tu familia. Sigues cuidando a Toni desde aquí. ¿Y aún te atreves a decir que somos culpables? ¿Que merecemos todo esto?

—¡Por Dios, Azahara, no he dicho eso! —Esmeralda le dio un golpe en los hombros, lo que la echó para atrás. Mis manos fueron directamente a ella para separarlas, pero el empujón no movió a Azahara. La gitana ignoró mi mano y siguió mirándola—. Una cosa es ser mala persona y otra muy distinta es ser culpable, pero no puedes ir por ahí diciendo que aquí somos todos unos santos. Yo cometí un error: debí haber criado a mi hijo mejor. Debí reñirle cuando tocaba y haberle metido una hostia la primera vez que llegó a casa con droga. Soy tan culpable como tú, Azahara.

—No, Esme, no. —La chica tenía los ojos cargados de lágrimas, por mucho que se contuviera para no llorar—. Debiste haber nacido en otro barrio. Debiste haber elegido a sus amigos por él. Debiste haberle hecho crecer de otra manera, haber tenido otros recursos. ¿No lo ves? No elegiste esa vida. Ni tú ni él. No os dieron otra opción.

—¡Basta ya, las dos! —Gabriela se interpuso entre ambas con los brazos extendidos—. ¿Os estáis oyendo? Da igual cuánto tiempo os paséis hablando del mismo tema, nada va a cambiar: acabaréis chillándoos la una a la otra y luego volveremos todas a nuestros chabolos a que nos chapen. Da igual la culpa o el puñetero delito. Estamos aquí y punto, no hay nada más que hacer. —Dejó caer los brazos y fue pasando la mirada de Azahara a Esmeralda, que habían destensado los hombros, aunque seguían las dos con los labios fruncidos—. Además, parece que se os ha olvidado que tenemos a la profe aquí delante.

Me miró con una pequeña sonrisa ladeada. Gabi parecía ser la única

consciente de cómo toda aquella conversación me estaba afectando. Azahara se abrazó los codos y apartó la mirada; Esmeralda dio un paso atrás, avergonzada.

—Tienes razón —convino, levantando la mirada hacia mí como una niña pequeña a la que acaban de pillar con las manos llenas de barro—. Lo siento, Leire. No tendrías que haber escuchado nada de esto.

Negué con la cabeza, sin saber qué responder. Tampoco hizo falta. Gabriela suspiró y dio una palmada antes de engancharse al brazo de Azahara.

—Está bien —dijo—. Vamos ya al módulo, ¿no? Sólo falta que nos chapen por llegar tarde.

Fue la primera en emprender la marcha, arrastrando a Azahara tras ella. Las tres fueron directas al módulo como corderos al matadero. Y, aunque el pasillo estaba vacío y nosotras en silencio, en mi mente estaba teniendo lugar un debate a gritos.

No podía caminar fingiendo que no había escuchado nada. No podía volver a mirar a Marina o a Esmeralda sin ver sus delitos marcados en sus frentes. Tampoco podía creerlas; los funcionarios nos habían dejado claro desde el principio que los presos eran los reyes del engaño. Pero al mismo tiempo me costaba aceptar que tanto dolor fuera fingido.

No podía dejar de escuchar las palabras de Esmeralda: «Soy tan culpable como tú».

Esmeralda y Gabriela cruzaron las puertas del módulo. Azahara se quedó atrás, a mi lado.

—Azahara, van a decirte algo si llegas tarde —le avisé, rompiendo el silencio que habíamos mantenido desde la intervención de Gabriela.

—Quería disculparme por lo que has escuchado antes. No está siendo un buen día. —Se frotó los ojos y evitó los míos—. Hoy..., hoy se han llevado a Beth con mi marido. Y yo no quería. Que se fuera con él, me refiero.

Arqueé una ceja.

—¿Por qué?

—Él... —Negó con la cabeza y se mordió la lengua, como si quisiera evitar

seguir hablando. Como si sólo pensarlo le doliera—. No lo entiendes... Beth no puede crecer así. No sin mí.

—Beth lleva demasiado tiempo creciendo en la cárcel, Azahara. Estoy segura de que cualquier opción es mejor que esa.

—¿De verdad estás tan segura? ¿Qué crees que te dirían todos los reincidentes que buscan aquí un refugio? No es todo tan fácil. —Apretó los labios—. Yo... No sé, Leire. Beth se ha ido y cada vez estoy más convencida de que ella era lo único que me mantenía viva.

—Aza...

Sacudió la cabeza.

—Olvídalo. —Me dio un rápido abrazo y, como si mi piel ardiera, tardó dos segundos en erguirse y dar un paso atrás, lejos de mí. El gesto me dejó con el vello erizado y las mejillas rojas como cerillas—. Está bien. Nos vemos mañana.

Asentí y di media vuelta sobre mis talones para regresar con mis compañeros, todavía con el calor del abrazo de Azahara sobre los hombros.

No llegué a dar dos pasos antes de que su voz me interrumpiera de nuevo:

—¡Leire, espera! Ah, joder. —La puerta abarrotada del módulo se cerró frente a ella, obligándole a retroceder. En cuanto se detuvo con un sonoro cloc, se agarró a los barrotes para mirarme más de cerca—. Quería saber... —Titubeó—. Quería saber qué era lo que pensabas antes, cuando Esme y yo hemos discutido. ¿Tú también crees que somos malas personas?

Abrí y cerré los labios un par de veces antes de hablar, sin saber bien cuál iba a ser mi respuesta. De hecho, no lo supe hasta que escuché mi propia voz.

Fue como vivir aquel momento en tercera persona.

—No lo sé. —Noté cómo el rostro de Azahara se desfiguraba. No obstante, no me detuve—. Siempre pensé que los pares opuestos eran un hecho, ¿entiendes? Que el amor era lo contrario al odio y el bien el opuesto del mal. Que algo era bueno o malo, claro u oscuro. Pero creo..., creo que siempre pensé así porque es mucho más fácil ver el mundo en blanco y negro que lidiar con la verdad, que es siempre más compleja. —Azahara se relajó, pero siguió con la

duda en sus ojos. No la culpaba; yo también seguía dudando—. No creo que haya nada que sea el contrario exacto del amor, Aza. Y tampoco creo que las personas sean o buenas o malas. Las cosas serían demasiado fáciles de ser así.

Agachó la cabeza y separó las manos de los barrotes. Una funcionaria salió de la garita y fue directa hacia la puerta, con el ceño fruncido y una mano sobre la porra que colgaba de su cintura.

—Y no lo son —murmuró Azahara justo antes de que se la llevaran.



Nina

Aún intentaba deshacerme de toda la heroína que invadía mi cuerpo, pero no quería. No podía más. El mono había empezado dos días antes, encerrada en la celda, y ningún arañazo o grito había bastado para calmarlo. Todavía tenía la piel de gallina y notaba el martilleo de mis latidos en las sienes, que me recordaba todo lo que fallaba.

Estaba rota. No podía vivir con ella, no podía vivir sin ella. No quería vivir sin ella.

Tendría que dar gracias por aún conservar la memoria y no ser simplemente una muñeca vacía. Así podía recordar cada sacudida, cada vómito, cada herida que la heroína me había provocado. Todo ese dolor. Toda esa mierda. Tenía que huir de ella, pero la alternativa no era mucho mejor.

Vomitó detrás de una de las macetas del vestíbulo y me quedé ahí, temblando, tratando de callar mis latidos. ¿Por qué lloraba? Joder, no estaba triste. Estaba desesperada. Necesitaba sacar todo lo que me dolía —todavía no sabía si hablaba de la droga o de su ausencia—, y quizá las lágrimas eran otra forma de conseguirlo.

Aunque llorar nunca aliviaba nada. Y cortarse tampoco. Mi cabeza daba vueltas y vueltas a lo mismo, como una estúpida pelota que cae una y otra vez en

la misma ranura. Sólo pensaba en cuatro cosas: el dolor mudo en mi abdomen, la velocidad con la que respiraba, la heroína, Lucio, la heroína, la heroína, la heroína, Lucio, la heroína. Joder.

Recordar ayudaba un poco. Me hacía sentir asco y vergüenza de mí misma: igual que lo que debió sentir Lucio la última vez que me vio. Había memorizado la forma en la que me agarraba del pelo cuando vomitaba, la manera en la que mis manos subían por su camisa, desabrochándole los botones, y mis labios se entreabrían para rogarle más droga. Quería recordar cada puta palabra que solté en los momentos de ira. A él, a Silvia, a todo el que se me acercara. Quería grabar cada segundo en mi mente. Cada chantaje, cada insulto.

«Te gusta verme sufrir, ¿verdad, Lucio? Quieres que te suplique, quieres que sea sólo tuya. Adoras verme desesperada. Deja de castigarme. Ayúdame, joder. Ayúdame. Vámonos. Huyamos. Dame los putos polvos».

No quería ser esa persona nunca más. Esa fue la razón por la que Lucio me dio la espalda en cuanto llegó la policía, la razón por la que dejó de esperarme en la calle. Me había dejado sola y, en aquel instante, pensé que la droga era lo único que me quedaba. Lo único que me ayudaba a pasar las horas.

Tardé demasiado tiempo en darme cuenta de que me las restaba. Y ahora tenía que pagar su precio.

No podía aguantar *más*.

Dos días. Sólo habían pasado dos putos días.

Me levanté abruptamente en cuanto oí el sonido de la puerta corredera, pero las rodillas me cedieron. Ahogué un grito. Mi cuerpo se sentía pequeño, débil, torpe. No tenía fuerzas ni para mantenerme en pie.

Pero no iba a esconderme más. No tenía razones. Me habían dado permiso para visitar el economato, y eso es lo que iba a hacer: ir al puto economato del módulo 18. Una parte de mí se preparaba para huir, para salir disparada a algún sitio donde la voz se callara y me dejaran pudrirme en paz. La otra aún era tan ilusa como para creer que en la enfermería realmente me estaban curando. El mono de la metadona nunca fue mejor que esto.

La puerta del pasillo se abrió del todo y yo no hice nada.

Una de las voluntarias de la escuela de verano cruzó el vestíbulo con el rostro y el escote acalorados. Se paró en medio del área, justo delante de una bifurcación, y aprovechó para recogerse el pelo en un moño alto. No me había visto, pero yo no tardé en reconocerla.

Mierda.

Mierda, joder, ¿tenía que ser ella?

Se me hizo un nudo en el estómago, pero ya era tarde para marcharme. De todas formas, no era yo quien estaba en el lugar equivocado. No era yo quien tenía que huir.

Leire pegó un brinco en cuanto di el primer paso hacia delante.

—Dios, qué susto me has... —La mano que se había llevado al pecho se fue deslizando por su cuerpo al verme—. Ana.

No fue un saludo. Fue una especie de confirmación, como si quisiera asegurarse de que no estaba alucinando. Ojalá. Ojalá pudiera desaparecer con la misma facilidad con la que desaparecí de su vida, ojalá pudiera saciar la sed de heroína con un chasqueo de dedos. «Quiero dejar de ser, quiero irme, quiero que me deje en paz».

—No me llames así —espeté. Apreté los puños para intentar controlar los temblores y miré en dirección contraria.

—¡Espera! Por favor, no te vayas. Ana..., yo... necesito hablar contigo.

Y yo necesitaba droga. Necesitaba dinero. Necesitaba una vida que nunca iba a tener, así que Leire podía ir acostumbrándose a no conseguir lo que supuestamente necesitaba.

—¿Has olvidado ya lo que dije la última vez que nos vimos? Que me dejaras en paz. Que te largaras.

«Que iba a matarte».

Lo peor fue recordar que de verdad lo pensé. Que en aquel momento fue todo lo que se me ocurrió, que el rostro angelical de la pequeña Ricitos de Oro me pareció una broma de muy mal gusto, una manera de recordarme lo bajo que

había caído. No quería que nadie me buscara, que nadie me reconociera, que nadie me viera.

—Esa no eras tú.

—No tienes ni idea de quién soy, Leire. Deja de intentarlo.

Deja de mirarme.

Deja de buscarme.

Déjame.

En.

Paz.

Cuando di el primer paso hacia la puerta, deshaciendo todo el camino que había recorrido hasta entonces, su mano rodeó mi brazo, tan delgado que sus dedos podían rozarse. Temblaba tanto que por un momento se lo contagié.

—Escúchame, ¿vale? Sólo dos minutos.

Me zafé de su brazo, pero no me moví.

—¿Has venido hasta aquí para buscarme?

—No, tengo que ir al módulo a recoger a unas internas y...

—No digo ahora. A la cárcel. ¿Has entrado para buscarme?

Ella se mordió el labio.

—No..., no exactamente. Es complicado. Necesitaba entrar y necesitaba verte.

Otra vez ese estúpido «necesitaba». Leire tenía que poner en orden sus prioridades.

—Pues ya me has visto. Ahora déjame en paz.

Pero su mano agarró mi muñeca. Los temblores se intensificaron y se extendieron de mi estómago a todo mi cuerpo. Tenía la garganta seca, la mente saturada por una única palabra: heroína, heroína, heroína. La voz de Leire chirrió como si estuviera arañando una pizarra:

—Quería pedirte perdón —dijo. Como si eso solucionara algo. Como si eso cambiara algo—. Quería verte y decirte que estoy aquí, contigo, no sólo al otro lado de los muros. Quería compensar de alguna forma todo lo que..., todo lo que

no vi. Lo que no hice.

Miraba al suelo y se azotaba con una goma de pelo que llevaba en la muñeca. Igual que siempre que le tocaba salir a presentar algo en clase, igual que todos las noches en su casa, con pijamas que nos venían grandes y gofres de chocolate para cenar, en las que nos confesábamos los secretos que habíamos guardado durante meses como si fueran tesoros. Seguía actuando igual que si fuéramos las niñas de siempre. Quizás ella tuviera la suerte de serlo.

—¿Por qué miras al suelo? —le dijo la Ana de diez años con restos de chocolate en las comisuras—. Te estoy hablando, Lorelei.

—No me hables así o empezaré a llamarte Ana María. Ana Mari. Ani Mari...

Intentaba sonar amenazante, pero se le escapaba la risa.

—¡Vale, vale, lo he pillado! Pero ¿ves? Ahora sí me miras. ¿Por qué?

—Es más fácil contar secretos cuando crees que nadie te escucha —murmuró. Cogió la goma de su muñeca y empezó a tirar de ella, pegándose pequeños latigazos.

—Pero soy tu amiga, Lei. Tu *mejor* amiga. —Hice tintinear el absurdo colgante que compartíamos por aquellas fechas, el que no tardó en perderse por alguna tubería—. No se lo contaré a nadie, prometido. Y a cambio de tu secreto, yo te contaré uno mío, ¿vale?

—Entonces ya no serán secretos.

—Bueno, pero ya no molestarán tanto. Además, ¿qué gracia tiene un secreto si no lo sabe nadie? Eso es muy aburrido. Y tú no eres aburrida, Lorelei.

Me lanzó una mirada asesina al escuchar ese mote.

—Vale, vale. Pero será un secreto de mejores amigas, ¿me lo prometes? —Estiró el dedo meñique hacia mí—. Promételo, Ana.

—Prometido. —Enlacé su dedo con el mío—. Eh, pero ahora me miras, ¿vale?

—Vale. —Cogió aire, dejando que los tirabuzones que escapaban de sus coletas se deslizaran por sus hombros—. ¿Recuerdas la célula de plastilina que

tuvimos que hacer para ciencias? Esa en la que la profe me puso un diez. Bueno, pues... no la hice yo. Dani rompió la mía, así que mamá me prometió que me haría una nueva para que no me suspendiera.

Puse los ojos en blanco.

—¿Y tan malo ha sido decirlo?

Las mejillas de Leire se volvieron del tono rosa de su pijama. Me dio un empujón con ambas manos, lo que hizo que me tambaleara sobre mi cojín.

—¡Va, venga, te toca a ti!

—Vale, voy, voy. —Me erguí y la miré a los ojos. A las pupilas, al negro que reflejaba mi imagen, mi sonrisa torcida, mi falsa valentía. Sólo era una niña, pero sabía que había secretos que pesaban mucho más que otros. Por eso soltarlo fue como librarse de una pequeña gran carga. Demasiado pequeña aún—. Mi madre se ha ido de casa. Hace unos meses, en realidad, pero era aburrido que sólo lo supiéramos papá y yo. Él me ha dicho que mamá no va a volver, que está lejos, muy lejos. —Seguí contemplando sus ojos, seguí sonriendo, como si así consiguiera contener las lágrimas. Pero tenía diez años. Tenía diez años y llevaba demasiado sin saber lo que era una familia—. Ya la echo de menos, Lei.

Aquella noche aprendí que parecías un poco más fuerte que tus problemas cuando eras capaz de contarlos mirando a los ojos a otro. Porque significaba que no escondías nada. Que tú eras la víctima, no la culpable. No tenías nada que temer, no tenías culpa ni remordimientos; sólo dolor. *Sólo*.

Pero Leire siempre miraba al suelo porque no podía decir lo mismo de ella. Aún ahora, casi nueve años después.

«Bien. Cuéntame tu secreto, Lei», pensé.

—Querías pedirme perdón —repetí, intentando no reírme. Era absurdo. Era estúpido—. No te engañes así, anda. Siempre te ha gustado vestirme de santa e ir por ahí curando a los demás como si fueras su salvadora. Por eso has venido: para alimentar tu querida autoestima y tu querido ego, para convencerte de que una vez me digas esto ya no tienes culpa de nada.

El rostro de Leire se volvió blanco como la cera. Me di media vuelta otra

vez, decidida a marcharme. No quería recordar nada más. Ya no era Ana, y ella seguía siendo la misma Leire con el halo sobre la cabeza que creía que su misión en el mundo era iluminar el camino de los demás. Todos la adoraban, la admiraban, la querían. Ella siempre lo había tenido fácil.

No quería saber nada más de ella.

—¡Ana! —Me sujetó el brazo, obligándome a mirarla—. Ana, no, escucha...

«Cállate, cállate, ¡cállate!».

—¡No, escúchame tú! —Aparté su mano con un movimiento brusco del hombro—. ¿Quieres salvarme? ¿Eso te hará sentir mejor? Bien, pues vuelve atrás, a cuando yo tenía trece años, a cuando mientras tú llorabas porque un tío te había roto el corazón, yo tenía que ver cómo mi padre se pinchaba cada puta noche. Vuelve atrás, al día que él me convenció de que podría ayudar a mi familia si me vendía, si aprendía a negociar. ¿Sabes lo que les hacían a las niñas como yo, las nuevas que aún eran vírgenes? Mientras tú conocías gente que te adoraba, mientras tu círculo de amiguitas crecía y pasabas de curso, a mí me tuvieron encerrada un día entero en una caravana asquerosa con desconocidos follándome uno detrás de otro. Porque así dejaría de tenerle miedo al sexo. Porque así, si empezaba de joven, trabajaría más. Porque a los tíos les gusta que sepas moverte. Y mientras tú te olvidabas de todo, mientras pasabas tus noches estudiando, yo intentaba olvidarme de mi asquerosa vida a base de consumir. Un porro detrás de otro, una y otra vez, todas las putas noches, porque cuando estaba colocada las sesiones dolían menos.

Una pausa para coger aire. Para que el dolor no me matara, para ver cómo su rostro entero se deformaba. No le di tiempo a reaccionar.

—Y cuando mi padre dejó de necesitarme —seguí—, fui yo la que tuve que buscarme la puta vida para conseguir más droga, tuve que venderme más, follar más, consumir más. A mi padre le pilló la pasma, me marché, encontré un tío que me prometió que cuidaría de mí. Sólo me utilizó, pero me daba igual. Estaba más segura con él que en el centro de menores. Hasta que él también me dio la

espalda. —Cogí aire, con los puños apretados y la mirada clavada en los ojos de Leire. Ahora sí miraba. Ahora que no había forma de esconderse—. Y entonces apareces tú, como si nada, ¿y todavía piensas que puedes salvarme? ¿Tan importante te crees como para pensar que *tu* perdón lo arregla todo?

Me había vuelto una experta en las risas que sólo dolían.

Si guardara más recuerdos de todos los años que compartimos juntas, seguro que podría rescatar una imagen de Leire petrificada tal y como se encontraba ahora: con los labios apretados, los ojos llorosos, aguantando las lágrimas, y la mano en el pecho. Normalmente rompía a llorar y se apartaba para que nadie la viera. O bajaba la mirada. Se escondía.

—Tienes razón. —No esperaba esa respuesta—. Tienes razón —repitió—. No..., no tenía ni idea de todo por lo que has pasado. Pero me enteré de que estabas en la cárcel y me sentí tan... —Sacudió la cabeza—. No, culpable no es la palabra. Quise sentirme culpable porque así tendría una manera de acabar con lo que sentía. Era fácil: entraba y te pedía perdón, como si yo te hubiera metido aquí dentro. Era una manera de mirar los errores del otro y no los míos. Si pensaba en encontrarte, no pensaba en..., en la cárcel. En estar aquí. En quedarme aquí.

Arqué una ceja. No entendí a qué se estaba refiriendo. ¿No se suponía que era una *voluntaria*? ¿No se suponía que quería entrar en la cárcel desde un primer momento? Para pedirme perdón, en teoría.

O para intentar mitigar la culpa.

Leire dejó de mirarme y se pasó una mano por los ojos. Aún contenía las lágrimas.

—Quiero que sepas que de verdad quiero ayudarte. De verdad..., de verdad siento todo lo que has pasado. Siento haberte abandonado, siento no haber hecho nada cuando pude...

—Leire, para. —Puse los ojos en blanco. No quería que empezara a rumiar; no cambiaría nada—. Teníamos trece años. No podías hacer nada.

—¿Y ahora? —Dio un paso hacia delante, sin darse cuenta de que su

cercanía sólo hacía que me agobiara más—. Sé que no has podido entrar en la escuela de verano, pero quiero ayudarte. No sé cómo, pero... —Cogió mi mano, que se veía demasiado delgada y amarillenta entre las suyas—. Una vez prometí estar ahí para ti. Me da igual la edad que tuviéramos, Ana. Quiero estar a tiempo de arreglarlo.

«Ya no soy *Ana*», pensé. Sentí el corazón taladrándome el pecho, palpitando en mis sienes. Sólo quería que me dejara en paz. Que se marchase para que se fueran con ella todos los recuerdos de la vida fácil que pude haber tenido pero nunca tuve. No quería ver en ella todo lo que podía haber sido. No quería su compasión.

Aunque quizás aún podía serme útil.

—¿Quieres ayudarme? —pregunté. Ella asintió.

—Como sea.

—Genial. —Sonreí y me acerqué a su oído—. Escúchame bien, ¿vale? —Noté que la respiración se le cortaba de golpe cuando mis uñas se clavaron en su brazo. No quería que huyera. No todavía—. Necesito heroína, Leire. —Quise sonar segura, pero era inútil. Era una súplica. Era mi última oportunidad—. Sólo unos pocos gramos, sólo un poquito. La puedes conseguir en el puerto de Ordana de un tío llamado el Rata, y esconderla en la suela de tus zapatos cuando entres porque a ti no te cachean, a ti no te dirán nada y, joder, necesito la puta droga, necesito que todo esto pare...

Mis uñas se hundieron un poco más en su piel.

—Ana, yo no...

—¡Joder! —grité, acercándome a ella en cuanto se empezó a alejar—. No lo entiendes. Este dolor no se irá nunca, y tiene que parar... ¿No querías hacer algo por mí? ¿No querías ayudarme? Pues haz que pare. —Le solté los brazos para llevarme las manos a las sienes—. Sólo pido un poco, unos gramos...

Dos putos días.

Había conseguido bajar la fiebre, y los brotes de sudor eran cada vez menos, pero debajo de todos esos síntomas, esa horrible sed seguía latente. Cuando me

sentía mejor, cuando me portaba como una señorita y sonreía a los funcionarios, cuando veía la televisión en el chabolo y todos pensaba que estaba bien, la sed seguía ahí, arañando cada uno de mis nervios. Cada minuto. Cada segundo. Cada latido gritaba por un poco más de droga.

—No puedes pedirme eso. No puedo... —Leire titubeó y se alejó con una zancada, pero conseguí frenarla a tiempo.

—Me basta con un porro. Tienes que tener algo por ahí, ¿no? Ahora se ha puesto muy de moda, y estoy segura de que tus nuevos amigos también fuman para pasar el tiempo, ¿verdad? ¿Tienes algo? Cannabis, hierba, maría, caballo...

Ella sacudió la cabeza.

—No tengo nada. —Se detuvo un segundo con los labios abiertos, como si fuera a añadir algo más pero no se atreviera a decirlo—. Y es lo mejor, Ana, y lo sabes. No sobrevivirás a la droga con más droga. Voy..., voy a llamar a un funcionario si no vuelves a tu módulo.

Tuvo el valor de mirarme a los ojos mientras me hablaba, incluso cuando la voz empezó a temblarle. Vaya, la chica tímida tenía valor. Aunque ahora le faltaban cojones para ayudarme.

Sólo se preocupaba por ella. Como siempre. Se vestía de santa porque no soportaba verse desnuda.

La solté y di un paso atrás.

—No hará falta. Y tienes razón, esto..., esto es lo mejor para mí.

Yo sonreí. Ella sonrió.

La sed quiso que le arrancara la piel a tiras.



Leire

Nada había cambiado.

No había desaparecido la culpa sobre mis hombros. No me sentía más ligera, no sentía absolutamente nada. Las palabras de Ana —de *Nina*, me corregí — me habían resultado tan duras que me costaba creerlas. La creía a ella, pero el mundo que describía todavía me parecía ficticio. Las drogas, la soledad, la cárcel... Todos eran términos con los que no había tenido que encontrarme cara a cara hasta ahora.

Como la rabia. La culpa. El miedo.

Presa.

Nada había cambiado porque hacía tiempo que Ana había dejado de ser la Ana a la que podía pedirle perdón. Igual que hacía meses que yo dejé de ser la Leire que ella describía.

Su última petición —la heroína— había sido la señal que necesitaba para asegurarme de que no podía ayudar a quien no quería ser ayudado. De que la niña que recordaba había sido asesinada a manos de la droga mucho antes de su

primera calada. Podía intentar hablar con ella las veces que hiciera falta y no serviría de nada. No quería sanar.

Sacudí la cabeza; no quería cargar con más piedras a la espalda.

—Bailarina, ¿vienes a darnos otra clase? —dijo Esmeralda al verme entrar. Apareció en las escaleras del módulo con un bebé pegado a su pecho y apoyado en su cintura. Compartían el mismo tono de piel y los mismos rizos oscuros, así que no me costó adivinar que se trataba de su hijo.

—Antes quiero una demostración de los *plié* y *relevé* que os enseñé la última vez.

Esmeralda soltó una carcajada y empezó a bajar los primeros escalones.

—Dame música y te bailo lo que quieras, guapa.

—¿No deberías estar en la escuela?

—Es miércoles por la tarde —respondió, como si eso lo explicara todo. Aupó al niño, que me miraba con ojos saltones y un dedo en la boca—. Y los miércoles por la tarde me toca estar en la panadería.

—Hace quince minutos de eso, Esmeralda —dijo don Pedro a mi espalda, cruzado de brazos y con la camisa lo más arremangada posible. Ni siquiera le había oído llegar.

—Bueno, señor, yo no elijo cuándo se duerme el crío, ¡ojalá! —Alzó los ojos hasta el techo.

—Sabes que los retrasos penalizan, ¿verdad? —siguió el funcionario, que se colocó a mi lado—. Vete antes de que empiecen a echarte de menos. La guardería sigue abierta.

—Voy, voy. —Esmeralda sujetó al niño con una mano, la barandilla con otra, y bajó las escaleras con cuidado—. Leire, si te traigo algo bueno de la cocina, ¿me enseñarías algún paso especial?

—Depende. ¿Eso no sería chantaje?

—Venga, Esmeralda, no distraigas más a la señorita. —Don Pedro le hizo gestos con la mano como si fuese un controlador de aeropuerto, y la mujer aceleró el paso y se despidió con una última carcajada.

Mi mente se fue con ella. Y con el niño que aún mantenía entre sus brazos. No había visto a Azahara en la escuela aquella mañana y por la tarde apenas había tenido tiempo de saludar a los internos antes de ir en busca de los que faltaban. La última vez que conversamos, separadas por los mismos barrotes que ahora quedaban a mi espalda, me había hablado de su hija.

Beth.

Era otra herida que no me correspondía curar. Una herida en pieles ajenas, pero que aun así me dolía. Odiaba *sentir* tanto. Durante los últimos meses, sentir había sido lo que me había encadenado, y en los próximos meses, sentir podía ser lo que me matara. Sentir el dolor de otros no hacía que el mío doliera menos.

Y al final de cada día, cuando cerraba los ojos, me tocaba enfrentarme a él. Siempre sola.

No me extrañaba que Ana hubiera buscado refugio en la droga. Pero no quería acabar como ella. Necesitaba sentir que podía hacer algo, que podía cambiar algo, que podía ayudar. Si no era a mí, al menos a otros. A alguien.

Quería hacer algo que me ayudara a creer que no merecía esto.

—¿Leire? —Cuando me quise dar cuenta, tenía la cara del funcionario a dos palmos de distancia. Me observaba con una ceja arqueada—. ¿Me has oído?

—Perdone, ¿decía?

—¿Querías algo?

—Ah, sí. Esto... —Una idea me cruzó la mente, rápida como un relámpago. Igual de peligrosa. Igual de eléctrica— Necesito pedirle un favor.



Leire

—Lei, eres la peor pinche de cocina del mundo.

Helena azotó el trapo contra mi brazo mientras su otra mano todavía seguía en el mango de la sartén. Aparté la mirada de la pantalla del móvil. Por más que lo mirara, no iba a sonar, y menos a esas horas.

—Perdona, ya me pongo.

—Todo el día pegada al teléfono... —Helena me dio la espalda y se volvió de nuevo hacia la sartén—. ¿Has oído lo que acabo de decir? Parezco mi madre. Me has obligado a sacar a mi adulto interior y no me gusta.

Me coloqué a su lado y me llevé las manos al pelo para recogerlo en un moño rápido, como cada vez que improvisaba un ensayo de ballet. Tanto Helen como yo nos obligamos a levantar la voz para hacernos oír por encima del chispear del aceite hirviendo.

—Helen, estamos haciendo cena para quince. Definitivamente somos adultas.

—¿*Estamos*? —Me lanzó una mirada asesina que hubiera hecho sentir

orgullosa a mi madre.

—¡Que ya voy! ¿Bato más huevos?

—Por favor.

Más de la mitad de la cocina de la parroquia estaba ocupada por las cajas de alimentos destinadas al comedor social, así que la movilidad era limitada. El techo era bajo, la luz tenue, y sólo contábamos con dos fuegos a gas y dos sartenes para hacer las quince tortillas que pretendíamos cenarnos esa noche. En cuanto acabé de batir los huevos, empecé a cortar tomates para preparar la ensalada.

Creía que mantenerme ocupada me ayudaría a despejar la mente. Sólo tenía que evitar el móvil, evitar pensar en don Pedro, evitar cualquier pregunta que tuviera que ver con la cárcel, y centrarme en el sonido del cuchillo golpeando contra la madera. En el olor del aceite inundando la cocina. En el calor que emanaba del fuego. En lo frías que tenía las manos.

Pero, quisiera o no, mi cabeza volvía siempre al mismo tema.

—Aquí ya tenemos dos más —anunció Helena, volcando las tortillas en sendos platos. Se apartó el sudor de la frente y se volvió hacia mí—. ¿Lei? ¿Todo bien?

Y así, con una simple pregunta, Helena rompió todas mis defensas. Ni siquiera me molesté en inventarme una excusa.

—He encontrado a Ana.

Seguí cortando el tomate, sin alzar la vista.

—¿Qué? ¿Ana? ¿Ana Morales, la del cole?

—¿Conoces a otra Ana en la cárcel?

—Preferiría no conocer a ninguna. —Se limpió las manos en el delantal y se acercó a mí. Las siguientes tortillas estaban en el fuego.

—Ahora la llaman Nina. ¿Te suena? Hablamos de ella en una reunión.

Si no fuera por el rubor que tenía a causa del calor, el rostro de Helena hubiera palidecido por completo.

—No jodas.

—Helen, se te está pegando una tortilla.

—¡No me cambies de tema! —dijo, pero no pudo evitar fijar la vista en la sartén. Se volvió hacia el fuego con un resoplido de indignación—. Entonces, ¿cómo la viste? ¿Está..., está bien?

—Claro que no. Está hecha mierda.

Ella chasqueó la lengua.

—¿Y tú? —Bajó la intensidad del fuego para no tener que alzar la voz—. ¿Estás bien? Sé que querías encontrarla, pero... no sé qué esperabas. Está en la cárcel, Lei.

Me obligué a centrarme en preparar la ensalada como si mi vida dependiera de ello. Sabía que si miraba a los ojos a mi amiga, aunque fuera sólo un segundo, me derrumbaría. Ya oía la pena en su voz; no quería verla también en su rostro.

—En el fondo esperaba encontrarla entera, supongo. Fuerte —murmuré—. Esperaba que me dijera que no todo es tan horrible como lo pintan desde fuera. Pero tenías razón, no le sentó bien que fuera a verla. Ni siquiera quería que la llamara Ana, es como si..., es como si fuera una persona totalmente distinta. Lo es, de hecho. No tienes ni idea de todo lo que ha pasado, Helena. De verdad. Y mientras yo... Joder. —Me llevé el puño a los labios, como si así pudiera contener el llanto.

Helena apagó los fuegos, dejó a un lado la cocina y me abrazó desde detrás.

—Llora, Lei, tranquila. No puedes ponerme la excusa de la cebolla ahora. —Consiguió sacarme una pequeña sonrisa. Me plantó un fugaz beso en la mejilla—. Pero hazme un favor y no te tortures por lo que le ha tocado vivir, ¿vale? No ha sido culpa tuya.

—Si no me hubiera alejado, si no la hubiera dejado sola...

—Lei, para. No sabes cómo habrían acabado las cosas. No te tortures, ¿vale? ¿Acaso estaba enfadada?

Me costaba recordar con exactitud todo lo que había dicho Nina en nuestro último encuentro. Nina no, Ana. Ana. *Ana*. Quería creer que Ana seguía ahí dentro, en alguna parte.

—No... No por eso, al menos. Pero no quería verme. Me dijo que me marchara. —«Que iba a matarme», recordé, pero no quise asustar a Helena—. Tendría que haberle hecho caso, Helen, tendría que haberla dejado en paz.

Me apartó una lágrima con cuidado.

—¿Por qué? —murmuró.

—Porque así ahora no me vería reflejada en ella.

Mi respuesta hizo que retrocediera un paso con una ceja levantada.

—Leire..., tienes que dejar de huir.

Sus palabras me atravesaron como si fueran estacas. Estaba hablando sin pensar, sin ser consciente de lo que decía, y, sin embargo, Helena era capaz de ver el miedo y el significado detrás de cada frase. De cada palabra y de cada lágrima.

De ser Alicia o Juanjo, su primera reacción hubiera sido reírse. «Sólo os parecéis en el blanco de los ojos», dirían, y le quitarían importancia con un movimiento de mano. «Tiene casi tu edad, vale, y la conociste de niña, pero ya está».

Ya está.

Sin embargo, Helena veía más allá. Veía a Ana como la chica del futuro perdido, la chica que prometía llegar lejos y acabó en la cárcel sin elegirlo. Hay presos que toman el camino equivocado a consciencia. Que empuñan el arma, rompen los cristales, activan la bomba.

Otros sólo se pierden.

«¿Tú también crees que somos malas personas?», me había preguntado Azahara.

No. Eso era lo peor: no lo eran.

Había huido de la verdad a pesar de verla en cada esquina, en cada chiste de Esmeralda, en cada mirada de Gabriela, en cada sonrisa de Azahara. Sólo aceptándola empezaría a sanar.

Pero...

—¿Cómo?

Fue sólo un susurro. Helena suspiró y volvió a frotarse las manos contra el delantal.

—Dilo. Cuéntalo —me animó. A lo lejos, a través de la ventana de la cocina, se oía a Miguel tocando la guitarra en el patio, acompañado de la risa y la voz de los demás compañeros—. Cometiste un error, ¿y qué? Todos cometemos errores. Podría haber sido cualquiera.

Pero había sido yo.

—No fue *sólo* un error. Un error es confundir la sal y el azúcar, no..., no lo que hice.

—¿Ves? Ni te atreves a decirlo. Estás huyendo, Leire, y con eso sólo consigues hacerte más daño. —Las palabras de Helena no eran un escarmiento; desbordaban ternura. Se apoyó en la única encimera libre y se cruzó de brazos con un suspiro—. Ya sabes..., está bien que pienses en ti de una vez. Estás en la mierda, vale, lo acepto; todos estaremos en la mierda tarde o temprano. Pero lo que intento decirte es que... no te quedes estancada. Perdonarte por lo que hiciste no significa que estés de acuerdo con lo que hiciste. Y, joder, Leire, eres mucho más y serás mucho más que todo lo que te ha pasado. Igual que Ana. —Suspiró de nuevo, bajando la mirada a sus pies—. Quiero que estés mejor. Que poco a poco estés mejor...

—Estoy mejor. —Mi respuesta fue automática, pero la mentira que la envolvía se sentía a kilómetros—. Llevo más de un mes sin beber. Ni una mísera cerveza, ¿recuerdas? Estoy mejor.

—Estás cagada.

—Bueno, perdona si ir a la cárcel me da miedo, Helen.

—No se trata de eso. Ni tú ni yo sabemos lo que puede pasar de aquí a unos meses, así que no te comas el coco dándole vueltas a lo mismo. Estoy segura de que mantenerte callada y fingir que todo está bien delante de *todos* —señaló la cocina con los brazos abiertos, como si quisiera abarcar a los voluntarios— te está haciendo mucho más daño *ahora* que lo que pueda venir luego. Suéltalo de una vez, Lei.

—No puedo...

—Prueba conmigo.

—¿Qué?

—Inténtalo. Me da igual saberlo ya, quiero que lo cuentes todo otra vez. Lo que pasó, lo que sentiste, lo que sientes ahora. Todo. —No estaba segura de poder hacerlo. Helena estiró un brazo y envolvió mi mano entre las suyas, deshaciendo un poco la angustia—. Sé como un libro abierto, aunque no tenga sentido lo que digas. Habla, sin más. Y estoy segura de que luego te sentirás mucho mejor. Yo me quedaré aquí escuchando. No hablaré ni diré nada, prometido. Sólo escucharé.

¿Sólo? ¿De verdad había alguien que sería capaz de escuchar sin juzgarme? Helena estuvo aquella noche conmigo, sabía todo lo que había pasado. Si hablaba, quizá descubriría que sus recuerdos siempre fueron más inocentes que la verdad. Viendo cómo me trataba, no me sorprendería.

Pero quizás era el paso que necesitaba dar para deshacerme de la sombra que me oprimía el pecho.

Aquella noche, Helena se sumó a mi pequeño insomnio. La oí revolverse entre las sábanas, ahuyentando el rumiado que invadía mi cabeza.

—Espero que encuentres una forma de perdonarte, de verdad —murmuró—. Yo no puedo hacerlo por ti. Lo sabes, ¿verdad?

Mi voz sonó rota.

—Lo sé.



Nina

Vivir era aburrido. Pensar cansaba. Había soñado con acabar con mi vida innumerables veces, pero sería demasiado fácil. Y sin duda lo que me esperaba al otro lado sería todavía mucho más aburrido. Tenía que aguantar para vengarme algún día de Lucio —o lanzarme a sus brazos como una loca desesperada, aún no lo sabía—. Para ver a Sonia sonreír; una sonrisa sincera, real, no esa media sonrisa atontada que le salía cada vez que hacía una de sus estúpidas figuras de papel. Esa sonrisa era mentira. Era producto de su propia droga, de la pastillita de felicidad que las enfermeras colaban en su cóctel diario.

Tenía que aguantar para que fuera la heroína la que me matara con dignidad, si es que volvía a caer. Había pasado de amarla a odiarla y ahora me encontraba en un extraño punto entre los dos. Después de todo, ella era la única que me había dado lo que prometía: placer, locura, olvido. Era el único amor al que me habían enseñado a poner nombre. Mi vía de escape. Por mucho que me desgastara, la metadona, su sustituta, tampoco era mejor opción.

Pero tenía que aguantar. Aguantar hasta que consiguiera dinero. Aguantar hasta que empezara a creer que fuera de la cárcel me esperaban cosas mejores. Por ahora, me contentaba con tener algo de comida que llevarme a la boca cuando el mono me pedía a gritos que mordiera mi piel, y un techo que me

protegiere de beber la lluvia.

Además, tenía que aguantar o Silvia me mataría.

—¿Cómo está mi chica? —dijo mientras hacía explotar una pompa de chicle. Oí el suave plop desde el otro lado de la línea.

—Aburrida.

—El día que me contestes algo diferente te haré una fiesta.

—¿Prefieres que diga «mal»?

—No. —Su voz sonó cortante, firme, a pesar de la broma de antes—. No, claro que no.

Aún me preguntaba cómo tenía paciencia para aguantarme después de todo.

Conocí a Silvia detrás de un contenedor de basura, mientras yo luchaba por encender un pitillo y ella por esconderse de quien la pateaba. Supongo que fue esa vulnerabilidad la que nos unió. Ella vio en mí a una persona fuerte por el mero hecho de que la vida me había dejado cicatrices y no heridas abiertas. Ella vio en mí una vía de escape, una forma de convertirse en otra persona. Alguien a quien todo se la sudara.

Después de que Leire me sustituyera por sus clases de ballet, por sus nuevas amigas y por sus tardes en la academia de alemán, yo vi en Silvia alguien que me escuchaba. Alguien a quien también le dolía que unos tuvieran tanto y otros tan poco.

Fue la única persona con la que no quise perder el contacto cuando abandoné el instituto y conocí a Lucio. Necesitaba un resguardo. Alguien a quien poder llamar amigo, alguien que no huyera cuando le hablara de la heroína, de quién era mi padre, de la persona en la que me convirtió, de la caravana, de los hombres, de las rayas, de Lucio. De la cárcel.

En los meses previos a mi último ingreso, Silvia había sido mucho más que una amiga. Era la única persona que me esperaba fuera.

Y aún no sabía cómo decirle que no sería suficiente.

No quería volver a un mundo donde me dieran la espalda. A un mundo donde la única forma de conseguir comida y un techo fuera vendiéndome o

compartiendo jeringuilla bajo un puente.

Si alguna vez se lo confesaba, le rompería el corazón.

—¿Cómo ha ido tu semana? —pregunté después de un carraspeo. La oí reír.

—Bueno, eso debería preguntarte yo a ti.

—Lo de siempre, supongo. —Arrugué la nariz. Mi respuesta había sido automática, pero pronto me di cuenta de que me equivocaba—. ¿Te acuerdas de que te hablé de la escuela de verano esa?

—Ajá.

—Leire está de voluntaria.

Oí cómo Silvia aguantaba la respiración al otro lado.

—¿Leire, nuestra Leire?

—Yo no la llamaría así, pero sí.

—¿Has dicho de voluntaria? En plan que viene de fuera.

—Eh, sí. ¿Qué pasa?

—Qué fuerte. —Volví a oír la pompa de su chicle—. Qué fuerte, Nina, me había asustado.

Arrugué la frente.

—¿Por?

—Es que, tía, no te has enterado de lo último, ¿verdad? ¿No te ha dicho nada? ¿Habéis hablado al menos?

—No —mentí. Para lo que nos habíamos dicho, mejor no decir nada.

—Todos los del insti se han enterado. Total, estaba con la gente de su grupo y los rumores por aquí vuelan, ya lo sabes...

Empecé a taconear el suelo con nerviosismo.

—No creo que sea un rumor. Está rara, o eso me pareció cuando la vi —murmuré—. ¿Qué ha pasado?

—Qué *ha hecho*, mejor dicho. —Silvia bajó la voz al otro lado del teléfono, a pesar de que nadie la oía—: Leire no es la chica buena que todos creían.



Azahara

No había encontrado aún mi lugar seguro.

En el chabolo todavía estaba la cuna, con las sábanas rosas revueltas y un póster de *Winnie the Pooh* colgado. Los juguetes seguían desparramados sobre el suelo como si Beth fuera a entrar por la puerta en cualquier instante para pedirlos. El biberón seguía frío sobre el escritorio. Era una habitación demasiado pequeña para huir de ella, pero bajar al patio del módulo, con los demás niños y las demás madres, no era mejor opción.

El único refugio que encontré fue mi cama, pegada a la pared. Si daba la espalda al resto del chabolo, podía imaginar que estaba en cualquier otro sitio. En mi antigua habitación en la casa de mis padres, con la música del momento y todo cubierto de pósteres. O en la habitación que compartía con Hugo en el piso, aquella que decoramos juntos cuando todo estaba bien. Cuando sólo había ilusiones y sueños.

Pero no. Estaba en la cárcel.

Lo recordé en cuanto abrieron la puerta dos segundos después de llamar, sin esperar a que yo respondiera. El aire arrastró un intenso olor a sudor frío. Me di la vuelta despacio. Don Francisco me miraba desde el centro de la habitación, con las manos en los bolsillos de su uniforme. Tenía el pelo engominado y la

barba más poblada que la última vez que le vi.

—¿Viene a trasladarme? —murmuré. Él dejó entrever los dientes al sonreír.

—No. —Se sentó en el borde de mi cama, lo que me obligó a encogerme más sobre mí misma. No quería tocarle—. Quería comprobar cómo estabas.

No me creí ni una de sus palabras.

—¿Sabe algo de Beth?

—Nada que pueda decir. Pero puedo mentirte si lo prefieres.

—No, gracias.

Cerré los ojos con fuerza, esperando un escarmiento. Ya ni siquiera podía imaginarme una razón, pero algunos funcionarios no la necesitaban.

Don Francisco no se movió. Noté el peso de su cuerpo hundiendo el colchón y oí su respiración, ronca y agitada.

—Podrías salir a ver cómo está por ti misma —dijo.

—No juegue conmigo, señor. No tengo tiempo para eso. —Cerré los ojos, anticipando la bofetada que me había ganado con mi arrogancia, pero don Francisco sólo rio.

—Azahara, no estoy jugando. Sólo quiero hacerte un favor. He visto a muchas madres como tú y sé lo duro que es despertarse sola después de ver cada mañana a tu hija durante tanto, tanto tiempo. Sé lo mal que lo pasan por culpa de las dudas. Aunque, claro, la mayoría están en tercer grado y cuentan ya con permisos, pero no es tu caso, ¿verdad que no? —Esas palabras, de alguna forma, dejaron el mismo ardor en mi mejilla que una bofetada—. Podría solucionarlo.

Me erguí y me senté sobre la cama con las piernas cruzadas. Aún notaba la marca de la dura almohada sobre la mejilla.

—¿Qué quiere decir?

—Soy el jefe de servicios. Mi palabra está por encima de la de cualquier otro a la hora de evaluar el módulo. Si digo que te den un permiso de fin de semana para ver a tu hija, nadie puede ponerme pegas. Nadie.

Parpadeé.

—¿De verdad usted...? —Me puso un dedo sobre los labios para callarme.

—*Quid pro quo*, Azahara. Antes tendrás que hacerme un pequeño favor.



Gabriela

Toni se había llenado las manos y la boca de chocolate derretido; culpa de una de las barritas que salían blandas del economato. Esme cogió papel higiénico de su chabolo, pero el empaste no hizo más que expandirse.

—Madre del amor hermoso, niño, ¿es que no sabes estarte quieto?

No pude evitar reír al verles. El pequeño se había escapado de su madre, que lo perseguía por el patio, abanicándose con los restos de papel que aún no había utilizado. Él también había notado la ausencia de Beth y ahora se negaba a jugar con el resto de los niños. Esme tampoco entendía por qué, pero no lo culpaba.

—Me parece que Aza tiene toallitas —dije, y alcé la voz para que me escuchara por encima del barullo. Los miraba apoyada en la pared del patio, con las manos alrededor del vientre.

—¿Toallitas? —Esme se limpió el chocolate de la mejilla con el revés de su mano—. Dios, si me traes unas cuantas, te invito a tabaco, prometido.

—Esme, cariño, que yo no fumo.

—Ah, coño. La costumbre. ¿Un zumo, entonces?

—A mí no me tienes que comprar para estas cosas, so boba. Va, voy a ver si a Aza le quedan.

Esme se despidió con un movimiento de cabeza y Toni aprovechó la

distracción para regresar a los brazos de su madre, pringándola. Salí del patio antes de que le diera tiempo a convertirme en su próxima víctima.

El vestíbulo estaba vacío, a excepción de la ordenanza encargada de la limpieza del turno de tarde. Todas aprovechábamos aquellas horas para estar con los niños en algún lugar que no fuera la celda; ya tenían suficiente con estar chapados toda la mañana y toda la noche. El calor era soportable cuando se reunía peculio y se compraba agua, y las risas de los peques compensaban cada gota de sudor.

Azahara no había bajado. Vanesa y las demás ni se habían molestado en preguntar por ella: desde aquel incidente con Marina, tenían miedo de que se fuera de la lengua, y todas tenían secretos que guardar, información con la que poder sobrevivir. Aza hacía bien en no presentarse; abajo sólo la recibirían con escupitajos.

Aun así, me dolía pensar que la única opción que le quedaba era quedarse en el chabolo. Tratar de ignorar el recuerdo de Beth en aquella habitación era tan imposible como contar todas las rejas de la cárcel. Como escapar de ella.

—¿Aza? —La llamé mientras subía las escaleras, pero el siseo de la funcionaria de abajo me hizo morderme la lengua. Sólo me respondió el eco de mis tacones.

En el piso de arriba todas las celdas estaban abiertas —en caso de que algún bebé necesitara algo urgentemente— y todas vacías. Incluida la de Azahara, con las sábanas revueltas casi en el suelo y la radio a la vista, bajo el escritorio. Chasquéé la lengua. Con la cantidad de viejas brujas que se le estaban lanzando al cuello últimamente, no me extrañaría que aprovecharan su ausencia para robarle algo. Pero yo no iba a ser la que entrara sin permiso para mover sus cosas. No debía estar muy lejos. El módulo no era grande y nadie la había visto bajar, así que sólo quedaba una opción: los lavabos comunes del primer piso.

—Para qué ir teniendo uno en el chabolo... —murmuré, haciéndome compañía con mi propia voz. Seguramente se le habría atascado—. ¿Aza? —pregunté al aire dos pasos antes de llegar a los baños—. Aza, Esmé preguntaba si

podías...

Empujé la puerta con la punta de los dedos, sin llegar a abrirla del todo. No me hizo falta.

Azahara estaba en los baños, sí, pero no sola.

Ninguno de los dos me vio llegar. Estaban al final de los lavabos, contra la pared. Azahara estaba sentada sobre la pila de metal, la más alejada de todas, donde ni siquiera el agua que salía del grifo estaba limpia. El pelo le cubría la cara y se aferraba al borde de la pila con tanta fuerza que los nudillos se le habían vuelto blancos.

Don Francisco estaba sobre ella.

Tenía el rostro bañado en sudor, la camisa arremangada y el cinturón desabrochado; los ojos fijos en Azahara con un hambre que parecía querer desgarrarla desde dentro. Era como un animal: no la tocaba, no la deseaba, no le sonreía, sólo seguía el ritmo de sus instintos.

Hasta que me vio y se detuvo. Fue sólo un segundo, el tiempo suficiente para advertir que los gemidos de Azahara eran en realidad un llanto y que los ojos de don Francisco pasaron de la lujuria a la ira.

Eché a correr por el pasillo.



Me puse a llorar en cuanto bajé el último escalón, con el pulso acelerado y las manos temblando como si me hubiera poseído un fantasma. Sentía tanto asco, tanta rabia... La imagen de don Francisco encima de Azahara se me había quedado en la retina y me perseguía por mucho que las lágrimas nublaran mi vista.

Me agarré la cabeza con ambas manos y traté de poner en orden mis ideas, pero el recuerdo me golpeó de nuevo. Fui directa a la habitación de la limpieza y

vomitó dentro del cubo de basura.

«Tengo que hacer algo, tengo que sacarla de ahí, tengo que...», me decía, pero de inmediato pensaba: «Ya no puedo hacer nada. Es tarde. He llegado tarde». Al ser consciente de ello, me dieron ganas de devolver otra vez.

—¿Gabi? —Esme se asomó por la puerta del patio, pero le hice gestos con las manos para que no se acercara.

—Nauseas —mentí, llevándome la mano libre al vientre—. A veces pasa. No tenía toallitas, Esme.

—Habrá que joderse. —Se encogió de hombros y dio media vuelta.

No me dio tiempo a aliviarme por su ida; unos pasos acelerados que bajaban por las escaleras me pusieron alerta de nuevo.

No sin razón.

Don Francisco bajó con las manos en el cinturón y la gomina de su pelo mezclada con el sudor. Tenía el rostro colorado y el ceño fruncido. Sus ojos ardieron en cuanto se encontraron con los míos.

—Tú —gruñó.

Se me echó encima antes de que pudiera reaccionar; cubrió mi boca con una mano y me empujó con la otra hasta el interior de la habitación. Cerró la puerta tras de sí con una brusquedad que hizo que me estremeciese.

Pero no iba a paralizarme. Esta vez no. Le mordí la mano y él se apartó con un gruñido.

—Maldita furcia —murmuró. Encendió la bombilla del techo de un manotazo—. ¿Qué coño hacías?

—¿Qué coño hacías tú?

Tampoco vi cómo me giraba la cara de una bofetada; el ardor en mi mejilla llegó antes. Busqué apoyo con una mano sobre el cubo de basura, intentando que los temblores frenaran, intentando escapar de él. Pero su cuerpo ocupaba toda la puerta.

—Un respeto a tus superiores, Gabriela. Sabes que tu vida y la de tu hijo están en nuestras manos. No querrás que os pase nada, ¿verdad?

—¿Por qué, también vas a violarme?

Él dio un paso hacia delante. Agachó la cabeza hasta que mi frente quedó contra la suya.

—No voy a tolerar que digas eso. —El aliento de menta no conseguía cubrir el hedor a sudor que lo envolvía—. Tú no has visto nada, ¿entiendes? Absolutamente *nada*. Así que deja de decir tonterías o tendré que tomar medidas.

Chasqué la lengua para fingir más valor del que sentía.

—Me sorprendería que te redujeras al nivel de un criminal, Paco. Siempre nos habláis de justicia y luego... —Me calló con una nueva bofetada, tan fuerte que acabé de rodillas sobre el suelo.

—Te recuerdo que aquí la única criminal eres tú. —Me propinó una patada en el bajo vientre que hizo que me encogiera al instante, abrazando mi barriga con fuerza—. Te lo he dejado caer, pero parece que no te entra en la cabeza: una sola palabra y te mato. ¿Me has oído? *Te mato*.

Don Francisco se llenaba la boca de palabras que le venían demasiado grandes. Hiné las rodillas en el suelo y me erguí, sin dejar de mirarle.

—Te crees Dios, ¿verdad? —Ahogué una risa cargada de dolor—. De verdad te crees alguien superior. Sé por qué estoy aquí. Sé que elegí el camino equivocado demasiadas veces. Eso es lo que me convierte en una criminal, pero tú... Lo que tú estás haciendo aquí va mucho más allá del castigo que merecemos.

—¿Y quién va a venir a juzgarlo? —Me dio una patada en la rodilla, esta vez un poco más débil—. Anda, levántate y vuelve al patio antes de que pregunten por ti. Aún estoy a tiempo de ponerte un parte.

Me agarró del brazo y me obligó a ponerme en pie. Me daba asco sentir su piel tan cerca de la mía; casi prefería que me abofeteara. Un segundo con su mano en mi piel era mucho mejor que mantenerme cerca de él, con el recuerdo de la escena del baño todavía ardiendo en mi retina. Abrí la puerta y me deshice de él con un movimiento brusco del hombro.

—Ni una palabra —murmuró.

No me digné a mirarle siquiera. No podía soportarlo más.



Azahara

Tenía la promesa del jefe de servicios de que volvería a ver a mi hija en dos semanas, cuando empezara agosto. Y ahora sabía lo que era sentir sus manos en mí y su piel contra la mía; conocía la sed y la ira con la que don Francisco dominaba dentro y fuera del módulo. Había pasado las últimas dos horas bajo el chorro de agua de la ducha. Me froté la piel con tanta fuerza y la arañé con tanta rabia que el agua acabó volviéndose rosa. Intenté ahogarme bajo la alcachofa para silenciar los gritos en mi cabeza, los recuerdos, el dolor.

Y cuando me cortaron el agua, me quedé en silencio, de pie sobre el plato de ducha. Oí con atención mi propia respiración y mis latidos, demasiado intensos para pertenecerme.

Había hecho todo lo que hacía falta para estar bien, pero me seguía sintiendo ahogada.

Tenía una espina clavada dentro de mí y no se me ocurría ninguna forma de deshacerme de ella.

Cuando Beth tenía pesadillas, le contaba un cuento hasta dormirla de nuevo. En ocasiones era ella la que me contaba sus sueños. Los monstruos se empequeñecen cuando encuentras el valor para recordarlos. Quizás escribir un cuento sobre aquella tarde me ayudaría a dejarlo atrás. Quizá necesitaba explotar

en forma de palabras, porque lágrimas ya no me quedaba ni una.

Catarsis, había dicho Leire. Una manera de purificarse.

Justo lo que yo necesitaba.

Esto no es un cuento.

Los cuentos no son reales, hablan de aventuras mágicas y terminan con finales felices. Este cuento no termina, ni siquiera empieza. No es ficticio. Los cuentos comienzan con un «Érase una vez». Este lo hace con un «Te abrió las piernas como si le pertenecieran».

Te abrió las piernas como si le pertenecieran y recorrió el mismo camino que en el último cacheo, con la misma frialdad, con la misma rabia. No dijiste nada porque sentiste que el miedo se había tragado tus palabras. Cerraste los ojos y dejaste que tus pensamientos se inundaran del rostro de Hugo, porque de alguna manera eso lo hacía un poco más fácil.

Te sorprendiste cuando te empujó sobre la pila y dejó caer todo su peso sobre ti, sobre tu pecho, dejándote sin aliento. Te asustó que no te dejara espacio para moverte, que no pudieras escapar de sus brazos, como si en algún momento él pensara hacerte libre. De nuevo estabas prisionera. Y fue entonces cuando recuperaste la voz y le suplicaste que se quitara, que habías cambiado de opinión, que querías parar, que querías gritar.

Pero él te mandó callar y te dijo que te portaras «como una señorita».

—Sé que no serás tan estúpida como para contárselo a nadie —susurró antes de salir corriendo del baño.

Te quedaste sobre la pila con los ojos cerrados y el pulso acelerado, sintiéndote todavía más sucia que la última vez que te tocaron. Quisiste desaparecer.

Pero no podías. Ahora tenías esperanza, ¿no es así? Ahora tenías la promesa de que volverías a ver a Beth. Ahora tenías una razón por la que sobrevivir.

Sólo que, por primera vez, ya no querías tenerla.

Volviste a tu chabolo arrastrando los pies, temiendo que aquella noche no dejaras dormir a nadie con tus llantos y empezaran a preguntar. Los rumores volaban en la cárcel y lo último que querías era que te trataran de «puta». Tenías que tragarte las lágrimas y alzar la barbilla. Después de todo, eso era lo que querías, ¿verdad? Sólo estabas exagerando. Sólo era un tío más. Si cerrabas los ojos, podías creer que era Hugo. A él también le gustaba dominar.

En unas semanas estarías junto a Beth, riéndoos a carcajadas y dejando que te trenzara el pelo. Escuchando sus aventuras en la calle y compartiendo su primera tarrina de helado. Y aquella tarde la recordarías como un trueque, un mero procedimiento.

Te duelen los muslos y sientes que toda la piel te arde. Intentas quitarle importancia, pero, de nuevo, tu memoria está repleta de manchas negras allí donde sus manos estuvieron. Otras manos, otras manchas; nunca son tuyas, nunca eres libre.

Y ni siquiera esta catarsis consigue borrarlas.

—Azahara.

La voz de Gabi hizo que me sobresaltara. Estaba en la puerta, con una mano sobre el marco y la otra sosteniendo su vientre. Tenía los labios entreabiertos y la respiración acelerada.

—Dime que estás escribiendo una instancia —dijo.

—¿Qué?

—Una instancia, joder. —Entró en el chabolo sin pensárselo y me puse de pie de golpe, echando la carta a un lado.

—Eh, eh, ¡quieta! —Fui hacia ella con las manos en alto. Todo su cuerpo temblaba. Tenía los ojos abiertos como platos y seguía mirando el papel, casi con desesperación. Tuve que cogerle de los hombros para que no se acercara—. ¿Se puede saber qué haces? Sal de aquí antes de que te vea un funcionario y...

—Aparta. —Se deshizo de mí con un movimiento brusco—. He venido

porque no puedo callarme más, ¿entiendes? No *pienso* callarme más. Si no escribes tú la instancia, lo haré yo.

—¿De qué coño hablas?

—¡De don Francisco, joder! —Sentí cómo mi corazón se saltaba un latido. Los ojos ámbar de Gabi se clavaron en los míos—. De lo que ha hecho. Sé lo que ha hecho.

Sacudí la cabeza.

—No, no lo sabes. —Cogí aire para que la voz dejara de temblarme—. Nadie tiene que enterarse, ¿de acuerdo?

—¡Azahara, ese hombre es un puto violador!

—No, Gabi, no conoces toda la historia.

Violadores eran los que estaban entre rejas, no los que las resguardaban. Lo que había pasado no era más que un trueque. O eso es lo que quería creer. Después de todo, don Francisco cumpliría su promesa: iba a ver a mi hija. Ese polvo era el precio que me tocaba pagar, sin más. Gabi tenía que estar equivocada. Gabi no lo entendía...

Dio un paso atrás con un suspiro desesperado.

—Tienes que escribir una instancia. Tienes que contar lo que ha hecho, Aza.

—No. Es inútil y una locura... —Gabi seguía con la respiración agitada. Casi podía sentir la velocidad con la que la adrenalina recorría su cuerpo—. Gabi, si denuncias una violación, te encierran en una celda de dos por dos y te cachean «por tu propia seguridad». Luego te dejan ahí dentro hasta que escribes una nueva instancia en la que digas que esa violación nunca ocurrió. No sirve de nada.

Gabi se llevó una mano al pecho, como si mis palabras le dolieran. Negó con la cabeza, incapaz de encontrar las suyas.

Me volví hacia el papel que acababa de escribir y lo arrugué con las manos antes de lanzarlo a la papelera.

—Bienvenida a la cárcel —murmuré—, donde el precio a pagar es siempre mayor que el que dictan.



Gabriela

No podía rendirme ahora.

No podía abandonarla. Ni a Azahara, ni a todas las mujeres que seguramente habían llegado antes, ni a todos los hombres a los que aquel monstruo había golpeado, drogado y maltratado creyéndose Dios.

La palabra «justicia» ardía en mi garganta.

Azahara dejó que los días pasaran y fingió que nada había ocurrido. Siguió obedeciendo a cada uno de los funcionarios, siguió riéndose con cada chiste de Esme, siguió participando en la escuela de verano. A veces me asustaba darme cuenta de la soltura para mentir que habíamos adquirido aquí dentro. Aprendíamos que la única forma de sobrevivir era viendo el mundo a través de una máscara.

Pero la fortaleza de Azahara estaba llena de grietas, y un día se rompería.

Antes de que aquello sucediera, prefería estallar yo. Después de todo, en unos meses estaría fuera. No podían quitarme nada. No podían culparme por estar en el lado de la justicia.

Acabé de escribir la carta a mis padres de cada semana, con la mano temblorosa y débil. Quería pensar que era un efecto colateral del embarazo del que no me habían hablado, pero no podía engañarme: la ansiedad me estaba

pasando factura. El silencio me estaba destrozando.

El papel amarillo que guardaba en mi escritorio parecía susurrarme, tentador.

«INSTANCIA».

No iba a callarme más.



Don Pedro fue el primero en verme llegar. Llegué a la garita con la respiración acelerada después de otro encuentro mudo con don Francisco en las escaleras. Parecía adivinar mis intenciones con una sola mirada. Pero él, al igual que Azahara, al igual que todo el mundo en la puta cárcel, fingió que no había pasado nada.

Y me dio vía libre para acusarle.

Sin embargo, fue llegar al gabinete y sentir que la única juzgada era yo.

Todas las miradas se volcaron sobre mí, a cada cual más asqueada. Las dos funcionarias que segundos antes charlaban con sendos cafés en la mano se adelantaron para arrastrarme afuera, pero don Pedro hizo un gesto para que se detuvieran. Él escuchaba. Él tenía que escucharme ahora.

Era como si la instancia en mi mano estuviera en llamas.

—Gabriela, ¿ocurre algo? —Arqueó una ceja. Su uniforme me trajo el recuerdo de cómo la ropa de don Francisco se había impregnado del sudor de Azahara, y las piernas me fallaron. Sentí que me derrumbaba.

Las lágrimas crearon una muralla en mi garganta.

—Don Pedro —supliqué, arrugando el papel. Hice un esfuerzo por erguirme y mirarle a los ojos, aunque mi visión estaba cada vez más empañada—, necesito su ayuda.



Leire

Algo no iba bien.

Fuera y dentro de la cárcel, sentía que algo estaba fallando, que la ilusión de los primeros días se rompía. Cuando los voluntarios nos reuníamos para comentar la jornada, me quedaba callada. Prefería permanecer en silencio a analizar a los internos como si fueran animales de laboratorio. Hablaban de ellos con frialdad, comentando sus delitos como si fueran el último titular de la prensa rosa. Y no les culpaba. Unas semanas atrás yo hubiera reaccionado igual, pero ahora...

Ahora algo fallaba y no sabía si el problema eran ellos o era yo. Como voluntaria tenía que verles como personas. Como ciudadana, tenía que verles como criminales. Como Leire, no sabía qué pensar.

Juanjo les pidió que escribieran cartas a Dios. O en su defecto, a la madre naturaleza, al destino, a la ciencia, a lo que creyeran que movía los hilos allá arriba. A la nada. A su yo del pasado. A alguien que sólo pudiera responderles a través de ellos mismos.

El sacerdote empezó a tocar la guitarra. Mis pies se pusieron en puntas inconscientemente, aunque fui incapaz de bailar. Ni una mísera *pirouette* entre los pupitres. Sentía que caminaba entre arenas movedizas. Seguía con la sensación de que el aire que respiraba se había vuelto humo: algo no iba bien.

Azahara no estaba bien.

—Aza... —murmuré, y me acerqué a ella. No me dio tiempo a preguntarle cómo estaba; en el momento en el que estiré el brazo ella se puso en pie, apartando la mesa con un chirrido.

—No puedo.

Ni siquiera me miró. Salió con precipitación del aula, sin importarle las miradas que le pudieran lanzar sus compañeros.

—¡Azahara! —Juanjo se levantó de un brinco, lo que atrajo la atención de todos sobre él como si se tratara de un imán. Azahara salió con un portazo y yo me quedé paralizada, con los dedos todavía rozando la carta que había dejado sobre la mesa.

Sólo había escrito dos líneas.

«A la Azahara del pasado:

Quiero decirte que nos lo merecemos, pero estoy cansada de mentir. Lo siento mucho. De verdad, lo siento.

Lo siento».

Las letras empezaban pulcras y acababan siendo sólo rayas alargadas y torcidas sobre el papel, casi imposibles de leer. Había intentado continuar la carta con dos o tres frases que ahora aparecían tachadas. Sobre ellas estaban escritas las últimas palabras: «lo siento».

—Leire. —Juanjo chistó a las mujeres de la primera fila para que siguieran con la actividad y luego se volvió hacia mí de nuevo—. Ve a ver adónde ha ido.

No hizo falta que lo dijera dos veces.



Azahara estaba encogida sobre sí misma en el último escalón de las escaleras, abrazándose las rodillas y con el rostro oculto para amortiguar el llanto. Sacudía los hombros con cada gemido que se le escapaba.

—Azahara... —Me acerqué con cuidado, como si se tratara de un animal salvaje que fuera a atacarme o a huir si me acercaba demasiado—. ¿Necesitas hablar?

Levantó la cabeza y me miró. Tenía todo el maquillaje corrido y el pelo se le pegaba a la frente por culpa del calor.

Se encogió de hombros.

Me senté a su lado en las escaleras e imité su postura.

—No hace falta que te contengas —dije mientras ella no dejaba de frotarse los ojos—. Puedes llorar tranquila, de verdad. Estoy segura de que luego te sentirás mejor.

Ella negó con la cabeza.

—Llevo mucho tiempo así.

—¿Es por Beth?

Volvió a encogerse de hombros y pensé que seguiría callada. Sin embargo, acabó rindiéndose:

—Ya no lo sé, Lei. Son muchas cosas. No lo entiendes.

—Puedo intentarlo.

Ella suspiró.

—Has leído mi carta, ¿no? —El rubor en mis mejillas me delató, pero no pareció molestarle—. No quería escribirle una carta a Dios porque le hablo todas las mañanas, ¿sabes? Ahora más que antes. Me hace sentir menos sola. Pero ha sido pensar en hablarme a mí y..., y verme. Verme débil, verme asustada, verme *estúpida*.

Tragué saliva. Azahara estaba llorando en silencio, como si las lágrimas ya formaran parte de su rostro, y parecía tan sincera que dolía. Tanto dolor no podía ser mentira.

—No sé lo que siento, Leire —siguió ella, y hundió la cara entre las manos

—. Estoy aquí por culpa de Hugo y aun así hay días en los que siento que lo amo más que a nada. Pero ahora Beth está con él y... Dios, tengo tanto miedo. Tengo miedo a que se haya cansado de pagar todo su odio conmigo y empiece a volcarlo en ella. Ella sí que no se lo merece, ella no ha hecho nada, ella... —Las lágrimas se tragaron sus últimas palabras. Al mismo tiempo, sentí que era yo la que me quedaba sin aire.

—¿Hablas de... ? —Maltrato. Violencia. Palabras que sentía demasiado grandes. Tragué saliva—. Escúchame, Aza, que quieras a una persona no significa que tengas que estar de acuerdo con todo lo que hace, ¿entiendes? No te culpes por quererle. Pero si..., si alguna vez te hizo daño, Aza...

Ella soltó el aire por la nariz y curvó los labios en una sonrisa triste.

—Alguna vez... —Sacudió la cabeza—. Leire, si Hugo me ha hecho daño, ha sido porque yo le he dado el permiso para hacerlo. Yo siempre era la *odiada*, no la que debía odiar. Y lo sabía. Así que interpretaba mi papel porque Hugo necesitaba alguien a quien culpar. —Se encogió de hombros otra vez, casi como si fuera un tic—. En ocasiones ser la odiada no es del todo malo, porque para la otra persona puede ser... paliativo. ¿Entiendes?

Sentí que el cuello de mi camisa se reducía hasta ahogarme.

—Aza, ¿te estás oyendo? No eres..., no eres un maldito saco de boxeo. Da igual cuánto quieras a alguien, el amor no es eso, el amor no es curarle las heridas a la misma persona que te las provoca.

Azahara no me miraba. Juraría que ni siquiera me escuchaba, que las palabras le sonaban tan absurdas como si le estuviera hablando de unicornios. Se entretenía jugando con sus manos, con los ojos fijos en un punto lejano en el suelo.

—No lo sabes —murmuró—. Llevo con Hugo desde los quince años, Leire.

—¿Y qué quieres decir con eso? —Por favor, que no se atreviera a decir que no podía hablar porque yo no estaba casada. No tendría pareja, pero sabía lo que era el amor. Lo había visto.

El amor, para empezar, fue lo que movió a cada uno de los voluntarios a

venir a la cárcel. El amor eran mensajes de buenas noches y caricias y silencios. El amor eran las manos de Helena rodeando las mías cuando sabía que no tenía nada más que ofrecerme. O mi madre arrojándome la noche del accidente a pesar de todo. El amor no era un teatro. No había alguien que odiaba y alguien a quien odiar. No tenía sentido.

Al ver que no le interesaba contestar, seguí insistiendo:

—Escúchame, Azahara, me da igual que pienses que no entiendo de estas cosas. Lo único que sé es que estás sufriendo, que temes que a Beth le pase lo mismo que te pasó a ti, ¿no? Que Hugo te ha hecho daño. No puedes guardarlo dentro siempre. No puedes esperar a que te destruya, porque...

—No estoy esperando a nada. Si respondiera a su odio con más odio no haría más que empeorarlo. Así que nos vemos, él se desahoga, y cada uno a los suyos. No pasa nada. No pasa nada... —repitió.

—No piensas lo mismo cuando te acuerdas de dónde está Beth, ¿verdad? —No contestó. No me miró. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, aunque enseguida se recompuso—. Aza, no mereces sufrir así por...

—Hay una diferencia entre lo que uno merece y lo que uno siente que debe hacer. —Se sorbió la nariz y se puso de pie abruptamente, dándome la espalda—. Y voy a añadir una última cosa, Leire. Puede que me equivoque, pero igual el hecho de que seas una persona tan *rematadamente buena* ha hecho que la única persona que te haya odiado hayas sido tú misma, y te habrás odiado muy fuerte y sin motivos, así que ese es el único odio que conoces. Pero la gente odia por razones, a veces equivocadas, y a veces a gente que no lo merece. En la cárcel lo aprendes rápido.

Dio un paso adelante.

Por un momento olvidé dónde estaba y me tentó la idea de quedarme en aquellos escalones, abrazada al cuerpo que había aprendido a odiar demasiado joven. Con cada caída de ballet, con cada suspenso en clase. Y me sentí desnuda. Atacada, descubierta. Aun así, sólo necesité tres segundos para volver a plantar los pies en la tierra.

No, lo que yo había sentido no era odio. Odiar gastaba demasiado: demasiada energía, demasiados pensamientos, demasiados sueños. Odiar te paralizaba. Odiar te hacía empequeñecer. Y aquel nunca fue mi caso, gracias a Dios. Azahara estaba intentando llevar la conversación en mi dirección para que olvidara que habíamos empezado hablando de ella.

—Espera, Aza. —Me ignoró y comenzó a caminar hacia el aula—. ¡Aza! — Llegué a su altura y la frené agarrándole el brazo—. ¿Vas a entrar así?

Se frotó el ojo con la palma de la mano, arrastrando los restos de maquillaje. Estaba cansada, pálida.

—¿Así cómo?

—Te has derrumbado sólo pensando en tu yo del pasado. Si vuelves a entrar conteniendo las lágrimas, volverás a derrumbarte. —Suspiré—. Estoy preocupada por ti, Aza. Quiero ayudarte, pero no sé cómo y...

—No puedes. —Sonrió, pero los ojos se le humedecieron—. Es sólo que siento que todo..., que todo es demasiado. Un día explotaré y no quiero pensar en...

—¿En qué? Azahara, por Dios, contenerlo te está haciendo mucho más daño que explotar, estoy segura.

—Contenerlo es lo único que puedo hacer.

—¿Y te está saliendo bien?

—Leire, de verdad —se apartó de mí y se abrazó así misma—, hace tiempo que aprendí que contarle no serviría de nada. Nadie me cree. Joder, sólo hay que ver lo que he escrito. Ni siquiera yo sé qué pensar ahora. Llevo tanto tiempo mintiendo que me he acabado creyendo mi propia mentira y... —Empezó a llorar—. Un día se me olvidará la verdad porque nadie querrá creerla.

—Yo te creo.

Mis palabras fueron más rápidas que mis pensamientos. Pero no eran falsas.

—¿Incluso si te digo que no tendría que estar aquí? ¿Que no cometí ningún delito? —No esperó a que contestara. Chasqueó la lengua y regresó a las escaleras para sentarse—. A veces es necesario inculparse por el bien de otros.

Por Hugo, siempre por Hugo. Todo lo que hice lo hice por él.



Azahara

Recordaba la noche del accidente como una de las mejores de mi vida.

El paso del tiempo me había castigado con esa carga. Tenía los detalles grabados con fuego en la memoria. Y ardían. Quemaban. Me habían dejado un corazón lleno de cenizas.

Hugo y yo habíamos salido a cenar para celebrar nuestro aniversario. Beth, que era un bebé de pocos meses por aquel entonces, se había quedado al cuidado de un colega de Hugo. Habíamos aprovechado aquel rato de tranquilidad para escapar de nuestro piso desordenado y recorrer la ciudad como cuando teníamos quince años.

Hugo organizó una ruta por todos los rincones que guardaban recuerdos de nuestra historia: me llevó de la mano al parque donde nos dimos nuestro primer beso, nos colamos como adolescentes en el autocine, salimos corriendo antes de que nos pillaran en dirección al restaurante tailandés donde solíamos cenar. Allí me contó que había estado ahorrando para aquella noche y que pidiera todo lo que quisiera de la carta. Nos dimos el lujo de compartir una botella de vino y acabamos en el baño del restaurante, riéndonos entre besos y recorriendo nuestros cuerpos con caricias; salir de los lavabos con dignidad (y con toda la ropa en su sitio) fue una actuación digna de un Óscar. El último destino de

aquella noche sería la playa.

No podía dejar de mirarle. Llevaba cinco años a su lado y cada día sentía que lo quería más, que su sonrisa me paraba el corazón sin importar el tiempo que pasara. Conocía cada una de sus cicatrices y pecas, y aún me sorprendía cuando encontraba una nueva. Guardaba en la memoria la cadencia de su voz cuando me decía que me amaba, y me seguía erizando el vello cada vez que lo susurraba en mi oído. Aquella noche tenía quince años otra vez.

—Espera, espera —dijo, colocándose entre la puerta del coche y yo. Acercó sus labios a los míos sin llegar a rozarlos, burlón—. No nos vayamos aún.

Le contesté con una risa porque aquella noche era lo único que salía de mi boca. Risas y besos y el ligero aroma del vino.

—¿Te ha gustado el restaurante, Hugo? —Arqueé las cejas y me humedecí los labios—. Creía que ya lo teníamos muy visto.

—Un poco, sí. Pero me ha gustado que me invitaras al baño de mujeres. Un detalle por tu parte.

—Ha sido un placer. —Me reí a la par que él acariciaba mi hombro desnudo, recorriendo la línea blanca que interrumpía mi moreno. La brisa de verano se coló entre nuestros cuerpos, como si intentara separarnos—. Mírate, estás intentando no besarme, ¿verdad? Es adorable. —Deslicé los dedos por su costado hasta llegar a su pecho. Estaba tan cerca de él que podía oír su respiración, cada vez más acelerada. Sus ojos parecían todavía más oscuros cuando reflejaban la noche—. Me pregunto cuántas caricias harán falta para que te rindas.

—Bailemos —dijo él, que se separó de mí. Me cogió de las muñecas y me alejó del coche.

—¿Bailar? ¿Ahora?

—¿Te preocupa haber perdido el sentido del ritmo, Aza?

—¿Y tú el oído? —Le solté, y me coloqué la camisa, que se pegaba a mi cuerpo como una segunda piel. Hugo se detuvo bajo el foco de la única farola encendida en aquella calle; las motas de polvo caían a su alrededor como si

también bailaran.

—No importa la música. Sólo quiero bailar contigo, toda la noche si me dejas. Vamos, morena...

Estallé en una carcajada al escucharle llamarme así, pero no me hice de rogar. Me acerqué a él ondeando las caderas, siguiendo un ritmo invisible e imaginando mil baladas en mi mente.

Mientras Hugo cantaba, bailamos en aquel aparcamiento semivacío como si estuviéramos en medio de una pista de baile. Me levantó por los aires. Fingimos bailar un tango, fingimos oír un vals y aplaudimos a una orquesta imaginaria. Cuando los dos nos cansamos, nos metimos en el coche.

Todo me daba vueltas. En mi cabeza sólo se oía la voz de Hugo. Y su risa. Y sus besos. No había espacio para nada más.

—A la playa, entonces. —Colocó las manos sobre el volante.

—Espera —le pedí en un segundo de sobriedad—. ¿Estás seguro de que es buena idea?

—No puedo llevarte a la luna todavía, así que la playa no me pareció tan mala idea.

Consiguió que se me escapara una risa tonta.

—No, eso no, bobo. Te veo un poco contentillo como para coger el coche, nada más.

—¿Dudas de mis capacidades? —inquirió. No contesté; me limité a morderme el labio, conteniendo la sonrisa y con la mirada fija en la carretera—. ¿Piensas que si estuviera borracho *de verdad* podría hacer... esto? —Se inclinó hacia mí, haciendo rechinar los muelles de su asiento. Noté el frío y la humedad de sus labios recorriendo la curva de mi hombro—. ¿O esto? —Sus besos fueron escalando hasta mi cuello y me erizaron la piel. Acabé encogiéndome de hombros; era incapaz de soportar la caricia de sus labios.

—¡Vale, vale! Está usted más que capacitado, señorito —convine entre carcajada y carcajada. Sentí que el aire me faltaba y aproveché el momento para respirar—. Te amo, Hugo.

Mis palabras le sorprendieron tanto como a mí. Por un momento se quedó sin habla, saboreando el recuerdo de mi voz, y luego se giró hacia mí con una sonrisa.

—Yo también a ti, preciosa. —Cuando me besó, sus labios aún sabían a vino. O quizás eran los míos. O quizás eran ambos.

Reí contra su boca y seguí riendo una vez el coche se puso en marcha. Subí el volumen de la radio y empecé a cantar la primera canción que sonó a pleno pulmón, como si fuera mi último día en la Tierra.

Y no estaba tan equivocada.

El alcohol había convertido aquella cita en un sueño: los bordes de la carretera se veían difuminados, la música sonaba con más intensidad, todo el cuerpo de Hugo brillaba como si hubiera tragado polvos de hada. El calor dentro del coche y la oscuridad de fuera se intensificaron. Y yo seguí cantando, seguí gritándole a Hugo que le amaba, que cinco años a su lado habían pasado en un pestañeo y que Beth era el mejor regalo que Dios nos podía haber dado. No recordaba mucho más. Las palabras se me atrancaban en la lengua. Yo respondía a carcajadas. Las manos de Hugo al volante bailaban.

El resto es historia.

No recordaba la calle donde ocurrió ni el color de la camisa que yo llevaba, pero a partir de aquella noche no hubo ni una sola pesadilla en la que no se repitieran aquellos dos sonidos: un aullido, dos golpes. Primero fue el chirrido de los frenos alargándose como un grito, ralentizando el tiempo. Me quedé sin voz a mitad de la canción y en mi cabeza estuve convencida de que iba a morir. Fueron unos segundos y sólo me dio tiempo a pensar que era demasiado rápido, demasiado pronto, que tenía que darle un último beso a Beth, que no me podía ir. No todavía, no todavía...

Y entonces llegó el segundo ruido: dos golpes secos que me acompañarían cada noche, todos los días.

Ese era el precio de sobrevivir.

El frenazo hizo que todo mi cuerpo se volcara hacia delante; el cinturón

quemaba sobre mi piel. Seguía oyendo aquellos golpes aunque ya se hubiesen producido y creí oír un gemido, pero ni Hugo ni yo nos atrevimos a salir del coche. Todo me daba vueltas y sentía que el corazón me palpitaba en las sienes.

—Joder —murmuró Hugo, con las manos todavía firmes sobre el volante—. Joder, joder, ¡joder!

Eché la mirada atrás. Algunos coches se habían parado en la carretera. La gente encendió las pantallas de sus móviles para alumbrarse mientras se acercaban. Se empezaron a oír voces. Yo no quería salir, no quería moverme, no quería formar parte de esa pesadilla. En mi cabeza seguía oyendo el sonido de los frenos y los dos golpes secos. Uno, dos. Una vida, dos vidas. Un segundo, dos segundos, y todo terminaba.

Hugo se volvió hacia mí y me clavó las uñas en el brazo.

—Aza, cámbiame el sitio. ¡Vamos!

—¿Qué? —Todo estaba pasando demasiado rápido. Un minuto antes estaba inventándome una canción y buscando la luna a través de los cristales de la ventana, y ahora..., ahora...

—Joder. —Se revolvió en su asiento y se quitó el cinturón de seguridad como si también le ardiera. Las manos le temblaban y no dejaba de fruncir el ceño. Donde yo me había apagado, él se encendía—. Joder, Azahara, ¡joder! Han pasado por delante y yo... —Abrí los labios para contestarle, pero no se me ocurrió nada que decir. Él volvió a agarrarme—. Cámbiame de sitio, Aza, no podemos arriesgarnos a que crean que yo conducía.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Joder, ¿es que estás ciega? Tú vas mucho más sobria que yo. Y además eres una tía, estás buena. Con ponerle ojitos al poli nos bastará para librarnos de la multa.

—¿Multa? —Me temblaba la voz. Me temblaban las manos. Me temblaba hasta el alma—. Hugo, has atropellado..., has...

—No, Azahara, has sido tú. —Se desabrochó el cinturón con fuerza—. Venga, ¡muévete, hostia!

A lo lejos se empezó a oír el sonido de las sirenas, pero en mi cabeza sólo había cabida para el ruido resultante del choque de esos cuerpos contra el cristal. Hugo se puso en pie, con la espalda arqueada y ambas manos apoyadas en el reposacabezas, haciendo un arco para que pasara.

Seguía sin ser capaz de moverme.

—Azahara, mueve el culo ya o te juro por Dios que te mato.

Quise pensar que el alcohol también había afectado a mi oído, que las palabras de Hugo eran fruto del caos, que no sería capaz de ponerme una mano encima.

Menuda ilusa. Después de todo, ya lo había hecho antes. Me había golpeado hasta dejarme inconsciente tras pasar una noche entre colegas y botellas. Me abofeteaba cada vez que olvidaba traerle cervezas del supermercado. En los últimos años, había aprendido que sus amenazas nunca eran en vano.

Pero también sabía que después de cada golpe venía el momento de sanar la herida. Que era el primero en rodearme entre sus brazos cuando la situación se calmaba, en cantarme antes de que nos venciera el sueño y susurrarme que me amaba, que lo sentía, que era demasiado impulsivo, que no quería perderme nunca, mientras me preparaba hielo para ir a dormir.

Sabía que después de aquella pesadilla de noche vendrían los besos y las caricias y las lágrimas silenciosas y los «tranquila, Azahara, todo irá bien, estoy contigo. Estaré siempre contigo». Él era lo único que me quedaba.

Por eso lo hice.

Me arrastré desde el asiento del copiloto hasta el volante. Sentía un hormigueo en las piernas y tenía las manos resbaladizas por culpa del sudor. Fue como si arrastrara cadenas. Hugo se cambió de sitio con un movimiento brusco, haciendo temblar todo el coche. Fuera oí los primeros gritos.

—Joder —volvió a decir. Tenía la cara roja y llena de sudor; el flequillo pegado a la frente—. Joder, Aza.

Su mirada estaba clavada en la sangre que bañaba el cristal del coche. Había permanecido oculta hasta que llegó el primer coche de policía, que bañó la

carretera de luces rojas y azules. Las luces llegaron acompañadas de más gritos. Con ellas, nosotros también salimos.

Hugo se bajó del coche en cuanto se acercaron los primeros policías; yo me mantuve en mi asiento, incapaz de reaccionar. La penumbra era cada vez más tenue. Pasaban los minutos y yo no dejaba de descubrir más detalles de aquella noche, recuerdos e imágenes que nunca olvidaría.

Cuando me preguntaron por el accidente, conté la historia que Hugo hubiera querido oír. Que yo conducía camino a la playa, más contenta de lo normal, y que no vi a los chicos cuando cruzaron la carretera. No los vi aunque hicieron señas. No oí sus voces, pero fui testigo de su último aliento. Nunca supe sus nombres, pero me quedé quieta mientras ellos morían.

Un test de alcoholemia les bastó para llevarme a los juzgados y ahí repetí la misma historia, porque la culpa podía conmigo, porque al miedo de haber conocido la muerte se le sumó el miedo a volver a encontrarla al llegar a casa. Hugo estaría a salvo. Hugo me mantendría a salvo también a mí.

Pasaron los días hasta que aquella historia dejó de repetirse en mi cabeza. Los versos finales acabaron modificándose:

«Y entonces el coche chocó contra ellos y yo sobreviví.

El coche se estrelló y yo me rompí con él, pero sobreviví.

No, no lo hice. Sobreviví al desastre, sobreviví al accidente, y aquella noche dos chicos murieron y siento que yo morí con ellos. Dos chicos murieron pero yo sólo recuerdo el sonido de los frenos, el sudor de mis manos, la sangre que no me atreví a limpiar.

Y los dejé atrás. Yo fui quien los dejó atrás. Nadie puede salvarme de ello».

Ni siquiera Hugo.

Ahora hay días en los que quiero verle sufrir aquí dentro y devolverle todo el dolor que causó. Días en los que me da la sensación de que podría llenar el cielo con el vacío que me ha dejado. Días en los que, como hoy, me canso de arrastrar su culpa conmigo.

Luego miro a mi alrededor y siento que tengo tanto derecho como las demás

a estar aquí, en la cárcel. Después de todo, nuestro pecado es el mismo: seguimos odiando. Estoy aquí y hay días en los que podría matar a Hugo con mis propias manos y días en los que dejaría que él me matara a mí por amor. ¿Qué me diferencia de las que sí que acabaron haciéndolo? ¿De las que se hartaron, de las que dejaron que el odio moviera los hilos?

Nada, absolutamente nada.

Y la historia sigue repitiéndose en mi cabeza como si alguien hubiera rallado un disco. Y la culpa sigue pesando en mi corazón como si mis manos hubieran sido las que estaban al volante. Y la ira siempre va dirigida a mí, porque fui tan tonta como para creer que Hugo me protegería.

Por eso, cuando echo la mirada atrás y veo a la Azahara del pasado, la que lloró durante un mes entero por culpa de ese accidente, la que calló cuando las rejas se cerraron tras ella, sólo puedo pensar: «Lo siento. Lo siento de verdad».



Leire

«Tiene que estar mintiendo».

Eso fue lo primero que pensé al escuchar la historia de Azahara.

«Tiene que estar mintiendo. Tiene que haberse enterado de lo que hice. Ana debió de hablar con ella y de alguna forma..., de alguna forma lo sabe. Está jugando conmigo. Quiere que me sienta tan culpable como ella, pero yo no maté a nadie.

Yo no maté a nadie».

«Ella tampoco», pensé.

Y, sin embargo, su historia había sido más que suficiente para que la fina línea que creía que nos separaba se desdibujara por completo.

También para reafirmar que había hecho bien acudiendo a don Pedro.

—No puedo hacer eso, Leire —había dicho él—. Es información confidencial. Tienes que entenderlo.

—Nadie tiene por qué saberlo. Por Dios, si es necesario, puedo hacer la llamada delante de usted y borrar el número al instante. Lo que sea. Por favor...

—Leire, basta —dijeron sus labios, pero su mirada decía lo contrario—. Existen unos límites, ¿entiendes? Y este es uno de ellos. Se trata de su vida privada. No puedes... No se puede jugar con eso a la ligera.

—Y precisamente por eso *tenemos* que hacer algo. Porque la gente seguirá diciendo que al ser su «vida privada» es un problema con el que tiene que cargar ella sola. Usted sabe mejor que nadie lo devastador que puede ser dar la espalda a una víctima sólo porque el daño lo vive en casa, porque no hay nadie para verlo. Porque la gente no quiere «meterse donde no la llaman». Y ahora que tenemos la oportunidad de cambiarlo, ¿va a hacer como si nada? ¿Va a fingir que no se da cuenta?

El funcionario me cogió de los hombros y me llevó al interior de la garita, asegurándose de que nadie nos siguiera. Como si no me hubiera escuchado. Como si mis palabras le sonaran absurdas. Pero algo en la forma en la que fruncía el ceño me hacía pensar que no era tan frío como quería demostrar. Bajó el volumen.

—Leire, entiendo que la situación te haya afectado y que pienses así, pero tienes que darte cuenta de que esto no es responsabilidad tuya. Lo que está en riesgo es mi trabajo.

—Si yo fuera usted, pondría la seguridad de esa niña por encima de mi trabajo.

—Pero no lo eres. —Quiso sonar cortante, pero veía el conflicto debatiéndose en sus ojos—. Leire, tienes sólo diecinueve años. Entiendo que lo veas todo tan... fácil, y dice mucho de ti que te preocupes así por ella. Pero no puedes salvar a todo el mundo. No está en tu mano.

—Estoy cansada de escuchar que no puedo hacer nada —le espeté, y bajé la mirada al suelo. Noté la rabia hirviendo en mi garganta—. No puedo..., no puedo quedarme mirando cómo le hacen daño a la gente y fingir que no me afecta. Sería muy fácil decir que se lo han buscado, que se lo merecen, pero no soy nadie para juzgarla. Y si algo tengo claro es que esa niña no tiene que pagar por el delito de nadie ni tiene que correr el riesgo que está corriendo. —Solté

todo el aire que estaba conteniendo en un suspiro—. Necesito sentir que puedo hacer *algo*. Cualquier cosa. Y ahora..., ahora tenemos la oportunidad de intervenir, de cambiar algo. No podemos salvar a todos, tiene razón. Pero eso no significa que tengamos que cerrar los ojos ante lo que sí podemos cambiar. —Le vi cavilar. Vi cómo la duda nacía en sus ojos. Vi cómo Azahara cruzaba su corazón, igual que había cruzado el mío—. No finja que nunca se ha sentido como yo.

Su respuesta llegó en forma de un SMS, que creía que ya no se mandaban, esa misma tarde.

Si entonces había tenido ganas de hacer algo por Azahara, ahora la balanza se rompía y sentía por primera vez que también tenía que hacer algo por *mí*. Para que la culpa no me consumiera como la consumió a ella.

La diferencia es que Azahara nunca estuvo al volante.

Yo sí.



El cambio de hora obligó a Azahara a volver al aula, pero su voz siguió sonando en mi cabeza tiempo después, igual que los ruidos de aquella noche se repetían en la suya.

Por eso no me costó trasladar su angustia a la parroquia.

Cuando les conté la historia de Azahara al resto de los voluntarios, noté su recelo en la forma en la que evitaron mirarme.

Ojalá pudiera encontrar palabras que les removieran por dentro como me había pasado a mí. Ojalá pudiera ponerles delante de la mujer que habló con mi misma voz, pero que no tenía mi libertad. Ojalá pudiera replicar sus ojos brillantes y sus manos temblorosas, el dolor que reflejaban cada una de sus frases.

Pero para ellos, Azahara no era más que un nombre que olvidarían en dos semanas.

—Entonces, ¿de verdad la creíste cuando te dijo que era inocente? —Alicia fue la primera en romper el hielo, pero ni siquiera me miró. Jugaba con el nudo de sus zapatillas y tenía la expresión seria.

—Claro que sí. ¿Es que no has oído nada de lo que he dicho? No es la primera vez que la veo mal por culpa de su marido, y si la hubieras visto... Si hubieras visto cómo...

—Leire —Juanjo levantó una mano para frenarme—, no hace falta contestar así. Ya sabes lo que nos advirtieron antes de entrar: de todo lo que nos contaran, tenemos que creernos la mitad. Es muy noble por tu parte preocuparte así por Azahara, pero entiende que para ellos todos son inocentes. —Hizo hincapié en «todos» mientras en su rostro se formaba una sonrisa ladeada. A Alicia se le escapó una carcajada también—. No podemos fiarnos. Si están ahí es por algo.

—Pero... —Me mordí el labio para contenerme y no explotar. No podía soportar que siguieran hablando de los presos como si todos fueran iguales, como si no fueran más que una masa de gente sin nombres ni historias, sin voz ni dolor—. Me da igual lo que nos dijeran, Juanjo. Son personas. Lo mínimo que podemos hacer es creer que su sufrimiento es cierto.

—Y no he dicho lo contrario —se colocó las gafas sobre el puente de la nariz—, pero pueden enmascararlo detrás de historias falsas. Es lo que intento que entiendas, Leire. Van a hacer todo lo que esté en su mano para ganarnos, para ver si así podemos hacerles favores cuando estemos fuera.

—Azahara no me ha pedido...

—Sí, sí, no te ha pedido nada *todavía* —me interrumpió Fran. El chico no había dejado de fruncir el ceño desde que había empezado a hablar—. Juanjo tiene razón. Llevan mucho tiempo ahí dentro y nosotros somos como un juguete nuevo, Lei. Lo primero que aprenden al entrar es cómo actuar, cómo ser más fuertes en el módulo y más inocentes e ingenuos fuera. Son expertos en esas cosas. Harán lo que sea por salir.

—No puedes meterlos a todos en el mismo saco —insistí—. No puedes escucharles y darles palmaditas en la espalda mientras por dentro estás alerta, pensando que cada palabra es una mentira. Están cansados de ser tratados como perros. La cárcel no debería...

—Leire, no sigas por ahí —me cortó Juanjo. Echó un vistazo a todos los voluntarios, a cada cual más revuelto e incómodo—. Recuerda que estamos viendo una pequeñísima parte de la realidad.

—Por eso no me quiero imaginar cómo será el resto —bufé—. Lo único que estoy pidiendo es que se les trate como personas, que se les escuche y se les atienda. Que se les quiera. Por haber cometido un error no pueden perder el derecho a sentirse humanos.

Arranqué un pedazo de hierba con la última palabra. Notaba que la sangre me hervía, que a mi discurso se le unían todas las escenas de las que había sido testigo en las últimas semanas: la amputación del dedo de Claudia, los gritos de Verónica, el dolor de Azahara, la mirada de Marina, la desesperanza en los ojos de Ana, los cortes en los brazos de Manuel. Si yo no los recordaba, nadie lo haría.

—¿De verdad piensas eso, Lei? —Fue Helena la que habló. Estaba sentada a mi lado y tenía los hombros caídos—. ¿De *todos*? ¿Serías capaz de ayudar y tratar con el mismo cariño a un pederasta, a un terrorista, al asesino de tu familia? ¿Los verías como personas?

Tragué saliva antes de abrir los labios, pero no encontré palabras con las que contestar. Por suerte, Juanjo interrumpió el silencio:

—Chicos, chicos, calma. No estamos aquí para hacer juicios de moral, ¿de acuerdo? Estamos aquí para acompañar. Para escuchar. Leire, hay que aprender a levantar muros también. No puedes cargar con su condena y no les ayudas nada trayéndote sus penas a casa, ¿lo entiendes?

—Así que para la próxima sólo tengo que asentir y sonreír, ¿verdad? —dije, cruzándome de brazos—. Volver a casa como si no hubiera pasado nada.

—Sí, Leire, volver a casa como si no hubiera pasado nada, porque nosotros

volvemos a casa y ellos no —respondió Fran, cortante. No sabía qué clase de experiencia habría tenido con los internos, pero desde que Helena había hablado su rostro se había ensombrecido—. Ahí acaba todo lo que podemos hacer. Ahí acaba todo, punto.

Sus palabras fueron como puñaladas. ¿Es que estaban ciegos? ¿Es que de verdad no iban a hacer nada por ellos?

«Por ladrones, pederastas, asesinos, violadores —pensó una parte de mí—. *Eso es lo que son ellos*».

—Bueno, si seguimos así, no vamos a llegar nunca a ningún lado. —Juanjo dio una palmada para zanjar la conversación—. Ahora recojamos esto, que toca preparar la cena. ¿Alguien se ofrece voluntario para ayudarme en la cocina?

Y así, como si la cena fuera un tema mucho más importante que el trato de aquellas personas, todo el grupo comenzó a murmurar como respuesta.

Quise desaparecer. Enterrarme debajo del césped y regresar al mundo cuando dejara de sentirme tan insignificante, de ser tan sensible, cuando no sintiera el dolor de los demás como el mío propio.

Antes de levantarnos, Helena se acercó a mí.

—Anímate, va. En unas semanas estará todo olvidado.

—Eso es precisamente lo que no quiero.

Ella puso los ojos en blanco.

—Lei, de verdad, no todo es tan color de rosa. Y lo sabes. Cuanto antes te des cuenta de que nadie es tan bueno como nos hace creer en un principio, antes evitarás darte de bruces contra el suelo.

Se puso en pie, se sacudió la tierra de los pantalones y se marchó hacia el interior de la parroquia.

Qué triste era pensar así. Qué triste querer mirar a todos desde la cima en lugar de verlos desde el suelo. Qué triste que mi sensibilidad fuera una carga, un inconveniente, un impedimento, cuando para otros podría haber sido un regalo.

Pero ahí acababa todo.



Azahara

Estás en todas partes, Beth. En todas partes menos aquí, conmigo.

Quiero retroceder en el tiempo y sentarme a tu lado. Quiero verte crecer y convertirme cada día en un milagro. Quiero saber qué piensas cuando oyes la lluvia. Quiero verte saltando en los charcos, quiero oírte tararear tu canción favorita. Quiero ser parte de tu trenza, parte de tus dibujos, una de tus pestañas. Incluso ser una hebra del vestido que te cubre sería un regalo.

Así podría protegerte.

No quiero que seas su catarsis, Beth. Tardé demasiado en darme cuenta de que yo lo era.

Me ofrecí a él en bandeja. Me perdí jugando a dejarnos llevar. Me envolvió con palabras bonitas —las mismas que al principio te susurró cada noche— para hacerme sentir querida. Para que no dudara de su amor mientras él me vaciaba.

Me drenó, Beth. Y dejé que lo hiciera.

Si lo hace contigo, no me lo perdonaré nunca.



Leire

La carretera se fue estrechando conforme subimos la ladera, cada vez más empedrada y difusa, como si alguien se hubiera limitado a marcar el camino en la tierra con un palo. El GPS volvió a perder la señal y Helena soltó una maldición.

Ella conducía. Como siempre.

—Sigue todo recto —le indiqué.

—Tampoco me queda otra opción. —Bufó mientras estrechaba los párpados a cada bache en el camino—. A ver, Leire, repíteme otra vez por qué narices haces esto.

—Porque puedo.

—Eso no es una respuesta. ¿Y si lo que te espera ahí dentro son dos psicópatas? ¿Dos dementes? ¿Dos ancianitos que ni siquiera pueden ponerse en pie?

—¡Helen, por Dios! ¿De verdad lo ves así?

—Es una posibilidad.

Si Helena podía sentirse orgullosa de algo, era de haber seguido al pie de la letra las indicaciones que nos dieron durante el curso de formación previo al voluntariado. Ella era capaz de dejar detrás de las rejas todo lo que veía u oía. Tenía el corazón lo suficientemente grande para ayudar al que lo necesitara, pero la mente lo suficientemente fría para medir sus palabras. Sus intenciones. Sus gestos. Ella había aprendido a no confiar.

Por eso se mordía la lengua cada vez que me veía saltar en las reuniones de la tarde.

—Me molestó un poco lo que dijiste ayer —murmuré, y me encogí en mi asiento. Ella levantó una ceja, dudosa—. Metiste a todos los de la cárcel en el mismo saco. Pederastas, violadores...

—Es lo que son, Lei. —La carretera se curvó abruptamente, lo que hizo que Helena y yo nos inclináramos a la vez. Ella siguió con el ceño fruncido—. Serán muchas cosas más, no lo dudo, pero tienes que tener eso también en mente. Una cosa no quita la otra.

—Parece que olvidas que yo podría estar perfectamente entre ellos.

—¡Leire! —Helena frenó el coche abruptamente, provocando que mi cuerpo rebotara contra el cinturón. El corazón empezó a bombearme con más fuerza, como si el encuentro de aquella mañana no fuera suficiente. Helena puso el freno y se cruzó de brazos—. No hay punto de comparación, por Dios. Lo que te pasó pudo pasarle a cualquiera. ¡Y no meten a nadie en la cárcel por eso!

—¡No lo sabes! —Di un bote en mi asiento—. Joder, no lo sabes...

—Nada de antecedentes, cero muertes... Leire, venga ya.

No podía creer lo que estaba escuchando.

—Cero muertes —repetí, y chasquéé la lengua—. Al final es eso lo único que importa, ¿no? Helen, destrocé la vida de esa familia por..., por una estupidez. Joder, ni siquiera recuerdo bien esa noche. Nunca debí...

—No voy a dejar que empieces a fustigarte otra vez. —Helena apartó la mirada y la fijó de nuevo en la carretera al mismo tiempo que ponía el coche en marcha. El ronroneo del motor le hizo alzar un poco el tono de voz—: Eso ya

forma parte del pasado, Leire. Punto. No es tu deber juzgarte. Y si yo lo tuviera que hacer, no creo que merezcas la cárcel ni de coña.

—Tampoco Azahara la merecía.

Helena volvió a bufar.

—Perdona si te recuerdo que un juez tiene más criterio que tú para decidir eso.

—El juez nunca supo que era una mujer maltratada, Helen. Hugo fue quien la mandó a la cárcel.

—Pero es que tú tampoco lo sabes —insistió Helena con más pena que rabia. Dejó caer los hombros, abatida. Ella también estaba cansada de luchar—. Es igual. Sólo espero que no te metas en más líos.

—Tú fuiste quien me propuso el voluntariado.

—No para buscar a Ana. No para que te comieras más la cabeza. Sólo para...

—Para que viera la realidad, ya. ¿De qué sirve si tú la estás viendo también, pero te niegas a aceptarla? —Apoyé la cabeza sobre el cristal de la ventana—. Si todo son mentiras. Si todos son iguales...

Helena no contestó. Habíamos tenido muchas noches para discutir lo mismo, pero nunca llegábamos a buen puerto. En su lugar, alargó la mano hacia la radio y dejó que la música retumbara en el interior del coche. Empezamos a ver las primeras casas diseminadas a ambos lados de la carretera.

—No me gusta discutir contigo —murmuré. Miraba al suelo, igual que una niña pequeña a la que han pillado con las manos llenas de pintura.

—Ni a mí. Y menos por algo así. —Sin apartar la mano izquierda del volante, estiró la otra hasta encontrar la mía—. No sabes lo que daría por borrar aquella noche de tu vida, Lei. No te lo mereces.

—Claro que sí. Fue mi culpa, nadie me obligó a hacerlo...

—Sabes que no es tan fácil... —Helena detuvo a mitad la frase y le echó un vistazo al GPS, que empezaba a parpadear—. Lei, mira, creo que hemos llegado.

A nuestra derecha quedaba una casa de piedra blanca, con las hiedras y

enredaderas mustias buscando llegar al techo. El aire levantaba el polvo y, de no ser por las cortinas oscuras que se veían ondear a través de las ventanas, cualquiera pensaría que la casa estaba abandonada. Igual que sus ocupantes.

Mi cabeza no paraba de darle vueltas a la idea de que Azahara había crecido ahí. Podía imaginarla columpiándose en la rueda que colgaba de un árbol, en la parte trasera de la casa, con la misma risa que debía haber heredado Beth, pero que sus abuelos nunca oirían. Me pregunté cómo Hugo llegó a encontrarla. Y por qué. Por qué...

No me extrañaba que, alejada de todo, pensara que el amor que le daba Hugo era el amor que merecía. Nunca había conocido nada más.

—¿Estás segura de que quieres entrar sola? —preguntó Helena. Asentí, sin apartar la vista de la casa—. Está bien. Te esperaré en el coche. Chilla si al final sí que son dos asesinos en serie.

—Si no es demasiado tarde para entonces... —bromeé; me ganó un codazo por su parte.

A mi espalda, la puerta retumbó al cerrarse como si fuera el mazo de un juez.

Pero ese no era mi juicio.

Ese no era mi castigo.

Esa no era mi lucha.

Y, sin embargo, seguía creyendo que un gesto como ese podría salvarme también a mí. Era lo único que me quedaba.

Ya estaba demasiado cansada.

Los pasos que oí arrastrándose al otro lado de la puerta, tras llamar al timbre, también lo estaban. Las paredes parecían hechas de seda. Se oía el crujido de la madera. Se oyó la voz de un hombre, grave, llamando a la mujer desde la otra punta de la casa. Se oyó el chasquido de la mirilla, el momento de duda, el suspiro, el suave clic de un pestillo al deslizarse.

La dueña de la casa asomó la cabeza; no llegó a abrir del todo. Llevaba un vestido de flores, unos tacones rojos y el pintalabios a conjunto. Miraba a su

alrededor con el nerviosismo de quien no espera visita.

—¿Eres Leire? —preguntó.

—La misma.

Ella frunció el ceño.

—No te imaginaba así.

Me hizo gracia su forma de decirlo, como si acabara de desenvolver el regalo de Navidad equivocado.

—Bueno, si le sirve, yo tampoco la imaginaba a usted así —repuse con una sonrisa. Y no mentía. Era mucho más joven de lo que esperaba, aunque las arrugas se habían acomodado en su frente, entre las cejas, a pesar de no tener el ceño fruncido. Por la forma en la que agarraba la puerta deduje que estaba nerviosa. Y por cómo me miraba, sabía que era desconfiada, pero a la vez lo suficientemente amable para haberme invitado a venir.

—¿Es tu amiga la que espera en el coche? —preguntó. Asentí—. Está bien. Entra, mi marido nos está esperando en el salón.



Azahara

Cuando oí el primer llanto creí estar soñando. Por un momento, volví a estar en el accidente, justo cuando llegaron los primeros familiares y sus gritos rompieron la noche. O quizás era el llanto desesperado que se me escapó el día que Beth se fue.

Pero no. Me hubiera gustado que el dolor fuera sólo un recuerdo, pero los sollozos que me despertaron eran reales.

Se me puso la piel de gallina al reconocer la voz. Tenía sentido, claro: ella era la única que se despertaba antes del amanecer, a las cinco de la mañana, cuando la llamaban para que trabajara en la panadería del centro. Volvía siempre a las ocho, lista para dar el desayuno a su pequeño y con tiempo de sobra para guardarnos un par de sitios en el comedor. Siempre llegaba con harina en las mejillas y una sonrisa en los labios.

Aquella mañana, Esmé lloraba como si le desgarraran el alma.

Empecé a aporrear la puerta para que me dejaran salir, con la esperanza de que algún funcionario me oyera. Ya no me importaban las consecuencias; después de todo, no me quedaba mucho tiempo en el módulo de madres. Y no iba a dejar a mi amiga sola.

—¡Abrid! —chillé. Mi voz se perdía entre el murmullo cada vez más

agitado de las internas. Le di un golpe a la puerta—. ¡Joder, que alguien abra!

Acabé con los nudillos rojos. Le propiné una patada a la puerta en un último intento y me asomé a la pequeña ventana de cristal: habían encendido las luces del pasillo. Al último «¡NO!» de Esme se le unió el sonido de unas ruedecillas oxidadas.

Y entonces lo vi. Otra vez, como aquella noche, como tantos días. Unos enfermeros vestidos de blanco atravesaron el pasillo, atrayendo las miradas de todas las internas. Uno encabezaba la marcha, el otro arrastraba el carro.

Encima del catre, un cuerpo encerrado en una bolsa negra; aún se notaban sus curvas a través de ella. Pero los funcionarios siguieron arrastrando el catre con desgana, porque para ellos era sólo un procedimiento más: tocaba sacar la basura.



Cuando la funcionaria llamó para el recuento, todavía se oían los gemidos de Esme en el piso de abajo. Fui corriendo hacia ella.

La gitana estaba en la esquina más apartada del comedor, con la espalda contra la pared y el rostro oculto entre las manos. Seguía llorando. El resto de presas pasaban por delante del comedor sin inmutarse, directas a las clases, a la guardería o a sus destinos. No faltaban los murmullos. Algunas palabras empezaron a repetirse entre las conversaciones, demasiadas veces como para ignorarlas.

«Eran las cinco o así, ¿tú también lo has oído?».

«Al parecer, la ha encontrado su compi».

«Estaba muerta cuando llegaron».

«Muerta».

Muerta.

Muerta.

Y Esme seguía sola en el comedor. Eso fue lo que más me asustaba. Eso fue lo que tendría que haber advertido.

—Esme —la llamé. Corrí hasta sentarme a su lado. Ella ni siquiera levantó la mirada—. Esme, joder, ¿qué ha pasado?

Alzó la barbilla y se apartó las lágrimas con la manga, pero no sirvió para detenerlas. Tenía los ojos hinchados y la cara roja.

Entonces lo dijo.

El corazón se me detuvo un segundo antes de escucharlo; había adivinado sus palabras. La sangre dejó de correr. El mundo dejó de girar.

—Es Gabi... —Volvió a llorar. Volví a oír sus primeros gritos, volví a reconocer las curvas del cadáver bajo la bolsa, volví a notar la ausencia de la chica cuando todas bajamos—. Se han llevado a Gabi, se la han llevado, Aza...



Azahara

Cuando echaba la mirada atrás al día en el que Gabriela Giner entró en el módulo, veía a una chica demasiado feliz para estar en la cárcel. Demasiado joven. Demasiado cansada. Llegó con las manos alrededor de su vientre como si así se sintiera menos sola. O como si quisiera proteger a su pequeño de las demás internas; nunca lo supe. Llegó con los ojos brillantes, maravillándose ante el espacio del módulo, ante la tranquilidad, ante los colores que decoraban la entrada, donde se hallaba la guardería. Seguía habiendo barrotes, normas y criminales, pero fue la primera vez que Gabi se sintió a salvo.

Ojalá pudiera habérselo advertido.

«Gabi, sal de aquí o en ciento treinta y ocho días estarás muerta».

No lo hice. La muerte en la cárcel parecía algo reservado sólo a los adictos o a los peores casos de la enfermería. De vez en cuando alguna pelea acababa peor de lo esperado, una litera quedaba vacía y otra condena se alargaba. La gente que arrastraba el VIH se apagaba hasta morir... Aunque al menos ellos tenían tiempo para despedirse. También me hablaron de una epidemia de tuberculosis que hubo en prisión poco antes de que yo llegara que se llevó a unos cuantos internos por el camino.

En definitiva: los presos bailábamos con la muerte, pero preferíamos fingir

que no estaba ahí. Que aquello, al igual que los monos de color naranja y las duchas colectivas, era propio de las prisiones de América y las series de televisión, pero que aquí no pasaría nunca.

Fui estúpida.

Lo peor era saber que, si aquel día le hubiera dicho cualquier cosa a Gabi, ella sí me hubiera creído. Yo siempre fui la ingenua del grupo.

Los primeros días en el módulo estuvo sola. Hacer el vacío era la táctica más sencilla para descubrir si la nueva era alguien a quien temer, alguien a quien respetar o alguien a quien robar. Los débiles eran los últimos.

Gabi lo sabía tan bien como las demás.

Por eso se mantuvo con la barbilla en alto cuando se quedó sin sitio en el comedor, cuando le dieron la espalda en el patio, cuando murmuraron a sus espaldas sobre la nueva puta del módulo. Se apuntó a todos los talleres que pudo y no habló con ningún funcionario; sabía que abrir la boca en la cárcel era prepararse para que otro te la rompiera. Mientras otras internas la miraban con sorna, Esme y yo la mirábamos con curiosidad.

—Es superchiquita —comentó Esme, siguiéndola con la mirada mientras Gabi recogía los juguetes del patio—. Me recuerda mucho a mi Milenita, la mayor. Tiene quince años, ¿sabes? Y ya me la quieren casar. —Puso los ojos en blanco con un suspiro—. Si me la tocan, te prometo que salgo de aquí y me encargo de volver con un delito de verdad.

—Es imposible que esa chica tenga quince años, Esme. Tendrá dieciocho como mínimo.

—Está preñada. Serán diecinueve.

—¿Sólo por su embarazo? Además, ¿cómo sabes...?

—Cariño, ¿crees que la habrían traído al módulo si no? No es la primera que se preña para que la cambien. Y además es guapa, mírala. No parece gitana, así que no creo que el padre de la criatura la esté esperando fuera con el resto de la familia. ¿Tú le has visto alguna alianza?

Sacudí la cabeza. Estaba tan acostumbrada a conocer a madres jóvenes —

tanto porque yo lo había sido como por las mujeres que había en prisión— que a veces se me olvidaba que en la calle no era normal esperar un bebé con diecinueve años. Y mucho menos esperarlo entre rejas.

Gabi colocó en su sitio la última moto de plástico y se sacudió el polvo de los pantalones. Así, encorvada, empezaba a notarse la forma de su vientre, pero no dejó que la examinaran durante mucho más; se marchó del patio con paso decidido, sin mirar atrás.

—Será chiquita —dije—, pero sabe dónde se ha metido.

Esme esbozó una sonrisa de medio lado.

—Eso es porque ha salido de un sitio peor.



No tardé en confirmarlo. Aquel día me entretuve hablando con Esme durante la comida y acabé de comer cuando el resto del comedor ya estaba vacío. La ordenanza que se encargaba de la limpieza me lanzó un bufido de exasperación.

—¿Te queda mucho? —Apoyó el codo en el palo de su escoba y empezó a taconear el suelo con impaciencia.

—Ya está, ya me voy.

Me metí lo que quedaba de la manzana en la boca, cogí la bandeja y salí del comedor, dejando a la interna murmurando para sí. Ni siquiera me dio tiempo a lavarme las manos antes de marcharme, pero al menos sabía que no me encontraría a nadie en el tigre a esas horas: la mitad de las internas se habían ido a sus destinos; la otra mitad aprovechaba el poco rato que teníamos para dormir la siesta con sus niños. Esme me saludó al verme salir; tenía a Toni acomodado en una cadera y a Beth en la otra.

—¡Un segundo! —exclamé. Beth rio y gritó un «¡mami!» que las funcionarias enseguida chistaron.

Sus voces fueron quedándose atrás conforme me alejaba por el pasillo, camino al lavabo. Y fue entonces cuando la oí llorar.

Me detuve en seco, con el corazón acelerado. Pensé que estaba sumida en un recuerdo, que aquel llanto era el mismo que se repetía cada noche cuando cerraba los ojos, unas veces más agudo que otras. Cuando eso me pasaba, entendía que los recuerdos del accidente se habían mezclado con las noches que vinieron después: con cada grito de Hugo, cada golpe sobre la mesa, cada amenaza.

Pero aquella tarde no era yo quien lloraba. Gabi estaba sentada en el suelo, mirando en la dirección opuesta a la puerta. Podía ver parte de su espalda y su pelo a través de la rendija. Tuve cuidado de no hacer demasiado ruido al entrar; quizá llevara un pincho con ella. Cuando alguien se encerraba en el tigre, el único lugar del módulo en el que no había cámaras, nunca era por una buena razón.

Empujé la puerta con la punta de los dedos.

—Eh —dije.

Gabi se sobresaltó, se puso en pie y se giró hacia mí, llevándose una mano al pecho y la otra al vientre.

La puerta quedó abierta entre nosotras. Dio un paso hacia atrás hasta que se chocó con la pared. Se limpió las lágrimas con brusquedad.

—¿Qué quieres? —Tenía la voz ronca, pero se esforzaba para que yo no lo notara.

—Nada, nada, perdona. Sólo quería ver si estabas bien.

—Estoy bien.

—Ya. —Me alejé un poco—. Entonces deja de estar a la defensiva. No he venido a joder.

Debí sonreírle, porque su expresión se relajó. Se mantuvo quieta mientras yo me alejaba hacia el lavabo. Abrí el grifo para lavarme las manos.

—Si no quieres que te oigan, la próxima vez deja que el agua corra. Aunque has hecho bien en venir aquí; las paredes del chabolo son de papel. Pero eso:

abre el grifo. Por si acaso.

—Entonces, no oiré a quien entre.

—Tampoco me has oído a mí ahora, ¿no? —Sacudí las manos en el aire y me volví hacia ella con una sonrisa. Bajó la mirada, avergonzada.

—Soy gilipollas. Joder... —Se mordía el labio con tanta fuerza que juraría que quería romperlo. Me dio la espalda en cuanto notó que los ojos se le humedecían—. Júrame que no le dirás a nadie que me has visto así.

—¿Crees que a alguien le importa?

—No soy imbécil, ¿vale? Sé que aquí los grandes se comen al más débil, y no pienso ser yo. No otra vez.

—Aquí nadie se come a nadie. Vale, Esmé tiene un mal genio impresionante cuando le toca madrugar, pero todavía no la he visto morder a nadie. Y no puedo decir lo mismo de los niños, pero, ya sabes, a ellos se les perdona todo. —Gabi me miró por encima del hombro, sin acabar de entender que estaba bromeando—. Hablo en serio. Nadie te va a hacer nada, de verdad. Aquí recibes lo que das, punto. ¿Se puede saber de dónde has salido?

La joven volvió la vista a sus pies.

—Estaba en el módulo 17.

—Ah, joder. El módulo conflictivo, ¿verdad? —Ella asintió—. Entonces, ¿eres una de las «conflictivas»?

Gabi me fulminó con la mirada.

—No lo seré tanto si me han sacado de ahí, ¿verdad?

—Porque estás embarazada. —Se ruborizó al escucharme, como si creyera que seríamos tan tontas de no darnos cuenta.

—Porque yo lo quise.

—Ya, suele ser el caso.

—No, quiero decir que... —Respiró hondo y dejó caer los hombros—. Es igual. Sólo me alegro de haberme largado de ese módulo. Tenía miedo de que aquí me recibieran igual.

—Aquí tenemos bebés. Te recibimos con más gritos, polvos de talco y

colonia de Nenuco, y además nos sabemos todas las canciones de *Peppa Pig*.

Y esa fue la primera vez que vi sonreír a Gabriela Giner.

A partir de ese momento, la mayoría de mañanas empezaría al revés: con Gabi haciendo sonreír al resto y contagiándose después de su sonrisa. Dejó de tener miedo. Y creo que ese fue su mayor error: creer que no habría nadie dentro de la cárcel que pudiera hacerle más daño que el que se había hecho ella misma.

Se sentía segura porque los criminales que temía estaban lejos, enjaulados como ella. Se sentía esperanzada porque cada noche amaba más a su hijo, que aún no conocía. Se sentía invencible. Irrompible.

Quizás el problema naciera las noches que empezó a contarles cuentos a los niños, antes del recuento. A todas nos fascinaba la capacidad que tenía para engatusar hasta al más revoltoso. Ahora entendía por qué.

En la cárcel, todas estábamos rotas, sucias, abandonadas. Éramos las brujas que quemaban en las historias. Y, sin embargo, en las suyas a veces aparecían pequeñas brujitas que encontraban algo de luz en medio de tanto dolor. Brujas llenas de coraje y de bondad. Brujas que seguían entre rejas.

Esa era Gabi.

Esa fue Gabi hasta el último de sus días.

Gabi, que de tanto imaginar historias con finales felices olvidó que la vida no era un cuento. Olvidó que los héroes no siempre triunfan y que la cárcel no es un lugar seguro, por mucho que los barrotes estén pintados de colores. Olvidó que aquí el coraje tenía otro nombre.

La mató creerse valiente. Intocable. No era la primera que hinchaba el pecho y se lanzaba al campo de batalla sin miedo ni armadura. Y tendría que haberla parado, tendría que haberlo sabido...

—Esa gilipollas... —había dicho Gabi en cuanto le conté el encuentro con Marina en las escaleras—. Has hecho bien en decírselo a la funcionaria, Aza. Si no, a la próxima te hubiera mandado directa a la enfermería.

—Pero he sido una cobarde. —Aquel día nada podría animarme; aun así, Gabi estuvo ahí. Gabi pensó que podía—. Estoy segura de que si no es Marina

será su compi, pero alguien correrá el rumor de lo que ha pasado y me darán una paliza por chivata.

—¡Ni de coña! —Me dio un cariñoso golpe en el brazo—. Escucha, Aza, seré una bola de billar con poco equilibrio y mucho sueño, pero si van a tocarte será por encima de mi cadáver. —Se cruzó de brazos sobre su vientre, frunciendo los labios.

—Va, tonta, no digas tonterías.

—No lo son. Eres mi amiga. Moriría por ti si hiciera falta.

—¿Morir por mí? —Repetí antes de soltar una risa sin aire—. No quiero que nadie muera por mí, Gabi. Si eso, quiero que *vivan* por mí, que amen por mí, que sientan y sangren por mí. Pero nunca se te ocurra morir. No tú.

Gabi se quedó helada.

—No te pongas seria, boba —dijo, recuperando la sonrisa—. Estaba de coña. Menos lo de machacar a quien te ponga un dedo encima, claro. —Se arremangó la camisa y puso los brazos en jarras.

Aquella tarde reí al imaginarme a la pequeña Gabi luchando contra los villanos que acechaban en la cárcel. Se me olvidó que sus palabras no dejaban de ser ciertas. Yo no era ninguna niña y ella ya no estaba contando ningún cuento.

Apenas dos semanas después, el vacío que ha dejado en mi pecho me recuerda que nada de esto tendría que haber sido así. Gabi no tenía que acabar así...

Y el mundo parece reírse en mi cara. Estrangula mi esperanza y dice: «Pero así es como ha acabado».



Leire

La última semana del campamento empezó oscura.

Había demasiado silencio para estar en la cárcel. Demasiado *negro*.

Los presos llegaron al área primero, las presas llegaron cabizbajas. Mientras vigilaba la entrada, vi a Marina salir corriendo del economato, escondiendo algo entre las manos.

Pero Marina no debía estar ahí. Nos habían confirmado su baja después del incidente con Azahara.

—Eh —dije, poniéndome en pie—. ¿Tú no estabas...? —Marina se frenó en seco y me atravesó con la mirada, haciéndome enmudecer—. Perdona. Quería decir que...

—Me han metido otra vez por compasión, supongo. Circunstancias especiales. Ya sabes. —Arqué una ceja. Marina pareció sorprenderse—. ¿O no lo sabes?

—¿El qué?

—No os han dicho nada, ¿verdad? —Relajó los hombros al suspirar,

descubriendo lo que contenía entre las manos: una pequeña vela apagada—. No, claro que no. Seguramente la habrán dado de baja sin más. Total, para ellos no es más que un número. Una menos. Hay que joderse.

—¿Qué? ¿De qué hablas? —Pero Marina ya me había dado la espalda, camino al patio.

—Si ves a Raquel, dile que ya no quedan velas en el economato del 17 — dijo antes de salir—. Y que me empiezo a hartar de esta puta mierda de sitio. Pero nadie va a mover un dedo por ella, ¿verdad? Vamos a seguir dejando que nos maten.

Sus palabras fueron suficientes para empujarme a salir, a pesar del calor y de los ojos sombríos que había visto en los presos. Mi intuición no hacía más que agudizarse: algo pasaba.

Algo estaba pasando.

Los ya cotidianos grupos de internos que se formaban en los descansos se habían reducido a sólo un par. El resto estaba reunido en una esquina del patio, con las espaldas formando un círculo. Había demasiado silencio. Cuando los presos callaban, sabías que algo no iba bien.

—¿Se puede saber qué...? —empecé, llegando hasta el grupo a zancadas. Todos estaban apesadumbrados, con las manos a la espalda, mirando algún punto en el centro. Me abrí paso entre dos internas y me frené en seco.

Marina se separó del grupo con la mirada serena, hincó una rodilla en el suelo y se agachó para dejar su vela, ahora encendida, junto al montón de velas que alumbraban aquel rincón del patio. El calor era tan asfixiante que la cera ardía sobre el suelo. El color de las velas envolvía cada una con un haz morado, azul, naranja, blanco. Parecían formar parte de un mosaico.

En el centro estaban Azahara y Esmeralda, ayudando a colocar todo. Cuando acabaron, se sentaron de piernas cruzadas en medio de aquel santuario. Los demás internos no tardaron en unirse, formando una ola. Una marea silenciosa.

Di un paso atrás, sintiéndome intrusa. A los dos segundos choqué de

espaldas contra el pecho de un funcionario y di media vuelta, sobresaltada.

Él me miró desde arriba, con los mismos ojos azules que llamaron mi atención el primer día de voluntariado. Carraspeó para apartarse.

—Perdone —dije.

—Es igual. ¿Siguen con el funeral?

Sentí que se me helaba la sangre.

—¿Funeral?

—Así lo llaman aquí dentro, pero es más bien una especie de... despedida.

—Se cruzó de brazos y se acarició el bigote con una mano—. Ayer perdimos a una interna. Hazme un favor y avísame en cuanto notes cualquier movimiento extraño, ¿de acuerdo? Y que nadie vaya solo al baño.

¿Movimiento extraño? ¿Como rezar, llorar, abrazarse? Acababan de perder a una compañera. No quería imaginarme cómo. Lo extraño sería que no les dejaran pasar el duelo. Pero no le dije nada, sólo lo que él quería escuchar:

—De acuerdo, don..., don...

—Francisco —me recordó él—. Don Francisco, jefe de servicios y jefe de seguridad del área. Mándalos de vuelta a los talleres si empiezan a molestar.



Aquella tarde, el telediario local confirmó mis sospechas. La noticia ocupó unos tristes veinte segundos y enseguida fue sustituida por el último debate político que se habían encargado de repetir hasta la saciedad. Pero fue suficiente para que todos los voluntarios volviéramos la vista a la pantalla e hiciéramos un círculo alrededor del televisor. Helena buscó mi mano y la apretó con fuerza, como si quisiera asegurarse de que era real, de que los escenarios que la cámara enfocaba eran los mismos que pisábamos cada mañana.

Fueron sólo unos segundos. Fueron sólo unas palabras cargadas de

medioverdades.

«Muere una presa por una crisis cardiaca en el centro penitenciario de Ordana, donde se denuncian carencias médicas».

Sacudí la cabeza.

No era sólo una presa, era Gabriela. Gabriela Giner. Tenía nombre. Tenía una familia, unos padres, un futuro hijo y unas amigas que le acompañaban cada mañana a la garita para que tomara las pastillas vitamínicas que necesitara. Era la primera en coger la pelota en el patio y jugar a darle toques, con las manos siempre en su vientre y el pelo recogido en una coleta demasiado larga. Era joven. Estaba sana.

Estaba bien, *estaba aquí*.

Juanjo se acercó por detrás y apagó la televisión. Parpadeé y sacudí la cabeza, como si la imagen en la pantalla me tuviera hipnotizada. Habían mostrado la cárcel desde las alturas, con los patios vacíos y la luz de los puestos de vigía encendida. Un primer plano de las concertinas. Unos pasos anónimos cruzando al otro lado de las rejas. Las mismas imágenes que reciclarían con cada noticia que hablara de la cárcel, porque mostrar rostros demacrados, madres desesperadas y ancianos hacinados en los patios no ayudaría a nadie. La gente se sentía más segura si olvidaba que en la cárcel vivían personas.

Y ahora sabíamos que también *morían*.

Helena no soltó mi mano. A nuestra espalda, Juanjo carraspeó.

—Mañana por la tarde ofreceremos la misa por ella.

—¿Y en la cárcel? —La voz de Helena sonó agrietada, como si las palabras hubieran rasgado su garganta.

—No sé si nos permitirán, Helen... —empezó Alicia, pero Juanjo la interrumpió:

—Hablaré con los funcionarios. Quizá podamos tener un rato de oración antes de empezar los talleres.

—No servirá de nada. —Mi voz sonó ajena, extraña, como si la oyera fuera de mí. No aparté la mirada del televisor. No solté la mano de Helena—. Gabriela

está muerta.

—Gabriela está con Dios, Leire...

—El único dios que conocen en la cárcel son los hombres. Hombres que se creen con el poder de decidir quién merece morir.

—Lei, ¿se puede saber de qué hablas? —Alicia me miraba como si me hubiera vuelto demente. Ella era la que estaba ciega.

—¿De verdad te crees esa mentira? ¿Una «crisis cardíaca» en una chica de diecinueve años que estaba perfectamente sana hace dos días?

—Leire, eres la primera que te quejabas del trato que recibían en enfermería —dijo Fran—. ¿Y ahora esto te sorprende?

—Chicos, chicos, ¡basta! —Mi mano se quedó fría en cuanto Helena se deshizo de ella para enseñar las palmas al resto—. Por favor, no discutamos por esto. Es inútil.

—Helena tiene razón. —Juanjo alzó el tono de voz en un intento de sonar más autoritario—. No es hora de pensar en teorías conspiratorias, sino de rezar por Gabriela y su familia. Es todo lo que podemos hacer. Ahora vamos a ponernos en marcha, que la cena no se hará sola.

No bajé a cenar aquella noche. Tenía el estómago cerrado y la mente demasiado despierta como para volver a reunirme con todos. No quería hablar de temas banales ni fingir que nada había cambiado. Que conocer la cárcel no nos había cambiado.

La diferencia es que ellos veían la cárcel como un cristal, una jaula que les separaba de los presos, que los protegía. Para mí era un espejo. Un reflejo de lo más oscuro que guardábamos todos dentro.

Yo era la única que vi a Gabriela como una igual. La única que se veía cada vez más cerca de las rejas.

Aquel día hizo uno menos para el dieciséis de septiembre. Ahí no tendría la mano de Helena. Nada serviría.

Nada.



—Leire, ¿estás despierta?

Helena se incorporó en el colchón, apoyando la cabeza sobre una mano.

Las conversaciones que se fundían entre el sueño y la vigilia parecían haberse vuelto una tradición las noches como aquella. No la culpaba. A aquellas horas, con la respiración profunda de Alicia y el zumbido del ventilador como melodía de fondo, nuestras palabras parecían evaporarse en la oscuridad.

Respiré hondo, con las manos juntas sobre el abdomen y la mirada fija en el techo.

—Sí.

—¿No puedes dormir?

—Es que hace mucho calor. —Era la excusa fácil.

—Ya. —Helena suspiró. Sabía que, si ella se había despertado, no sería porque el sudor se le pegara a las sábanas. A ella sólo le despertaban las dudas

—. Oye, Lei, ¿de verdad piensas eso?

Supe enseguida a qué se refería.

—¿Que Gabriela no murió por un infarto? Totalmente.

—Que Dios no existe en la cárcel. Que son los hombres.

Me quedé con los labios entreabiertos, como si me faltara el aire, recordando mis propias palabras horas antes. Aún no me había parado a pensar si de verdad lo creía o si había sido fruto del enfado. De la rabia. Del miedo.

Helena preguntaba sin buscar juzgarme, como el día que le hablé de Ana y del accidente. La oí revolverse y colocarse bocarriba, como yo, cada una mirando a su propio cielo.

—No —murmuré. Me noté la garganta seca—. Pero porque no quiero pensar que Dios existe para castigarnos.

—Yo tampoco. —Su voz fue sólo un murmullo.

Luego llegó nuestro silencio. Las imágenes del día cruzaron mi mente como relámpagos, ruidosas, fuertes. Cómo habíamos dejado los platos amontonados en la pila, el portazo de las puertas en la cárcel, las palabras sin filtro de Marina, tan confiadas, tan rabiosas, tan altas. Las voces de la cárcel siempre estaban cargadas de violencia. Esa era su guerra. Gabriela había sido la primera en perder.

Y quería creer en un Dios que nunca debió permitir nada de esto.

—Helena...

—¿Hmm?

—¿En qué crees?

La oí suspirar.

—¿Sinceramente? Ahora mismo sólo creo en mí. Y en ti. En nosotras. Es todo lo que tenemos al final, lo que queda en nuestras manos. Creo en nosotras. En que tenemos la fuerza suficiente para cambiar las cosas. Y estoy muy orgullosa de ti, Lei.

Aquello casi me sacó una carcajada.

—¿Por ganarme un juicio antes de los veinte años?

—Por mirar más allá de ti. —Sonó seria—. Por preocuparte por Ana, por Gabriela, por los presos..., a pesar de todo. No lo haces para ganarte a nadie, lo haces porque te sale de dentro. Estoy segura de que harás mucho bien. Y ahora nos hace falta.

Se dio media vuelta de nuevo, haciéndose un ovillo bajo la sábana.

—Me pregunto dónde entra Dios en la ecuación —murmuré. De nuevo, las palabras se fundieron en la oscuridad de la habitación. Helena rio.

—En todas partes —murmuró—. Ten un poco más de fe.

—La fe es lo único que no he perdido, Helen.

Quería pensar que Dios estaba en el aliento de los que corrían huyendo del horror, que estaba en las lágrimas que había visto derramar a los internos.

Helena me recordaba que no tenía que buscar milagros para verle. Sólo tenía

que mirar adentro. En el corazón de cada preso, de cada niño, de cada uno.

—También me tienes a mí —dijo Helena.

Y también en ella.



Azahara

Creía que nada dolería más que ver la cuna de Beth vacía, pero el hueco que Gabi había dejado en el comedor, en el patio y en cada recuerdo, se agrandaba como un agujero negro hasta consumirme.

Había llegado un punto en el que me rentaba más no sentir. No llorar, no recordar, no fingir. Estaba cansada de sufrir, de que a cada piedra en el camino se le sumaran montañas. No tenía fuerzas para escalar ninguna más.

Así que dejé que la pena por Gabi se convirtiera en apatía. Engañé a mi cabeza para que creyera que la razón por la que los funcionarios sacaban sus cosas del chabolo era que por fin se había ido en libertad. Sin despedirse, como Beth.

Quizá no estaba tan equivocada.

Me quedé observando cómo las pocas pertenencias de Gabi se iban en cajas de cartón. El cielo estaba nublado y lo único que se oía en el módulo eran las risas de los niños, ajenos a todo lo que ocurría. Iba a echarlo de menos. Si no fuera por la muerte de Gabi y todo el papeleo que les tenía ocupados, ya me hubieran echado a patadas. Aquí yo ya no era *madre*.

Una de las funcionarias trastabilló al bajar el último escalón y todos los objetos que cargaba en su caja se desparramaron por el suelo.

Creía de verdad que me había vuelto de piedra, que tanto dolor había acabado creando una costra a mi alrededor, que después de arrebatarme a mi niña y aplastar mi dignidad ya no habría más formas de hacerme daño. Pero ver aquella diminuta camisa acabó de romperme.

Porque Gabi no era la única que se había ido. Se había ido Gabi y el niño que llevaba con ella; se habían ido sus sueños y su futuro. Gabi no estaba en libertad, arrojada por su familia e ilusionada por la llegada de su hijo; Gabi estaba *muerta*. La habían arrancado de la tierra como si no fuera más que un hierbajo. Basura.

—¿Vais a seguir fingiendo que no habéis tenido nada que ver?

La chica, una nueva funcionaria demasiado joven como para ganarse autoridad, arqueó una ceja mientras recogía el último zapatito de la caja.

—¿Qué? —preguntó, como si no me hubiera oído.

Abrí la boca para replicar, pero unas manos me asieron de los hombros.

—Azahara, déjalo estar. —Esme estaba de pie, con la mirada clavada en las funcionarias que se marchaban. Frunció los labios antes de volverse hacia mí—. Queda una semana en la escuela de verano. No la fastidies ahora.



Ni siquiera la escuela era ya la misma escuela.

El duelo afectaba a cada interna de manera distinta. Para la mayoría, la muerte de Gabi no era más que un recordatorio molesto de lo poco seguras que en realidad estábamos. Para otras había sido la llama que necesitaban para empezar a arder: de rabia, de desesperación, de miedo.

Marina pertenecía al segundo grupo.

La observaba siempre desde la distancia, y ella levantaba la cabeza para saludarme como si no hubiera pasado nada, como si ella no hubiera provocado el

horrible cacheo que lo empezó todo. Pero quizás había destrozado la vida de tantas internas que ya ni siquiera se molestaba en repartir su odio entre ellas. Proteger su negocio era su trabajo, no algo personal.

No sabía si eso me aliviaba o me asustaba más.

Esme empezó a acercarse más a menudo al grupo de internas del 17.

—Sigo sin entender por qué quieres ir con ellas, Esme —le dije aquella mañana, dos minutos antes de entrar en el patio.

Sus ojos eran puro hielo.

—Mira el resto opciones. Podemos ir con Vanesa y las demás madres y sólo servirá para llorar y hundirnos más en la mierda. Podemos ir con los voluntarios y fingir que somos iguales, pero ellos seguirán cruzados de brazos y no se atreverán a darte un abrazo. —Tragué saliva; Leire no era así. Leire me escucharía—. O podemos ir con Raquel y Marina; nadie se nos acercará y escucharemos lo que de verdad queremos oír.

—¿Y eso es...?

—Que estamos hartas, Aza. Hartas. —Su voz era hierro. Nunca la había visto tan furiosa—. Y ellas dos son las únicas que también lo están.

Esme tenía razón. Siempre la tuvo. La muerte de Gabi no había sido, sin duda, la primera que ella hubiera visto en la cárcel, pero sí la que le pillaba más cerca. Desde la madrugada en la que había encontrado su cuerpo, justo cuando iban a marcharse juntas a la panadería, no la había visto llorar otra vez. Su dolor se había vuelto furia.

No creía que Marina o Raquel sintieran el mismo dolor que nosotras, pero compartían la rabia. Ellas no concebían un mundo sin odio.

—No podemos permitir que nos sigan tratando como animales —escupió Marina, fulminando con la mirada a los voluntarios que charlaban a la entrada del patio—. Míralos. Nos encierran aquí como si fuéramos un puto rebaño. Y cuando descubren que hay lobos, dejan que nos coman sin más, porque les importamos una puta mierda.

Giré la cabeza hacia donde ella miraba. Leire estaba de brazos cruzados, con

la mirada perdida en algún punto en el suelo, y Juanjo hablaba con don Francisco a su lado. Recé para que el funcionario no me viera; no quería ni acercarme a él. Sólo quería que recordara su promesa. Que me diera el permiso de fin de semana. Quizá ver a Beth me ayudara a olvidar toda esa pesadilla.

—No sé dónde te crees que estamos, Marina —dijo Esme. Exhaló el humo de su cigarro despacio, como si disfrutara de la caricia que recibían sus labios. Nunca la había visto fumar tanto—. No estamos en el patio del colegio, nena. Lo raro sería que les importáramos.

—Somos presas, coño, pero no animales —murmuró Raquel.

—¿Hay alguna diferencia?

—Joder, ¿y te vas a quedar tan pancha? —siguió Marina, cruzándose de brazos—. Parece que te dé igual todo. Parece que ni siquiera te importe que se hayan quitado de en medio a tu amiga.

—Ellos no... —empezó Esme, pero no fue capaz de acabar la frase. Apretó los labios y tiró el humo hacia otro lado.

—¿Me vas a decir en serio que ellos no lo hicieron? Vamos, ¿qué mentira os han contado ahora? ¿Por qué murió Gabi, eh? Espera, deja que lo adivine: ¿aborto natural? ¿Una infección? ¿La encontraste rodeada de sangre o blanca como un cadáver?

—Cállate.

Esme ni siquiera parecía molesta, sólo cansada.

—Fue por causas naturales —intervine. Empecé a liarle un cigarro a Esme para no mirar a Marina—. Nos dijeron que tenía problemas de corazón.

—Y os lo creísteis como tontas, ¿verdad?

No contesté. No quería darle más vueltas. Prefería pensar eso, prefería creer que aquella funcionaria que limpió la habitación de Gabi sentía de verdad pena en sus ojos, que sus palabras eran ciertas. «Estas cosas pasan», dijo. «Crees que todo va bien y de pronto... ¡Bam! Tu corazón se agota».

—Siempre fue una chica muy activa. Puede que tuviera hipertensión o algo así —murmuró Raquel. Ella tampoco levantó la mirada.

Marina se giró hacia ella con una mueca de asco.

—¿Hiper qué?

—Hipertensión. Ya sabes, la tensión alta y...

—Menuda gilipollez. ¿Y te crees entonces que la preñada era la única hipertensa de los dos mil internos que somos? ¿Te crees de verdad que su salud dejaba tanto que desear? —Bufó, levantándose el flequillo que le caía por la frente—. Estoy harta. Os están comiendo el coco a todas y estáis dejando que os mangoneen como idiotas. Nos tienen aquí para hacer justicia, y ellos son los primeros en saltársela.

Mi mirada fue directa a Leire.

—No tienes pruebas —susurré.

—¿Ahora eres la abogada del diablo o qué? Pruebas... —repitió con una sonrisa mordaz—. No necesito más pruebas. Esta cárcel es un puto infierno. Estamos aquí para cumplir condena, no para que nos maten. No soy la única loca que está harta de todo esto, Azahara. Un día se arrepentirán de lo que han hecho, te lo juro, y verán que son tan cerdos como los presos a los que azotan.

Acabó su discurso con un escupitajo directo al suelo.



Las palabras de Marina siguieron repitiéndose en mi cabeza como un disco rayado. Sin ella me inundaba la apatía; con ella, la furia. Y yo sólo quería encontrar un lugar donde descansar. Lejos de esas rejas, de ese sol, de ese infierno.

Pero a las puertas de prisión sólo me esperaba Hugo. Se me rompía el corazón sólo de imaginar a Beth entre los mismos brazos que me destruyeron. Los que me arrojaron, también. Los que llenaron mis manos de cayos y mi corazón de grietas.

Sentía que no tenía fuerzas para cargar con tanto.

—Eh. —La voz de Leire me sobresaltó. Estaba de pie frente a mi pupitre, pero se puso de cuclillas para llegar a mi altura. Siempre se movía como si estuviera bailando; los pies en punta, los brazos en curva y la sonrisa ensayada —. ¿No te apetece jugar?

Alargó un papel hacia mí. Ni siquiera me había enterado de la actividad de hoy.

Sacudí la cabeza.

—Podemos salir a hablar si quieres. Además, afuera corre un poco más de aire, y con el calor que hace... —Sonrió—. Yo lo agradecería.

Me separé de la mesa despacio, y eché una última mirada a Juanjo antes de levantarme.

—Yo también —dije.

Dos minutos después, estábamos sentadas en las escaleras de la entrada; las mismas donde encontramos a Nina y donde le hablé de Hugo. Leire no dejaba de acariciarse el codo.

—Estoy preocupada por ti —dijo al fin, soltando todo el aire que contenía como si fuera un globo pinchado—. Sé todo lo que ha pasado con Gabriela, y después de lo que me contaste sobre tu marido y tu hija, yo... Lo siento mucho. De verdad. No puedo imaginar todo lo que estás sufriendo. —Una pausa. Supuse que esperaba una respuesta, pero estaba demasiado cansada para decir nada—. ¿Puedo..., puedo hacer algo por ti? Lo que sea.

Me contuve para no reír. No podía traerme a Beth de vuelta, no podía sacarme de aquí, no podía darle vida a Gabriela. Todo lo que pidiera sería un capricho comparado con eso.

—Sólo me gustaría saber si Beth está bien. Hugo no me contesta las cartas ni las llamadas. No es que antes lo hiciera, siempre decía que estaba con sus amigos, pero... —Suspiré. Era la frase más larga que había dicho en demasiado tiempo—. Tampoco creo que desde tu posición puedas hacer nada.

—Puedo escucharte. ¿Cómo llevas lo de Gabriela?

Su nombre fue como un resorte. Las palabras me salieron de forma automática:

—No quiero hablar de ello.

—Te encoges cada vez que alguien dice su nombre, pero aún no te he oído a ti decirlo. Quizá te sirva hablar del tema. No voy a juzgarte. No busco el morbo, sólo quiero... ayudar. De verdad. —Levanté la mirada esperando encontrarme presión en sus ojos, pero sólo había pena. Hubiera preferido que me engañara. Así es como funcionaban las cosas en la cárcel. Llevaba tanto tiempo sin escuchar palabras sinceras, sin dobles sentidos ni malas intenciones, que ya ni siquiera era capaz de reconocerlas—. Puedes empezar hablando de ella. Di cualquier cosa. Algo que te recuerde a ella. Cosas que te hagan recordarla por lo que era, no por quien fue los últimos días.

—No sé nada de ella —respondí con la voz quebrada. La mentira sabía amarga en mis labios—. Vino al módulo hace sólo unos meses, cuando ni siquiera se le notaba la barriga. Y ya sabes, no podemos creer nada de lo que nos cuenten. A los presos nos encanta mentir, ¿no?

Arrugó la nariz.

—Tanto como a los que están en la calle —murmuró—. Yo la conocí hace sólo tres semanas y su muerte me duele. Eso no tiene nada que ver. Igual que sé que a ti te duele también, y por eso todavía no has dicho ni su nombre. Pero que te duela dice algo bueno de ti, ¿sabes? Que te importaba. Que te *importa*. Si duele es que la querías.

Tragué saliva. Y si ya no quería que doliera, ¿que significaba? ¿Qué decía de mí mi propia coraza? Que era egoísta, seguramente. Que era estúpida. Que no tenía ni idea de cómo enfrentarme al mundo.

Había oído esas palabras en boca de Hugo tantas veces que me extrañaba haber tardado tanto en creérmelas.

—Es una catarsis, ¿no? —dije—. Es lo que quieres que haga, lo que me explicaste. Como echarle alcohol a una herida. Quieres que hable de ella para que deje de doler.

—De Gabriela.

—De Gabi —la corregí. Su nombre se quedó atravesado en mi garganta—. Todo el mundo la llamaba Gabi, y creo que ella lo prefería. Era como una niña pequeña, en el mejor de los sentidos. Siempre buscándole el lado positivo a todo. Siempre creyendo en la bondad de los demás. Pero también es..., era —me corregí— toda una revolucionaria. No se estaba quieta nunca. Si íbamos a los talleres a pintar, ella nos retrataba a todas en la calle. Si nos retrasábamos en la cena, ella les contaba historias a los niños antes de dormir. Era una cerilla encendida. Una llama constante. Parecía que nunca le hubieran hecho daño.

—A mí me hablaba mucho de los niños —dijo Leire, sonriendo—. De los del módulo, quiero decir. Y también de su hijo, de que ya quería ser como él porque..., porque los niños, aun siendo vulnerables, son fuertes en sus ganas de sobrevivir y crecer. Es lo que decía.

—Ella ya no va a crecer, Lei. Ni ella ni su hijo —susurré. Sentí que el peso de todo lo que había contenido caía de golpe sobre mis hombros y me hundí, enterrando la cara entre mis manos—. Ojalá no la conociera. Ojalá no la quisiera.

—No digas eso —murmuró Leire. No con enfado; con pena—. No intentes dejar de sentir, Aza. Eres humana. Tienes derecho a sentir y a querer todo lo que quieras, por mucho que duela. Eso es vivir. Ya eres prisionera aquí dentro, no dejes que tu mente se transforme en otra cárcel.

Aquella última frase estaba tan cargada de verdad que sentí que algo se rompía dentro de mí. Ojalá fueran los grilletes que yo misma forjé.

Me mordí el labio inferior y rodeé la mano de Leire con la mía.

—Gracias —susurré, simplemente. Ni siquiera sabía por qué, pero no podía marcharme sin decírselo—. Gracias, de verdad.



Esme ya no era la misma. Pasaban los días y su luto no mejoraba. No había dejado de llorar, y ya ni siquiera le importaba que otros la vieran. Pero ahora, de pronto, se había vuelto de piedra. Ni siquiera su propio hijo conseguía despertarla.

—Esme —la llamé, dándole un suave codazo. Llevaba sola en el patio dos horas, y pronto nos chaparían en las celdas para dormir—. No sé qué estás pensando, pero no creo que te esté haciendo ningún bien.

«No seas prisionera de tu mente también», recordé. Para la gitana parecía ser demasiado tarde.

—Sabes que fui yo quien la encontró, ¿verdad? —dijo de pronto, sin volverse para mirarme—. Nos tocaba turno de mañana en la panadería, y ella siempre se duerme, así que fui a avisarla de que si no bajaba ya a por la medicación, llegaríamos tarde. Nos habían abierto el chabolo media hora antes. Cuando llegué ella ya... Ella no... —Tragó saliva. Después de una breve pausa, siguió hablando—: Sabía lo que venía después. Lo vaciarían todo y buscarían sospechosos. O eso harían si Gabi hubiera muerto en la calle, pero aquí no hay tiempo para más crímenes, así que se dieron a la explicación más fácil. Problemas de salud.

Arrugué el ceño.

—No sería la primera vez. El invierno pasado murieron un montón de internos por neumonías que no se trataron. Aquí hay de todo menos salud. Si Gabi tenía problemas de corazón y no lo sabía, no la llevaron a la enfermería, no le dieron ninguna dieta especial para ella, ninguna medicación...

—Una mierda —espetó Esme; ni siquiera tenía fuerzas para sonar furiosa—. Una puta mierda, eso es lo que es. Gabi no es tonta, no llevaba tanto tiempo aquí como para no saber si tenía problemas. Nos lo hubiera dicho. ¿Sabes qué es lo que ha podido causarle todo eso? Las pastillas. Las putas pastillas que nos hacen tomar cada día.

—Esme, no...

—Alguien tenía una razón para acabar con ella, te lo digo yo. —Empezaron

a temblarle las manos, pero no se detuvo—. Fui yo quien la encontré, Aza. Cogí las cartas que tenía sobre el escritorio y las escondí en mi chabolo. No me he atrevido a leerlas hasta hoy.

—¿Cartas? ¿Qué cartas?

—Júzgalo tú misma. —Con los dedos todavía temblando, rebuscó en su bolsillo hasta sacar un minúsculo papel arrugado.

No sabía qué iba a encontrarme en él. La carta estaba fechada un día antes de su muerte.

Querida mamá:

¿Cómo estás? Espero y rezo para que todo vaya bien por casa. ¿Cómo está Ainara? ¿Y las gemelas? ¿Tienen ganas de empezar el cole o aún lo ven muy lejano? Las echo un montón de menos. Os echo a todos de menos. Cuento cada mañana los días que quedan para volver a estar todos juntos.

Por mi parte, estoy descansada. Hoy el peque me ha dejado tomar un respiro, aunque llevo una semana con una angustia y un malestar tremendo. Ni en el primer trimestre estuve así. Me he asustado, pero en realidad creo que está todo en mi cabeza. He visto cosas que me gustaría olvidar. Ya lo sabes, mamá. Esto no deja de ser duro.

No quiero preocuparte con esto, de verdad, pero sabía que era mejor escribirte a ti que a toda la familia. Tú sabrás aliviarnos a todos mejor. Me he metido en medio de una situación... algo complicada, y de verdad que no sé qué hacer. Pienso en ello todos los días.

Hay un funcionario que me tiene fichada. Sabe que sé el monstruo que es. Hace cosas horribles, mamá, y me harté de callarme. Cuando me vio, me amenazó como si fuera un perro. La segunda vez por poco agarra la radio y me la estampa en la cabeza. Lo vería capaz. Después de lo que hizo, sería más que capaz...

Mami, no tienes ni idea de lo que significa estar aquí dentro. Si abres la boca

delante de la persona equivocada, en el mejor de los casos te vas unos meses a aislamiento, y en el peor, te levantas muerta.

Menos mal que ya no estoy en el módulo 17, mamá. Ahí no sabías si sobrevivirías a una bronca de las internas. No podía ni fiarme de mi compañera de chabolo, ¿recuerdas? Por suerte, todo ha quedado atrás. Excepto ese funcionario...

Pero después de lo que hizo, no iba a permitir que se saliera con la suya. Estoy harta de que se crea un ser superior, que se crea Dios, que crea que no tenemos ni familia ni sentimientos ni vida. Hace unos días, me vio escribir la instancia y te juro que pensé que me iba a matar en aquel mismo instante. Pero no me frené. No dejaré que el miedo me paralice. En unos meses estaré fuera, pero no puedo permitir que mis compañeras se queden con ese monstruo.

Me gustaba pensar que estas cosas sólo pasaban en las películas. Pero no...

Aun así, no quiero dejarte con un mal sabor de boca. ¡Hace unas semanas me adjudicaron un destino! Ahora estoy en la panadería, los martes y jueves por la mañana, con Esme. Hacemos el pan del día: pan blanco, pan integral, pan de leche... Oh, a ese último le he hincado el diente más de una vez. Ojalá me dejaran hacer algo más que pan. Les prepararía ese bizcocho de yogur tan bueno que tú siempre hacías. De hecho, el día que salga, lo prepararé en casa, para todos. Tengo muchas ganas.

Te quiero, mamá.

Dale besos a todos de mi parte.

Con cariño,

Gabi

La Tierra dejó de girar durante un instante; todavía no sé si por notar a Gabi tan cerca o por todo lo que significaban sus palabras. Una parte de mí se sentía intrusa. Otra, traicionada. Otra, rota.

Quería releer su carta hasta que ese «en unos meses estaré fuera» se volviera real, hasta que las palabras de Gabi no fueran su sentencia.

—¿Quién más lo ha leído? —pregunté.

Esme siguió sin mirarme. Se secó las lágrimas con el puño antes de contestar:

—Marina.



Leire

Helena me acompañó de camino al área sociocultural, con el resto de los voluntarios mucho más atrás. Aquel día la chica parecía haber absorbido la energía de todos los demás; hacía tintinear sus pulseras al andar y sonreía a cualquiera que se nos cruzara por la prisión. Más de uno se quedó mirando sus ojos grises o siguiendo las ondas de su pelo.

A su lado, cada vez me parecía más a una flor mustia. A una cerilla apagada.

—¿Viste a Marina el otro día? —dije al entrar en el primer pasillo vacío. Ella asintió—. Le han vuelto a dar de alta en la escuela... ¿Te parece que es buena idea?

—¿Por qué no? A mí me cae bien.

—La quitaron porque tenía incompatibilidad con Azahara. Una interna me contó que le había dado una paliza.

—¿Marina? Pero si está delgada como un palo. No creo que le hiciera nada.

—Sigue teniendo puños, Helen.

Ella se encogió de hombros.

—Aun así, si le han dado el alta es por algo. No deberías estar tan sorprendida. Lo de las palizas es algo normal aquí, más entre internos. —No cambió su expresión ni un sólo segundo.

—No sé. —Hice una mueca, incómoda—. ¿No deberíamos comentárselo a alguien?

Helena se detuvo en seco, haciendo que me chocara contra su hombro. Abrió mucho los ojos, como si acabara de soltar una bomba.

—Oh, no, no, no. Ni se te ocurra —dijo. Levanté una ceja, extrañada—. Mira, Lei, hace unos días vi cómo golpeaban a José, ¿sabes?

—¿José? ¿El chaval que siempre va con gorra...?

José era uno de los internos más jóvenes; cumpliría los diecinueve en un par de meses. Sin embargo, una discusión desafortunada y unas copas de más le habían regalado pasarse parte de su juventud en prisión.

—Sí, el que tiene un tatuaje en el hombro —explicó Helena, señalándose el suyo—. Bueno, pues vi cómo un funcionario venía a buscarle y le daba un golpe en toda la mandíbula porque el chaval llegaba tarde. Fue en un cambio de hora; me parece que tú estabas recogiendo. Pero estaban casi todos los internos delante, conmigo.

Tragué saliva.

—¿Y no hiciste nada?

Helena siguió caminando con la mirada al frente, como si estuviéramos hablando de una chancla perdida en lugar de una agresión.

—Fui a la garita a contárselo a otro funcionario; no fue buena idea. —Su rostro se contrajo en una mueca de disgusto—. Me dijo que, si se me ocurría denunciar, me quitaban el pase. —Toqueteó con los dedos la tarjeta identificadora que nos daban en la entrada—. Así que me di media vuelta y me olvidé del tema.

Parpadeé. Quise pensar que había escuchado mal.

—¿Y ya está? —pregunté. Helena levantó una ceja—. ¿Eso es todo? ¿Ves cómo humillan a un chaval delante de todos y te muerdes la lengua por si te

quitan la tarjetita?

—Escucha, Lei, no es tan fácil, ¿vale? Primero de todo: es un preso, no un *chaval*. A veces se te olvida dónde estamos. —Apartó la mirada, consciente de cómo mi enfado iba ardiendo cada vez más dentro de mí—. Y segundo, lo hablé con Juanjo, ¿vale? Y él tiene razón. Podemos ayudar más escuchándoles desde dentro que fuera. Una denuncia no les iba a parar. Los funcionarios son colegas, al fin y al cabo. No echarán a nadie por pegar a un interno.

Me mordí el labio para intentar no soltar lo primero que se me pasara por la cabeza. No quería pagarlo con Helena.

—Yo le hubiera dado mi pase en mano si me amenazaran así —murmuré, apretando la mandíbula—. Más después de lo que ha pasado con Gabi... No necesitan más sustos.

Helena arrugó la frente.

—¿Gabi?

—Gabriela. La interna a la que mataron.

—La interna que *murió*. —Tragó saliva. Leí la duda en sus ojos, pero estaba demasiado cansada para rebatir nada. Ya no merecía la pena.

Llegamos al área sociocultural, donde la mayoría de los internos, como Juanjo había previsto, esperaban en el patio, agrupados en pequeños círculos en los únicos rincones de sombra. Me detuve en seco al pasar por la puerta que daba la entrada al exterior. A unos metros de distancia, Marina se alzaba en medio de un grupo enorme de internos; en su mayoría, todas las mujeres del módulo 17 y algunos hombres del 24. Escucharla me erizó la piel.

—¡Ellos no son nadie! ¡Nadie! —decía—. ¿Hasta cuándo vamos a soportar esto? ¿Hasta cuándo, eh? No nos servirá de nada ir uno por uno enfrentándonos a ellos, no, porque uno nunca sirve. Acabarán pateándonos como animales, como hacen siempre. Pero ¿a ochenta? Uno a uno podrán machacarnos, pero no podrán doblegar a ochenta, ni a sesenta, ni siquiera a cincuenta de nosotros. ¡Joder, ya está bien!

Habló lo suficientemente alto para que todos los internos del patio la oyeran,

pero para que no llegara a traspasar aquellos muros. Los murmullos que Marina levantó ahogaron su propia voz.

Entonces ella se detuvo, apretó los labios y clavó su mirada justo en mí. Como si supiera que la escuchaba. Como si quisiera avisarme de que no debía. Sentí que con una sola mirada me estaba mandando directa a la enfermería.

—Buenos días, chicas.

Me di la vuelta con un sobresalto, agradecida por la intrusión del funcionario. Era uno de los empleados más jóvenes; un hombre fornido y moreno que nos había dado la bienvenida al área todas las mañanas. Helena, que para entonces ya estaba con un pie en las escaleras, se giró para mirarle.

—Os traigo a los de enfermería. Siento la tardanza.

—Nosotros también hemos tenido complicaciones —dije con una sonrisa tímida—. El resto de voluntarios está en camino.

—Estupendo.

—Sí, nosotras vamos a ir cogiendo el material, ¿verdad, Lei? —Helena se acercó a mí a saltitos y me zafó del brazo—. Enseguida bajamos.

El funcionario sonrió y volvió la vista hacia el patio, con una mano en el cinturón y la otra sobre la porra. Supuse que las armas le daban la seguridad que la edad le restaba.

Supuse que el funcionario que golpeó a José pensó lo mismo.

Subimos las escaleras. Una parte de mí seguía intranquila.

—¿No están haciendo mucho jaleo?

—Como siempre —dijo Helena, camino al aula.

Pero no era cierto.

No se oían risas ni saludos, sólo voces. Traté de descifrar lo que decían, pero cada voz rebotaba en las paredes de los pasillos y volvía en forma de eco.

—No creo que... —Un grito me interrumpió. No, no fue un grito; fueron muchas personas alzando la voz al unísono.

Helena estaba pálida.

—No, como siempre no —susurró.

Quise contestarle, pero un grito de Marina sustituyó mi voz. Tenía la voz desgarrada, llena de euforia. No pude oír lo que decía; a su alrededor se le seguía uniendo un mar de voces, hombres y mujeres, cada vez más potentes, cada vez más... furiosos.

Se me puso la piel de gallina.

—Voy a ver qué está pasando —dije antes de correr hacia las escaleras.

—¡Leire, espera!

Pero Helena no se atrevió a cruzar la puerta.

Hizo bien.

Entendió que, aunque los colores de los pasillos nos engañaran, aunque nos sirvieran la misma comida y compartiéramos el mismo patio, seguíamos estando en prisión, no en un colegio. Seguíamos rodeados de criminales y delincuentes, no de niños.

No de amigos.

No vi a nadie en las escaleras, a nadie en los baños del pasillo, a nadie en el vestíbulo que daba la entrada al área. Sentí que el corazón me latía con tanta fuerza que en cualquier momento lo vomitaría. El bullicio no disminuyó en ningún instante.

Y entonces todo explotó como si alguien hubiera hecho estallar una bomba. El abucheo se volvió un mar de gritos de euforia, y a las voces se le unieron risas y pasos. Demasiados pasos. Me quedé helada sobre el último escalón, con una mano en la barandilla para sostenerme, mientras las puertas del patio se abrían con fuerza y una marea de presos empezaba a correr hacia el pasillo.

Alguien tendría que haberme dicho que me detuviera, que aquellos internos ya no eran los mismos que pintaban mandalas en silencio. En sus ojos ardía fuego. Apretaban los dientes y sonreían en una expresión que parecía haber fundido la rabia con el éxtasis.

Ninguno se detuvo, ninguno me vio. Ninguno hizo un esfuerzo por fingir que no estaban huyendo.

Mis pies fueron directos hacia el patio, donde todavía se oían los gritos de

Marina:

—¡Vamos, venga! ¡Esta es nuestra oportunidad, joder! —Tenía la voz ronca y desgarrada, el pelo revuelto cayéndole sobre la frente y el rostro rojo y lleno de sudor.

Se había subido al pequeño banquillo del patio para hacerse ver por encima de todos los presos. Me costó abrirme paso entre la gente, que no paraba de empujarme y correr como si alguien hubiera proclamado un incendio.

No entendía nada.

Hasta que conseguí entrar en el patio y reparé en lo que Marina tenía a sus pies. El funcionario que unos minutos antes nos despedía con una sonrisa ahora estaba encogido en el suelo, dándome la espalda, inmóvil. No sabía si inconsciente o muerto. Con un pie sobre su cadera, como si se tratara de un soporte, Marina apremiaba a todos los internos para que salieran.

—¡Si podemos con uno, podemos con todos! —gritó, alzando el puño al aire.

Fui corriendo hacia ella hasta que me di cuenta de que sostenía la pistola del funcionario. Se agachó para hacerse también con la porra y clavó los ojos en mí.

Ya no podía ver a Marina, la chica de pelo corto que reía con demasiada fuerza y que llevaba siempre camisas un par de tallas más grandes. Veía a Marina, la asesina. La ladrona. La criminal. Veía toda la maldad que las paredes habían tratado de atrapar, ahora libre.

Y aquella ocasión ella me veía a mí como la presa. Enseñó los dientes al sonreír.

—Veo que te has unido al motín, Lei —dijo, haciendo hincapié en el diminutivo. Bajó del escalón de un salto—. ¿Estás con o contra nosotros?

Sentí que mis extremidades se paralizaban. El miedo se instaló en mi garganta hasta dejarme muda. Las manos comenzaron a temblarme. Las voces de los internos y el ruido de su estampida inundaron mi mente, amenazando con hacerla explotar. Pero sólo tenía ojos para Marina, que irguió el cuello y se fue acercando a mí, con la pistola en una mano y la porra en la otra.

En dos segundos me dio tiempo a imaginarme todas las formas en las que me mataría.

Mis piernas consiguieron reaccionar y caminé para atrás, pero enseguida choqué contra el cúmulo de gente que se agrupaba en la puerta del patio. Unas manos me empujaron de nuevo hacia fuera, a un metro de Marina. Caí de rodillas al suelo.

—No contaba contigo, *profe*. —Marina escupió en algún punto a mi derecha. En mi interior, se repetía una única frase: «que no duela, por favor, que no duela...»—. Pero has sido muy oportuna. Puede que me seas de ayuda.

Levanté los ojos un segundo, esperando una aclaración, pero sólo recibí un golpe seco en la sien.

Mentiría si dijera que no dolió.



Azahara

Recordaría mis últimos días en el módulo 22 con el mismo caos que había llenado el resto de mi estancia. Si estaba en uno de los módulos más pacíficos y atendidos, no quería imaginar lo que me esperaba durante el traslado.

Con suerte, ver a Beth aquel fin de semana me ayudaría a llevarlo mejor. Hugo todavía no había contestado ni una de mis cartas o llamadas, y había rechazado cada una de mis peticiones para visitas. No quería pensar por qué me evitaba así. No quería escucharle, porque sabía que de alguna forma acabaría creyendo que la culpa era mía.

«Me has endosado a la niña de sopetón, ¿y pretendes que tenga tiempo para escribir una puta carta? Eres una egoísta, de verdad. El mundo no gira alrededor de ti, ¿sabes?».

Oía sus palabras en mi cabeza como si fueran reales. Nunca sería capaz de responder a ellas, por miedo. Miedo a que me dejara tirada en la calle, miedo a que hiciera daño a mi hija, miedo a que quisiera vengarse.

Me aferraba a la esperanza de que las cosas aún podían cambiar. No era la primera vez que él era consciente de que me hacía daño. Siempre volvía a ofrecerme el refugio de sus brazos y me llamaba llorando. Él nunca lloraba. Sólo por mí, porque me quería, porque de verdad *lo sentía*.

«Sé que te he hecho daño, Azahara, y lo siento, lo siento de verdad —decía—. No puedo perderte. A ti no. Eres el amor de mi vida, Aza. Sin ti no soy nada. Nada».

Lo peor era creer que yo tampoco.

Me había acostumbrado tanto a su silencio que aún me sorprendí cuando una de las funcionarias se acercó aquella mañana al chabolo.

—Tienes una llamada —dijo, y por un momento deseé que se hubiera equivocado. Cubrí la cuna de Beth con mi cuerpo como si así pudiera hacerle creer que aún estaba ahí. Que no tenían que trasladarme, que era madre, era madre, era madre.

No para ella.

—¡Venga! —insistió al ver que no me movía.

La seguí hasta las cabinas con la cabeza gacha, arrastrando los pies. El teléfono estaba descolgado. Casi podía oír la respiración profunda de Hugo al otro lado de la línea, ver su ceño fruncido y sus manos rudas y fuertes alrededor del cable.

Tenía miedo de lo que pudiera decirme.

«Te odio».

«Te amo».

«Beth no está bien».

«Beth no te quiere volver a ver».

«Ya no le importas, Aza».

«Ya no *me* importas».

Basta, basta, basta.

—Hola, amor.

—Hugo... Te..., te he echado de menos. No he sabido de ti en semanas...

—Lo sé, lo sé. He estado ocupado.

—¿Está todo bien?

—Sí, amor. Es la banda, como siempre. Que si nos dividimos, que si seguimos tocando, que si dejamos de cobrar... Es una puta mierda.

—Lo siento mucho.

—Ya. ¿Cómo estás tú?

Con el corazón amenazando con desbocarse, con la ropa de luto, con el recuerdo de don Francisco en los arañazos de mi piernas, con la cuna vacía de Beth apareciéndose cada vez que cierro los ojos, con el miedo a que enfadarte me aleje de ella.

—Bien —mentí—. Aunque las cosas por aquí están un poco... alteradas.

—¿Alteradas?

Pegué la espalda contra la pared y eché un vistazo al módulo. Desde la muerte de Gabi, parecía que el techo estuviera cargado de humo; las internas caminaban cabizbajas y salían del chabolo sólo cuando era estrictamente necesario. En los últimos días, los murmullos se habían incrementado. Esme no se atrevía a ir a los tigres sola. Se hablaba de pinchos, de conspiraciones, y llegaban noticias de otros módulos que preferíamos pensar que eran mentira.

—Problemas con sanidad —dije.

—Ah, bueno. —Le oí reír—. Nada que no tengamos también fuera.

—No es lo mismo.

Hugo chasqueó la lengua.

—En fin. Quería preguntarte por Beth.

Sentí que me faltaba el aire.

—¿Beth? ¿Qué pasa con ella?

—¿Que qué pasa con ella? ¿Estás de coña? —Le oí bufar al otro lado del teléfono. Pegó una patada al suelo. No se oían gritos ni llantos; nada más que su respiración—. Llevo toda la semana liado con los putos papeles. Deja de hacerlo más complicado, Azahara, por el amor de Dios. Esa niña no puede estar en la cárcel.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Seguro que han sido tus amiguitas, ¿verdad? Expertas en engañar, como buenas presas. Mira a ver con quién te juntas, Aza, porque a mí esto no me hace ni puta gracia.

—Hugo, ellas no...

—Ya, ya, lo mismo de siempre. ¿Es que aún no lo ves, verdad? —Suspiró—. Estoy luchando porque seamos una *familia* de verdad, Azahara, y me lo están poniendo difícil. Esas furcias te están comiendo la cabeza, estoy seguro, porque nunca han tenido una familia como la nuestra. Nunca han tenido alguien que las quiera como yo te quiero a ti. Nunca han tenido un padre como el que yo soy para Beth. —Hugo tragó saliva. En mi cabeza, sus palabras saltaban de un lado para otro, buscando una explicación para todo lo que decía—. Quieren separarnos, Aza. Por envidia. Por miedo. Porque soy un hombre, yo qué sé. Quieren que pierda lo único bueno que tengo. —Su voz se quebró, y sentí que una parte de mi corazón se rompía con ella.

Hugo no lloraba. Hugo era fuerte. Hugo me sostenía cuando no me quedaba nada más.

Porque, antes de entrar en la cárcel, no tenía a nadie más.

—Hugo, mis amigas no..., no han hecho nada. No sé de qué estás hablando. ¿Qué tiene que ver esto con Beth? —Me aferré más al cable del teléfono como fuera la mano de mi hija.

—Mira, Azahara, como todo esto sea cosa tuya... Te quedarás sola, ¿lo entiendes? Esas mujeres te están engañando. Cuando salgas de allí dentro te harán las mismas putadas que les hicieron a quienes vinieron antes de ti. Estoy intentando protegerte, joder. No las escuches. Tenemos que ser una familia. Beth me necesita.

Una funcionaria salió de la garita a toda prisa, buscándome con la mirada.

—Nadie me está engañando, Hugo —dije con toda la paciencia que pude—. Beth está contigo. Se la llevaron cuando cumplió tres años.

Cayó la primera lágrima. Hugo soltó una carcajada cargada de sarcasmo. La funcionaria echó un vistazo al módulo, gritó a un par de compañeras que recogían el patio, fijó los ojos en mí.

—Te crees que soy imbécil, ¿verdad? Que me voy a creer tus mentiras.

—¡No te estoy mintiendo! —La rabia ardió en mi garganta—. Por Dios,

¿qué es lo que quieres, Hugo? ¿Dónde coño está Beth?

Juraría que su respiración también se cortó al otro lado.

—¿Qué dices?

—Te dieron a Beth hace unas semanas. Está contigo, tiene que estar contigo...

—¡Que yo no la tengo, joder!

—¿Qué?

Pero no le dio tiempo a responderme; la funcionaria de turno me asió del brazo, obligándome a separarme del teléfono.

—¿Es que no me has oído? —dijo—. Os esperan en la escuela desde hace veinte minutos. Marchando, ahora.

Cogió el teléfono con la mano que tenía libre. Aún oía a Hugo al otro lado, despotricando, gritando, volcando mentiras.

Porque tenían que ser mentiras.

—Por favor, es importante...

La funcionaria colgó.

—Todas a la entrada, ¿me habéis oído? —gritó a un grupo de internas que todavía estaban recogiendo el desayuno—. Tú también. ¡Venga!

Me empujó hacia el vestíbulo. Recuperé el equilibrio y fui tambaleándome hacia el grupo de internas, con las palabras de Hugo todavía haciendo eco en mi cabeza. Esme se hizo al frente, dejando atrás al resto de las internas, y abrió los brazos para acogerme. No sabía lo mucho que necesitaba un abrazo hasta que ella me lo ofreció.

—Eh, eh, tranquila —dijo ella, acariciando mi pelo. Tenía que alzar la cabeza para estar a mi altura—. ¿Va todo bien?

«Expertas en engañar, como buenas presas».

Asentí.

—Era Hugo —musité con el rostro todavía oculto en su melena. Esme se separó de mí al instante.

—¡Andando! —La funcionaria hizo aspavientos con las manos desde atrás,

animándonos a reunirnos en el vestíbulo como si fuéramos un rebaño.

Con un suspiro de resignación, Esme tomó mi mano y se dirigió hacia la multitud, no sin antes lanzar una mirada mordaz en dirección a la pecera.

—Cuéntame, nena —murmuró, atenta a las conversaciones de las demás—. ¿Te ha dicho algo feo? ¿Cómo está la niña?

Tuve que esforzarme para no llorar.

—No está, Esme.

—¿Qué?

—Que Beth no está con él. O eso es lo que me ha dicho. Pero es imposible, se la llevaron hace ya mucho tiempo...

—Es un cabronazo, Aza. —Se cruzó de hombros con el ceño fruncido—. Créeme, conozco bien a los de su tipo. Tienes que pararle los pies de una vez, cariño. ¿Y sabes cómo empezar? Olvidándote de él por un puñetero día.

No pude evitar oír su voz.

«Quieren separarnos, Aza. Por envidia. Por miedo».

Cerré los ojos con fuerza.

—No es tan fácil, Esme.

Las puertas del módulo seguían cerradas, a pesar de que hacía media hora que debíamos estar en la escuela de verano. Había tan poco espacio que nuestros hombros chocaban, y el hedor a sudor se hacía cada vez más insoportable. Esme bufó ante a mi respuesta.

—Es sólo un día, Aza, ¡un día! Olvídate de él sólo por hoy. Sólo un día. Nos quedan tres en la escuela, así que aprovecha este tiempo que tienes para distraerte antes de que también nos lo quiten y regresemos a la dichosa rutina.

Tragué saliva. Acabaría el mes y volveríamos a vivir el mismo día trescientas sesenta cinco veces al año.

—Si nos sacan.

—Si nos sacan —repitió Esme con un suspiro. Miró hacia la entrada con impaciencia.

Por suerte, la funcionaria encargada de llevarnos al área no tardó mucho más

en llegar. Ni siquiera se disculpó por la tardanza; después de todo, aquí teníamos todo el tiempo del mundo.

Esme y yo encabezamos la marcha, con el resto de madres hablando a nuestras espaldas. Las voces rebotaban y hacían eco en las estrechas paredes de los pasillos, que pronto dejaron paso a otras áreas con ventanas abarrotadas que daban a patios interiores. Nunca veíamos más de diez metros de distancia hasta encontrarnos con otra pared.

El grupo se frenó en seco a medio camino. Una funcionaria delgaducha vino corriendo hacia nosotras, con el rostro contrariado y los puños apretados. En cuanto llegó a nosotras, advertí que sus ojos estaban cargados de miedo, no de ira.

—¡Volved! ¡Atrás todas! ¡Tenéis que regresar al módulo *ya*!

Su última palabra fue un grito. La mujer hacía señas con las manos por encima de nuestras cabezas, a apenas un palmo de distancia de Esme, pero ni siquiera nos miraba a los ojos. La gitana se apartó el pelo de la cara y se llevó una mano a la cadera con un suspiro.

—¿A qué viene todo esto? —soltó, viendo que la funcionaria la trataba como si fuera una pared—. Primero tardan una barbaridad en llamarnos para ir a la escuela y ahora...

El estruendo de las sirenas hizo callar a Esme. Todas nos encogimos a la vez, sobresaltadas por la potente alarma que empezó a sonar en cada uno de los altavoces de la prisión con tanta intensidad que pensé que me explotarían los tímpanos. Sonaba con tanta fuerza que ahogaba la voz de la funcionaria, que no había cesado de hacer señas con las manos y nos empujaba hacia atrás como si fuéramos un rebaño.

Esme trastabilló y cayó sobre mí, pero la funcionaria no detuvo la marcha. Nos acorraló hasta que empezamos a retroceder. Las sirenas seguían llorando, cada vez con más frecuencia, cada vez más alto.

—Esme —dije, aferrándome a su brazo—, ¿qué está pasando?

Tuve que alzar el tono de voz y acercarme a su oído para que pudiera oírme.

Ella sacudió la cabeza.

—Nada bueno, nena.

Se oyó un carraspeo por megafonía y a las sirenas se le unió una voz grave y monótona:

—Todos los internos han de permanecer en sus módulos hasta nuevo aviso. Repito: todos los internos han de permanecer en sus módulos hasta nuevo aviso.

—¡Venga, vamos! —chilló la funcionaria, pellizcando a las más rezagadas.

—¿Es un simulacro? —le pregunté a Esme.

—¿Te parece a ti que esa mujer está fingiendo? Oh, no, nena. La última vez que montaron una así fue un caos. Me parece que fue porque un interno había intentado escapar.

Soltó un taco en cuanto la funcionaria le dio un golpe en la espalda para que continuara avanzando. Las alarmas seguían retumbando por los estrechos pasillos, haciendo eco en mi cabeza. Sentía que iba a explotar.

Dos funcionarios aparecieron corriendo por una de las bifurcaciones. Se detuvieron frente a la que nos guiaba, con las manos sobre la porra y el rostro perlado de sudor.

—Se necesitan refuerzos en el área sociocultural —le indicaron. Las alarmas les obligaban a alzar la voz—: Llévalas al módulo cuanto antes y vuelve a la garita.

—¿Y las del módulo 17?

—Dentro. —La voz del funcionario sonó devastada.

Entonces lo entendí. Cada trozo de conversación, cada ataque de ira contenida, cada amenaza empezó a cobrar sentido en mi cabeza. Me giré hacia Esme en busca de alguien que me confirmara que no estaba loca, que todo encajaba. Sólo había una persona capaz de despertar a la prisión entera.

—Esme —la llamé. La gitana se giró hacia mí con el ceño fruncido. Ella también había oído a los funcionarios—. Marina. Es ella, ¿verdad? Esto es lo que llevaba planeando todo este tiempo.

La forma en la que su rostro palideció confirmó todas mis dudas.

—No pensé que sería capaz.

Volvieron a oírse pasos y voces, y aparecieron más funcionarios en el pasillo. Iban armados. Se detuvieron un instante para avisar al resto y luego siguieron su carrera hacia el área. Aun así, sus palabras no escaparon de mis oídos:

—Daos prisa —les urgieron—. Se ha producido un secuestro. Es una voluntaria.



Pedro

Quería pensar que no viviría para ver un motín más en la cárcel. No sabía cómo iba a regresar a casa aquella noche ni de dónde sacaría las fuerzas para sentarme a cenar y preguntarle qué tal el día a mis niñas, sin ser capaz de decirles que en la cárcel los presos han vuelto a comportarse como salvajes.

No quería ver el miedo de nuevo en sus ojos. No quería que mi mujer me cogiera de la mano como la última vez, me apartara un mechón de pelo con cariño y me susurrara: «No quiero que tu profesión te mate, Pedro. Eres mejor que esos hombres».

Porque ahí es donde se equivocaban.

Cuando entré en la garita, todos mis compañeros estaban de pie y con la vista clavada en las pantallas. Los pasillos por los que se accedía al área sociocultural estaban desiertos. Los guardias se agrupaban a una distancia prudente. Los presos se habían hecho con el mando de la cárcel; los que no se habían quedado amotinados en el área habían huido hacia enfermería.

—Pedro, vigila las cámaras —me pidió Susana, una de las funcionarias de turno—. Han amenazado a los enfermeros con pinchos y luego las han dejado salir. Están llegando al módulo 21.

—¿Y los funcionarios de guardia?

Hizo una mueca.

—Los internos han aprovechado el cambio de turno.

Examiné la pantalla.

Marina León sonreía a la cámara con burla. A sus pies tenía el cuerpo todavía inconsciente de la voluntaria a la que habían secuestrado, la bailarina. Los demás voluntarios habían salido a tiempo del recinto y la chica que la acompañaba, Helena, huyó al ver el revuelo. Había corrido hasta la garita y ahora estaba encogida en una esquina, junto a la única psicóloga del centro. Lloraba como si le hubieran arrancado el alma y era incapaz de alzar la mirada hacia las pantallas.

No me extrañaba: Marina apuntaba con una pistola a la sien de su amiga.

Susana se acercó a mí con el ceño fruncido.

—Está amenazando con disparar si nos acercamos más —dijo. Asentí e hice un gesto con las manos para que se marchara.

Francisco estaba de pie, con los brazos cruzados y dándome la espalda. Golpeaba el suelo con nerviosismo.

La rabia bulló en mi interior y me asustó sentirme tan... fuera de mí. Sería capaz de pegarle un puñetazo y romperle la nariz si tuviera valor y fuerza. Pero no era como ellos. No era como él. Durante ocho años había conocido a miles de asesinos, ladrones, estafadores, violadores, criminales. Y era el único entre todos ellos que se había librado de su condena. Había vuelto su delito invisible.

—Todo lo que está pasando es por la muerte de Gabriela. —Me puse a su lado, sin apartar la mirada de las pantallas. Francisco casi me sacaba una cabeza—. Les oí murmurar hace unos días sobre la higiene en los módulos. Están asustados. Gabriela era una chica sana un día y al siguiente estaba muerta. Nadie estuvo ahí para diagnosticarla.

El funcionario se encogió de hombros.

—Ni que no muriera gente a menudo en esta pocilga. Fue sólo una más.

—Sabes que Gabriela no es una más, Paco.

Mi voz sonó tan mordaz y afilada que me costó creer que fuera mía. Él

pareció entender la amenaza bajo mis palabras: «Sé lo que hiciste. Sé que no fue una coincidencia. Sé que Gabriela no es, y nunca será, *una más*».

Fui hacia la mesa de mandos. En uno de los escritorios guardábamos todas las instancias de los presos, desde las más banales —aquellos que pedían ropa a la pastoral porque no tenían dinero para comprársela— hasta las que parecían ser gritos de ayuda, como la que Gabriela me dio aquella tarde.

Empecé a buscar entre los papeles con desesperación. El lápiz de las instancias que se escribieron aquel día ya estaba difuminado. Estaban todas: Vanesa pidiendo más leche para su niño, Laura solicitando entrar en la escuela de verano... Todas las de aquel día, excepto una.

—¿Qué has hecho con ella?

Ante mi grito, la voluntaria se encogió sobre sí misma y sus sollozos aumentaron; la psicóloga se inclinó hacia delante para intentar calmarla. Susana salió de la garita, como si supiera lo que estaba a punto de suceder.

Quedábamos Paco y yo. El funcionario ni siquiera pareció molestarse por mi tono de voz, sólo se giró levemente, lo suficiente para mirarme por encima del hombro.

—¿Con qué?

—No te hagas el loco. —Me puse en pie y apreté los puños—. La instancia que Gabriela escribió el 21 de julio. La dejé ahí, con el resto.

—No sé de qué hablas. Yo no pierdo el tiempo leyendo esas tonterías.

—Pero sí haciéndolas desaparecer, ¿verdad? Igual que a los internos que te molestan.

Noté cómo los ojos de la voluntaria y la psicóloga se clavaban abruptamente en mí, cómo el llanto de la primera se cortaba por un momento. La mirada de Paco ardía. Se agachó hasta llegar a mi oído y me agarró del brazo con una mano.

—Una gilipollez más de estas, Pedro, y te reventaré hasta que nadie sea capaz de reconocerte —susurró. Luego me dio empujón.

Recuperé el equilibrio y me erguí. Estaba acostumbrado a las amenazas,

aunque no fuera a las suyas. Sus palabras no hacían más que confirmarme que tenía razón.

Que Gabriela había sido sincera. Que temía por su vida. Que Paco se deshizo de ella con la facilidad con la que se sube la dosis de unas pastillas. Y ahora, por su culpa, por su maldito egoísmo, había una familia destrozada en la calle porque no habían podido ver a su hija libre. Había una niña muerta de miedo llorando en la garita. Había una chica con una pistola en la frente y una interna deseando vengarse. O quizá sólo quería liberarse.

No iba a ser partícipe de aquel juego; no cuando quien perdía pagaba con su vida.

—Gabriela vino aquella misma tarde llorando como nunca había visto llorar a nadie —dije bien alto para que toda la garita me oyera—. Me dijo que necesita hablar conmigo. Que alguien la estaba amenazando y que la iban a matar. Y en aquel momento supe con absoluta certeza que tenía razones para temerte. —Cerré los ojos un segundo y recordé la forma en la que se le rompía la voz y cada una de sus lágrimas—. Después de ocho años aquí, sé distinguir cuándo un interno está siendo sincero. Tenía mucho miedo, Paco, pero tuvo el valor de decir la verdad.

El rostro de Paco se encendió como una cerilla. Abrió la boca para contestar, con el puño cerrado preparado para golpearme, pero el sonido de la puerta al abrirse nos interrumpió.

Nos volvimos todos hacia la entrada, donde Susana había aparecido con el rostro enrojecido por el esfuerzo y el pelo pegado a la frente. En cuanto vio a Paco ahí parado, fijo la mirada en él.

—Manda refuerzos al área —pidió con la voz rota a causa del cansancio—. Van armadas.

Él puso los ojos en blanco.

—Lo sé, una pistola de calibre de nueve milímetros y...

—No, no —lo interrumpió—. No sólo es eso. Los internos llevaban pinchos; todos, no sólo los que han mandado a la enfermería. —Tragó saliva y

señaló hacia las pantallas con el mentón—. Y la chica se ha despertado.



Azahara

Cerraron las puertas metálicas del módulo 22 a nuestras espaldas. Me aferré con desesperación a las rejas para ver lo que estaba sucediendo más allá de los pasillos. De vez en cuando algunos funcionarios cruzaban el camino a toda prisa, pero no se veía nada más. No se oían sus voces ni sus pistolas.

—¿Quién es la voluntaria? —chillé; ninguno se molestó en contestar—.
¡Joder!

Di un golpe cargado de rabia sobre los barrotes.

—Aza, basta. —Esme se acercó y me colocó una mano en el hombro—. Así no conseguirás nada.

—O sí. No me pienso quedar de brazos cruzados —insistí, y le propiné una nueva patada a la puerta. El eco del acero retumbó por todo el pasillo, pero enseguida se ahogó en el sonido de las sirenas.

—A ver, dime: si te contestan, ¿habrá algún nombre que te deje tranquila? Ya te adelanto que no. De nada te servirá saber qué está pasando ahí fuera porque tú estás *aquí dentro*.

No quería que tuviera razón.

—Podemos hacer algo. *Tenemos* que hacer algo.

—No seas ilusa. ¿Te crees que cuando se levanta un motín de presos dejan

que más presos se les unan?

—¡Agh! —Apreté los puños. Sabía que todo lo que decía Esmé tenía lógica, pero no quería que fuera real. Por una vez, no quería que se me viera como una interna; quería ser sólo Azahara. Una Azahara que no podía soportar que muriera más gente en aquella prisión.

La garita de los funcionarios se abrió de golpe. Don Pedro salió con el ceño fruncido, tan molesto como el resto de los internos. El constante berrido de las alarmas se nos incrustaba en la cabeza como termitas.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó, pasando la mirada por cada una de las presentes. Esmé bajó los ojos, pero yo fui directa hacia él.

—Don Pedro, necesito saber a quién tiene Marina. Por favor...

Él frunció los labios.

—No se me permite dar esa información, Azahara. Y lo sabes.

—¡Por favor! —insistí. Llevé las manos a su camisa inconscientemente, como si quisiera aferrarme a su cuello, pero enseguida las retiré; los dedos me temblaban. Las sirenas seguían sonando y todavía no sabía si el ruido nacía de los megáfonos o había empezado a imaginármelo, como Verónica, como Nina, como todas en aquella maldita cárcel—. ¿Es Alicia? Pelo corto, ojos azules... — Don Pedro apartó la vista—. ¿Y Helena? La chica del pelo rizado. No tienes por qué decir nada, sólo..., sólo asiente si digo su nombre, por favor. ¿Leire? La chica rubia que bailó aquella tarde en el patio mientras chispeaba.

La única que había tenido el valor de preguntarme cómo estaba, la única que quería escuchar una respuesta y no sólo un «bien». La única que se acercaba a hablar con nosotras en el patio como si ella también fuera una interna en lugar de observarnos desde la entrada como el resto. La única que giraba el ventilador hacia los internos para que nos llegara el aire.

Por un momento, me arrepentí de mis palabras y quise que don Pedro no asintiera, que no me hiciera caso, que se apartara de mí de un empujón y me mandara de vuelta al módulo.

Eso es lo que hubiera hecho un funcionario que no me conociera. Que no

supiera que preguntaba porque estaba llena de miedo. Pero don Pedro asintió.

El puñetazo de Marina dolió menos que aquel gesto.

Era Leire. Tenían a Leire.

—Marina la tiene como rehén, ¿verdad? —murmuré, pero no esperé una respuesta—. No le importará hacerle daño. No será la primera vez que mata.

Esme se acercó a mí.

—Aza, Marina no...

—Marina ladra pero no muerde, sí, ya, lo has dicho mil millones de veces. Pero no está aquí por ladrar, ¿lo entiendes? Ha montado un puto motín de la noche a la mañana, Esme. ¿Qué más pruebas necesitas?

—Esa chica no está buscando guerra ni libertad, Aza, sólo quiere jaleo. Sólo quiere que todas las miradas estén puestas en ella, que por una vez los funcionarios pongan nombre a su cara.

—¿Y no crees que ya lo ha conseguido? ¡Tiene a Leire, joder!

—¿Y por qué coño te importa tanto? —Sin darnos cuenta, ambas habíamos subido volumen hasta llegar al punto de comunicarnos por encima de las alarmas. Don Pedro se mantenía al margen, atento a Esme, que parecía que en cualquier momento iba a explotar—. Si no quería meterse en líos, debió salir pitando cuando tuvo la oportunidad. Y estoy segura de que ya venía con la idea de que en la cárcel no iba a hacer amigos, maldita sea. Deja de preocuparte por ella. ¿Te crees que ella se preocuparía por ti? Dentro de dos días no seremos más que un mal recuerdo. Y como siempre, ella saldrá y nosotras nos quedaremos aquí dentro. Punto. Fin de la historia.

Se cruzó de brazos con un bufido y se apartó de mí. No era difícil ver cómo el muro que había construido todos esos años en prisión se desplomaba, cómo esa aura de optimismo y esperanza que repartía entre las demás internas se hacía trizas en cuanto la voz de la verdad le hablaba. Ella se quedaría aquí. Todas nos quedaríamos aquí, atrapadas, viviendo el mismo día una y otra vez hasta que el aburrimiento o la agonía nos mataran.

Quizás un funcionario lo hacía antes.

Quizás un interno sentía demasiada rabia y la liberaba clavándote un pincho. Quizá fuera una bala robada.

Esme ponía punto y final a su lucha aceptando que esos eran los únicos finales que la esperaban. Los que merecíamos.

Pero Leire no era una interna, no había cometido ningún delito, no merecía nuestro castigo. No podía quedarme de brazos cruzados mientras ella pagaba por haber querido salvarnos.

—Don Pedro, tiene que llevarme con Marina. —Sus ojos se volvieron hacia mí, pero mantuvo el temperamento frío y los labios sellados—. Por favor. Puedo intervenir, puedo intentar negociar con ella. No va a escuchar a un funcionario y lo saben. Pero yo soy como ella. Soy una interna. A mí me escuchará.

Vi cómo don Pedro empezaba a vacilar. Esme soltó un nuevo bufido a mis espaldas.

—Nena, ¿es que estás loca? ¿Sabes lo que pasará si vuelves con las manos vacías? Te ficharán todos y cada uno de los funcionarios, te aumentarán la condena, te quitarán privilegios. Nadie te verá como la chica que intentó ayudar, sino como la cómplice de Marina, ¿lo entiendes? Es un riesgo demasiado grande.

Traté de contener las lágrimas. No podía creer que el miedo la paralizara tanto.

—¿No tuviste suficiente con lo de Gabi? —Me mordí el labio, pero fue demasiado tarde. Aquellas palabras debieron sentarle como una patada en el estómago—. Hay más vidas en juego, Esme.

—Sí, la tuya la primera. La tuya en la cárcel. Mira, Aza, he visto más motines de los que me hubiera gustado en esta vida y sé cómo acaban. No cuentes conmigo para esta locura. —Sus ojos se tornaron duros como el hierro, pero no hablaba con aspereza. Su voz era más bien una disculpa. Un pésame—. Y si al final vas, despídete de Beth. No te dejarán volver a verla si te creen peligrosa. *Nunca*, Aza, ¿lo entiendes?

Apreté los puños.

—No se diferenciaría mucho de ahora. Lucharé por ella, Esme, pero no lo

haré quedándome de brazos cruzados. —Suspiré y me dirigí a don Pedro de nuevo—. Por favor, señor. Deme una oportunidad.

Vi cómo la duda oscilaba en sus ojos; después de todo, él también arriesgaba su puesto al sacarme del módulo, y no tenía razones por las que hacerlo. La única opción que le quedaba era confiar en mí, en una presa con un número demasiado largo para recordar.

Algo en él pareció derrumbarse durante dos segundos y me cogió del brazo antes de que se permitiera dudar.

—De acuerdo. —Me arrastró hasta la entrada del módulo y sacó las llaves de su cinturón, sin darme tiempo si quiera para ver cómo Esme empezaba a llorar—. Pero tenemos que darnos prisa, Azahara. Sígueme. No te separes de mí hasta que te lo diga.



Leire

Al abrir los ojos, Marina seguía ahí.

Ojalá no me hubiera despertado. Ojalá no me hubiese despertado nunca.

—Buenos días, princesa —murmuró—. Cuidado al moverte, puede que las muñecas te quemen.

Su voz hizo que un escalofrío me recorriera todo el cuerpo. Fue entonces cuando sentí el frío del metal en mi sien, que hasta entonces había pasado desapercibido, como si mi piel tratara de obviar el arma que la amenazaba. El miedo a estar despierta se hizo todavía más intenso.

Estaba tumbada de lado, con la mejilla contra las baldosas del suelo, en una de las aulas donde dábamos clase. A mi alrededor habían amontonado todas las sillas, dejando un espacio vacío en medio de la habitación. Las ventanas estaban cerradas, la puerta abierta, las luces apagadas. Fuera sólo se oían pasos, golpes y gritos.

Marina se alejó y apartó el cañón de la pistola de mi piel. El miedo me tenía paralizada, aunque no hubiera podido moverme ni queriendo; tenía las muñecas,

las rodillas y los talones atados con cinta adhesiva. Me habían dejado la boca libre; no tardé en entender por qué: estaban seguras de que nadie vendría a por mí, ni siquiera si gritaba. No serviría de nada.

Al fin y al cabo, sólo buscaban a alguien con quien divertirse. Alguien callado se diferenciaba muy poco de un muerto. Muerta no les servía. Muerta era una moneda de cambio inútil.

—¡Raquel! —llamó Marina.

La interna apareció enseguida por la puerta. Desde mi posición sólo llegué a ver sus zapatillas desgastadas, sus piernas llenas de moratones y la mano en la que sujetaba lo que aquí dentro llamaban «pincho»; un arma punzante. En ese caso, parecía que Raquel había recortado y retorcido una lata de refresco hasta darle la forma de un cuchillo.

—Encárgate de la niña. —Casi escupió la palabra. «Niña»—. Si monta mucho jaleo, ya sabes cómo hacerla callar. Te divertirás viéndola retorcerse como un gusanillo, estoy segura.

—Eh, espera, ¿tú te vas?

—Es muy aburrido sonreírle a la cámara y que no te sonrían de vuelta. No quiero perderme la fiesta.

—Pero la chica..., Leire...

—Está cumpliendo su función. ¿Qué, te da miedo que muerda? Tienes ahí más cinta si la necesitas. Y si te aburre llama a los del 24. Seguro que se divierten mucho con ella.

Sentí que el vómito escalaba por mi garganta.

—Joder, ¿me dejas de canguro mientras tú...?

—¿De canguro? Raqui, estoy dejando en tus manos el pase que nos llevará a casa. Ni se te ocurra cagarla, ¿me oyes? —No podía verla, pero noté el tono amenazante en su voz—. O te juro que me importará una mierda dejarte atrás.

Salió de la habitación antes de que Raquel pudiese replicarle. La chica bufó y se sentó con las piernas cruzadas en el suelo. Cerré los ojos, fingiendo que no existía. Que no podía verme, que todo a mi alrededor desaparecía. Pero incluso

en medio de aquella oscuridad seguían oyéndose los bramidos de Marina, que intentaba organizar a los internos que golpeaban las puertas. Se oyó el ruido de unos cristales rotos y tanto Raquel como yo pegamos un brinco. Ella agarró el pincho con más fuerza.

—Joder, qué aburrimiento. No debes de estar muy cómoda ahí, ¿no? —Se acercó a mí. El corazón me latió todavía más deprisa, como si quisiera acelerar aquel momento y descansar de una vez. Romperse, apagarse, huir de aquella pesadilla—. Ven, te voy a echar un cable.

Dejó el pincho a un lado y colocó sus manos, rugosas y llenas de callos, sobre mis hombros. Me ayudó a sentarme sobre el suelo. Como tenía las manos atadas a mi espalda, no podía mantener bien el equilibrio y todavía notaba que mi mejilla estaba entumecida.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —se mofó Raquel con sorna—. Si vamos a pasar tanto tiempo aquí, lo mínimo es que me des algo de conversación.

Empezó a rasgar el pincho con uno de los bordes de las mesas para entretenerse. Con cada chirrido hacía que me encogiera todavía más.

—No me mientas —dije finalmente. No era una amenaza, era una súplica. Tenía la garganta seca, como si las lágrimas que recorrían mis mejillas hubieran vaciado todo mi cuerpo—. Por favor, si vais a hacerme daño, dímelo, pero no me mientas.

Raquel parpadeó.

—Así que ese papel de niña buena no era fingido, ¿eh? —Se rio—. Vaya. Esto va a ser más fácil de lo que esperaba. No te haré daño si no me das razones. Eso es todo. Ahora, dame conversación. Me estoy perdiendo lo mejor por tu culpa.

Hizo una mueca al oír cómo Marina seguía berreando fuera. Discutía con uno de los presos del módulo 24. Si nadie les frenaba, acabarían matándose a golpes, pero a Raquel no parecía importarle.

La chica clavó el pincho a escasos centímetros de mis pies.

—¿Es que no me has oído? ¡Va, habla! —Me encogí ante su grito. Hice un

esfuerzo por obedecerla a pesar del nudo en mi garganta.

—Yo... no sé qué quieres, no sé qué...

Raquel suspiró.

—Eres una sosaina, ¿lo sabías?

—Tú no eres como en la escuela —murmuré. Cerré los ojos inconscientemente, a la espera de que me castigara por mis palabras.

Pero se limitó a reírse.

—Nadie es como en la escuela. Nadie es como se muestra delante de otras personas. Únicamente nos conocemos en nuestros peores momentos, cuando estamos solos y sólo nos acompaña lo que tenemos dentro. —Se llevó una mano al pecho—. ¿Qué tienes tú dentro, Leire? ¿Mucha música y polvos de hadas?

Si Raquel tenía razón, si momentos como aquel eran los que nos definían, yo no quería ser la Leire que prefería no existir. No me reconocía. El miedo cerraba mi garganta y me anudaba el estómago.

Una estúpida parte de mí seguía creyendo que nada de eso era real. Que la cárcel era todavía el lugar más seguro de la ciudad. Que un voluntariado no podía acabar así, que no quería convertirme en un titular en las noticias. En otro nombre anónimo. En una cifra.

—No lo sé —respondí al final. Hasta a mí me sorprendió escucharme, pero no iba a pasar mis últimas horas callada—. ¿Y tú? —Raquel levantó una ceja—. ¿Es este uno de esos momentos?

—Ni de coña. ¿Acaso intentas de que te cuente mi vida, rubia? —Sacudió la cabeza—. No quieres escucharla, créeme. Te asustaría. O te aburriría, no lo sé. Es la misma historia de siempre: chica intenta sobrevivir, el mundo se lo pone difícil y su forma de subsistir hace que acabe en la puta cárcel. —Una pausa. Un suspiro—. Pero esta mierda terminará pronto.

Puso punto y final a la frase rasgando el suelo con el pincho. Y yo me imaginé cómo abría mi piel con la misma facilidad.



Azahara

—Viene conmigo.

Los guardias retrocedieron y bajaron las armas en cuanto don Pedro habló, con una mano en su carné y la otra rodeándome el brazo. Dejamos a los guardias atrás y comenzamos a andar a lo largo de un pasillo desierto. Pronto se empezaron a oír los primeros gritos. Los golpes, los chasquidos, el caos.

Me detuve de súbito.

—Debería dejarme aquí, don Pedro.

Él levantó una ceja. No soltó mi brazo.

—¿Lo oye, verdad? Están en la enfermería —insistí. La puerta estaba a menos de diez metros—. Si avanza conmigo, se tirarán encima de usted, pero no si se queda atrás.

Los dos notamos ese «usted» que pretendía distanciarnos inútilmente. Él suspiró y dejó libre mi brazo. Juraría que una corriente fría azotó el pasillo.

—No sé en qué bando me deja esto, Azahara, ni cómo afectará a mi trabajo. ¿Eres consciente de eso?

—Aquí no existe ningún bando, sólo personas. Personas que se equivocan y personas que intentan enmendar sus errores. Por una vez, quiero ser de la segunda clase. —Dirigí la mirada hacia la puerta en-treabierta de la enfermería,

desde donde se oía el ruido de los cristales rotos, de las risas, de los golpes, del motín—. Tengo que parar a Marina.

—No. —Su mano volvió a rodear mi brazo, como si así pudiera mantenerme quieta. Tenía la voz más grave y sombría de lo que acostumbraba —: No, Azahara, no cargues con esa responsabilidad. Tienes que evitar que haya heridos, ¿lo entiendes? Eso es todo. No empieces una guerra que no puedes ganar.

—Puedo perfectamente...

—A ojos de los funcionarios no serás más que una presa, Aza. Da igual cuáles sean tus intenciones. No te arriesgues a quedarte muy cerca de Marina, ¿entendido? Mantente al margen. Asegúrate de que nadie hace daño a Leire, pero, por lo que más quieras, no te metas donde no te llaman. Nosotros nos encargaremos del resto.

Me soltó con un suave apretón.

No me creía ninguna de sus palabras. No me creía que los guardias que esperaban con las porras en alto y las pistolas cargadas fueran a solucionar nada. No me creía que perder más vidas les afectara. No se encargarían de curar el dolor que sentía Marina, la rabia que le había llevado a aquel caos. No podrían sanar a Leire. No podrían salvarme a mí.

Aquí no había bandos porque todos éramos culpables.

Y no podía quedarme en la seguridad de mi chabolo sabiendo que Leire estaba en peligro.

No podía darle la espalda. No podía hacer lo que Hugo siempre había esperado de mí: que me callara las injusticias, que me mantuviera con la boca cerrada y llorara en el baño para que los vecinos no me oyeran. Que fuera una cobarde.

Sólo me quedaba pensar que Beth estaría orgullosa de mí. Que Beth querría que su madre tuviera el valor de luchar.

Ese era el primer paso.

—Confíe en mí, don Pedro —le dije, alejándome de él—. Haré todo lo que

pueda.

Él suspiró.

—Vete antes de que vuelvan los guardias. No quiero que hagan más preguntas. —Asentí y me di media vuelta, pero su mano volvió a detenerme—. Una última cosa, Azahara: ten mucho cuidado en la enfermería, ¿me oyes? Leire está en el área sociocultural; están conectados por el pasillo central, pasadas las habitaciones.

—Lo sé.

—Avanza lo más rápido que puedas. Y si ves alguna celda cerrada, ni se te ocurra abrirla. En la enfermería algunos..., algunos no están del todo bien.

—También lo sé, don Pedro.

—No hablo de la gente como Sonia.

No pude preguntarle a qué se refería; las sirenas de emergencia volvieron a sonar, irrumpiendo con su eco en los pasillos. Fue como si explotaran bombas sobre nuestras cabezas. El caos llamaba a más caos. Se oyeron más gritos al otro lado de los muros.

Le di un apretón antes de separarme de él.

—Gracias. —Fue lo único que dije. Eché a correr hacia la enfermería como si así pudiera huir del estruendo.

Dejé que el caos también me llamara a mí.



Lo único que permanecía reconocible en la enfermería eran la mesa de recepción y las paredes de mármol blanco. Habían roto los ventanales que dejaban ver los muros del patio; las esquirlas aún descansaban en el suelo. Las sillas de la sala de espera habían sido arrancadas del suelo. Se oían golpes, sollozos, risas. Había

internos agazapados en las esquinas; internos tratando de arrancar las baldosas de las paredes; internos corriendo de un lado a otro, del patio a la enfermería, esquivando los bordes del cristal, con las manos llenas de frascos, jeringuillas, cintas y vendas. Todo preparado para aumentar su almacén de pinchos, para llenarse el cuerpo de pastillas que les desinhibieran, que les dieran la valentía para amenazar a los funcionarios. Para herir sin miedo. Para matar sin culpa.

Me quedé con los pies fijos en el suelo más tiempo del que pretendía.

—Oh, mira a quién tenemos aquí.

Me sobresalté y giré la cabeza hacia la voz a mi derecha. Marina caminaba hacia mí con una sonrisa feroz en los labios. Jugaba con una pistola entre las manos y pisaba los cristales.

Crack.

—¿Te has escaqueado tú también? —Siguió—. No te creía tan valiente.

«Necesito hablar contigo», quise decirle, pero me obligué a callar. Marina se reiría en mi cara, daría media vuelta y mandaría a un par de sus perritos falderos a vigilarme. Tenía que obligarme a mirarla con la barbilla en alto. Fingir una seguridad que no sentía. Marina *tenía* que escucharme.

—Te sorprendería lo que soy capaz de hacer.

Ella bufó.

—¿El qué? ¿Vender unas cuantas pastillitas a adictos desesperados? Ni siquiera fuiste capaz de escaquearte de un cacheo. —Volvió a sonreír, sin un atisbo de amabilidad en los ojos—. Pero, oye, puedes serme útil. Necesitamos gente que ayude a cargar con la munición.

Se rio; no llegué a entender la gracia. ¿De qué munición hablaba? Desvié la mirada un segundo a los dos internos que quedaban a su espalda, detrás de la mesa de recepción. Habían destrozado la estantería donde guardaban medicamentos y apartaban los frascos como locos, sedientos de..., ¿de qué? ¿Antipsicóticos? ¿Morfina?

Uno se detuvo de golpe; una sonrisa macabra se dibujaba en su rostro. Alzó el bote por encima de su compañero. Alcohol.

—No he venido aquí para ayudarte —me oí decir. Clavé la vista de nuevo en Marina; no quería saber qué pretendían hacer con eso—. Y menos después de lo que hiciste. No estaba intentando quitarte clientes, Marina, sólo quería..., quería darle una vida mejor a mi hija. Necesitaba el dinero.

Ella hizo pucheros con los labios.

—Vaya, ¿y lo conseguiste? —La mirada mordaz que le lancé bastó como respuesta. Se carcajeó—. Lo que suponía. Aún tienes mucho que aprender aquí dentro, Azahara. Pero, si me echas un cable, podrás aprenderlo *fuera*. Tú verás. —Se giró hacia un grupo de internos del 24 que recogían pastillas del suelo y les hizo un gesto con las manos—. ¡Andando!

—Espera. —Di un paso adelante, librándome por fin de las esposas que parecían haberme anclado al suelo—. ¿Por qué lo hiciste, Marina? —Modulé mi tono de voz; no quería sonar decepcionada, sino rabiosa. Segura—. ¿Por qué fingiste que te importaba? «No dejes que siga pasando». Y luego fuiste la primera en darme una puñalada por la espalda.

—Oh, venga ya. ¿Lo dices por el cacheo? Eso fue un regalo. Quería hacerte espabilar.

—¿Un regalo? Creía que querías ayudarme. Creía que entendías lo que era ser...

—Una mosquita muerta, Azahara. Eso es lo que eras. —Suspiró—. Eso es lo que yo fui durante mucho tiempo. ¿Ahora lo entiendes? Sólo quería que reaccionaras, idiota. Eso es lo único que nos diferencia a ti y a mí, por mucho que te asuste: que yo tuve los cojones para matarlo. Pero tú no..., no haces nada. No haces nada. Te han quitado a tu hija, te han desnudado como si fueras un pedazo de carne, ¿y qué has hecho tú? ¡Nada, joder! —Sacudió la cabeza. Tenía los puños apretados—. ¡No hiciste nada, nunca has hecho nada!

Quería contestarle que no era verdad. Que ella no tenía ni idea de mi vida. Que había luchado por Beth. Que ella era una asesina, no yo...

No él.

Cuando Hugo empezó a beber más, yo empecé a esconderme. Empecé a

cantarle nanas a Beth en el baño del apartamento para no despertarle. Empecé a creerme sus quejas cuando cada mañana me culpaba por su dolor de cabeza. «Tengo que estar bien para conseguir trabajo, Aza. Por ella. Por nosotros». «Podría ayudar. Podría hacer algo», me ofrecí. Pero mi trabajo era hacer callar al bebé. Mi trabajo era darle de mamar. Mi trabajo era sonreírles a sus compañeros de grupo para que todos creyeran que estaba bien.

Un día, cuando volvió de «trabajar», se encontró a la niña llorando en la cuna. Cuando lo vi con la mano en alto y el ceño fruncido, dispuesto a hacerla callar, me lancé contra él. *Hice algo, Marina*. Y me gané mi primer golpe. Lloré, intenté separarle de mí a patadas, pero él se volvió loco. A cada golpe le siguió un susurro en mi oído, el amargo aroma del alcohol, una disculpa. Porque acabó pidiéndome perdón. Acabó llorando, con Beth gimiendo a su vez en la cuna, con mis manos temblorosas limpiándole las lágrimas. «Perdóname, Aza. Perdóname, amor, perdóname...». Y quise perdonarle. Quise olvidar todo lo que había ocurrido, borrarlo como si fuera tiza, ocultar cada prueba, cada herida. Yo también le había golpeado. Yo también estaba cansada.

Yo también tenía la culpa.

—Tenía que hacer algo por ti —insistió Marina, abatida—. Yo no podía librarte de él, así que...te di razones para enfadarte. Para mandarle a la mierda. Para que despertaras, joder. Espero que haya servido.

Apreté los puños.

—¿A ti te sirvió matarlo?

Marina se quedó en silencio un segundo antes de romper a reír.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—¿De verdad te hizo sentir tan libre como dices? ¿Hizo que dejaran de dolerte sus heridas? ¿Hizo que te quisieras otra vez?

Ella apretó la mandíbula.

—Me ayudó a darme cuenta de los cojones que tenía. De que el cobarde siempre fue él.

—Pero te dolió matarlo. Te dolió porque en el fondo lo querías, porque

pensabas que las cosas podían volver a cambiar. —Entrecerré los párpados, dejando que una pequeña sonrisa se colara en mis labios—. Hay algo que les dolerá más que quitarles la vida, Marina. Algo que las dos tuvimos que hacer hace mucho tiempo: querernos lo suficiente para dejarlos ir. Para dejar de hacernos daño queriendo a quien no nos quiere. El amor no debería doler. —Me llevé la mano al pecho de forma inconsciente. Ahí, donde aún latía la esperanza de que todas las peleas con Hugo sólo fueran días malos. De que sus «te amo» valieran más que sus «voy a matarte». Pero sus palabras seguían dejando cicatrices, sus besos seguían escondiendo mentiras. Y yo no hacía *nada*—. Salvarme —murmuré. Decirlo en voz alta fue como librarse de una pequeña carga en el pecho—. Es lo que debí haber hecho hace mucho.

Por un momento, las sirenas enmudecieron. Los presos se volvieron de piedra. A mi alrededor dejó de existir el caos. Sentía que estaba respirando aire fresco después de estar sumergida en un mar durante demasiado tiempo.

Al menos hasta que Marina volvió a reír.

Volvió el ruido, volvió el miedo, el calor, los gritos, el caos.

—Muy alentador, Azahara, pero a ver cómo te las apañas para hacerlo desde la cárcel. —Alzó la pistola y le quitó el seguro con un sonoro crack—. Así que, si quieres salir de aquí, colabora.

En mi cabeza, sus palabras se tradujeron por un «si quieres que Leire siga con vida, no me cabrees». Giró sobre sus talones e hizo señas hacia los internos de la recepción para que la siguieran hacia los pasillos.

—¡Eh, vosotras! —exclamó, acercándose a dos figuras encogidas en una esquina—. ¿Os vais a quedar ahí quietas todo el día o qué?

Sólo al acercarme las reconocí.

Sonia estaba sentada con las rodillas junto al pecho, descalza. Los llantos que había oído desde los pasillos eran los suyos. Nina estaba de cuclillas a su lado, rodeándole la espalda con una mano y con la otra sobre sus rodillas. Miró a Marina.

—Sonia no está *bien* —gruñó. Bajo la luz blanca del techo, los hematomas

de sus brazos y las bolsas bajo sus ojos daban color a toda su piel—. Necesita sus ansiolíticos y esos cabrones se los han llevado.

Marina chasqueó la lengua.

—Fuera encontrará más. Andando. No quiero a nadie por aquí para cuando empiece el espectáculo. —Dirigió una mirada a las cámaras de seguridad antes de lanzarles un beso.

¿De qué espectáculo hablaba? Ya hacían mucho ruido. Ya habían hecho suficiente. Marina sólo les estaba dando más tiempo a los guardias para acabar con *todos* nosotros, sin importar quien empuñara el arma. En el momento en el que le pasara algo a Leire...

—No voy a irme —se negó Nina con firmeza.

—No sé si te has dado cuenta, cariño, pero esto es un puto motín. De aquí nos largamos todos.

—No todos tenemos a alguien que nos espere fuera, ¿sabes? —Nina se rio, aunque no había ni un atisbo de gracia en ello—. Además, ¿cómo vas a salir de aquí? ¿Cómo quieres que mil presos pasen desapercibidos, Marina? Estás loca.

—Tú eres la que se ha hecho amigueta de una demente, querida —replicó Marina. Como si supiera que hablaba de ella, Sonia se encogió más y empezó a balancearse con más fuerza—. Ten cuidado, si empieza a verte como una hija, puede que acabe matándote también. Sobre reincidencias sabes de sobra, ¿verdad?

Nina la atravesó con la mirada.

—No nos iremos—insistió entre dientes.

—Oh, sí, sí lo haréis.

Con un movimiento rápido, Marina llevó ambas manos al mango de la pistola, separó los pies y colocó el dedo sobre el gatillo, apuntando directamente a la cabeza de Sonia. Me quedé sin aire.

Nina intentó arrastrarse hacia atrás, pero sus pies resbalaron contra el suelo.

—Esto no es ningún juego —declaró Marina, sonriente—. Si digo que nos vamos *todos*, nos iremos todos, ¿entendido? —Nadie contestó. Marina dio una

patada al suelo y Sonia sollozó más alto—. ¡¿Entendido?!

Entonces disparó.

Las alarmas callaron. El mundo pareció frenarse, mi corazón comenzó a latir. Me llevé las manos al pecho buscando una herida que no tenía.

Luego llovieron los cristales.

Sonia y Nina estaban encogidas sobre sí mismas y buscaban las manos de la otra entre temblores. Ellas también parecían sorprendidas de seguir vivas.

La bala de Marina había atravesado la única ventana que quedaba intacta después del motín. En su centro había una telaraña de cristal resquebrajado. Marina bajó el brazo despacio, fue hasta la ventana y acabó de romperla de una patada. Al otro lado estaba el patio que conectaba con los demás módulos. Con Leire.

—Alguien tenía que abrir camino. —Se volvió hacia mí antes de echarle una mirada a Sonia y Nina, que hacían un esfuerzo por ponerse en pie—. ¿Tú también te quedas, valiente?

Apreté la mandíbula y fingí un valor que no sentía.

—Llévame con Leire.



Leire

Raquel no aguantaba el silencio. Siguió insistiendo en que yo hablara, pero nunca sobre ella, no sobre mí. Quería que fuera una radio, no una persona con familia, sueños y futuro. Así era mucho más fácil.

Supuse que así era como lo hacían. Primero arrancaban la humanidad de las personas a tiras hasta que los veían como un cuerpo más, sólo carne. Luego los apagaban. Los mataban o robaban. Así es como desaparecía la culpa. Así evitaban mirar el hueco que dejaba su marcha. Así no echaban de menos ni a la víctima ni a su propia humanidad. Porque para deshumanizar a otros también tenían que desprenderse de ellos mismos. De creer. De querer.

—¿Y luego qué? —dijo Raquel.

Me había pedido que le hablara de la última temporada de su serie favorita después de que dejaran de emitirla por televisión. Tuve que inventármela porque Raquel no iba a admitir una negativa como respuesta. Y tenía que mantenerla ocupada.

«Y si te aburre, llama a los del 24 —había dicho Marina—. Seguro que se

divierten mucho con ella».

No quería seguir viva para pasar por ello.

—Luego... —titubeé—, luego ella se marcha. Se escapa con la ayuda de Sarah, que no soporta verla sufrir.

—Oh, y déjame adivinar, ¿acaba con el tío buenorro ese de mierda, Paul? —Tragué saliva. Raquel no esperó a que contestara; se dedicó a escribir palabras que no podía leer sobre la pared—. Menuda estúpida. Yo quería que terminara con la chica. Ella sí que la quería.

—Lo suficiente para dejarla marchar —murmuré, intentando removerle la conciencia. Quería que se viera reflejada en esa historia, que empezara a verme como una igual, no como una..., como una presa. Como *su* presa—. Aunque esa..., esa es otra hermana, no Sarah.

—Y fijo que luego la matan, ¿a que sí? —Raquel soltó una risa amarga—. Siempre pasa lo mismo.

La entrada de Marina en el aula cortó de golpe nuestra conversación. En sólo un segundo, sacudió a la persona que traía agarrada del brazo y la empujó hacia el interior, provocando que se chocara contra una de las mesas. Cuando se apartó el pelo de la frente, llegué a verle la cara: era Azahara. Se irguió enseguida y miró a Marina con la barbilla alzada.

—Os he traído compañía —dijo esta—. Al parecer, alguien tiene ganas de hablar.

—Marina, espera... —empezó Azahara, pero ella la interrumpió.

—Luego, ¿quieres? Estoy intentando sacarnos de aquí. Ahí tienes a tu querida Leire. Pasadlo bien.

Se despidió con una sonrisa lasciva y volvió al vestíbulo del área. El eco de las alarmas se intensificó, igual que el bullicio de los presos. Por la puerta vi pasar internos armados con pinchos, a cada cual más apresurado y más sediento de sangre. Algunos llevaban esquiras de cristales rotos en la ropa y en el pelo. Las manos les sangraban, pero no parecía importarles; toda herida era insignificante comparada con lo que pensaban dejar atrás.

Raquel cerró la puerta con un suspiro aburrido, sin ni siquiera moverse del suelo. Apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos.

Azahara, por su parte, seguía erguida y con la vista en la puerta. Tenía la respiración acelerada y los nudillos blancos de la fuerza con la que se agarraba al borde de la mesa. Recorrió el aula con la mirada. Sus ojos se clavaron en mí.

Quise morir.

Quise que me matara de una vez antes de que viera cómo ella también se quitaba la máscara. No podría soportar más odio, más dolor, más mentiras...

—Leire... —suspiró, y se puso de cuclillas para acercarse a mí. Solté un gemido y me arrastré hacia atrás todo lo que mis ataduras me lo permitieron.

—No te acerques.

—Oh, oh, parece que estamos ante una crisis de pareja —dijo Raquel, que jugaba con el arma entre las manos. Se relamió los labios con sorna.

Mis ojos recorrieron a Azahara en busca de ese gesto que la delatara: una sonrisa despiadada, una mirada de odio, el filo de un pincho sobresaliendo de sus bolsillos. Cualquier cosa. No quería ver su máscara. No quería recordar que había querido conocerla, que había creído en ella, que había querido salvarla. Esa Azahara estaba muerta.

Su cadáver se sentó con las piernas cruzadas sobre el suelo. Estiró la mano hacia mí, pero yo no dejé de patear, llorando como una niña pequeña.

—Leire, para...

—Si te molestan sus lloriqueos, tengo cinta adhesiva —ofreció Raquel.

—Cállate. No teníais por qué hacer nada de esto.

—¿Te crees que nos hubieran hecho caso simplemente montando un poco de jaleo? Nos habrían matado a hostias. Pero ahora ella es nuestro seguro.

—Con esto sólo demostráis que la cárcel os ha hecho peores personas. Que no ha servido de nada.

—¿Y te sorprendes? ¿Es que tú no has cambiado?

Azahara frunció los labios, pero no contestó.

—En fin —siguió Raquel con un suspiro. Se puso en pie de un salto—. Os

dejo solas, tortolitas. Me apetece salir de aquí de una puta vez ya.

Abrió la puerta de una patada, haciendo que el sonido de las alarmas y el chillido de los presos —alguien gritaba, alguien lloraba, alguien pegaba golpes contra el cristal— incrementara durante un segundo antes de ahogarse de nuevo al cerrar tras ella.

Azahara no perdió el tiempo. En cuanto Raquel desapareció, se llevó las manos al bolsillo trasero de sus pantalones y sacó una cuchilla de afeitar. Me oí gimotear. Oía mi llanto en tercera persona, como si no me perteneciera. No podía estar chillando tan alto, no podía estar tan asustada. Las lágrimas que corrían por mis mejillas no podían ser lo último que sintiera antes de irme.

Azahara frunció el ceño y chistó para hacerme callar.

—Por Dios, Leire, cállate o volverá.

Azahara arrancó la cabeza de la cuchilla con un movimiento brusco y jugó con ella entre sus manos hasta que consiguió separar el filo del resto del cuerpo.

«No, no, no, no, no, no».

—¡No! —aullé. Me arrastré como pude hacia atrás, pero choqué contra las mesas que habían amontonado junto a la pared. Azahara volvió a chistar.

—¡Calla!

Y las lágrimas no cesaron.

Y ella no dudó en acercarse a mí con la cuchilla en alto.

Me agarró del hombro con una mano.

—Azahara, por favor... —murmuré. Ni siquiera sabía qué quería pedirle. Ya era demasiado tarde para no hacerme daño.

—Estate quieta —dijo, haciendo más presión sobre mi piel. Me obligó a darme la vuelta y se colocó a mis espaldas.

Todo mi cuerpo temblaba. Cerré los ojos esperando encontrarme con el reguero cálido de la sangre, pero sólo vino el silencio. Por el rabillo del ojo vi cómo Azahara deslizaba la cuchilla y un minuto después sentí que la presión disminuía; la sangre volvió a llegar hasta mis dedos con un hormigueo.

—¿Qué estás...? —empecé, pero los labios me temblaban tanto que no pude

terminar la frase. Azahara no lo necesitó; pasó por delante y empezó a cortar la cinta que me ataba las rodillas.

—¿Tú qué crees?

Las muñecas todavía me ardían. Me froté una con la mano contraria, pasando los dedos por las marcas rojas que me había dejado la atadura improvisada.

Azahara separó mis rodillas y se ocupó de mis tobillos con celeridad. Miraba constantemente a su espalda, como si esperara que en cualquier momento alguien fuera a entrar en el aula.

—Tenemos que salir de aquí —dijo. El flequillo se le pegaba a la frente a causa del sudor y sus mejillas estaban sonrojadas—. Tengo que hablar con Marina para que acabe con esta locura...

—¿Qué...? —empecé, sin saber cómo seguir—. ¿Qué está pasando fuera?

—Marina ha organizado un motín y los internos están destrozando todo lo que encuentran por el camino. Los guardias tienen los pasillos vigilados y no hay manera de salir. Por ahora.

—¿Por ahora?

—Te tienen a ti. —Se detuvo para mirarme a los ojos—. A los funcionarios les importa una mierda disparar a un preso, pero no se arriesgarán a herirte a ti. Marina lo sabe.

Azahara rompió la última ligadura. Debido a la constante presión, los tobillos se habían enrojecido y me escocían.

—¿Crees que...? —empecé, pero tuve que tragar saliva antes de continuar—. ¿Crees que Marina sería capaz de hacerme daño?

—Está aquí por algo. —No me miró a los ojos.

—Pero... Joder. Yo..., yo he estado ahí para ella todas estas semanas. La he escuchado cuando lo necesitaba. La he tratado bien, os he cuidado todo lo que he podido, y ahora...

Azahara se puso en pie de un salto y me tendió la mano para que la siguiera.

—El mundo no es color de rosa, Leire —dijo algo triste.

Sentía que no tenía fuerzas ni para cogerle de la mano. No quería levantarme. No quería encontrarme con Marina, no quería huir, no quería tener más miedo, no quería luchar—. Todos los que estamos aquí hemos dejado víctimas atrás de una forma a otra. Todos. Y ahora te ha tocado ser una víctima más. No debería sorprenderte.

Acabé por cogerle la mano y me puse en pie. Sentí que las rodillas me temblaban, que no tenía fuerzas para sostenerme.

—*Todos* hemos dejado víctimas atrás, Aza. No sólo los presos. Eso no justifica nada.

Yo no era como ellos. Quería creerlo. Quería creer que había una línea, por muy fina que fuera, que separaba mis actos de los suyos, mis víctimas de las suyas. Que todos hacíamos daño, pero algunos..., algunos cargábamos con la culpa más tiempo del necesario. A veces no sabía si eso me hacía más buena o más estúpida.

Donde Azahara veía bolsas de basura, yo veía el cartel que se balanceaba sobre la pequeña tienda. Los cristales rotos. Los gritos.

«Leire, qué has hecho. Joder, Leire, joder, joder, joder.

¡Leire, qué has hecho!».

El mundo daba vueltas.

Mis manos seguían sudando sobre el volante.

Que no hubiera sangre en mis manos no significaba que no hubiera destrozado la vida de nadie. Que no lloraran sobre cadáveres no significa que no hubieran perdido media vida.

Una niña tonta que creyó que *controlaba*. Que nunca pasaría nada. Que nunca decepcionaría a nadie.

Una niña tonta que se creyó lo suficiente mayor acabó con la ilusión de años de trabajo.

Pero tenía solución. Ahí estaba la diferencia: yo tenía el poder de sanar y salvar a los que había herido. A Azahara, en cambio, los fantasmas de aquellos dos niños la perseguían cada noche.

Ante mis palabras, ella sólo se encogió de hombros.

—Algunos intentamos enmendarlo. —Se aproximó a la puerta y rodeó el picaporte con una mano. La otra estaba sobre mi espalda—. Ahora vamos.

—No podemos salir. Marina y los demás están fuera y... —Antes de que pudiera acabar la frase, Azahara abrió la puerta. El caos nos azotó como una ráfaga de aire.

—¿Y qué quieres hacer? ¿Quedarte de brazos cruzados aquí dentro?

No quería hacer nada. Me sentía paralizada.

Azahara suspiró y me cogió de la muñeca con cuidado.

—Vamos, Lei, eres más valiente que esto.

—No lo sabes.

—Por fin dices algo con sentido.

Nos giramos al mismo tiempo hacia la voz que rompió el barullo del pasillo.

Ana nos miraba de brazos cruzados, con el pelo enrevesado como si fuera un nido y una sombra negra de maquillaje bajo los ojos. Estaba cerca de la pared, al lado de una interna que, hecha un ovillo, se mecía en el suelo.

—¿Qué haces aquí? —inquirí. Me sorprendió que no me temblara la voz.

—Eso debería preguntártelo yo. ¿No entraba en el maravilloso plan de Marina tenerte bien atadita? —Se dirigió a Azahara—. ¿Qué cuento te ha contado ahora para que la saques?

—Ella no...

—Claro. No sabes nada, ¿verdad? Te crees que es una damisela en apuros. —Ana se cruzó de brazos. Nina. *Nina*. Ya no era Ana; no había ni rastro de ella. Ana murió la noche que se quedó sola. Ana murió la noche que nos dimos la espalda. Y la Ana que conocí no diría nada de mí, no se atrevería a decirlo. No me haría tanto daño—. Supongo que no te habrá contado sus problemitas con el alcohol, ¿verdad?

Pero lo hizo.

Los hombros se me hundieron, las piernas volvieron a temblarme. Azahara pasó una mano por mi espalda para sujetarme. No dijo nada.

Quiso escuchar a *Nina*.

—Es un poco hipócrita que vaya por ahí intentando dar lecciones de moral a unos putos drogadictos, y luego ella sea la primera que a la mínima se traga una botella entera de whisky. ¿O era ginebra? Ya no recuerdo tu favorito. En el instituto se rumoreaba de todo.

Azahara arrugó la nariz.

—Nina, ¿de qué estás hablando?

Ella sonrió, divertida.

—Mucho sermonear y mucho hablar de Dios, pero cuando te das cuenta de que la mitad de los que están aquí dentro están tan podridos como tú se te quitan las ganas, ¿verdad? —Soltó una sonrisa amarga y miró de nuevo a Azahara—. Tu amiga no es tan inocente como parece.

—Ana... —murmuré mientras apretaba los dientes. No podía decir nada más. No podía fingir que no tenía razón.

—Éramos amigas, ¿sabes? Nosotras dos. Inseparables, de esas que hacen que te entren ganas de vomitar de lo cursis que son. Ahora me hace gracia que yo estuviera ahí la primera vez que te pasaste con el alcohol, que yo fuera la que te sujetaba el pelo mientras potabas. Eras una enana, ¿te acuerdas? Pero te gustó. Te gustó demasiado.

No sabía qué pretendía con todo aquello. Azahara la miraba con la boca entreabierta, con la misma duda que encontraba en mis ojos. Sentí que el corazón comenzaba a latirme más rápido, que el sudor se escurría entre mis dedos.

No me dio tiempo a frenarla.

—¿Adivinas cuál fue su último espectáculo? —siguió, hablándole esta vez a Azahara—. Seguro que te suena. A las dos os mola mucho eso de conducir cuando estáis borrachas como una cuba. ¿Sentisteis las dos la misma adrenalina, la sensación de que podríais vencer al mundo? ¿Y cuando chocaste, Lei, creíste que volabas?

—¡Cállate! —grité. Sentía que las lágrimas me nublaban la vista.

—Puedes decir lo que quieras, pero no te arrepentiste de nada. Te gusta beber. Siempre te ha gustado. Te gusta la persona en la que te conviertes cuando bebes porque así eres más divertida, más abierta, más valiente. Quizá si bebieras un poco más, olvidarías cómo ese niño salió llorando de su habitación y el miedo que le dio ver tu querido coche empotrado contra su salón.

«No había ningún niño», quise decirle, pero la realidad era mucho peor.

La verdad era que no lo sabía. El alcohol había nublado aquella noche como si así pudiera librarme de la culpa. Lo único que quedaba eran las fotografías que sacó la policía al llegar, la chica que no era consciente de que sus manos eran las que habían hecho que el coche se saliera de la carretera, que rozara la pared de aquella casa, que rompiera los cristales de la pequeña tienda, la puerta, cada pastelito duro que exponían. Oía llorar a un bebé.

Y lo peor de todo: oí llorar a Helena.

Fue ella la que se quedó atrapada en el coche, en la parte delantera, cuando el morro se estrujó como si fuera un muelle. Empezó a hiperventilar, pero yo no la miraba. No recordaba nada. Me dijeron que salí del coche. Que la dejé sola. Me senté en la acera, sintiendo que la cabeza me daba vueltas, y sólo cuando la primera esquirla llegó a mis medias fui consciente de lo que había sucedido.

Helena gritaba que no quería perder las piernas. Helena lloraba, chillaba, despertó al vecindario, pero yo no hice nada por ella. Los médicos consiguieron sacarla, pero el recuerdo de aquella noche aún la persigue en sus pesadillas, aunque no me lo diga. Aunque no quiera recordármelo. Helena estuvo dos meses en terapia hasta que se atrevió a volver a coger un coche.

Y cuando lo hizo, lo hizo por mí. Porque yo la necesitaba. «No te voy a dejar sola —dijo—. Ni ahora ni en septiembre, ¿me oyes? Pase lo que pase vas a estar a salvo».

Pero yo era la que le había provocado esa sensación de pánico y de culpa. Yo le había obligado a subirse a aquel coche.

«Te llevaré a casa. Estoy bien, Helen, confía en mí».

Yo era la que siempre abandonaba a los demás.

Ana sólo me lo estaba recordando.

—Ya ves, Azahara, tú y tu amiguita habéis hecho exactamente lo mismo, pero aquí está ella, mirándote por encima del hombro. Una en la cárcel y otra en la calle. Qué injusta es la vida, ¿verdad?

No me atreví a mirar a los ojos a la familia a la que le destrocé la tienda. No me atreví a mirar a Helena durante las dos semanas que le tuvo miedo a salir de casa.

Y luego, fui tan estúpida que no me atreví a aceptar la culpa que me merecía.

—Vete a marear a otro lado, Nina —soltó Azahara. No la miraba. Quería esconderme bajo tierra, quería volver a atarme las muñecas y los tobillos hasta hacerlos sangrar.

Quería preguntarle a Nina cómo lo sabía.

Por qué había tardado tanto en decírmelo.

Por qué ella tampoco hizo nada cuando vio que el alcohol dejaba de ser algo divertido y pasaba a ser algo *obligatorio*. Algo que me drenaba. Algo que me mataba.

Por qué las dos fingimos que nunca podría pasarnos nada malo.

—En serio, vete —insistió Aza.

—Con un gracias me contento, ¿sabes?

—¿Un *gracias*?

—Por abrirte los ojos antes de que hagas una locura.

—La locura la ha empezado Marina, no yo. Si necesitas abrirle los ojos a alguien, que sea a ella.

Azahara me empujó por delante de ella, dando así la espalda a Sonia y a Nina. No pude fingir que no oí cómo se despedía:

—Me hubiera gustado que me lo contaras, ¿sabes, Lei? Un secreto por un secreto, como hace tiempo. Antes no te daba miedo contarlos. Antes no tenías nada de lo que avergonzarte. Ahora tampoco, ¿o es que no has visto dónde estás?

—No la escuches —me aconsejó Azahara.

Le hice caso. Después de todo, tenía la cabeza demasiado nublada por los recuerdos de aquella noche, por las palabras de Nina, clavadas en mi pecho como estacas. Dejé que Azahara me alejara de allí.

El problema era que no había ningún lugar adonde huir.

Nina estaba de espaldas a nosotras, inclinada sobre Sonia. Le colocó un mechón de la frente por detrás de la oreja en un inútil intento de calmarla.

—Vamos, siéntate aquí —me ordenó Azahara a la vez que me agarraba por los codos. Tenía la vista fija en el pasillo, que se estrechaba hasta continuar hacia el vestíbulo del área.

—¿Qué?

—Detrás de la pared. A partir de aquí es todo recto y no podremos escondernos. —Se giró hacia mí al ver que no reaccionaba. En sus ojos había una dureza que no reconocía en ella—. ¿A qué esperas? ¿Quieres que te maten o qué?

Por un momento no supe la respuesta.

Me dejé arrastrar hasta el último saliente de la pared, justo antes del pasillo. La textura granulada de la pintura se me clavó en la espalda. Azahara se sentó de cuclillas a mi lado, todavía alerta. Asomó la cabeza en cuanto oímos el primer golpe.

Su pregunta me pilló desprevenida:

—¿Es verdad?

Me volví hacia ella. Seguía con las manos apoyadas en la pared y la mirada fija en la entrada, como si hablara con un fantasma.

—¿Qué?

—Lo que ha dicho Nina. ¿Era verdad?

La angustia se hizo cada vez más densa en mi estómago hasta convertirse en piedra.

—Bueno, yo... —titubeé—. Es lo que pasó, pero... estoy a la espera de juicio, Aza. No es..., no es tan fácil.

Una sonrisa fría y amarga curvaba sus labios.

—Pero estás *aquí*. —No comprendía a qué se refería—. Estás como una intrusa, no como una presa. Estás como la moneda de cambio. Como si valieras más. —Se mordió el labio con tanta fuerza que se volvió blanco—. Nunca te importamos, ¿verdad? Ninguna de nosotras. Viniste aquí para redimirte, sólo eso.

—Aza, no...

Ya era tarde.

Igual que la noche en la que volví a vivir todo el accidente con Helena, Azahara había elegido su momento para drenar el dolor que sentía.

—Todo este tiempo, todos esos gestos, toda la tontería de preguntar cómo estábamos, de hacernos bailar y reír... Todo era una farsa. —Rio de nuevo, pero con tristeza—. Fingiste que te preocupaba Beth, fingiste que te importaba Gabi... Y era todo mentira.

—Azahara, escucha... —Pero no iba a hacerlo. Tenía la vista nublada por culpa de las lágrimas, del recuerdo de su hija, de su amiga, de la vida que la cárcel le había arrebatado—. Me importas —dije con la voz quebrada—. Me *importas*. No ha sido una mentira, sólo... cometí un error. Un tremendo error.

—¿Y crees que eres más que nosotras? ¿Que puedes equivocarte y quedarte a tus anchas mientras a nosotras nos violan y nos matan?

—No. —Tragué saliva—. No... —Oímos el sonido de un jarrón haciéndose añicos. O un hueso. Ya no lo sabíamos—. Sé que venir aquí fue una locura. Pero lo que encontré, todo lo que he aprendido..., es muy distinto a lo que esperaba. Había veces que me quitaba el miedo; otras, lo aumentaba. Sólo quería poder ayudar antes de que aquel juicio decidiera por mí, poder demostrarme a mí misma que aún era capaz de hacer algo bueno. Necesitaba perdonarme. Aún tengo que hacerlo. Pero nunca..., nunca os mentí, Azahara. No a vosotras.

Sólo a mí.

Se limpió una lágrima furtiva y acercó su mano a la mía con la misma celeridad con la que me abrazó aquel día en la puerta de su módulo, como si tuviera miedo a que me desvaneciera.

O a que la apuñalara por la espalda.

—Lo peor es que te creo —murmuró.

—Aza...

—No estoy enfadada. No contigo. —Siguió mordiéndose el labio. No soltaba mi mano—. Pero no esperaba nada de esto.

Yo tampoco.

—Siento haberte decepcionado...

Ella sacudió la cabeza.

—Nina tenía razón en una cosa: me ha abierto los ojos. Creía que eras... perfecta, supongo. La chica que hubiera sido yo si las cosas hubieran ido bien. Pero tú también te has equivocado y aun así sigo viendo cosas buenas en ti. —Tragó saliva—. Quizá pueda empezar a verme a mí así también, como alguien que no merece todo lo malo que le ha pasado. Beth merece una madre que la quiera y se quiera, esté donde esté...

El nombre de la niña encendió un recuerdo en mi cabeza.

—Di un aviso, Aza. Fui a hablar con...

Azahara ahogó un grito que me hizo callar al instante. Empezó a arrastrarse hacia atrás como un cangrejo, arrimándose más a mí; seguí la dirección de su mirada.

Un río traslúcido descendía por el pasillo hasta llegar a nuestros pies; Azahara se alejó de él como si fuera letal. El intenso olor llegó de golpe, expandiendo el ardor desde la nariz hasta nuestras gargantas.

Azahara alargó un dedo y se acercó el líquido a la nariz.

—Alcohol —confirmó—. Lo estaban cogiendo de la enfermería.

—¿Por qué?

No contestó. Frunció los labios y agitó la mano en el aire para secarse. Con la otra agarró mi muñeca.

—Esto no pinta nada bien. Vamos, tenemos que salir de aquí.

Tiró de mí para que me pusiera en pie y se asomó de nuevo al pasillo, con cuidado de no ser vista.

—Quieres sacarme de aquí —dije, como si aún no acabara de creerlo. Como si no pensara que lo mereciera—. ¿Por qué? —Ella arqueó una ceja—. ¿Qué obtienes tú de todo esto? ¿No quieres ser libre? ¿No..., no estás de su parte?

Su rostro se deformó en un segundo; inclinó las cejas hacia abajo, se le humedecieron los ojos, hundió los hombros. Fue como si la apuñalara en el estómago. Apartó la vista antes de contestar:

—No se es libre así, Leire. No voy a dejar que te hagan daño.

—Si salimos las dos ahí fuera, la que saldrá herida serás tú.

Se encogió de hombros.

—Le he dicho a don Pedro que haría lo que pudiera para parar esto. Puede que a mí me escuchen.

—O puede que te maten.

Mi respuesta hizo que sonriera; nunca había visto una sonrisa tan rota.

—Bueno, si eso pasa, sólo quiero que Beth encuentre una familia. Que esté en buenas manos. Eso es todo. No me preocupa nada más, ¿entiendes? No tengo nada más que perder. —Se humedeció los labios—. Y... sí, quiero salir de aquí. Pero quiero irme para encontrarme cara a cara con los padres de los niños a los que maté. Mirarles a los ojos y decirles que lo siento. Que no soy ningún monstruo. Que todavía me duele. Que no quise nada de esto.

—Pero, Aza..., tú no lo hiciste.

La forma en la que parpadeó me hizo pensar que se había repetido tantas veces la misma historia («debí parar a Hugo, debí haberle avisado, yo también estaba borracha, yo también estuve ahí») que había acabado creyendo que eran sus manos las que se mancharon de sangre.

Las mismas manos que ahora sujetaban las mías.

—Vámonos antes de que vuelvan aquí —dijo entonces.

Salimos al pasillo y esquivamos el río de alcohol que llegaba desde el vestíbulo. Se oía el eco de los gritos del patio y las alarmas del centro, que seguían sonando. Huecas. Inútiles.

—Aza, pase lo que pase... —empecé sin apartar la mirada de nuestras

manos. Su piel se veía pálida y enferma en contraste con la mía—. Por favor, no dejes que te hagan daño. No lo mereces.

Otra vez esa sonrisa triste y cansada. Otra vez esos ojos que parecían haber visto mil guerras, que parecían dormir cada noche en la trinchera. Y otra vez esas palabras que me hacían ver lo mucho que Azahara se odiaba.

Igual que yo también me odiaba.

No era justo.

—No sabes lo que merecemos, Lei.

Y sin darme tiempo a responderle, bajo su mano hasta la mía y me arrastró por el pasillo.



Azahara

Fui en dirección al vestíbulo del área sin saber si aquello era un rescate o un suicidio.

Ignoré el dolor de mis rodillas, el cansancio, el sofoco, el miedo. Se oían los gritos de los internos en el patio, que se habían dividido en grupos para organizar un contraataque. De alguna forma, todos llevaban pinchos en las manos: latas, bolígrafos, barras de metal. Todo había sido afilado durante meses, a espaldas de los funcionarios (y seguramente también de sus propios compañeros), esperando una oportunidad como ésta. Palpé el bolsillo de mis pantalones antes de dirigirme al patio. Yo también iba armada, aunque sabía que una cuchilla serviría de poco frente a la pistola que Marina empuñaba con orgullo y que frotaba contra su camisa como si se tratara de una lámpara mágica. Como si cumpliera todos sus deseos.

Leire y yo recorríamos el pasillo, las dos con el corazón en los brazos de la otra. Íbamos cogidas de la mano como si fuéramos fugitivas —lo éramos, al fin y al cabo, aunque ninguna se lo esperara al entrar— y todavía no sabía quién le estaba dando fuerzas a quién.

—Marina te matará si me ve aquí. A ti y a Raquel —murmuró en cuanto nos acercamos al vestíbulo principal. Los cristales de las ventanas estaban rotos. Las

paredes de los muros estaban llenas de arañazos, de palabras.

Alzó el cuello para mirar fuera, donde los internos seguían reunidos a la espera de una señal. Marina paseaba con el arma a la espalda. Se detuvo al ver que una fila de internos cruzaba el patio cargados con bolsas de plástico.

—¡Venga, vamos! —gritó. Empezó a hacer señas hacia el interior del área, donde estábamos Leire y yo.

—Mierda —solté. Me giré hacia Leire, que me miraba con los ojos abiertos como un animalillo asustado—. Vienen hacia aquí. Escóndete detrás de esa planta, en la esquina, al torcer a la derecha. No te alejes demasiado.

—Me van a ver.

—Pues finge estar maniatada. Nina siempre se mete ahí y los funcionarios nunca la encuentran.

—Nosotras la encontramos.

—¡Venga! —Mi voz solapó el grito de Marina. La chica saltó del escalón desde donde observaba a la gente y se unió al grupo de internos que entraba.

Leire soltó mi mano. De pronto la sentí demasiado fría, demasiado sola. Se acurrucó en la esquina, encogiéndose como si quisiera desaparecer. La planta marchita que la tapaba se alzaba lúgubre frente a ella.

—Veo que llegas justo a tiempo. —Marina se internó en el recinto y se apoyó junto al marco de la puerta—. ¿Dónde has dejado a la niña?

—Donde tú la dejaste. ¿Ya tienes un rato para hablar conmigo?

—Cuando salgamos de aquí, tendré todo el tiempo que quieras. —Marina dio una cabezada hacia delante y los presos empezaron a moverse. Se aseguraron de que los guardias estaban lo suficientemente alejados de la puerta (habían colapsado todas las salidas, pero no se atrevían a acercarse más) y empezaron a agruparse alrededor de la entrada.

—No vas a poder con toda la gente de fuera. Van armados.

—Nosotros también.

—Marina, de poco te va a servir una pistola contra cien balas.

—¿Alguien ha pedido tu opinión? —Soltó un suspiro exasperado y se

irguió, haciendo más notable la distancia que nos separaba—. Si te parece que hablar con ellos te va a devolver a la calle, adelante.

—Hablar con ellos no, Marina. Hablar contigo. No eres la primera que intenta salir de aquí y...

—Bla, bla, bla. Sé de sobra lo que vas a decir. La última persona que se dedicó a regañarme como si fuera mi madre acabó con un tajo en el vientre. Yo de ti chaparía la boca. Disfruta del espectáculo. —Puso los brazos en jarras y se dirigió a los presos con un grito—: ¡Vamos, echadlo todo ahí! ¡Todo!

Estos le lanzaron un vistazo a Marina antes de descargar las bolsas que llevaban al hombro. Supe lo que era desde el primer momento en el que vaciaron las botellas, derramando su contenido por toda la sala, igual que lo habían hecho por el pasillo. El olor era inconfundible: alcohol.

Lo echaron sobre las plantas de la entrada, sobre el suelo, sobre los barrotes de la puerta. Rociaron las paredes y el suelo hasta que toda la sala se impregnó con su olor.

—Estás loca —murmuré. Por su sonrisa, supuse que no se lo tomó como un insulto—. Marina, no lo has visto, pero ahí fuera están reuniendo a un puñetero ejército de guardias. Hagas lo que hagas, va a ser el caos.

Marina se aseguró de que la miraba antes de sacarse un mechero del bolsillo.

—En la cárcel, el caos sólo se ahoga con más caos. —Sacó un cigarro liado del mismo bolsillo y se lo encendió. Dejó que el tabaco se consumiera entre sus labios.

No podía estar hablando en serio.

—Vas a provocar un incendio —murmuré, a la espera de que me corrigiera. No lo hizo.

—Tenías razón; una bala no hará nada contra esos guardias. No saldré de aquí hoy. —Sonrió mientras sujetaba el cigarrillo entre los dedos—. Pero te juro por mis muertos que saldré.

Frente a nosotras, el número de internos que entraban cargados con

botellines de alcohol y bañaban el área aumentaba por momentos. Algunos temblaban, no sabía si de la angustia o del ansia. Otros obedecían a patadas. Raquel apareció y le sonrió a Marina con un cariño que me hizo pensar que su lealtad iba mucho más allá de la decencia.

No entendía cómo les había convencido Marina. No entendía nada.

Pero no iba a quedarme quieta y dócil, aguardando a que me convirtiesen en carbón. Le di una palmada a la mano de Marina, haciendo que se le escurriera el cigarro y cayera directo al suelo.

—Estás loca, ¡loca! —grité—. ¿Cómo pretendes sacarnos de aquí con fuego? ¡Vas a matarnos a todas!

Pisé el cigarro con furia y oí a Leire gemir a mi espalda. Esperaba que nadie más la hubiera oído.

—No lo entiendes, Azahara. Este incendio no es para matar a nadie. — Suspiró con resignación, como si tuviera que explicarle qué es el fuego a un niño—. Aquí no pueden tratar quemaduras graves, ¿lo sabías? Tienen el deber de llevarnos al hospital en caso de emergencia, independientemente de nuestro delito. En teoría, nuestra vida va primero. —Lanzó un escupitajo hacia el pitillo machacado, donde segundos antes había estado mi pie—. No podré salir de la cárcel con un puto incendio, pero sí saltando de la ambulancia. Esto es sólo el paso previo. Un espectáculo insignificante.

Los internos que arrojaban alcohol se apartaron el sudor de la cara y empezaron a alejarse del líquido, como si hirviera. No sabía qué historia les habría contado Marina para que la obedecieran de esa manera. Quizá les moviera el miedo. Quizás ellos no hubieran sobrevivido a todo lo que yo tuve que pagar por culpa de una sola persona.

Nada me aseguraba que no me estuviera mintiendo. Pero Marina ardía por dentro, sus labios ansiaban el fuego, tenía tantas ganas de liberarse que sería capaz de matar a cualquiera.

La cárcel la había matado.

—Vas a quemarte viva —murmuré, como si necesitara que me lo

confirmara. Ella sólo sonrió.

—No, Azahara. —Hizo una pequeña pausa y sacó otro cigarro. Lo encendió entre sus labios, le dio una calada y soltó el humo con suavidad—. Voy a salir de aquí. Ya verás tú lo que haces.

Sé que fueron dos segundos, puede que menos, pero pareció una eternidad. Sentí que estaba encerrada en mi cuerpo, que mi mente iba más deprisa que mis piernas, que no podía hacer nada más que esperar a que todo se destruyera. Y fue así.

Marina tiró la colilla en medio de un charco y el fuego prendió con un chasquido. Las llamas se alzaron hacia el techo y los internos dieron un paso atrás en medio de una marea de gritos. La única que se mantuvo en su sitio fue Marina, que contempló las llamas con una sonrisa en los labios. Se guardó la pistola en el bolsillo y la intercambió por el mechero.

Me pareció que reía.

El alcohol extendió el fuego como si de un río de lava se tratase. En apenas unos segundos, el techo se llenó de humo y los presos que estaban en el patio empezaron a revolverse y a vociferar.

No fueron los únicos. Noté el zumbido de un chillido cerca de mi oído, y sólo después me di cuenta de que era yo la que lo causaba.

Detrás de mí, Leire lloraba.

Retrocedí. Marina dio un paso adelante, hacia las llamas, hacia el fuego, como si pensara que arder no dolía. Antes de volverme hacia Leire, tuve tiempo de ver cómo Raquel la asía del brazo.

El humo había invadido el pequeño vestíbulo y se colaba sobre nuestras cabezas como si fuera niebla. El calor había aumentado en segundos y hacía que la ropa se me pegara hasta ser una segunda piel. Leire estaba encogida en el suelo, con las manos sobre la cabeza, balanceándose hacia delante y hacia atrás y sollozando como si sus lágrimas pudieran apagar las llamas.

—¡Tenemos que salir de aquí! —La cogí por las axilas y la obligué a levantarse, pero se dejó caer sobre mí como si fuera una muñeca de trapo.

El reflejo del fuego se reflejaba en los cristales rotos que se expandían por el suelo; se estaba acercando.

Leire dejó que la sostuviera por el costado y pasó un brazo por detrás de mi cuello. Un vistazo rápido hacia delante le bastó para que sus piernas volvieran a responderle. Dio dos pasos atrás y se tropezó antes de que pudiera sostenerla.

—No... —murmuraba—. No...

—No hay salida en la parte de atrás. Tenemos que seguir hacia delante, Lei. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No puedo... —Su voz se vio ahogada por el llanto, que pronto fue sustituido por la tos; el calor arañaba nuestra piel y ahora además nos asfixiábamos.

Teníamos que salir de ahí. Tenía a Beth esperándome al otro lado de ese muro de fuego. Había perdido demasiado por ella. No dejaría que mi sufrimiento fuera en vano.

Nada dolía más que perderla. Ni siquiera perderme a mí.

Agarré a Leire de nuevo, que no paró de llorar mientras se arrastraba a mi lado.

—Si algo sale mal, huye —murmuré en su oído entre toses.

—¿Adónde?

No supe contestarle. Esperaba que preguntara de quién, no adónde. «Huye de la muerte, Leire, huye de la puta cárcel, huye de este infierno. Por favor, por una vez, deja que seamos sólo un recuerdo».

«Huye».

No tenía voz para pedírselo.

«Y a quien te pregunte, dile que las pesadillas no han cesado. Dile que ya no sé qué es real y qué no».

Porque aquel espectáculo parecía un mal sueño. Aquellas llamas, aquella luz, aquel calor, aquel humo... Todo parecía formar parte de un cuadro fatídico, de una de las historias que se cuentan en los módulos para asustar a las presas más jóvenes y que todos sabíamos que no eran reales. Que no podían serlo. Que

no deberían serlo.

Sentía que Leire se estaba muriendo en mis brazos, que cada paso la mataba más. No andaba, se arrastraba. No parecía respirar, sólo lloraba.

—¡Hija de puta!

Una sombra apareció entre el humo y las llamas y se colocó frente a nosotras. Se cubría la boca con las manos y el fulgor del fuego deformaba todas sus facciones. Sin embargo, era imposible no distinguirla por su rapado y sus tatuajes. Raquel tenía los hombros encogidos, pero conservaba voz suficiente para gritarnos.

Se abalanzó sobre nosotras; sólo un par de segundos me salvaron de que cayera encima de mí. Rodó por el suelo y chilló al acercarse al fuego. No tardó en recomponerse, como si todas las fuerzas que nos faltaban a nosotras se hubieran refugiado en su cuerpo. Sus ojos estaban cargados de ira.

—¡La has soltado, zorra! —bramó—. ¡Te dije que te quedaras con ella!

No entendía su enfado. No entendía por qué en medio de aquel infierno lo único que le importaba era si las manos de Leire estaban atadas o no. Raquel tosió y se frotó los ojos casi al mismo tiempo, apartándose las lágrimas que nos provocaba el humo.

Solté a Leire y la obligué a colocarse a mi espalda. De pronto, el fuego ardía con más fuerza y la habitación parecía más pequeña. Los internos del patio se habían vuelto sombras a través de las llamas y los cristales del suelo que pisábamos al andar habían dejado hacernos daño.

Me acerqué a Raquel con la mano extendida. Ella seguía gritándome, pero las alarmas ahogaban sus palabras.

—Tenemos que salir de aquí o... —dije, pero el humo se coló entre mis labios y me obligó a toser.

Raquel se acercó a mí con la cara inundada de sudor.

—¡Ella es nuestro seguro, joder! Si está libre, ¡nosotras no lo estaremos nunca! ¡¿Es que no lo entiendes?! ¡¿Qué les impedirá matarnos ahora, eh?!

—¡¿Qué se lo impedía antes?! —chillé. Noté cómo se desgarraba mi

garganta, cómo las sirenas taladraban mis oídos, cómo el calor hacía que mi cabeza estallara. Mis palabras deberían haber servido para calmar a Raquel, pero sólo la enfurecieron más.

—¡Es todo por tu culpa!

En esa ocasión no la vi venir.

Se tiró sobre mí como un tigre hambriento y hundió las uñas en mis hombros. Sus manos ardían como si fueran puro fuego. Caí de espaldas y oí el suave tintineo de los cristales rompiéndose bajo mi peso. Luego el crepitar de las llamas, el grito de Leire. Raquel estaba a horcajadas sobre mí y me cruzó la cara antes de poder detenerla.

—¡Íbamos a salir de aquí, joder! —Un segundo después, su mano volteó mi cara; mi mejilla se estrelló contra el suelo. Noté el sabor salado de la sangre entre mis labios.

—¡Para! ¡Por Dios, para! —Leire chillaba. Se había arrodillado a mi lado e intentaba separar a Raquel cogiéndola de los hombros, pero era inútil. Con cada empujón, el humo se internaba más en nuestros pulmones y el fuego se acercaba más a nosotras.

Raquel siguió destrozándome la cara a puñetazos. Golpeó mi pecho, mis hombros, mi estómago. Hizo que el ardor de las llamas fuera un dolor insignificante en comparación.

Iba a morir allí y lo único que quería era que Leire huyera.

Que ella se salvara.

Que el juicio nunca la condenara más allá del castigo que ella se imponía. Que pagara por sus errores, pero no aquí. No así.

Que había vida fuera de la cárcel, pero que una vez entrabas en ella ya estabas muerta.

Como Marina, que había matado toda su humanidad. Como Gabi, con un corazón que ya no latía. Como Raquel, que quería acabar con todo y lloraba un poco más con cada golpe. Como yo.

Ella tenía que seguir bailando bajo la lluvia mientras el resto del mundo

miraba las nubes grises. Ella tenía que contar nuestras historias y recordar nuestros nombres. Ella tenía que crecer, libre. Tenía que ser valiente.

Tenía que luchar.

Ahora sólo podía hacerlo llorando junto al oído de Raquel, que cada vez pegaba con menos fuerza.

Hasta que se desplomó sobre mí. Tenía las mejillas surcadas por las lágrimas y sollozaba. Sollozaba y no por culpa del humo. Abrazó mi cuerpo como si fuera una amiga caída y lloró sobre mi pecho. Probablemente no se arrepentía de golpearme; simplemente deseaba ser ella la que estuviera en mi lugar.

Ella también quería salir de aquí, pero no se atrevía a cruzar el fuego. No como Marina.

—Por favor... —murmuró Leire, que no sabía cómo suplicar que cesara. Miraba el fuego que inundaba la entrada del área con los ojos llenos de miedo.

Buscó a tientas mi mano y la protegió entre las suyas. Se colocó a mi lado, me apartó el pelo de la cara. No paraba de llorar.

—Es todo mi culpa...

«No, niña tonta», quise decirle, pero sentía que había perdido la voz. Tampoco tenía fuerzas para erguirme y abrazarla. Para apartarle las cenizas de sus tirabuzones y prometerle que, pasara lo que pasara, no iba a dejarla sola. Que el miedo era menos cuando era compartido. Que quizás esa era nuestra catarsis.

Las tres nos volvimos de golpe al oír los pasos de los funcionarios.

Cuando de pequeña soñaba con el infierno, me lo imaginaba tal y como lo estaba viviendo ahora: a mi alrededor sólo vería fuego y humo, las cenizas volarían sobre mi cabeza y se deslizarían hasta mis párpados, y cuando menos me lo esperara, unas sombras aparecerían entre las llamas. Se abalanzarían sobre mí con las manos ardiendo y me convertirían en polvo.

Pero esas sombras apartaban el fuego a su paso. Se oyó un trueno, el sonido del extintor, y una nube blanca empezó a abrirse camino donde antes sólo había llamas. Los gritos de los funcionarios se mezclaron con el bramido de las alarmas. Raquel, con el rostro surcado de lágrimas, se levantó y se arrinconó

junto a la pared. Leire se quedó junto a mí, apretando mi mano como si fuera una presa más. Como si mereciera arder con nosotras.

A ella fue a la primera a la que cogieron. Con cuidado, como si fuera un gato perdido que necesitara bajar de un árbol. La primera sombra se convirtió en un hombre robusto y armado protegido con un casco. No logré ver nada más. Acunó a Leire entre sus brazos, lo que hizo que se separase de mí. Antes de que me diera tiempo a incorporarme, dos sombras más aparecieron; una con un extintor en la mano, la otra con una porra.

Pensé que venían a sacarme de aquí. Que me dirían que todo estaba bien, que me sostendrían entre sus brazos y abrirían camino para que volviéramos a casa sanas y salvas.

Pero era una presa.

Uno de los guardias se acercó a mí y me zarandeó. Me agarró del brazo, clavándome las uñas a través de los guantes, y me obligó a que me pusiese en pie.

—¡No se mueva! —gritó, como si tuviera fuerzas para hacerlo.

Se puso detrás de mí y me colocó unas esposas demasiado pequeñas. El calor del metal hacía que me escocieran las muñecas. Cada gota de sudor se sentía como aceite hirviendo. El fuego a nuestro alrededor iba disminuyendo, pero dentro de los funcionarios no hacía más que avivarse.

Leire lloraba como si fuera ella a la que llevaran encadenada. Raquel ni siquiera hablaba, sólo temblaba. Los guardias se mantuvieron firmes como estatuas. No vi a Marina, no vi a los demás internos, no vi los cristales que pisé a cada paso que dábamos hacia la salida.

Ni siquiera llegué a la puerta. Me tropecé y el funcionario que me llevaba cogida de los brazos perdió la paciencia y me propinó una patada en la espalda para hacerme avanzar. Caí de rodillas al suelo, sobre un montón de cenizas que aún ardía. Pero ni siquiera me quemé. Ya no sentía nada.

Perdí la consciencia primero.



Marina

Nos tuvieron maniatados en el vestíbulo durante horas, a pesar de las quemaduras y las heridas, de los gritos y los insultos. Se llevaron a la voluntaria rubia a casa con papá y mamá. A los demás, como si no fuéramos más que basura, nos encerraron en un aula hasta que llegara la dirección.

Para entonces ya era de noche. Todas las paredes se habían vuelto negras. Las pieles, rojas, en carne viva. La sangre, más escarlata que nunca.

Nada tenía que acabar así.

Notaba el dolor de las quemaduras recorriendo mi cuerpo como si el fuego no hubiera dejado de tocarme ni un sólo momento. Las clavículas, el brazo, los muslos, los pies. Cada roce hacía que me escociera un poco más, pero había llegado a un punto en el que no podía sentir más dolor. Como si toda mi piel se hubiera convertido en costra. Me había acostumbrado a ese ardor y ahora lo abrazaba como si siempre hubiera estado ahí.

Sólo quedaba esperar.

Vinieron a visitarnos todos, los guardias y los funcionarios, sólo para mirarnos y para hablarle a la nada, porque ningún preso tuvo la fuerza o el coraje para contestar a ninguna pregunta. Los médicos y los psicólogos nos miraban con miedo, con los ojos abiertos como niños asustados. Era divertido ver su

expresión cuando les sonreía. Era divertido sentir que ya ni siquiera me consideraban humana. Veía cómo ante ellos desfilaban miles de delitos y cómo su cabecita se las ingeniaba para adivinar cuál era el que me había metido aquí. Buscarían los ojos rojos de la droga o los moratones en los brazos. Mirarían si tenía la sangre fría y la fuerza suficiente para matar a alguien. Estarían atentos a cualquier lágrima tatuada en la piel.

Ilusos. No se daban cuenta de que el odio que me había llevado a la cárcel era el mismo que ellos sentían cada día. La diferencia era que yo había tenido los cojones necesarios para acabar con él. Y ahora los tendría para salir de ese puto bodrio.

Nos dejaron claro que aquella sería nuestra última noche en las celdas antes de ir a aislamiento. Por un motín así, ni siquiera se molestaban en decirnos cuántos días; después de todo, en aquellas minúsculas habitaciones no había relojes, no había casi luz, no existía el tiempo. Estarían atentos a cualquiera de nuestros movimientos. Normal, éramos unos *salvajes*.

Mentiría si dijera que no disfruté de toda la atención que recibimos aquella noche. Por una vez, existía.

Pero el espectáculo terminó en cuanto cerraron los chabolos a nuestras espaldas.

—No empaquetéis nada —dijeron a través de la puerta—. No se permitirá la entrada de pertenencias personales.

—Tranquilo, guapo, sólo vamos a despedirnos. —Lancé besos al aire, pero el funcionario ya había desaparecido por el pasillo. Las comisuras me escocieron al sonreír. No importaba. Ya no recordaba cómo se respiraba sin dolor.

Al menos tenía un nuevo entretenimiento hasta que me llevaran a la enfermería: contar cuántos segundos podía aguantar el dolor, cuántos arañazos podía soportar mi piel, cuánto fuego bastaría para quemarme. No había estado bajo las llamas el tiempo suficiente para acabar calcinada. Quizás ese había sido mi error. Quizá si hubiera acabado con media cara en carne viva se hubieran molestado en llevarme directa a la enfermería.

Pero no. Tocaba esperar, como siempre.

Di una patada contra la litera. Raquel gruñó desde arriba y se incorporó, encogiéndose para que la cabeza no golpeará contra el techo. Dejó que sus pies colgasen por el borde y me miró.

—No puedo más —dijo. El labio inferior le temblaba. Todavía tenía la ropa llena de ceniza y las heridas abiertas; en las rodillas, en los codos, en el muslo. Apartó la mirada en cuanto empezaron a humedecerse los ojos—. Joder, Marina, no voy a aguantar un día más en esta jodida cárcel.

—Más te vale que sí. —Le di unas palmadas en la rodilla a las que contestó con un gruñido—. Ya verás, Raqui. Los médicos han prometido que pasarían a visitarnos. Y, total, por unos días más...

—Cuando digo que no puedo más, lo digo en serio.

—No me seas cobarde, anda. ¿Estás llorando?

Raquel se mordió el labio.

—No.

—Pues das mal rollo. —Me dejé caer en mi litera y metí la mano bajo el colchón, donde guardaba las pastillas—. Oye, si estás alterada, tengo tranquilizantes. Dos pastis y dormirás como un bebé. Francesca me las dio ayer a cambio de una caja de tabaco, así que son de fiar. ¿Quieres?

Las piernas de Raquel desaparecieron de mi vista. Oí cómo se hacía un ovillo sobre la cama y se cubría con la sábana a pesar del calor. Los muelles del catre chirriaron hasta que se quedó quieta.

—No, gracias.

—Como tú veas. —Me tomé dos pastillas—. A mí no me apetece pelearme con las pesadillas. No hoy. Cada vez queda menos, Raqui.

Me descalcé y me acurruqué sobre mi cama, apartando la sábana con el pie. Todo el chabolo olía a quemado. Alargué la mano hacia el interruptor de la luz y la apagué, aunque todavía oía los gemidos de Raquel. Me volví hacia la pared y cerré los ojos con una sonrisa. Todo estaba bien.

Pero Raquel, la sensible y estúpida Raquel, parecía no pensar lo mismo. No

habíamos pasado ni dos minutos a oscuras cuando oí lo que murmuraba. Quizá me hablaba a mí o quizá rezaba. No lo sabía. No me importaba.

—Tendría que haber al menos un lugar seguro en este mundo —murmuraba—. Sólo uno. Una habitación, un campo, una casa... Pero este mundo... Joder, todo se va a la mierda. La gente hace daño. La gente sufre. Todos caemos y nos quedamos abajo, como hormigas, y no quiero que las cosas sigan así, no quiero que esto nunca termine, no quiero que el mundo sea así, no quiero...

—Yo no quiero dormir sin un puto aire acondicionado y aquí estamos, Raqui —la corté antes de que sus llantos se hicieran más fuertes—. Ahora duerme. Y disfruta de esta cama tan guay; mañana nos despediremos de ella durante una buena temporada.

Puse punto y final a la frase con una pequeña carcajada y dejé que las pastillas empezaran a hacer efecto. Mi cuerpo se volvió cada vez más pesado y mi mente se nubló.

Aun así, lo último que oí antes de que el sueño me venciera fueron los dichosos gemidos de Raquel.



A la mañana siguiente, no se molestaron en abrirnos los chabolos o poner en marcha la megafonía. Todo el módulo 17 había sido condenado a aislamiento durante tiempo indefinido. Lo más probable era a la mayoría acabarían pasándonos al primer grado otra vez, que no se diferenciaba en nada del aislamiento. Nos habían indicado que esperaríamos pacientemente a que todo estuviera listo y entonces nos llamarían, una por una, y nos irían encerrando como si fuéramos animales de zoo. En algún momento llegarían los médicos a revisarnos las heridas. Y ahí es donde les aseguraría que mis quemaduras sólo podían tratarse fuera.

Todo iba a ser perfecto. Todo iba bien.

Por eso me levanté con la misma sonrisa con la que cerré los ojos al acostarme. Dejé que el olor a chamusquina y humo me envolviera. Quizá me daba tiempo a fumarme un porro antes de marcharme. Quizá Raquel tuviera ganas de compartirlo conmigo.

Me giré lo suficiente para colocarme de cara al techo; la litera de arriba no estaba hundida, así que Raquel ya estaba despierta.

—Eh, Raqui, ¿te apetece que...? —Mi voz fue ahogada por un grito, uno de los que nacen en el estómago y desgarran la piel desde dentro, uno de los que te dejan la boca seca y te vacían, uno de los que retumban en tus oídos hasta que te parecen ajenos.

Porque fue mi grito. Fue mi voz. Pero para mí no podía ser real. Tenía que estar soñando todavía. Las pastillas o las quemaduras o el dolor habían hecho que las pesadillas fueran reales, me habían encerrado en otra cárcel, en otro mundo, en otra historia. Ese no podía ser mi cuerpo.

Peor, no podía ser el *suyo*.

Todavía sobre la litera, me arrastré hacia atrás hasta que choqué con la pared, como si así pudiera huir de la imagen que tenía frente a mí. Seguía oyendo los gritos, cada vez más desesperados, que se mezclaban con el golpeteo de mis latidos. Tenía las mejillas cubiertas de lágrimas.

Pero no, aquel no podía ser mi cuerpo, porque Raquel no podía ser el cadáver que colgaba en medio del chabolo. No podía ser real.

Si lo fuera, habría alguien más gritando. Si lo fuera, habría sangre. Habría una nota de suicidio, algo. Pero cuando me atreví a levantarme de la cama, cuando quise pensar que con aquel gesto bastaría para despertarme, me di cuenta de que era real.

El cuerpo de Raquel se balanceaba ceniciento y rígido, igual que un muñeco de trapo. Las sábanas, enrolladas a modo de soga alrededor del cuello, colgaban de uno de los tubos de la calefacción que salían del techo. Iba descalza; la silla estaba tirada a sus pies como en todas las películas de terror que veíamos juntas.

Ella siempre adivinaba quién era el asesino. Se quejaba de los clichés. Hacía que en aquel chabolo me sintiera menos sola.

Ahora era todo lo contrario. Su cuerpo colgando, su ausencia, su silencio y mis gritos estaban arrancándome la piel a tiras; un agujero negro había empezado a formarse dentro de mí. No es que me sintiera sola, es que me sentía desesperada. Seguía soñando, ¿verdad? Era todo producto de las pastillas. En cualquier momento Raquel, la verdadera Raquel, me zarandearía para despertarme y se quejaría de que la megafonía estaba demasiado alta.

Pero yo seguía gritando y nadie me despertaba.

Tuve el valor de mirarla a los ojos y supe que nunca iba a olvidar lo que vi en su rostro.

Porque no vi nada.

Nada.

Vi el vacío de la primera grieta que rompe una catedral, el vacío de un bosque quemado donde no puede crecer ni un hierbajo. No vi nada. No había nada.

Llegué hasta la puerta de acero y empecé a golpearla con los puños con toda la fuerza que me había quedado después del accidente. Me daba igual cuánto se abrieran las heridas: sólo quería que me sacaran de ahí, que me alejaran de ella, que me despertaran, que me mataran, que me devolvieran a la única persona a la que me había atrevido a llamar amiga.

—¡Abrid la puerta, joder! —No quería llorar, no quería estar ahí, no quería al mundo, no quería nada de eso—. ¡Abridme! ¡Sacadme de aquí! ¡¡Sacadme de aquí!!

Mis gritos eran una mezcla de llantos y aullidos. Sentía la presencia del cadáver de Raqui colgado a mis espaldas, con las palmas de las manos extendidas hacia mí, invitándome a acompañarla. Seguí chillando y llorando como una desesperada, como si me estuvieran acuchillando.

Pero sólo me respondió el silencio.

Una funcionaria abrió la puerta dos horas después. Dos horas que a mí me

parecieron dos días. Dos horas en las que no había permitido que mi voz se silenciara, ni siquiera por un segundo. Dos horas dándole la espalda al cadáver de Raquel. Dos horas gritando desesperada por despertarme. Dos horas llorando como si me desangrara.

Cuando la mujer entró, seguí arañándome la piel, abriéndome las heridas para ver si aquel dolor podía sustituir el que sentía dentro. Ni siquiera me di cuenta de que la funcionaria me cogía de las muñecas, y tampoco fui consciente de que dejé de arañar mi piel para empezar a arañar la suya.

—¡Traed refuerzos! —bramó mientras me colocaba las manos a la espalda. Oía mis llantos y mis gritos como si pertenecieran a otra persona. La funcionaria ni siquiera se había molestado en mirar a Raquel más de dos segundos; sólo había arrugado la nariz con asco—. ¡Refuerzos a la celda 211! ¡Rápido, está fuera de sí!

«No, no estoy fuera de mí —pensé—, estoy demasiado adentro».



Leire

A mí sí que me llevaron al hospital.

Es lo primero que pensé al despertarme en una habitación tan blanca, tan extraña, tan luminosa. De pronto, el mundo me parecía mucho más grande. La sensación de ahogo que uno se encontraba al entrar en la cárcel, ese agobio que te anudaba el estómago, había desaparecido. En mi habitación corría el aire, y las ventanas daban a jardines abiertos y cielos despejados. El techo era suficientemente alto como para que no te sintieras una rata en medio de un laberinto. Había flores junto a mi cama. Una televisión encendida. Tenía a mi madre durmiendo en un sillón, a mi lado, sin miedo a que la despertaran con un pincho en el cuello.

Era todo tan normal que dolía.

Dolía saber que yo era la única que había corrido esa suerte.

Mi madre se revolvió en su sillón. Cuando advirtió que había abierto los ojos, se deshizo de la revista que cubría sus muslos y corrió a mi lado.

—Cariño. —El labio inferior le temblaba—. Menos mal que has despertado.

Les dije a los médicos que se habían pasado con la morfina, pero...

Sacudí la cabeza. Una oleada de dolor en toda la parte inferior del tronco hizo que me estremeciera. El simple roce con las sábanas ardía.

—¿Estás bien? —Mi madre me miraba con los ojos brillantes, buscando desesperadamente que un «sí» se escapara de mis labios. Así que le di la respuesta que quería escuchar:

—Sí. Estoy bien, mamá, tranquila.

—No sabes el susto que nos hemos llevado, cariño. Esos..., esos *salvajes*...

Arqueeé una ceja.

—¿Quiénes?

—¿Quiénes van a ser? Los presos, Leire. Nos han contado todo lo que te han hecho y yo..., yo... —Se tapó la boca con el puño para intentar aguantar las lágrimas—. Sabía que no era buena idea dejarte ir a aquel horrible lugar. No debí permitir que...

—Mamá, no son unos salvajes —la interrumpí. Aparté mi mano con cuidado, mosqueada por su comentario—. Son personas. Personas que estaban hartas.

—Son personas que te han hecho daño, Leire. No las defiendas.

—No lo hago. —Carraspeé. El estómago me rugió como si quisiera recordarme el tiempo que llevaba sin darle nada sólido—. Pero no quiero que hables así de ellos. Esto... —Miré la forma de mi cuerpo bajo la sábana. Notaba un par de vendajes alrededor de las piernas, y el dolor seguía presente en algunas zonas de los muslos y los brazos, pero no me atrevía a mirar bajo la manta—. No servirá de nada buscar culpables ahora. Después de todo, ya están en la cárcel. Y te recuerdo que un mes más y yo podría estarlo también.

Mi madre suspiró con resignación y volvió a dejarse caer sobre el sillón.

—No digas eso. Voy a llamar a la enfermera y que te traiga algo de comer, ¿de acuerdo? ¿Te encuentras bien del todo? ¿Tienes hambre?

Asentí despacio. Esa era la forma en la que mi madre nos hacía ver que no estaba de acuerdo con nosotros: cambiando de tema con una sonrisa, como si

nada hubiera pasado. Como si estuviera pidiendo pizza a domicilio y aquel dormitorio de hospital fuera una segunda casa.

Al menos ahora me hablaba.

Me coloqué de lado y apoyé la mejilla sobre las manos. Enseguida noté cómo el dolor se expandía a lo largo de toda mi columna, pero sólo apreté los dientes. Mi mente saltaba de la imagen de Azahara en el suelo, sosteniendo mi mano, a la rabia en los ojos de Raquel o la desesperación en las palabras de Marina, que después de tanto tiempo presa creía que la única respuesta era acercarse a la muerte. Recordé a Nina y la forma en la que los funcionarios la zarandeaban como si los rasguños en su piel no fueran más que adornos. Recordé el dolor de Esmeralda cuando hablaba de sus hijos. Las velas que colocaron en memoria de Gabriela. Las canciones que se oían en el patio con esas voces que desgarraban el alma. Sonrisas tímidas, miradas desconfiadas. Metadona y tabaco de liar. Minorías apartadas, grupos unidos. Amistad. Miedo. Esperanza. Fe.

Y todo se reducía a que eran unos salvajes.

No, no lo eran.

Eran personas. Con errores, con culpas, con defectos, con experiencias que desearían poder borrar de sus vidas. La gente en la calle era igual.

—Cualquiera puede hacerse una idea de lo que es la cárcel, mamá — murmuré—. Pero imagínate por un segundo que te pasa a ti. *De verdad*. Que a partir de hoy tapian las ventanas de tu habitación y te encierran ahí durante años. Sólo sales al comedor para comer y a veces a un patio minúsculo donde lo único que ves son muros de cinco veces tu tamaño. Imagina que te obligan a vivir y compartir cama con desconocidos. Imagina que no puedes pedir nada ni decir nada, porque entonces te prohibirán salir al patio o te pegarán una paliza si un día un preso o un funcionario se despierta con poca paciencia. Imagina que te separan de tu familia. Durante años, mamá. Años. —Tragué saliva. No quería mirarla—. Y ahora responde: ¿lo aguantarías? ¿Lo aguantarías, en serio?

No recibí ninguna respuesta. Me imaginé a mi madre encogiéndose más

sobre sí misma en aquel sofá, pellizcándose los nudillos como siempre que se ponía nerviosa. Estaría con el ceño fruncido porque mis palabras le parecerían un cuento, una anécdota. Algo irreal, impensable, una mera fábula que tenía que escuchar, pero que en verdad no creía. Algo que ni siquiera a esas alturas pensaba que pudiera sucederme a mí.

Me abracé más a la almohada.

—No estoy justificando que lo hicieran bien. No lo hicieron —continué—. No estoy diciendo que ese castigo no lo merezcan porque no soy quién para juzgarles. Sólo digo que, en el fondo, lo entiendo. Yo tampoco aguantaría.



Quería hablar, pero sentía que no tenía nada que decir. Tenía preguntas arañándose desde dentro, como si así pudiera darles una respuesta, pero a mi alrededor sólo buscaban oírme a mí. Mi padre, Dani, Helena, los voluntarios. Todos preguntaban lo mismo: «¿estás bien?», «¿Necesitas algo?». Respuestas, necesitaba respuestas. Necesitaba hablar y sentirme escuchada incluso cuando la otra persona no quisiera oír lo que tenía que decir.

Necesitaba que alguien me confirmara que lo que viví en aquel incendio fue real.

Quería hablar de ellos, pero no podía dar nombres; quería hablar de sus historias, pero no podía dar datos. Nadie quería escucharlas tampoco. Sólo querían saber cómo me sentía, qué pensaba, qué quería. No se daban cuenta de que yo estaba a salvo, pero los internos no. De nada servía decirles que si estaba en aquel hospital era por culpa del fuego, no por ningún golpe ni por ningún preso. Ellos —todos, desde Helena hasta mis propios padres— pensaban que eran monstruos. Que eran los únicos culpables. No se daban cuenta de que eran carne, huesos, sueños. Iguales que yo. Yo podría ser ellos.

Cuando pensé que me quedaría sin respuestas, recibí una visita.

—Viene de parte del centro penitenciario —me indicó mi madre antes de darme un beso en la frente y retroceder hacia la puerta.

A los dos minutos volvió a abrirse.

El alivio que sentí al verle aparecer por el umbral fue como coger una bocanada de aire nada más salir del agua.

—Don Pedro —le saludé con una sonrisa—. Me alegro de verle.

Él se quitó el sombrero e inclinó la cabeza.

—Puedes llamarme Pedro sin más, Leire.

—De acuerdo, Pedro Sin Más.

Él rio.

—Me alegra ver que no has perdido el sentido del humor.

Dio un par de zancadas antes de sentarse en el borde de la cama. Dejó el sombrero sobre sus muslos. Vestido de calle y sin el uniforme gris de funcionario, parecía una persona totalmente distinta. Quizá lo era.

—Antes de que lo pregunte: estoy bien —atajé—. Las quemaduras no son graves y sólo necesitan tiempo para curarse. No tengo ningún trauma. Estoy *bien*. No voy a denunciar al centro.

—Oh, no, no vengo de parte del centro.

Levanté una ceja.

—Mi madre me ha dicho que...

—Sólo me he presentado como uno de los funcionarios que trabajó contigo. Pero de seguir ahí no me estaría permitido visitarte ahora, ¿entiendes? Por confidencialidad. —Deslizó los labios en una sonrisa tímida—. No, vengo por mi cuenta. Renuncié hace dos días.

Tragó saliva y apartó la mirada, como si sus propias palabras todavía le sorprendieran.

—¿Por qué?

—Supongo que era demasiado para mí.

Asentí. Podía referirse a tantas cosas que no supe por dónde empezar a

preguntar.

—Entonces, ¿por qué ha venido? —murmuré.

Él sonrió. Una de sus manos estaba posada sobre mi rodilla.

—Quería saber cómo estabas. Pensé que necesitarías alguien que te escuchara. Alguien que supiera lo que fue estar ahí dentro. Y también quería..., quería saber qué pasó.

—Usted estaba con los guardias, fuera. Azahara me contó que la dejó entrar. Ya sabe lo que pasó.

—Sé que hubo un incendio, que no hubo muertos, que todos los presos recibieron un castigo y que tú acabaste aquí. Nada más.

Intenté averiguar a través de su mirada qué era lo que quería saber. Se suponía que la que había estado cegada era yo.

Se me encogió el corazón al darme cuenta.

—Azahara me ayudó en todo momento —murmuré—. Fue ella la que me desató e intentó sacarme de ahí antes de que Marina le prendiera fuego a todo. Se encaró con Raquel. No le falló, Pedro. Hizo bien en confiar en ella.

El exfuncionario relajó los hombros.

—Mi familia nunca me cree cuando se lo digo, pero he conocido a mucha gente buena en la cárcel. —Sonrió—. Azahara es una de ellas.

—¿Usted está bien, señor?

Él abrió los labios para contestar, pero las palabras se quedaron atascadas en su garganta. Carraspeó antes de responder:

—Sí, sí, tranquila. Quizás hice bien en marcharme. Me hubieran echado de todas formas por pensar así.

Fruncí los labios. Conocía demasiado bien esa sensación.

—¿Qué ha sido de ellas? —pregunté—. De las presas, las del módulo 17.

—Lo último que supe es que las iban a cambiar a primer grado.

—Régimen cerrado —recordé.

—Sí. Una hora de patio al día, sin compañía, y el resto del tiempo en las celdas. No se permite vis a vis y las visitas están muy controladas. Se tendrán

que ganar los privilegios otra vez.

—¿Y Azahara?

—Lo mismo.

—Pero... no puede ser. Ella no apoyó el motín. Fue la única que se mantuvo a mi lado. Y la mayoría de internos ni siquiera actuaban por su propia cuenta, Marina los tenía a todos amordazados. Les amenazó. Era ella quien movía los hilos.

Don Pedro se encogió de hombros.

—La justicia ahí dentro no funciona igual, Leire. No se paran a analizar cada caso. Cogen a todo el que estuviera en la escena y le imponen su castigo.

—¿Y eso es todo? ¿Los funcionarios lo saben y se quedan de brazos cruzados, sin más?

—Los funcionarios son los que eligen el castigo, Leire.

—No todos. No se atreva a decir que todos piensan lo mismo. No se atreva a negarme que no conocen a los presos. Saben quién actúa por pura maldad y quién está siendo coaccionado, estoy segura.

—Nunca terminas de conocer a alguien. —Apartó la mirada. Su voz era monótona, mecánica, como si se limitara a repetir el mismo credo una y otra vez —. Tienen que ser objetivos.

—Están siendo todo menos objetivos y usted lo sabe. ¿Por qué iba a renunciar a un trabajo que le ha dado de comer durante tanto tiempo? Es una locura. No los tratan como personas, los tratan como animales, como números. Azahara sólo quiso ayudarme y ahora va a pagarlo como si ella hubiera causado el incendio. ¿Y usted no va a hacer nada?

Don Pedro me escuchaba cabizbajo, como un niño al que regañan por comer antes de tiempo. Apreté y relajé los puños un par de veces, intentando poner en orden lo que pensaba.

Esperaba otra respuesta. Esperaba una lucha por su parte. No quería sentirme tan sola.

—No se puede hacer nada.

Esperaba todo menos eso.

El recuerdo de Azahara en los talleres despertaba mis ganas de llorar. Ella sólo quería ser libre, ella sólo quería estar con su hija. Y ahora se lo habían arrebatado *todo*. Odiaba ver que el único que podía ayudarla se había desentendido.

—Usted tiene una voz ahí dentro, don Pedro —dije, sin ni siquiera molestarme en quitarle ese «don»—. Yo no. Da igual mi testimonio, al igual que el de las presas, porque nunca beneficiará a la institución. Pero usted es la institución. Puede ayudar a que las cosas se arreglen.

—*Era*, Leire. Era. ¿No te has parado a pensar por qué me fui? No me refería a que fuera demasiado trabajo, demasiadas horas o demasiada carga. Estaba cansado de sentir tanta impotencia. De ver injusticias y tener que callarme como un...

—Y, sin embargo, ahora sigue callado. La diferencia es que puede volver a casa, prepararse un café y disfrutar de la tarde con el resto de su familia, no como ellos. ¿De qué sirve?

—No lo entiendes todavía —dijo, arrastrando las sílabas, como si cada palabra pesara—. Después del motín, fui a denunciar a uno de los funcionarios por la muerte de Gabriela. Ella temía por su vida, ¿lo sabías? Decía que cierto funcionario la amenazaba, aunque en sus cartas nunca lo nombró; allí aprenden a medir lo que dicen. Y cuando tuve el valor para contarlo, mis palabras fueron polvo; los jueces se encargaron de que mi testimonio no fuera válido. La familia de Gabriela se desvivió para pagar a un médico forense externo, pero ni siquiera el informe de la segunda autopsia fue considerado por el juzgado.

—¿Qué decía el informe?

—Encontraron niveles elevados y posiblemente tóxicos de una medicación que se utiliza para controlar la presión arterial: amlodipino. —Hizo una pequeña pausa—. El juez decretó que esos niveles podían atribuirse a la «redistribución *post mortem*», un proceso por el cual los niveles en sangre de ciertos medicamentos aumentan tras el fallecimiento. Pero lo que encontraron en Gabriela fue exagerado.

—Pero no hicieron nada.

Don Pedro sacudió la cabeza. Tenía los ojos entrecerrados.

—A nadie le convenía luchar a favor de una interna y la familia de Gabriela ni siquiera tenía dinero para costearse el funeral.

—¿Y ya está? ¿Así termina todo? ¿Se entera de que un maldito funcionario va asesinando presos y mira a otro lado?

—Leire, cálmate. No es tan sencillo. Por Dios, ponte en mi lugar. No estoy orgulloso de lo que hice, pero tenía miedo. Tenía mucho miedo. No sólo por lo que pudiera pasarme después de que el funcionario se enterara de que había testificado en su contra, sino por lo que pudieran hacerle a mi familia. —Su voz se rompió con aquella última palabra, pero hizo un esfuerzo por continuar—: Si pudieron borrar a Gabriela del mapa y limpiarse las manos enfrente de mis narices, podrían hacer lo mismo conmigo. Algo no iba bien, Leire. Algo no va bien. No podía continuar presenciando todo eso.

Bajé la vista. No me atrevía a mirarle. Era como estuviera de luto y tuviera que darle espacio para llorar. Pero no lloró. Ninguno de los dos lo hicimos. Aunque la rabia se palpara en el aire.

—En las noticias se habló del caso de Gabriela. —Tragué saliva—. Y también del motín, del incendio y del... secuestro. Mi madre me lo ha contado. Siempre sin nombres, claro.

—Y seguramente ya estará olvidado.

—No para mí.

—No.

Nos quedamos en silencio. El ruido de los pasos de las enfermeras al otro lado del pasillo se hizo más patente, y no pude evitar compararlo con los golpes en las puertas que se oían cuando llegaban los funcionarios. Aquí que llamaran a tu puerta era un consuelo. Allí, sólo podía traer comida o malas noticias.

—Pensaba que estarías enfadada —murmuró Pedro mientras se ponía

—Lo estoy.

—No, enfadada con los presos, no con la situación. Durante unas horas

estuviste a su merced, Leire. Secuestrada. No es una palabra que se oiga todos los días. Y ahora están todos pendientes de ti, pero tú sólo estás pendiente de ellas.

Me encogí un poco más en la cama, dejando que mi cuerpo se hundiera en la enorme almohada. No era la primera persona que me lo decía. Y todavía no sabía cómo explicar que mi mente era un campo de batalla constante; que tenía que recordar que sólo había conocido a una parte de los presos; que no todos merecían perdón (¿o sí?); que no todos eran buenos, que la gente sufría (también lo hacían dentro), pero que quizá lo merecía; que me habían hecho daño. Pero los entendía, los entendía, los entendía. Sabía que no todo era blanco o negro, y había gente en la calle con vidas destrozadas por culpa de quien estaba entre rejas. Igual que había gente encarcelada con vidas destrozadas por culpa de quien estaba en la calle.

Y yo me encontraba en el medio. El campo de batalla se extendía de mi mente a mis conocidos, a los periódicos, a las frías noticias que hablaban de mí en tercera persona.

«Resuelto el secuestro de una voluntaria en el centro penitenciario de Ordana».

«Se denuncia que las elevadas tasas de hacinamiento están incentivando hechos similares cada vez más frecuentes».

«Los presos han sido abatidos y se encuentran en régimen cerrado. Hay numerosos heridos por quemaduras de primer y segundo grado. Las fuentes oficiales no confirman ningún fallecido».

Lo escuchaba tan a menudo a mi alrededor que me había aprendido las palabras de memoria.

Pero yo conocía otra historia. Yo conocía los rostros quemados y las heridas que los periodistas no veían. Conocía las intenciones, los delitos, la culpa y el miedo. No podía hablar por todos los presos, pero nadie podía negarme que había conocido un trozo de verdad.

Me tumbé de lado en la cama. Pedro se colocó de nuevo el sombrero, con la

expresión más cansada que cuando llegó. No se fue hasta que le di una respuesta:

—Supongo que fue porque yo las conocía. Porque *quise* conocerlas.



Leire

Por más que luchara por levantarme de la cama y huir, el mundo seguía anclándome al suelo. Día tras día, conforme agosto pasaba y septiembre empezaba a amenazar con tormentas de verano y brisas nocturnas, mi cabeza luchaba para que la culpa no me venciera. Para que no me paralizara.

La culpa por tenerlo todo y no poder hacer nada. La impotencia de seguir ahí mientras ellas se pudrían en la cárcel. El miedo, todavía, a que nada de lo que Helena me había estado repitiendo desde el día del accidente sirviera y el juez dictara el castigo que más temía.

Los temores se arremolinaban en mi mente y no podía hacer nada por detenerlos. El tiempo se escapaba entre mis manos como si fuera arena. O viento. O la última canción que oí de los labios de Gabriela.

Había días en los que el simple hecho de respirar me dejaba exhausta. Las cicatrices que el motín y la cárcel habían dejado dentro de mí eran heridas abiertas, y mis piernas empezaban a caminar sin rumbo fijo, a pesar de las quemaduras y el dolor, buscando un lugar donde huir. Días en los que pensar en

desaparecer me traía paz. Días en los que me sentía perdida, atrapada en un mundo sin rejas, como si el sol que miraba hubiera dejado de brillar.

Pero de vez en cuando, entre tanta sombra nacía una chispa pequeña que me hacía volver a querer vivir. Una cerilla que nadie era capaz de apagar. Como cuando oía mi canción favorita en la radio y mis dedos empezaban a bailar sin mi permiso. O cuando oía la risa de Helena, o notaba su cálida mano sobre la mía o me decía que no tenía nada que temer, que hacía mucho tiempo que me había perdonado. Incluso gracias a la carta arrugada de una interna en uno de mis bolsillos, escrita con erratas y una caligrafía curvada, en la que me decía que sentía que mis palabras le habían devuelto las ganas de vivir. Y ahí estaba yo, luchando para encontrar las mías.

Vivir era difícil. Lo había sido antes, lo había sido para cada uno de los internos, lo fue para la familia cuya casa destrocé, lo ha sido para la mía. Y cuando me di cuenta de que lo era para todos, supe que tenía que encontrar un modo de salir a la superficie, de apartar los malos recuerdos y el miedo y buscar pequeñas razones que me ayudaran a seguir adelante. Todos los lugares que me esperaban tras las puertas del hospital. Todas las canciones que aún no había bailado. Mi familia. La de sangre y la elegida. El mundo al que había estado dando la espalda por haber pensado que era su dueña, no su inquilina. Mi vida no era sólo mía. Sería injusto que yo decidiera sobre ella.

Así que me prometí a mí misma que, si al salir del hospital no encontraba flores sobre mi mesilla, dibujaría las mías propias. Empezaría a crecer un jardín dentro de mí, uno que me demostrara, como le demostró a Azahara, que ninguna flor marchita impediría que crecieran los rosales. Cogería los dones del mundo y haría de cada día una nueva oportunidad para ser mejor. Para perdonar. Para perdonarme. Para aceptar que lo que pudiera venir no estaba en mi mano, pero que la música seguiría sonando. En ocasiones sería tan suave que parecería que no estuviera ahí, pero si prestaba atención oiría el ritmo de cada uno de mis latidos acompañándola, recordándome que el pasado no podía anclarme, que el aire aún llegaba a mis pulmones, que seguía ahí por una razón. Que a pesar del

dolor, tenía que seguir bailando.



Azahara

En mi sueño, las paredes de su habitación seguían de color amarillo, con la pintura caída y con un cuadro torcido tapando los desperfectos. Nunca llegamos a ahorrar lo suficiente para permitirnos redecorar la habitación y ponerla lila, su color preferido, pero tampoco nos preocupó. El amarillo le daba un poco de luz. Hacía que el vacío de la habitación pareciera más brillante, que las esquinas vacías se convirtieran en promesas de que un día se llenarían de juguetes y no en el recuerdo de que ni siquiera podíamos comprar una trona.

No la necesitábamos, porque Beth sonreía. En mi sueño, me levantaba de la vieja mecedora y atravesaba el cuarto. Estaba en nuestro antiguo piso, que se encontraba igual que el día en que lo alquilamos: sin polvo acumulado bajo los muebles, sin platos rotos en la cocina, sin gritos, sin golpes, sin daños. Y entonces ella volvía la pequeña cabecita, se ponía en pie haciendo equilibrio y corría hacia mi encuentro vestida con el camisón de tirantes que mi madre nos mandó por correo cuando cumplió su primer año, descalza y balbuceando mi nombre. «Mamá». Yo abría los brazos y ella abría los suyos y en un segundo la tenía sobre mí, con las piernas alrededor de mis caderas y su mejilla rozando la mía. Y entonces me eché a llorar porque entendí que no estaba despierta.

El peso de Beth desapareció entre mis brazos como si fuera un fantasma.

Intenté aferrarme a ella, guardarla junto a mí como quien guarda su mayor tesoro. Pero Beth desapareció, igual que el agua cuando se evapora, y desperté. Tenía las mejillas empapadas en lágrimas, como en el sueño, pero sabía que ahora sí estaba despierta porque mis ojos volvían a mirar ese techo lleno de humedades y esas paredes de porcelana repletas de los arañazos que algún otro preso dejó.

Me di la vuelta en mi catre hasta que la franja de luz que se colaba por el ventanuco me dio de lleno en los ojos. El color del cielo y el hedor de la comida que no había conseguido acabarme me hicieron pensar que me había dormido en algún momento de la tarde contando los cuadrados del techo. Noté un dolor sordo en el pecho, justo donde había sentido la mano de Beth segundos antes. Pero era mentira. Era un fantasma.

Y sólo conocía una forma de deshacerme de él.

Me levanté de la cama con tanta ímpetu que por un momento la estrecha habitación al completo se tambaleó, pero enseguida recuperé el equilibrio y me senté en el suelo, junto a la mesa de metal. Sobre ella había dejado un par de folios con manchas secas de café y un bolígrafo. El primer folio parecía haberse vuelto negro de haberlo rellenado tanto, aprovechando cada espacio, achinando las letras, apretando con furia. El segundo me estaba esperando.

Quería seguir dormida. Quería seguir soñando. Quería seguir mintiéndome.

Por eso escribí.

Hace un mes estuve aquí. No era esta celda ni era esta cama, pero es como si fueran la misma celda y la misma cama. No hay nada más. Las pesadillas son iguales. El calor es el mismo. El sudor, la rabia, la culpa, el hedor; todo es igual, pero a la vez nada lo es. Y por primera vez quiero que lo sea. Ni siquiera me atrevo a pedirle a Dios que me saque de aquí o que me devuelva a mis felices quince años, cuando todo lo que sentía en mi interior eran mariposas en el estómago y el futuro se me antojaba un sueño. Sólo quería crecer, escaparme.

Quería envejecer junto a Hugo y formar una familia. Comprar un piso, estudiar, casarme, empezar a trabajar, ir a celebrar la Navidad a casa de mis padres. Así es como tenía que ser mi vida. Así es como la veía.

Ahora siento que pedir volver a la calle es un deseo demasiado caprichoso. Por eso sólo pido volver atrás. Un mes atrás, al menos. Tenía muchas cosas que no sabía que no quería perder.

A veces me obligo a mentirme. Me repito que es la misma celda, que es la misma cama, que son las mismas marcas, el mismo tigre. Me digo a mí misma que me he equivocado: hay cuatrocientos veintisiete cuadrados en las paredes, no cuatrocientos doce. Hay dieciocho losas en el suelo, no dieciséis. Hay una mancha de óxido en la cabecera de la cama, aunque no soy capaz de verla bien. Es eso.

Vuelvo a estar donde estuve al principio del todo y me obligo a creer que he ido atrás en el tiempo. Que Gabi está cuidando a Beth en el módulo mientras yo cumplo mi castigo, que le cuenta todas esas historias de mujeres valientes que inventábamos juntas en el patio. Pensar que todo está como hace un mes me calma. Incluso me alegra estar encerrada, porque significa que Hugo se encuentra lejos, solo. Que le hice daño y que por eso estoy aquí. Y aunque una parte de mí se odia por ello, la otra se recuerda que le estoy devolviendo a cuentagotas todo el dolor que me ha provocado. Toda la vida que me ha quitado.

Todo está bien. Sólo me están quitando tiempo, pero me queda tiempo de sobra. Puedo mentirme y escribir que soy la Azahara de antes. Que no han jugado conmigo. Que no me han engañado. Que no me han usado como si fuera una muñeca hinchable, un juguete desechado. Que Beth está salvo, con Esme y con Gabi, y que volveré a estar con ella; juntas encontraremos una manera de celebrar su cumpleaños en la calle. Quizá Gabi se nos una; le queda poco tiempo aquí dentro. Igual que a su bebé.

Pero mientras escribo todo esto veo la quemadura de mi brazo y recuerdo que el fuego no es lo único que me ha marcado.

Podría escribir que todo acaba bien. Convertir esta historia en poesía. Pero

eso no haría que fuera cierto.

Porque todo el dolor que he conocido nunca será poesía. Las heridas nunca serán y nunca fueron bellas. Sólo serán heridas.

Me interrumpieron las pisadas de unas botas al otro lado de la pared. La puerta de acero se abrió con estrépito. Entró un joven funcionario con el rostro afeitado como si fuera bebé. Debía de ser el sustituto de don Pedro.

Carraspeó antes de hablar y se colocó las manos sobre el cinturón.

—¿Azahara Rubio? —Asentí y me puse en pie—. Acompañeme, por favor. Tiene una visita.

Arqueeé una ceja.

—No..., no he dejado instancia para...

—Tiene derecho a una comunicación mensual y su allegado la solicitó hace una semana por usted —insistió—. Por favor, acompañeme.

Quiso que su tono de voz sonara autoritario y seco, pero no pudo evitar que la lengua le temblara con la última sílaba. No me molesté en contestarle. Sabía que no me daría más información. Sabía que su «por favor» era una orden, y que si me negaba él no sería el único malparado. Llevaba por lo menos un mes en primer grado; no quería tener que pasar aquí el resto de mi condena.

¿Un mes ya? Quizás habían sido dos o quizá sólo dos semanas. No quería contar el tiempo porque así podía engañarme y creer que no pasaba o que iba hacia atrás. A veces me consolaba pensar que sólo podía sumar días, porque significaba que cada hora era una menos de condena. Una hora menos en aquel chabolo, alejada de todo y de todos. Pero a quién quería engañar: las cosas no mejorarían si me sacaban de allí porque no iban a sacarme. Tenía pocas probabilidades de ganar privilegios cuando los funcionarios sólo entraban a verme para llevarme al patio de al lado.

—Señorita —insistió el funcionario, dando un paso a un lado para que caminara por delante de él.

Mis labios se curvaron en una sonrisa torcida; al menos ese día vería algo

más que aquellos cuatrocientos doce cuadrados de la pared que parecían hechos con porcelana.

No, cuatrocientos doce no. Cuatrocientos veintisiete.

Cuatrocientos veintisiete.



Me tambaleé al recorrer los eternos pasillos que llevaban a comunicaciones, hasta el punto en el que el funcionario tuvo que sostenerme del brazo. Lo hacía con recelo, midiendo los centímetros de piel que tocaba, como si tuviera la peste.

Mi cabeza buscaba formas de distraerse. Intentaba amarrarse a cada detalle, acordarse de la sensación de poder dar más de cinco pasos seguidos hacia delante sin chocarse con una pared, para cuando volvieran a chaparme. Pensé en lo cómodo que sería fumar en un espacio tan amplio como aquel, donde el humo podía correr libre hasta el techo.

El funcionario se detuvo frente a la puerta que daba a comunicaciones. Echó un vistazo a la instancia que le habían pasado y corrió la puerta con un chirrido.

—Cabina siete —dijo.

En cuanto entré en la sala, me azotó el bramido de los internos; era como si las paredes estuvieran hechas de papel. El teléfono casi nunca funcionaba bien y allí a nadie parecían molestarles los gritos.

Oí el llanto de una niña y el corazón se me paralizó.

Beth.

¿Y si era ella? ¿Y si la encontraba al otro lado del cristal, con las manos sobre el cuello de él y los ojos llorosos?

Si era ella, sería Hugo quien la sostendría. La simple posibilidad de mi marido después de tanto tiempo hizo que me paralizara. El funcionario colocó una mano en mi espalda y me empujó para que avanzara. Yo no quería.

Beth era mi cielo; Hugo, mi infierno. No sabía qué sería de mí si me encontraba con los dos.

Pero en cuanto entré en la cabina, vi un rostro totalmente distinto.

Al principio me costó reconocerla. Estaba acostumbrada a verla sin maquillaje, con el pelo desarreglado y ojeras después de una noche de calor. Ahora tenía una fina línea negra contorneándole los ojos, que parecían todavía más grandes, las mejillas rosadas y el pelo suelto y con los tirabuzones dorados cayendo a ambos lados de su cara. Parecía que en un mes había crecido años.

Cuando entré, levantó la mirada hacia mí y deslizó los labios en una pequeña sonrisa. Me vino a la memoria la misma imagen que el día que la conocí: Leire era como una de las princesas de los cuentos de Beth, esas que escapaban de la torre por su cuenta.

Cogió el teléfono con ambas manos y se lo acercó al oído.

—Hola —saludo, algo cohibida.

—No esperaba verte.

La sonrisa se le congeló en los labios.

—Quería saber cómo estabas.

Reí con sorna. Todavía no me había mirado al espejo, pero no debía de tener buen aspecto.

—¿Cómo voy a estar?

Ella suspiró. Enseguida me arrepentí de mi respuesta; sonaba cansada, rencorosa. Pero Leire era la primera persona que se dignaba a visitarme en todo ese tiempo. Incluso mi voz sonaba distinta después de tantos días hablándole sólo a la pared.

—No tenemos mucho tiempo, Aza —dijo ella—. Y tengo noticias que darte. Me hubiera gustado poder hacer más, de verdad, pero... —Suspiró—. No me dejaron tomar partido en todo el asunto del incendio. Silenciaron a los medios a los pocos días. No querían oír la verdad.

Arqueeé una ceja.

—¿La verdad? ¿Qué verdad? ¿Que fuiste secuestrada por un grupo de

criminales y que hicieron arder el área? Porque eso fue lo que pasó, Leire.

—Cuando hablaba de ti, me obligaban a callar. —Se mordió el labio inferior y bajó la mirada. Su voz se oía agrietada a través del teléfono y el cristal—. No querían escuchar que no todos los presos tuvieron algo que ver. No querían saber qué es lo que desató aquel motín, ¿entiendes? El nombre de tu amiga está prohibido. —Se refería a Gabi. El corazón se me detuvo por un instante después de tanto tiempo intentando mentirme y creyendo que ella aún me esperaba en el módulo. Por suerte, la voz de Leire volvió a anclarme al presente—: Hice todo lo que pude, te lo prometo. Don Pedro también.

Se tapó la boca con una mano; parecía que no pudiera evitar llorar.

—Eh, Leire, tranquila. —Mi voz hubiera sonado suave si no fuera porque tenía que alzar el volumen para hacerme oír por encima del barullo de las demás cabinas—. No llores. Estoy bien, ¿ves? Estoy bien. Estoy entera, eso es lo que importa.

—Y estás *ahí*. —Apuntó al cristal con el dedo índice, queriendo señalar en realidad la cárcel entera. Después de todo, eso era lo único que nos separaba ahora: una pared. Un cristal. Una condena—. Por un delito que no cometiste. No es justo.

—Leire, hay micrófonos.

—Digo la verdad.

Suspiré.

—No debes preocuparte por estas cosas, ¿vale? Sal, vive tu vida. Te lo mereces. El mundo no es justo, Leire, pero tú no tienes por qué pagarlo. Acuérdate cuando... —Empecé, pero no me atreví a continuar. Quizá ya la habían juzgado. Quizá por eso estaba ahí. Me quedé muda de golpe. Si no tuviera ese cristal, esa pared, esa condena, la abrazaría, le apartaría el tirabuzón de la cara, la invitaría a un café y reiríamos hasta que la historia sólo fuera una anécdota—. Debes estar en la universidad ya, ¿no? ¿Qué haces aquí?

—Hoy es mi día libre.

—Las universitarias no pasan su día libre en la cárcel.

Ella sonrió y levantó la mirada.

—Te he dicho que traía buenas noticias.

—¿Lo de los medios era una buena noticia?

Leire sacudió la cabeza. Incluso entonces se le escapó una suave risa, como una niña pequeña en la mañana de Navidad. Cuando me miró, le brillaban los ojos.

—No, no. ¿Recuerdas lo que me dijiste antes del fuego? —Habíamos hablado de demasiadas cosas y me había esforzado en olvidar la mayoría—. Dijiste que, si pasaba algo, tenía que buscar una familia para Beth. Quiero que sepas que tu hija está a salvo.

Noté un nudo en la garganta. Apreté con más fuerza el teléfono contra mi oído, como si así pudiera asegurarme de que Leire no mentía. Ella continuó hablando:

—En cuanto me contaste la situación me puse a investigar para ver si podía ayudar en algo. Sabía que Hugo no había contactado contigo y me temí lo peor, pero... tus padres se hicieron cargo de ella desde el primer momento, Azahara. Fui a hablar con ellos. Les conté quién era, lo que habías vivido, lo que te estaba ocurriendo, lo que ellos no sabían. Me dijeron que habían ido a hablar con el juez en cuanto supieron que a los tres años Beth tendría que marcharse. Ellos ya sospechaban de Hugo. Además, los trabajadores sociales no vieron adecuado para la niña el ambiente por el que se movía tu marido. Ni las compañías ni el apartamento. O lo que queda de él; al parecer, la primera vez que fueron a visitarle les engañó.

—Suele hacerlo —dije como una autómatas. Todavía estaba intentando retener las palabras de Leire, pero no me parecían reales.

—El caso es que el juez decidió que Beth estaría mejor en casa de sus abuelos. Ella estuvo en manos de los trabajadores sociales durante las semanas que tardaron en tomar la decisión, pero luego fue directa con tus padres.

Tragué saliva.

—¿Y ellos...? —Me mordí el labio. Era como si hubiera olvidado cómo

hablar—. ¿Ellos la quieren...?

—¡Pues claro que sí! Azahara, son tus padres. Te quieren. Son humanos, se han equivocado en el pasado, pero te quieren y quieren lo mejor para ti. También para tu hija. Han luchado muchísimo para que esté con ellos.

—¿La viste?

El rostro de Leire se iluminó con una sonrisa, y supe al instante cuál sería su respuesta:

—Está preciosa. La vi muy bien, muy feliz. Tu madre le ha comprado ropa y juguetes nuevos. Tu padre estaba preparando rollitos de canela caseros para los tres. Todo está bien. Beth está bien. —Sentía que el corazón se me iba a desbocar—. Además, por lo que tengo entendido, ya están en lista de espera para venir a verte. Parece que todo el asunto de las comunicaciones va muy lento aquí...

Asentí, pero mi cabeza seguía dando vueltas a las palabras de Leire. Beth estaba bien. Beth estaba a salvo. Mis padres me habían perdonado, mis padres me querían, mis padres la iban a cuidar.

—Gracias —murmuré.

Me pareció que era una palabra demasiado pobre para expresar tanto.

—No me las des, merecías saberlo. Realmente no hice nada.

—Leire, has hecho muchísimo desde que pusiste un pie aquí dentro.

Ella se encogió de hombros, pero vi cómo se le ruborizaban las mejillas.

—Y aun así no ha cambiado nada, ¿verdad? Tú sigues aquí dentro, yo me iré. Me lo llevan advirtiendo desde el primer día, pero sigo sin verlo justo. Incluso si hubieras conducido tú ese coche... —Bajó la voz al recordar cómo le había advertido acerca de los micrófonos—: Incluso entonces, habrías pagado de sobra tu castigo. Y yo tengo que volver a clase y seguir mi vida como si nada, como si no hubiera visto lo que he visto, como si no me afectara. No es justo. Este mundo no es justo.

—Lo dices como si tuviera que serlo. —Mis labios se curvaron hasta formar una pequeña sonrisa—. Aunque te entiendo: es bonito pensar que, si hacemos

cosas buenas, recibiremos cosas buenas. O que, si aguantamos durante los tiempos malos, recibiremos alguna recompensa al final. Pero tenemos que aceptar que el mundo no funciona así. Aunque puede ser algo bueno. —Ella levantó la mirada, curiosa—. Puede ser liberador. Significa que quizá nunca te recompensarán por las buenas acciones, sí; pero también que, sin importar cuánto hayas sufrido en el pasado, no estás condenado a seguir sufriendo. He tenido mucho tiempo para pensarlo.

Leire parpadeó al escucharme.

Incluso a mí me sorprendieron mis propias palabras. Era como si las hubiera dicho otra persona, como si alguien hubiera tomado las riendas de mi voz y hubiera hablado a través de mis labios. Como si Leire hubiera despertado a una Azahara fuerte, a una Azahara con ganas de volver a vivir.

Quizás ahí fue donde todo cambió. Ahí fue donde decidí que la próxima vez que viese a Hugo sería para decirle que no volvería a ser *suya*, que nunca lo fui. Que aceptaría el abrazo de mis padres y el nuevo futuro que me tendían. Que, por una vez, lucharía por mí primero.

Quizás en aquel momento empecé a creer mis palabras. Dejé de buscar un mundo justo y empecé a vivir una vida con esperanza.

Habían silenciado la verdad de Leire, pero nadie iba a silenciar la mía.



Leire

Pensé que me levantaría con el estómago revuelto, que todos los días de reflexión y de calma se derrumbarían como una torre de naipes y el pánico se abriría camino. Pero estaba tranquila. Indiferente.

Por primera vez en lo que llevábamos de año, tenía la conciencia tranquila. Había hecho todo lo posible para enmendar mi error, pero no podía cerrar los ojos y fingir que nada había pasado. No era justo. Ni para mí, ni para Helena, ni para aquella familia.

Taché un nuevo día en el calendario —un día más sin beber—. Para el día de hoy los números eran rojos y gruesos, como si fuera algo que tuviera que temer. Helena se habría reído: «Has estado en la cárcel, tía —habría dicho—, y no precisamente en las mejores condiciones, ¿sabes? No puede darte miedo nada ya».

Y, sin embargo, era esa última visita la que hacía que se me desbocara el corazón, no la cita de aquella tarde con la justicia. De camino al centro, recibí un mensaje de Helena. «Estoy aquí, Lei. Te dije que estaría contigo. Ojalá pudiera

hacer más». Aún no se daba cuenta de todo lo que había hecho. De que era la única, entre todos los voluntarios, que había querido creer mi historia. Aún no se daba cuenta de que veía la manera en la que intentaba tragarse su propio dolor, apartar sus propias pesadillas, para ayudarme a vencer las mías.

Volví a sentarme en el mismo taburete revestido, en la misma sala vacía de espejos y llena de humedad en la que esperaban las visitas. No tardaron en asignarme una cabina. Cogí el teléfono con ambas manos. Para pasar el tiempo, me dediqué a contar las grietas que había en la pintura al otro lado del cristal.

Aún no sabía cuál sería su reacción. Me habían dejado caer que era la primera visita de Nina en mucho tiempo.

Entró vestida con unos vaqueros rotos y desgarrados y una camisa de tirantes que le venía demasiado grande. Suponía que se había cortado el pelo ella sola porque los mechones le caían desiguales y desarreglados por encima de la cara. Cuando vio quién la esperaba al otro lado de la cabina, se quedó helada.

Cogió el teléfono con impaciencia sólo para decir:

—Vete, Leire. —No era una amenaza. Su voz sonaba cansada, débil—. Estás perdiendo el tiempo.

—Ni siquiera sabes por qué he venido.

Nina suspiró, se dejó caer en el taburete y hundió los hombros; aferraba el teléfono como si fuera droga. Un sólo vistazo me bastó para descubrir cuánto había cambiado en dos meses: se la veía más débil, más pequeña, más cansada... Menos. Nina era cada vez *menos*.

—Pero sé que hubo un tiempo en el que fuiste buena conmigo. Estuviste ahí cuando nadie más lo estaba. —Tragó saliva. «Hasta que dejé de estarlo», pensé. Sentía como si me estuviera clavando un alfiler en el corazón. No entendía por qué sacaba ese tema—. Quiero que te ahorres todo esto. Que finjas que no nos hemos encontrado otra vez. Es el mejor regalo que puedo hacerte. —Hizo un amago de apartarse del teléfono—. Por favor, vete...

Era tentador. El miedo aún anudaba mi garganta. Huir habría sido lo más fácil.

—Sabes que no puedo.

Las dos entendimos por qué. «Sabes que no quiero. Sabes que no puedo irme y fingir que nunca te conocí. No puedo fingir que no nos hicimos daño. No puedo marcharme y olvidarte como si nunca hubieras existido».

Nina sacudió la cabeza y se rio con sorna.

—¿Recuerdas la primera vez que te vi aquí dentro? —preguntó. Como para no hacerlo...—. Te dije que te mataría.

Me sorprendió notar que una sonrisa nacía en mi rostro.

—Nunca has sido de las que matan, Nina. Y menos a alguien inocente.

La palabra «inocente» sabía amarga en mis labios.

A Nina pareció sorprenderle que la llamara así. Las dos vimos en aquel gesto una manera de cerrarle las puertas al pasado. A todo lo que hubiera ocurrido, a todo lo que permitimos que ocurriese, a todos los gritos de ayuda que ahogamos en el agua.

Quisimos mirarnos con los ojos de dos desconocidas que tenían más en común de lo que querían admitir.

Nina bajó la vista al suelo.

—Supongo que has venido buscando una disculpa —dijo. Arqueé una ceja, confusa—. Por lo que le dije a Azahara el día del accidente. Por hablar de tu problema. —Suspiró—. Soy la primera que odia que me vean sólo como una puta adicta, así que, aunque sea inútil..., supongo que lo siento.

—Tendría que haber tenido el valor de contarlo yo primero —murmuré—. Tenía miedo. Tenía miedo de que..., de que me juzgaran. Y hoy lo van a hacer, por cierto. Tengo cita en el juzgado esta tarde. Pensé que te gustaría saberlo.

Nina hizo un mohín con los labios.

—¿Que me gustaría? —Bufó—. Tengo cosas peores de las que preocuparme.

—Lo sé.

Las dos callamos. Ninguna dejó de aferrarse al teléfono, como si esperáramos que una tercera voz nos dictara las palabras.

—¿Sabes? Cuando me contaron lo del accidente, no me lo creí —murmuró Nina, enrollando el dedo en el cable del auricular. Dejó caer el comentario como algo casual, como si el tiempo no hubiera pasado y todavía compartiéramos palomitas de un mismo bol.

—Cuando me dijeron que estabas en la cárcel, tampoco me lo creí. No al principio.

—Supongo que nos gustaba más la primera versión de nosotras.

Sacudí la cabeza.

—Supongo que queríamos quitarnos la culpa de encima. Fingir que no habíamos visto que la otra nos necesitaba.

—Supongo.

Nina empezó a mover la pierna con nerviosismo, con la misma ansia recorriendo su cuerpo que la tarde que la encontré. Quería creer que el mono había pasado, que su adicción era historia, pero no me atrevía a preguntar. No era algo fácil. No era un cambio que sucediera de la noche a la mañana. No había un día en el que te despertaras desesperada por salvarte. No sé cuántas veces habría terminado ahogando mis miedos en alcohol hasta perderme de no ser por la mano de Helena. Por el recuerdo constante de que valía la pena luchar por la persona que era sin esa droga.

Ojalá Nina encontrara a *esa* persona. Ojalá fuera ella misma. Era la única que nunca le fallaría.

—Pareces muy tranquila. Con lo del juicio, digo. ¿No tienes miedo?

Me encogí de hombros.

—No voy a seguir fingiendo que lo que hice no tiene importancia. No sería justo. —Respiré hondo—. Miraré al juez con la barbilla alta, pagaré todos los daños que causé —aunque aún luchara por reconstruirme a mí, pensé—, todas las indemnizaciones que hagan falta y luego..., luego el juez decidirá. Está en sus manos, no en las mías. Estos meses he intentado huir de algo que no puedo cambiar. —Me sorprendí al notar el tirón de una comisura en mis labios—. Quizá nos veamos dentro, quizá no. Si te soy sincera, espero que la próxima vez

que nos encontremos sea en la calle. Y espero que estés *bien*.

Nina apartó la mirada. El rubor teñía sus mejillas por primera vez en mucho tiempo. Si no la conociera —y no la conocía—, juraría que le brillaban los ojos.

—Eres muy valiente —murmuró.

Había tardado demasiado en serlo, pero no iba a seguir flagelándome por ello; atrás quedaban los días de culpa y miedo. Había muchas formas de ser valiente. Alzar la cabeza y enmendar los errores era una de las más difíciles.

Y ser humana, como lo había sido Nina. Contemplar a quien te ha hecho daño, a quien has dañado, y ser capaz de ver en sus ojos un futuro en blanco, una nueva oportunidad. Darte cuenta de que al final su mirada es sólo un reflejo de la tuya.

—Tú también, Nina. De verdad.



Leire

Fue uno de los años más difíciles y más grandes de mi vida. De esos que sientes que te hacen crecer a pedradas, de esos en los que llegas a rastras a la línea de meta. Pero llegas. Aprendí que nada duraba para siempre: ni un juicio, ni un castigo, ni el dolor. Aprendí que amar empezaba por amarse a uno mismo para darse a los demás. Y dejar que doliera. Permitir que las historias de otros te dejaran cicatrices; volverse de piedra en un mundo tan frío era demasiado fácil. Aprendí que no había opuestos. Que «vivo» no era siempre lo contrario de «muerto». Que «culpabilidad» e «inocencia» podían ir de la mano. Fue un año de desgarrarse, un año de reconstruirse. De volver a encontrar calma en los brazos de mi madre, de convertir a extraños en amigos, a amigos en extraños. De empezar a tender la mano a los demás para poder tendérsela a la parte más rota de mí.

Me lo advirtieron. La vida seguirá para ti, la Tierra seguirá rodando, pero ellos estarán dentro, tú te quedarás fuera. El final del voluntariado debía ser como el principio. Pero nada era igual.

Estaba en la misma clase, bailando ballet, pero mis pies recordaban el baile que protagonicé en el patio de la cárcel, no la coreografía del grupo. Estaba en mi casa, en mi habitación, pero ahora el poder abrir la puerta y no encontrarme un muro, el abrir la ventana y sentir el aire, se habían vuelto regalos.

—Sigues dándole vueltas, ¿verdad? —dijo mi madre, dejando caer la cuchara a mitad de camino. La resolución del juicio la había dejado mucho más tranquila, pero seguía alerta a todos mis días tristes. A los días en los que el nombre de Azahara protagonizaba las comidas familiares, a las noches en las que miraba a la gente de la calle esperando encontrarme un rostro conocido. A los días grises. A los días con rejas—. Cariño, después de todo lo que pasaste..., tienes que apartar el tema de una vez. Olvidarte.

—Es difícil. —Hice un mohín mientras contemplaba una de las cicatrices de mi muslo, aunque hacía tiempo que había dejado de doler; las heridas que más ardían eran invisibles—. Necesito hablar de ello. Necesito que la gente vea lo que yo vi, que entiendan...

—No eres la defensora de nadie, Leire. —Mi madre miró a mi hermano con tensión, como si estuviera dando un discurso de odio y temiera que él saltara. Pero era él quien más acostumbrado estaba a oírme. Era el único que me escuchaba—. Olvídalo, punto. Estamos hablando de presos, por el amor de Dios.

—Estamos hablando de personas, mamá —insistí—. ¿Es que no has pensado que un día saldrán de la cárcel? ¿Ves? Se te pone la cara blanca sólo de pensarlo. ¿Sabes por qué? Porque te da miedo. Porque algo está mal. Porque la cárcel debería servir para reinsertar a las personas, no para destruirlas. Pero cuando salen, la sociedad no recibe a alguien a quien se le ha dado la oportunidad de empezar de cero, de ser mejor persona. Vuelven maltratados, solos, apartados de su familia, enfermos, sin oportunidades. Normal que sientan que su única salida es delinquir.

—¿Y piensas que con tus discursos cambiará algo? —No me miró, impaciente por acabar la conversación.

—Pienso que harán más que si me quedo callada. Alguien podría

escucharme. Abrir los ojos.

—O alguien podría odiarte porque uno de esos presos a los que defiendes le destruyó la vida. —Se volvió hacia su plato, molesta. Dani aprovechó para subir el volumen de la televisión, como si así pudiera callar a mi madre—. ¿Crees que a ellos les valdrá la excusa esa de «son personas»? ¿O la de «cometieron errores»?

Bajé la vista y le pegué un mordisco a mi comida; en parte porque no tenía nada que contestar y en parte porque sabía que tenía razón. Mi mente volvió a las trincheras, a esa constante guerra entre lo que era la cárcel y lo que debería ser. Entre lo que yo había presenciado y lo que no. Entre lo que sabía y lo que desconocía. Entre ellos y yo.

Sentía que un día explotaría.

Por eso, para no hacerlo, comencé a escribir. Lo hice como había visto que lo hacía Azahara: entre clase y clase, en cada descanso, en una pequeña libreta, con las líneas torcidas y muchos tachones. Intenté encontrarme en mitad de aquel caos. Intenté encontrarme entre las letras, entre los gritos de casa y los gritos de la calle, entre el recuerdo de las rejas. Intenté encontrarme dentro de cada «deberías» y cada «tienes que».

«Deberías pasar página».

«Tienes que olvidarlo».

Así que empecé a pasar las páginas de mi propia libreta y a olvidar todo lo que me hacía daño, como hizo Azahara. Empecé a escribirme cartas, cartas a una Leire que no podía leerlas. Me manché las manos de pintura amarilla.

Escribí la historia que no quería olvidar.

Acepta que esta experiencia te enseñó algo que no querías saber —me decía—. Acepta que este dolor y esta lucha, y el dolor y la lucha de otros, es parte de esta vida. No le tengas miedo. No temas estar confusa, no temas querer a quien otro odia. No des la espalda a quien no tiene a nadie. Acepta que les llevará un

tiempo deshacerse del monstruo que vive en su pecho; igual que a ti. No olvides sus nombres. No olvides su historia. No son sólo un recuerdo; están vivas, están luchando, están ahí. Existen. Sueñan, sufren. Igual que tú. Igual que todos.

Algunas personas sobreviven y hablan de ello. Algunas se refugian en el silencio. Algunas crean y el arte convierte su dolor en catarsis.

Y algunas, como Azahara, enseñan a otros cómo sobrevivir.

Nos veremos en la calle. Tendrás a Beth en tus brazos y una mano sin alianza. Tendrás esperanza en los ojos y una historia que contar al mundo. Tendrás vida, Azahara.

Nos volveremos a encontrar. Algún día.

Y hoy marca un día menos.

FIN



Nota de la autora

Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia, pero no sería de extrañar que entre los muros de las cárceles españolas ocurran cosas como las que se cuentan.

Sé que habrá personas vinculadas a las cárceles que negarán lo que afirmo, que dirán que no conozco lo suficiente ese mundo y que estas cosas «no ocurren». Pero lo que no se puede negar es que las prisiones españolas casi nunca cumplen su función educativa; tan sólo juegan un papel punitivo y destructor de la persona, tanto física como psíquicamente. Muchas veces, en lugar de suprimir la delincuencia, la prisión la acentúa y la maximiza.

Nuestra falta de sentido crítico en numerosas ocasiones nos hace aceptar la cárcel como la única respuesta válida y eficaz frente a todo error cometido, pero olvidamos que la persona que entra en prisión, cuando haya cumplido la condena volverá a la sociedad y tendrá que integrarse haciendo vida normal, cosa que será difícil si todo lo que ha conocido entre rejas ha sido la delincuencia y la desesperanza.

Las prisiones, tal y como funcionan hoy en día, nunca solucionarán los problemas de la sociedad: sólo los camuflarán. Hay que atacar el origen del problema desde la prevención, no sólo invirtiendo en políticas que luchen contra la pobreza y la educación, en políticas laborales, sanitarias, educativas, de

integración..., sino acompañándolas también de un cambio de mentalidad entre ciudadanos. Hay que empezar a practicar una solidaridad *real*.

Con esta novela quiero denunciar el hecho de que muchas veces la cárcel crea más problemas de los que contribuye a resolver. Debería ser un lugar donde reeducarse y reintegrarse en la sociedad, pero acaba siendo todo lo contrario. Cuando el interno sale, no sólo ha sido privado de su libertad, le ha sido arrebatado mucho más.

No trato de justificar los crímenes de los internos. No se trata de justificar nada, ni siquiera de perdonar. Se trata de entender. Entender por qué pasan las cosas que pasan tanto en la calle como en prisión. Entender, escuchar y ayudar en lo que haga falta.

Como Leire, yo he escrito historias que no quiero que se olviden. He hablado en base a lo que he conocido que, como ya he dicho, no es la verdad absoluta, sino un pequeño vistazo a la realidad carcelaria. Pero lo que se vive en el día a día siempre será mucho más complejo.

Nada es blanco o negro.

Y todos, absolutamente todos, somos gris.



Agradecimientos

Escribí esta novela para que se conocieran las historias detrás de las rejas, pero con miedo a que ocurriera. Con miedo de sacar a la luz cosas que la mayoría de la gente prefiere no ver. Así que he de empezar dándote las gracias a ti por darle la oportunidad a esta historia y abrir las puertas de la celda. Gracias, porque mis palabras ahora ya no son sólo mías.

Y por supuesto, gracias al equipo de Nocturna por creer en este proyecto.

Gracias a Ana, porque esta historia no existiría sin ti. Porque no sé dónde estaría ahora si nunca me hubieras invitado a ese voluntariado. Gracias a Juanjo por todo su apoyo y por creer en esta historia; gracias también a Julián Ríos por su novela, *Arando entre piedras*, que me ayudó tanto a sentir que estaba haciendo lo correcto. Gracias a todos los voluntarios y voluntarias que me acompañaron a Picassent aquellos dos veranos. Y si algún día me leéis, gracias a los presos que conocí; por lo que aprendí de vosotros.

Gracias a Sevi (otra vez y siempre), porque creo que entrar conmigo a la cárcel fue ya la prueba definitiva de amor. Gracias por enseñarme tanto con nuestras charlas llenas de grises. Gracias por no dejar que me desvíe del camino.

Gracias a mi madre por todo su apoyo y su cariño, por no dejar de creer en mí y por permitir que su hija cometiera lo que ella consideraba una locura; quedarme en casa aquel verano hubiera sido demasiado aburrido, mamá. Gracias

a Patri también, por su apoyo, sus chillidos al leer mis historias y por los dibujos que espero ver algún día.

Gracias a la preciosa comunidad de escritoras que me ha ayudado a crecer tantísimo: a Laura, Paula, Aintzane, Adriana (Puc), Andrea, Victoria, Arantxa, Rolly, Gema, Laia, Iria y las muchas que seguramente dejaré por el camino. Gracias a Maribel por creer en mí y estar siempre ahí.

Y por último, aunque siempre vaya primero, gracias al que siempre ha estado conmigo por dejarme tocar tantos corazones. Gracias por llegar al mío.



Leire



Azahara